Esther Freud

Retorno a GAGLOW



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Annotation

Sarah, una joven actriz soltera que ha quedado embarazada, se entera de que Gaglow -la extensa propiedad alemana de su familia paterna que les fue expropiada antes de la guerra- ha sido finalmente recuperada. 'Cuéntame sobre la casa', le pide a su padre. Y éste, venciendo sus propias reticencias, la lleva de la mano a visitar cada uno de los rincones de la mansión y recorrer así la historia de la familia. Mientras Sarah y su padre evocan el pasado, un rico y complejo cuadro de aquellos años de Gaglow comienza a emerger, como una antigua fotografía en la que de pronto descubrimos sucesos y personajes apasionantes.

Retorno a Gaglow es un delicado retrato de familia, de sus intimidades, de sus tragedias y de los poderosos lazos que la atan. Es también una exploración del lado oscuro de una familia casi mítica, la del célebre Sigmund Freud, bisabuelo de la autora, en cuyo pasado se esconde un fondo turbio que se descubre a medida que dejamos atrás la transparencia inocente de la nostalgia.

ESTHER FREUD

Retorno a Gaglow

Traducción de Vicente Campos

Galaxia Gutenberg, s.a.

Sinopsis

Sarah, una joven actriz soltera que ha quedado embarazada, se entera de que Gaglow -la extensa propiedad alemana de su familia paterna que les fue expropiada antes de la guerra- ha sido finalmente recuperada. 'Cuéntame sobre la casa', le pide a su padre. Y éste, venciendo sus propias reticencias, la lleva de la mano a visitar cada uno de los rincones de la mansión y recorrer así la historia de la familia. Mientras Sarah y su padre evocan el pasado, un rico y complejo cuadro de aquellos años de Gaglow comienza a emerger, como una antigua fotografía en la que de pronto descubrimos sucesos y personajes apasionantes.

Retorno a Gaglow es un delicado retrato de familia, de sus intimidades, de sus tragedias y de los poderosos lazos que la atan. Es también una exploración del lado oscuro de una familia casi mítica, la del célebre Sigmund Freud, bisabuelo de la autora, en cuyo pasado se esconde un fondo turbio que se descubre a medida que dejamos atrás la transparencia inocente de la nostalgia.

Título Original: *Gaglow*
Traductor: Campos, Vicente

ISBN: 9788481093018
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 18/10/2024

Esther Freud

Retorno a Gaglow

TÍTULO de la edición original:
Gaglow
Esther Freud, 1997
Vicente Campos, por la traducción, 2.000
Galaxia Gutenberg, s.a., 2.000
ISBN: 84-8109-301-7

Para Xandra y *Alexandra*

CAPÍTULO I

LAS JOVENCITAS BELGARD no admiraban a su madre. Desaprobaban sus partidas de cartas y los puros que fumaba cuando su marido estaba fuera de casa. Sin embargo, adoraban a su hermano Emanuel. La semana siguiente cumpliría veintiún años y, por una vez, la familia estaba unida haciendo los preparativos de una fiesta que se alargaría durante todo el fin de semana. Los invitados habían sido convocados, los proveedores avisados, y se tenían que recoger flores de los jardines e invernaderos y disponerlas en monumentales ramos por toda la casa. La fiesta se celebraría en Gaglow y no en el piso de Berlín, que, aunque espacioso, no lo era lo suficiente para dar cabida a todos los invitados que esperaban recibir.

Corría el verano de 1914 y era también el cumpleaños de Eva. En medio de esa frenética actividad nadie parecía recordar que, el mismo día que su hermano cumplía veintiún años, Eva cumpliría once. Ella mantenía la cabeza alta, en gesto desafiante, esperando que se acordaran. Marianna Belgard había encargado que se confeccionaran vestidos nuevos para cada una de sus tres hijas. El de Bina iba a ser de raso melocotón pálido, con pliegues y encajes por toda la delantera; el de Martha, azul, con un fajín anudado en un lazo a la espalda; y Eva, de hecho todavía una niña, vestiría de blanco. A los quince años, Bina se tenía por muy distinguida, con o sin vestido nuevo. En la fiesta, pretendía exhibir unos modales de irreprochable perfección, y disfrutaba con la perspectiva de dejar en evidencia a su madre. «Es tan ordinaria», se quejaba Bina cuando, después de la cena, Marianna permanecía sentada a la mesa con los hombres, bebiendo cerveza y ganándoles a las cartas. Con frecuencia, tan pronto como su vieja niñera se quedaba cómodamente dormida, Bina, Martha y Eva se levantaban sigilosamente de la cama para espiar a su madre a través de los pesados cortinajes que daban al comedor. «No son maneras de comportarse», susurraba Bina, y las demás asentían con firmeza, añadiendo solemnemente: «Pobre papá, pobre, pobre papá».

*

Eva estaba sentada en un gran sillón contemplando a través de las puertas vidrieras cómo cortaban y segaban el césped, mientras esperaba ansiosa el momento en que Emanuel regresara a casa. Pensaba en cómo se encaramaría en su regazo y le incordiaría burlona mientras él leía. Le tiraría de los pelillos que le crecían sueltos en la barbilla y le susurraría los nombres de las muchachas con las que

mamá había pensado casarlo. Eva se estremeció al pensar en la gente que su madre había invitado a la fiesta. Elegantes y descaradas mujeres de escandalosas voces y gruesos cuellos. Emanuel no les haría ni caso, lo sabía muy bien, y además su hermano le había hecho una promesa: se la había arrancado otro de sus cumpleaños compartidos, cuando ella había cumplido los siete. Eva se había empeñado en que se lo jurara pinchándole el dedo con un alfiler y presionándoselo luego contra su propio pulgar.

La llegada de Emanuel se vio empañada por los comentarios sobre la guerra que trajo desde Hamburgo.

«Es sólo un rumor —tranquilizó a su madre— La opinión generalizada en mi universidad es que no habrá guerra.» Y repitió la misma teoría a los distintos grupos de invitados que se arremolinaban alrededor del piano en el salón o paseaban por el césped.

Emanuel trajo también un regalo de cumpleaños para Eva.

«¿Creías que me había olvidado de ti?», se burló, y ella se lo agradeció fingiendo no darle importancia, ocultando su alivio. Se trataba de una caja turca con incrustaciones, en la que brillaban vetas de madera en tonos ámbar y rosa. En el centro había una filigrana de nácar que se desplegaba como una flor.

«Tiene una llave», le dijo, y cuando ella la probó, la caja se abrió, revelando un forro de fieltro verde y su nombre grabado entre las bisagras.

Eva le había bordado a su hermano cinco pañuelos blancos con sus iniciales y florecillas con el centro rosa sueltas en una esquina.

«No los usará nunca», se había burlado Bina, y Martha comentó riéndose que lo más probable era que su hermano los escondiera en el fondo de un cajón. Eva resplandeció triunfante cuando Emanuel sacudió uno de los pañuelos y se lo metió en el bolsillo de arriba del chaleco, dejando que las flores sobresalieran llamativas sobre la tela. Lo mantuvo así durante toda la tarde y se lo cambió al traje de etiqueta cuando, con el resto de los invitados, se cambió para la cena.

De las tres chicas, sólo a Bina se le permitía estar levantada durante las celebraciones nocturnas. Se habían dispuesto cubiertos para un centenar de personas en una larga hilera de mesas que se extendía en espiral alrededor del comedor. Bina subió al cuarto de los niños, donde tanto Nanny como la institutriz,[1] fräulein Schulze, se deshicieron en elogios sobre su vestido y el modo en que la había peinado. Eva miraba fijamente y con rabia dentro de su cajita de tapete verde y maldecía por ser todavía tan pequeña.

—Pues para mí todavía es peor —dijo Martha, y Eva se animó un poco al ver que su hermana tenía razón.

Su madre subió a darles las buenas noches.

—Hoy habéis estado más que perfectas. —Sonrió resplandeciente en la puerta de su habitación doble mientras Martha y Eva se sentaban en tocadores gemelos y la miraban enfurruñadas en el reflejo del espejo—. Que durmáis bien. —Les sopló un beso y se fue para reintegrarse a la fiesta.

—¿Te has fijado en los pendientes que llevaba? —preguntó Martha con voz entrecortada, y Eva coincidió con ella en que eran espantosos. Grandes rubíes rojos que le estiraban de los lóbulos de las orejas—. Y qué brazos más flacos —añadió poniendo mala cara mientras seguía dándole al pelo las cien pasadas obligatorias de peine que mandaba Nanny.

—Bueno, al menos Bina puede contamos lo que ha pasado. —Eva se peinaba vigorosamente—. Sin contar —añadió bajando la voz—con nuestra querida Schu.

—Vamos, vamos, niñas. —Era Nanny, de pie a sus espaldas, con los camisones, recién planchados y aireados—. Estoy segura de que fräulein Schulze estará demasiado ocupada pasándoselo bien como para que le quede tiempo para esas tonterías.

—Oh, Omi,[2] Omi Lise —se quejaron las dos. Se miraron y sonrieron. Eso era precisamente para lo que tenía tiempo su institutriz, y también lo que más le gusta!», por encima de todo. Desde el principio se las había ganado con las perversas historias que les contaba antes de acostarse, así como con el modo en que se reía de los desconocidos animando los paseos que daban incluso los días que hacía peor tiempo, y de esa forma había ido depositando en las jovencitas a su cuidado, en cada una de ellas, un pequeño y cálido sedimento de maldad.

*

Eva estaba tumbada en la cama, escuchando los remotos compases de la música y repasando mentalmente las chicas casaderas que había invitado su madre a la fiesta. Se preguntaba con quién estaría bailando Emanuel y sonrió al pensar en los modales descorteses con los que había aceptado las atenciones femeninas.

—Martha —susurró—, Martha, ¿estás dormida?

Martha respondió adormilada que lo estaba.

Eva la dejó descansar en silencio, pero al momento, incapaz de reprimir pregunta, siseó a través de la habitación:

—Martha, dime una cosa: ¿crees que algún día te casarás?

Martha se dio la vuelta gruñendo bajo la colcha.

—¿Qué? Claro que me casaré. —Se dio la vuelta otra vez y escondió la cabeza bajo las mantas.

Si Bina hubiera estado acostada en la cama de la habitación

contigua, no habría permitido que sus hermanas se quedaran dormidas y habría organizado una expedición de espionaje para despistar a Nanny y deslizarse hasta el rellano del piso inferior, desde donde habrían podido ver a la gente que se entretenía por el salón embaldosado mientras pasaba de la cena al baile. Podrían haber mirado a hurtadillas desde el recodo de la escalera, volviendo sobre sus pasos si alguien hacia el ademán de subir.

—¿Martha? —llamó Eva, convencida de que seguramente se estaban rindiendo con demasiada facilidad al toque de queda que les habían impuesto, pero Martha siguió acostada y rígida, empeñada en simular que se había quedado dormida.

Eva se levantó de la cama. Sentía que había algo honorable en intentar, al menos, echar un vistazo a la reunión. Se anudó el largo cabello detrás de la nuca y, con dedos cautelosos, abrió lentamente la puerta hasta que el resquicio fue lo bastante ancho para que pudiera deslizarse por él. Una vez a salvo en el pasillo, corrió por las tablas de madera del suelo, se detuvo un momento a mirar por el hueco de la escalera para comprobar si había alguna mano adulta sobre las barandillas y bajó a saltos el primer tramo de escaleras manteniéndose pegada a la curva de la pared del fondo. En el siguiente rellano se asomó rápidamente al salón. Se elevó hasta ella una ráfaga de charla y tintineos de los músicos, pero, como no veía nada más que las puntas de los vestidos de las mujeres y los codos negros de los hombres, estiró más el cuello agarrándose a la madera resbaladiza e introdujo la cabeza y los hombros en el aire fragante. En ese instante, una mujer de cara enrojecida empezó a subir las escaleras con todo el aspecto de que su ceñida pretina la había dejado sin respiración. Eva se echó hacia atrás en el rellano y corrió por el pasillo, escondiéndose en el profundo umbral de un dormitorio de invitados.

Cuando creyó que ya no era peligroso volver a aventurarse fuera, se encaramó en el ángulo de las escaleras, aferrándose a las barandillas de madera con las rodillas y arqueando la espalda, imitando lo que le había visto hacer a Bina una docena de veces. Tuvo que contenerse para no gritar y saludar, y se preguntó cómo había sido capaz de conformarse hasta entonces con tantos informes de segunda mano. Se quedó allí colgada, esperando que alguien entrara en su campo de visión, y finalmente se vio recompensada al ver a las dos jóvenes Samson intercambiando ruborizadas confidencias a los pies de la escalera.

Las hermanas Samson eran famosas por su belleza y se había comentado largamente su asistencia a la fiesta. Eva contempló desde arriba sus idénticas cabezas de castaña mientras se mecían la una hacia la otra compartiendo risas. Empezaban a temblarle las rodillas por el esfuerzo que le suponía mantenerse colgada allí, cabeza abajo

como un murciélago, cuando a las chicas, ruborizadas y doradas como manzanas, se les unió su hermano. Emanuel se colocó entre ellas, apoyando la espalda en el poste tallado de la escalera, y habló en voz baja, de modo que las hermanas tuvieron que inclinarse hacia él en cuanto empezó a contarles algo. Un cuento. Un secreto. A Eva se le estaban quedando blancos los dedos sobre la madera y se estiraba hasta lo imposible para captar por encima de la música aquella voz susurrada. Y entonces, mientras los miraba, sin oír nada, se rieron y sus tres bocas abiertas se levantaron en la misma fracción de segundo formando lunas crecientes en sus rostros. Todavía seguían riéndose, con risitas más bajas y entrecortadas, cuando Emanuel, colocando una mano sobre cada hombro inclinado, las alejó de allí.

Eva, helada de frío y furiosa, se desenredó las rodillas y se deslizó al suelo. Se dio la vuelta, casi esperando encontrarse el ceño fruncido de Nanny con su camisón blanco, esperándola enfadada para llevarla de vuelta a la cama, pero la niñera estaba sentada junto a la chimenea del cuarto de los niños, comiéndose un plato de mazapanes que había hecho subir fräulein Schulze. Sin importarle quién la viera, Eva subió ruidosamente el último tramo de escaleras, recorrió el pasillo bajo y pulido y, al llegar a su propia habitación, se echó de un salto a la cama.

«¿Martha?», llamó, pero Martha no dejó que la despertara, y Eva, pronunciando el nombre de la ausente Schu-Schu a modo de venganza, lloró hasta quedarse dormida.

Marianna Belgard había querido que sus tres hijas participaran en las celebraciones nocturnas. Se lo mencionó a su marido con la esperanza de conseguir su apoyo, pero él dejó claro que eso la convertiría en víctima de muchas críticas, y no serían las menores las de su hija mayor. Wolf Belgard sonrió al decirlo, enterneciéndose al pronunciar el nombre de Bina, cogió a su esposa por la cintura y la besó. Marianna se apartó enfadada. Para él resultaba muy fácil tomarse a la ligera esa hostilidad. A él lo querían todos sus hijos, y no veía o no quería ver cómo, desde edad temprana, sus hijas le habían dado la espalda a ella, burlándose e intrigando entre sí para socavar su autoridad. Marianna se lo había intentado explicar muchas veces, conteniendo las lágrimas mientras hablaba, pero él se había negado a creerla, se había limitado a reírse y a bromear, y había intentado devolverle la alegría de la que él hacía gala. Sólo la entendía Emanuel; Emanuel, que le cogía la mano y se la apretaba cuando las niñas se negaban a dejarle que les diera un beso de buenas noches o se alejaban de ella corriendo en el parque o, si se encontraban mal, pedían que viniera su institutriz con vocecitas quejumbrosas.

Marianna insistió en que se dispusiera un cubierto para fräulein

Schulze en la cena de cumpleaños de Emanuel. Abrigaba todavía la esperanza de ganarse su comprensión e incluso le ofreció uno de sus vestidos de la última temporada. Pero cuando Gabrielle Schulze entró en el comedor, con el vestido de color rojo apagado transformado gracias a unos capullos de rosa bordados en satén y voluptuosamente ajustado a la blancura de su piel, Marianna lamentó haberla invitado. La mujer parecía llevar la cabeza demasiado alta y Marianna se fijó en cómo, con dedos precisos y astutos, se las había apañado para ocultar la necesaria inserción de un paño extra a lo largo del talle y bajo la amplia curva de su busto.

*

La fiesta continuó el día siguiente, con una comida de carnes frías, verduras en vinagre y fruta que se sirvió en el jardín. Eva se levantó temprano, con los ojos hinchados por las lágrimas retenidas bajo los párpados durante la noche. Lo mal que había dormido hacía que su piel pareciera apergaminada y borrosa. Nadie se dio cuenta. Bina estaba demasiado ocupada contándole a cualquiera que quisiera escucharla el baile y lo que la habían admirado ciertos jóvenes. Martha estaba pendiente de cada palabra de Bina. «Si tanto te interesaba, ¿por qué no te levantaste y lo fuiste a ver por ti misma?», quiso decirle Eva, pero se contuvo, dobló una rebanada de pan amargo alrededor de un poco de queso y mordisqueó las puntas.

A media mañana, Marianna Belgard, vestida de tafetán color marfil, examinó a sus tres hijas. La cara brillante de Bina, se fijó, había adquirido una renovada ferocidad; Martha, como siempre, se mostraba tímida e indecisa. Eva tenía oscuras e infantiles bolsas bajo los ojos.

«¿Te encuentras bien?», preguntó, puso una mano bajo la barbilla de Eva y levantó la cara de la niña a la altura de la suya.

Eva frunció el ceño. «Típico —pensó—. Descubierta por el enemigo.» Y entonces, dándose cuenta de lo lejos que había dejado que llegara su rencor, se ruborizó ante su madre. La pobrecita está enamorada. Marianna sonrió recordándose a sí misma de niña y el corazón se le estremeció al pensar que no podían ser amigas.

Al picnic sólo habían sido convidados los invitados que habían pasado la noche allí. Se habían dispuesto mesas con manteles blancos sobre las losas de la parte trasera, donde daba el sol a primera hora de la mañana. A la hora de comer, las losas se habían calentado y el sol se había instalado encima de la casa de modo que se podían colocar las sillas tanto al sol como a la sombra. Eva se arrodilló y puso el dorso de una mano sobre una losa cálida. Sin pretenderlo, y contra todas las órdenes recibidas, había acabado amando esa casa. Rodeó el edificio, se situó ante la fachada y miró por el camino recto de entrada

hacia el lugar donde sobresalían los tejados rojos y la aguja de la iglesia del pueblo, en el valle. A ambos lados del pueblo se extendían manzanales y los campos al fondo estaban salpicados de vacas cremosas de cara marrón. Un coche de caballos, con la capota negra levantada, se acercaba hacia ella a toda prisa. Los cuatro caballos, con arreos de cuero, trotaban por la colina. Eva se adelantó para ver quién podía ser. Distinguió a Gruber, su propio cochero, sentado erguido sobre el pescante, sosteniendo las riendas; cuando el carruaje giró y entró en el camino de la casa empezó a reducir la velocidad. Se abrió una puerta de golpe y Emanuel se apeó de un salto.

«Manu», gritó Eva, se levantó la falda para correr hacia él, pero de repente su madre apareció de la nada, radiante, y, regañándole, avanzó a grandes zancadas, con los brazos extendidos, hacia su hermano.

Eva resopló y, cuando ellos la vieron y la saludaron con la mano, corrió dirigiéndose por el lateral de la casa hacia las cuadras, donde Gruber estaba devolviendo los caballos a sus compartimentos.

Eva observaba a su hermano sentado entre las Samson mientras les servía vino y dulces pedazos de pastel de almendras y les seguía contando el chiste que había iniciado la noche anterior.

—¿A cuál crees tú? —Bina le dio un codazo.

—¿A cuál qué? —Eva frunció el ceño.

—¿A cuál es más probable que le pida que se case con él?

Eva apoyó los codos en la mesa y miró fijamente los perfectos óvalos sonrientes de los rostros de las chicas, iluminados y vueltos hacia Emanuel. Angelika y Julika. Julika y Angelika.

—A ninguna —dijo y sintió un escalofrío que le recorría la mano como una araña de agua.

—No sirves para nada —le replicó hiriente Bina y refunfuñando se fue a la otra punta de la mesa, donde se sentaba Martha. Eva le leyó los labios mientras murmuraba al oído de Martha: «Para absolutamente nada, qué inutilidad».

Eva se inclinó hacia delante para captar lo que estaba diciendo su hermano.

—Oh, sí —le interrumpía Angelika—, claro que París es el único sitio que hay.

—Para una luna de miel —añadió Julika y ambas hermanas se sonrojaron con un rubor dorado y rosa.

«De qué tonterías habla la gente», maldijo Eva en voz baja. Se levantó y entró corriendo en la casa, sólo se detuvo para contemplarse en el espejo alto del vestíbulo el ceño fruncido y las pestañas pegajosas.

El salón estaba lleno de flores y había sillas y sofás diseminados

por todo el espacio, distribuidos en grupos para acomodar a los huéspedes de la noche anterior. Eva caminó por las alfombras de color ciruela, arrugando la nariz ante el empalagoso olor de las azucenas, hasta llegar al piano de cola. Dejó caer pesadamente las manos sobre las teclas, que retumbaron resonantes, y el corazón le saltó al ritmo de las notas desacompasadas. Omi Lise apareció en la puerta, con la boca torcida en gesto de desagrado y un chal con flecos de seda envuelto en el brazo. Eva la vio y salió corriendo.

Fue dando saltos por delante de las ventanas altas, tratando de coger las cortinas y sin mirar atrás hasta que llegó a una pequeña puerta cubierta por un tapiz. Palpó detrás de éste y encontró el pomo. La puerta se abrió y Eva se deslizó a través del resquicio entrando en un pasillo largo y abovedado. El corredor era frío y a los lados se alineaban macetas con margaritas florecidas. Sus pasos retumbaban sobre el suelo de piedra al caminar, ahora más despacio, entrecerrando los ojos para ver dentro de las habitaciones húmedas y semivacías en las que el propietario anterior, Hans Dieter, había guardado no hacía tantos años su colección de armas y látigos con mango de marfil. El sol formaba toscos dibujos triangulares sobre la piedra blanca y Eva pisaba lo más silenciosamente que podía para mantener el eco a un volumen mínimo.

Tras atravesar una última puerta estrecha, el pasillo se ensanchaba abriéndose a una amplia sala circular. Era la habitación favorita de Eva. Las baldosas negras y blancas del suelo octogonal formaban un dibujo inclinado y la curva de las paredes hacía que le entraran ganas de dar vueltas. Una entrada lateral de esa sala daba al estudio privado de Marianna Belgard. Era allí donde hablaba con los jardineros, discutía la contratación de trabajadores y el mantenimiento de las cuadras, lamentándose regularmente de que su marido, desoyendo sus buenos consejos, hubiera pensado que lo más sensato era vender toda la tierra. En el centro del estudio había un gran escritorio con superficie de cuero, sobre el que se encontraba un libro de papel, desgastado en los bordes como seda cruda y tan pesado que apenas si merecía el esfuerzo cerrarlo. Unas ventanas con el contorno de piedra daban al jardín y todos los alféizares interiores, que servían de asiento, tenían encima una manta, ahuecada y doblada a propósito para los perros de Marianna. Esta poseía un pequeño ejército de lebreles, de color marrón claro y azul, que trotaban delicadamente tras ella por los pasillos, resbalándose de vez en cuando y desgarrando la cera de los suelos de parqué. Cuando ella se subía al carruaje, se quedaban quietos, con los ojos, como gotas de aceite, sobresaliéndoles apenados, y cuando volvía a casa, aunque sólo fuera tras una ausencia de un día, la saludaban con vueltas, gañidos, carreras y giros de alegría dignos de un circo.

Eva oyó un ruido. Se detuvo, todavía de puntillas, la mirada fija en el techo circular, y miró a través de la sala hacia el estudio de su madre. Allí estaba Marianna, de pie, con una mano apoyada sobre el escritorio y absorta en una conversación con la robusta mujer de cara roja con la que Eva había estado a punto de chocar la noche anterior cuando permanecía inmóvil colgada de las escaleras. «Frau Samson —susurró Eva para sí y levantó una ceja— Ves —pensó—, nuestra madre no vacila lo más mínimo en casar al pobre Manu, ¡incluso cuando tiene delante la prueba patente y visible de cómo van a acabar esas chicas!» Encorvó los hombros exasperada.

Eva mantuvo la mirada fija en el perfil de su madre, que sonreía y asentía a la corpulenta frau Samson, acomodada en el alféizar interior de la ventana, hasta que ambas se dispusieron a salir de la habitación. Se pegó entonces a la curva de la pared y contuvo el aliento mientras su madre pasaba por delante, seguida de un lebrel, y se perdía por el pasillo hablando todavía despreocupadamente con su acompañante de cocineros problemáticos y reprimiendo una sonrisa ante el pelaje del perro que se había pegado al trasero de la mujer mayor.

Eva se escabulló por la puerta de atrás. Corrió hacia delante, subió el tramo de césped que conducía al camino corto, al final del cual se encontraba la casa del hielo. Aquella diminuta edificación era la única parte de la finca que Hans Dieter se había tomado la molestia de mantener en buen estado, y el césped que llevaba hasta ella era liso y tupido tras años de atentos cuidados. Tenía un tejado que recordaba el de un palomar, con tejas redondas inclinadas, y los pilares que lo sostenían habían sido pintados recientemente de un blanco cremoso. Eva entró en la tibia sombra del interior y se sobresaltó al ver a su institutriz con los ojos entrecerrados apoyada en la puerta que daba al sótano.

—Schu-Schu —dijo poniéndole suavemente la mano sobre el brazo. Fräulein Schulze parpadeó, la miró y, sin decirle una palabra, cogió un cubo grande de estaño. Buscó a tientas el pestillo oculto y abrió de golpe la puerta que daba al gélido almacén de hielo.

Eva se estiró sobre el banco que se curvaba en el interior de la pared y gritó hacia fräulein Schulze, que estaba revolviendo bajo tierra:

—Recoger hielo no es tu trabajo. ¿Llevas guantes?

A través de la puerta cencerrada le llegó el eco de la risa de fräulein Schulze.

—No es un trabajo. Me apetecía hielo.

Reapareció con varios trozos rotos de hielo alineados en el fondo del cubo. Eva metió la mano y eligió un tentáculo roto que dejó gotear sobre la frente, la nariz y dentro de la boca.

—Le he pedido a la cocinera que te prepare un poco de grosella helada. No me he olvidado de que también es tu cumpleaños.

Antes de que Eva tuviera tiempo de bajarse del banco y abrazarla, se había ido a grandes zancadas por el césped y desapareció dentro de la casa.

Eva regresó caminando lentamente a la terraza. Vio que los comensales se habían redistribuido en pequeños grupos que se apiñaban alrededor de las puntas de la mesa, y en medio habían quedado abandonados largos tramos de manteles blancos almidonados, repletos de comida sobrante. Las ligeras patas de las sillas entrechocaban, y las cabezas de las chicas se inclinaban para hacer frente al sol cada vez más caluroso.

Eva vio a su hermano hablando con un hombre de uniforme. Se alejaban paseando del resto del grupo, caminando por el césped, dando patadas con las puntas de sus zapatos, como si no estuvieran completamente de acuerdo en algo. Varios amigos de Emanuel se habían presentado a la fiesta con sus uniformes del servicio militar. Chaquetas de lana gruesa del color del estiércol con largos bolsillos festoneados en el pecho. Los sombreros flexibles que llevaban en la cabeza estaban fruncidos por delante con botones y, en algunos casos, con una insignia.

Eva cogió un puñado de chocolatinas negras de un cuenco y siguió a los dos hombres, manteniéndose a cierta distancia con los ojos clavados en el suelo, como si buscara flores primaverales perdidas entre el césped. Emanuel hablaba en un tono alarmado y grave sobre el asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo. Puso el brazo sobre la gruesa tela de la chaqueta de su amigo y preguntó en voz alta sí habría conscripción obligatoria en el caso de que estallara la guerra.

—Pero no será necesario obligar a nadie —dijo el otro hombre, que se zafó de su mano, y Eva creyó ver que su hermano se estremecía en una larga oleada que le recorría la espalda.

—Claro, claro —coincidió rápidamente— Yo mismo me alistaría como un rayo.

Entonces se rieron e intercambiaron historias de aventuras militares, relatos de valor y osadía hasta que Eva, distraída por una mata de celidonias doradas que crecía al borde de la fuente, dejó que se alejaran más allá del alcance de su oído.

CAPÍTULO II

A VECES, mientras mi padre pintaba, yo levantaba la mirada hacia la inmensa bestia que era mi cuerpo, mis pechos enormes, mis muslos ensanchados, e intentaba encontrar la silueta de carboncillo de mi anterior yo. Cuando había venido a posar la primera vez, tersa, pálida y llena de ilusión sobre cómo quedaría el cuadro, no sabía lo del bebé. Me coloqué con elegancia de perfil, un brazo relajado sobre el estómago y los ojos fijos, entrecerrados, en un rincón de la habitación.

—¿Para cuándo lo esperas exactamente?

Mi padre miraba de reojo a medida que iba creciendo mi cuerpo pintado, ocultando las rosas de Damasco del sofá, y a las treinta semanas envió el lienzo a que lo agrandaran. Nueve meses había parecido un período de tiempo interminable, y al principio yo había posado horas extra, pensando que el cuadro podría estar acabado antes incluso de que se me empezara a notar el embarazo, pero ahora, con sólo seis semanas de margen, habíamos iniciado una carrera contra el reloj. Moví la mano y la coloqué bien por encima de las costillas, donde me apretaba el bulto duro de la cabeza del bebé.

—Date la vuelta —susurré e intenté asir los dedos submarinos mientras revoloteaban adelante y atrás bajo mi piel.

—Ha sucedido algo extraordinario. —Mi padre me daba la espalda mientras examinaba un punto del lienzo donde la pintura se amontonaba sobre mi pecho izquierdo.

—¿El qué? —pregunté y, al darme la vuelta, la cúpula elevada de mi estómago se tensó. Mi padre miró un pecho, luego el otro y finalmente volvió a su obra.

—Bueno, un hombre que parece bastante sospechoso ha escrito diciendo que los descendientes de Marianna Belgard, mi abuela materna, tienen derechos sobre cierta propiedad ahora que ha caído el Muro. Según parece, se trata de algunos almacenes y un teatro en Berlín Este.

—¿Un teatro? —Tuve que hacer un esfuerzo para sentarme erguida—. ¿Sabes cómo se llama? ¿Dónde está exactamente? —Por un instante me imaginé heredando el Berliner Ensemble, haciendo cabriolas en el escenario donde había estado Brecht, contratándome a mí misma, una actriz sin trabajo, madre soltera, y dándoles trabajo a todos mis amigos.

Al bebé le entró el hipo justo debajo de mi ombligo.

Mi padre no respondió. Me di cuenta de que estaba esperando que me acomodara. Me froté la cadera y me dejé caer en mi posición.

—Hay una trampa, claro. —Estaba ensanchando

(«innecesariamente», pensé) una profunda vena azul que salía de mi hombro.

—¿Sí?

—Sí, ese hombre, herr Gottfried no-sé-qué, insiste en que sólo nos dirá dónde está la propiedad si prometemos darle el sesenta por ciento de su valor. Aparentemente es un fraude, de esos que están surgiendo como hongos por toda Alemania Oriental. —Golpeó con fuerza el pincel contra su pierna—. Tengo la sensación —dijo finalmente— de que deberíamos evitar todo este asunto.

Yo, que ya estaba soñando que había vendido el almacén con inmensos beneficios y, con la parte que me tocara, había dejado mi diminuto ático en Camden Town, fruncí el ceño desilusionada.

Mi padre me preparó un plato de ensalada echando aceite de oliva sobre las hojas de *máche* y cortando dos gruesos trozos de jamón.

—¿Mostaza? —me ofreció, pero el bebé seguía con hipo—. ¿Sabes de lo que me gustaría tener noticias de verdad? —Extendió la mano y quitó unas delicadas hojas de mi plato—. De Gaglow.

—¿Gaglow? —Yo estaba comiendo demasiado rápido, acaparando infantilmente el plato pegado a mi cuerpo, deseando que dejara mi comida en paz.

—Era la finca de mi abuela. Imponente, en el campo, en alguna parte. O, al menos, había sido imponente. —Una hoja se onduló sobre su labio—. Solía ir allí de vacaciones, aunque mi madre nunca se quedaba mucho tiempo. Y la espantosa tía Bina siempre se negaba a ir.

—¿Por qué? Quiero decir que por qué espantosa y por qué se negaba. —Me enjugué el aceite con pan.

—Oh, ya sabes, a ellas no les gustaba su madre. Creían que era ordinaria. —Pinchó un poco de mi jamón—. De hecho, les pregunté una vez por qué no les gustaba, y con lo único que me salieron todas era con que bebía cerveza. Cerveza en vez de vino. Aunque recuerdo que, de niño, era la mujer que acompañaba a mi madre la que les desagradaba. Una mujer corpulenta con unos pies enormes, como los de un hombre.

En el momento en que empecé a buscar por todas partes algo más que comer, él dio unas palmadas y ordenó la vuelta de ambos al trabajo.

Mi padre no solía hablar mucho de su familia. Había huido de ellos muy pronto, había luchado y se había blindado para mantenerlos a raya. Pero, casi por casualidad, había acabado formando una familia propia. Mis dos hermanas y yo. Cada una teníamos una madre distinta y llevábamos vidas separadas, pero nos parecíamos

extraordinariamente, teníamos los amplios hombros y los ojos claros de mi padre. Él nunca nos presentó a sus padres. Una vez me encontré a una mujer que conocía a su madre, «tu abuela», la había llamado ella, y la sangre se me heló en el pecho. Habían hablado del seto de un jardín, en algún lugar del campo, junto al mar, y me las había imaginado tendiendo la colada, sujetando las sábanas, sin que ellos supieran lo mucho que me hubiera gustado haber estado allí.

Cerré los ojos y respiré hondo para que el aire me llegara a las caderas. ¿Cómo era posible que incluso la postura más cómoda se volviera insoportable al cabo de media hora? En otro tiempo había creído equivocadamente que cuanto más difícil fuera la postura en que se posaba, más probable era que saliera mejor la pintura, y me había retorcido y envarado en extrañas contorsiones, orgulleciéndome de mi capacidad para demorar un parpadeo. Pero ahora me estiraba de costado, con una almohada bajo la oreja, a un paso de quedarme dormida. Suspiré, esperando alguna reacción, y luego, para sacar mi mente de su embotamiento, pregunté qué le había pasado a Marianna Belgard, «al final, me refiero».

Mi padre no respondió, y contuve el aliento esperándome lo peor.

—Vino a vivir con nosotros a Londres. —Estaba oscureciendo la sombra de mi mandíbula—. Y, ahora que lo pienso, debió de resultarle muy difícil. —Se detuvo y arrugó los ojos cogiendo el haz de pinceles en una mano—. Mira, no abandonó Alemania hasta que ya era demasiado tarde. Llegó a Londres sin nada, no le permitieron sacar nada, así que tuvo que vivir en el pequeño cuarto trasero de la casa de mis padres. —Había encontrado lo que le molestaba y lo frotaba furiosamente con aguarrás—. Tras haber sido alguien muy importante, tenía que depender para todo de mis padres, pero no recuerdo que se quejara nunca.

—Supongo que tuvo suerte de haber podido salir, aunque fuera tan tarde, ¿no?

—Sí, tuvo suerte. —Y seguimos trabajando, pensando en los incontables otros que no la habían tenido, hasta que se me quedaron dormidos los dos pies y tuve que suplicarle un descanso.

CAPÍTULO III

BINA, Martha y Eva se fueron con las Samson a pasar el día y la noche que siguieron a la fiesta de Emanuel en lo que denominaban el Castillo. En realidad, no era un castillo, sino una enorme casa cuadrada con terrazas bajo las ventanas del primer piso y una hilera de pequeñas torres en los aleros. En el flamante automóvil de las Samson no había sitio para que les acompañaran su institutriz ni Omi Lise y, tras muchas discusiones, se resolvió que fueran solas. «Gruber pasará a recogerlas con el carruaje mañana por la tarde», decidió Marianna. Ante el vehículo que retrocedía, despidió a sus hijas con la mano, gritándoles que se lo pasaran muy bien sin darse cuenta de que el motor ahogaba por completo sus palabras.

Al volver hacia la casa, Marianna suspiró profundamente. Amaba Gaglow cuando estaba vacía mucho más que en cualquier otro momento. Ese día, con las habitaciones recién desocupadas, los amplios espacios del interior conservaban aún la calidez. Cada ventana reverberaba todavía con palabras y música, y el jardín producía la fugaz impresión de acabar de ser abandonado por una multitud que hubiera entrado en la casa. En cuanto el coche quedó fuera del alcance de la vista, sus lebreles, acobardados en el porche, salieron corriendo a saludarla. Giraban sobre sí, estiraban las patas delanteras, gruñían y la miraban con ojos enamorados. Marianna dejó que la antecedieran por el jardín. Los dos mayores, uno azul y otro marrón claro, los habían traído de Inglaterra, un regalo que le había hecho a Wolf, y nunca había tenido corazón para apartarlos de su camada. Trotaban en grupo, con las colas oscilando joviales mientras avanzaban de lado a lado, y Marianna se agachó para tirar un palo por el puro placer de verlos volar. Los siguió hasta que llegaron al paseo que Hans Dieter había conservado con tanto esmero. Allí la hierba era tan corta y cálida como el pelaje azul de su perro favorito, estaba segada tan a ras de suelo que se percibía el latido de la tierra por debajo. Se arrodilló para apoyar la mano en la hierba y vio que los lebreles se erguían, con los hocicos levantados y las orejas arqueadas apuntando hacia la casa del hielo.

Marianna se puso derecha silenciosamente. Se mordió el labio y, sin previo aviso, dio unas ruidosas palmadas. Se rió al ver cómo los cinco animales saltaban impulsados por un resorte, brincaban y daban vueltas, como si hubieran sido liberados por arte de magia de un hechizo. Se arremolinaron a su alrededor, sonrientes como un banco de anguilas, y ella, utilizando ambas manos, intentó acariciarlos a todos a la vez, sintiendo cómo sus lomos se removían complacidos. Y

en ese momento volvieron a quedarse paralizados, con los hocicos crispados y las orejas atentas. Marianna escuchó con ellos. Y entonces oyó una risa. Una risa femenina, grave y segura de sí. Se estremeció y miró a su alrededor. No había nadie.

«Vamos —dijo—, a casa.» Y descendió por el camino en leve pendiente hasta la puerta trasera de la casa. Los perros, con las colas caídas mostrando su decepción, trotaron obedientemente tras ella.

Marianna cenó temprano con su marido y Emanuel. Les sonrió animadamente y les preguntó cómo creían que estarían las niñas esa noche en el Castillo.

—Se lo estarán pasando estupendamente —se rió Wolf—, y tendremos que estarlas escuchando todo el verano. «Julika y Angelika, Angelika y Julika», las imitó; Marianna miró a Emanuel, que se dio cuenta de que le observaba cuando estaba a punto de llevarse una cucharada de sopa fría a los labios. Se ruborizó y unas gotitas verdes le mancharon los dientes.

—Son unas jóvenes encantadoras, las dos —le comentó con cierta brusquedad Marianna a su marido y, Wolf, sin captar la intención, hizo un guiño para mostrar que estaba de acuerdo en que ciertamente no podían ser más encantadoras.

*

Eva se sentaba en una silla baja de mimbre y escuchaba la conversación de las chicas mayores. Había intentado unirse a la charla, contando historias propias, pero sus interrupciones se toparon con el ceño fruncido y el rechazo concluyente de Bina. Cuando insistió, buscando apoyo en las hermanas Samson, lo único que encontró fue su mirada paciente y amable, y con cierta vergüenza se dio cuenta de que era muy probable que ellas ya hubieran escuchado antes las magníficas y deslumbrantes historias que estaba intentando contar.

Frau Samson se sentaba un poco apartada, con la cabeza inclinada sobre un delicado bordado. Había tenido el cuidado de colocarse a la distancia justa para dar la impresión de que no podía oír nada, cuando, en realidad, podía seguir sin dificultades todos los hilos de la conversación. A Eva le entraron ganas de unirse a ella. Ese día le gustaba el aspecto de los grandes hombros abultados de aquella mujer y de los pliegues que se le formaban en el cuello cuando se inclinaba sobre su labor. En ella no se veía ni el menor rastro de la delicadeza de sus hijas, y Eva se preguntó qué le habría pasado al marido y si ellas habrían heredado de él las diminutas muñecas y las barbillas de albaricoque con forma de corazón.

Angelika bajó la voz y empezó a contarles a las demás una

propuesta de matrimonio que le habían hecho cuando estaba de vacaciones en St. Moritz. Se trataba de un hombre pequeño y calvo de casi treinta años, que no la había entendido cuando le había explicado que no podía casarse con él porque todavía iba a la escuela. «Estoy más que dispuesto a esperar», le había respondido, pero cuando ella le había evitado durante el resto de aquel día, había demostrado que, en realidad, no estaba dispuesto a soportar la menor espera. En plena noche había ido a aporrear la puerta de la habitación del hotel donde se hospedaba un tío que viajaba con ellas, y había exigido saber qué estaba pasando. Su tío se enfadó tanto al verse despertado de aquel modo que, sin muchos miramientos, le dijo que ni estaba pasando nada ni tampoco pasaría, y cuando bajaron a desayunar la mañana siguiente, Angelika descubrió, para su alivio, que el pretendiente se había cambiado de hotel.

Bina y Martha se rieron con tantas ganas que les aparecieron líneas rojas en el cuello, y Eva tuvo que cerrar los ojos para quitarse de la cabeza la imagen del hombrecito irritado aporreando la puerta sin parar, enamorado. Julika se apresuró a contar una proposición mucho más elegante, de un montañero. Le había jurado que conseguir su amor sería más maravilloso que conquistar la cumbre más alta del mundo. Casarse con ella, insistió, podría ser la gran aventura de su vida. Eva se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio ansiosa por saber cómo acababa la historia, y escuchó con una incómoda sensación de decepción cómo Julika les Confesaba que, al ver el pelo rojo y crespo del alpinista sobresaliendo como el de una ardilla por debajo de su sombrero, había decidido rechazar su proposición.

—Qué poco te faltó… —suspiró Bina, y Martha añadió temblorosa que no sabía qué habría hecho en una situación similar.

Eva cerró los ojos y dejó que le diera el sol. Estaba, como las demás, esperando a ver qué contaba Bina. Su hermana sólo tenía un año menos que las Samson y estaba obligada a contar algo que contrapesara su deslumbrante exhibición. El silencio se prolongaba ya un poquito más de lo debido y Martha dejó escapar una tos seca y poco convincente. Eva abrió los ojos y vio que su hermana mayor pasaba un mal momento.

—Binschen —sonrió—, no es propio de ti ser tan tímida —dijo y le dio una patadita por encima del tobillo. Bina se limitó a lanzarle una mirada furiosa; para salvar el nombre de la familia, Eva añadió—: ¿Qué hay de aquel médico de Heligoland que hacía traer flores especialmente del continente? —Las otras se volvieron hacia ella con rostros iluminados—. A Bina le gusta guardárselo —susurró, dichosa de haber encontrado por fin un papel. Bina se miró recatadamente las manos—. Sí —Eva respiró hondo—, de un día para otro aquel joven se fijaba en el color de sus vestidos y encargaba ramos de flores que

fueran a juego. No sabemos si llegó a tener la ocasión de hacerle alguna propuesta de matrimonio. —Bina se enderezó un poco y los ojos de las demás se posaron en su ahora misterioso rostro—. Pero lo cierto es que ella nunca le dio muchos ánimos —puede que con demasiada solemnidad, Eva añadió—: Pobre hombre.

»E1 día que nos marchamos —continuó rápidamente—, el joven médico permaneció tristemente en el muelle mirando cómo zarpaba nuestro barco. No nos despidió agitando las manos ni gritando, pero de repente, de detrás de su espalda sacó un ramo de flores rojas y púrpuras, unas anémonas, y las agitó hacia nosotras. Supongo que eligió anémonas porque eran las flores con más colorido que pudo encontrar y seguramente creyó que harían juego con algo de lo que llevara puesto Bina. Bueno, pues a medida que nos alejábamos, empezó a tirarlas, pétalo a pétalo, al mar. Todos los pasajeros del transbordador aplaudían y le vitoreaban, y Bina… —miró a su hermana buscando inspiración—, Bina, que vestía de blanco de pies a cabeza, se puso roja como un tomate, las orejas se le volvieron púrpuras y los ojos negros brillaron, así que toda su cara de repente parecía tal que… —Eva se contuvo y se calló a tiempo para no ir demasiado lejos—. Pero lo más terrible de todo fue que Bina ni siquiera se despidió con la mano del pobre hombre. Le dedicó una rápida mirada y corrió dentro a esconderse hasta que quedó fuera del alcance de la vista.

—¡Bina! —exclamaron las hermanas en un suspiro acusador—. Qué cruel. —Pero sus caras se habían dilatado de admiración.

Eva se recostó cómodamente en la silla. Arrugó un ojo para mirar de soslayo a su hermana y le sorprendió ver la rabia sombría de su ceño fruncido mientras se daba palmaditas y suavizaba el rubor de sus mejillas.

—Manu —llamó Eva en cuanto el automóvil de las Samson las hubo dejado en Gaglow, y a la busca de su hermano atravesó la casa corriendo por el pasillo de la planta baja hasta salir al césped de la parte de atrás. En vez de a él, se encontró a su madre, inclinada sobre un rosal, arrancando furtivamente las flores marchitas—. No se ha vuelto a ir, ¿verdad? —preguntó jadeando, y Marianna, sin levantar la mirada, le dijo que no tenía de qué preocuparse, que estaría con ellos hasta el otoño—. I Emanuel —gritó Eva al proseguir su carrera hacia el huerto, pero al momento pudo ver entre las hileras de árboles atrofiados que tampoco estaba allí. La puerta que daba al jardín tapiado estaba cerrada, y, arrastrando los pies, recorrió el amplio arco que formaba el césped de la parte de arriba de la finca, se metió entre un arbusto de frambuesas y fue a salir al montículo inclinado sobre el que se había erigido la casa del hielo. La pared se elevaba directamente desde la tierra, quedando sólo un poco por debajo de las

tejas, y cuando Eva, resoplando y dispuesta a abandonar la búsqueda, rodeaba con esfuerzo la casa, oyó la voz de su hermano. Estaba hablando en voz baja, riéndose entre palabra y palabra, y Eva casi pudo imaginarse su sonrisa ladeada— Ya he vuelto, Manu, ya he vuelto —anunció gritando desde detrás de una columna, y su hermano, como si le hubiera dado un susto, saltó hacia ella—. ¿Manu?

Pero se trataba de su institutriz, apoyada en la pared curvada.

—Evschen, ya has vuelto. —Y extendió una mano. Tenía la cara de un blanco lechoso y denso, como si se acabara de despertar—. No te habíamos oído. —Se rió, y Emanuel dejó caer los hombros y se adelantó hacia ambas.

—¿Qué tal por el Castillo? —La rodeó con el brazo y le dedicó una sonrisa luminosa y atenta. Eva se acomodó alegremente entre los dos, Schu-Schu y su hermano, y les contó todos y cada uno de los detalles de cada momento vivido en el Castillo, hasta que llegó la hora de volver a entrar en casa.

*

Emanuel nunca había estado al cuidado de fräulein Schulze. La institutriz había llegado a la familia cuando Eva era todavía un bebé, y Emanuel, ya bastante crecido a los once años, estudiaba con un tutor privado.

Al principio, Marianna no se dio cuenta del efecto que la institutriz tenía sobre sus hijas. En cuestión de pocos meses, Bina, siempre díscola y propensa a arrebatos de malhumor, se volvió distante y fría, y las otras dos, dominadas como estaban por su hermana mayor, empezaron a comportarse siguiendo su ejemplo. Sólo después de volver a casa tras una estancia de un mes en una ciudad balneario, Marianna vio con claridad hasta qué punto había cambiado la actitud de sus hijas hacia ella. En lugar de salir corriendo a recibirla con los brazos abiertos y buscar a tientas los regalos que ella había escondido en su esclavina, se pusieron envaradamente en fila e hicieron reverencias una tras otra.

«Queridas mías —dijo entrecortadamente Marianna, horrorizada ante aquella gélida recepción—. ¡Qué modales!»

Pero las niñas reaccionaron mirando taciturnas al suelo, como si no desearan otra cosa que regresar al mundo privado de su cuarto. Ella las había retenido a su lado cuanto pudo soportarlo, pero, cuando vio que su formalidad no daba la menor muestra de relajarse, se dio por vencida sintiéndose muy desgraciada y les dijo que se fueran. Se las imaginó haciendo cabriolas liberadas de sus galas reglamentarias y tirándose almohadas de plumas unas a otras bajo la mirada falsa y pecosa de fräulein Schulze.

Marianna se decidió a encontrar algún motivo para echar a la institutriz. La vigilaba de cerca día tras día, sintiéndose herida al ver la creciente adoración que sentían sus hijas hacia ella e incapaz de encontrar la clave de sus métodos de seducción. Empezó a maldecir las partidas de bridge que tenía que organizar; los vestidos que debía encargar y las tres tardes a la semana que se pasaba con un paño sobre los hombros mientras herr Baum le calentaba y ondulaba el pelo. También estaban las lecciones de piano que recibía, la educación de su hijo y la salud de su marido, que no siempre era buena. Todas esas actividades le impedían, mes tras mes, encontrar algún motivo de queja, y se negaba a echar a la chica sin una razón concreta. Casi se había dado por vencida cuando Eva le puso en bandeja la excusa que necesitaba. Marianna se iba corriendo a Wertheim's a comprar medias y guantes nuevos cuando se fijó en que la puerta del salón estaba abierta. Miró dentro y vio a su hija menor con una canica en la mano. La sostenía en alto, a la luz, y mientras Marianna la estaba mirando, se la introdujo, como un caramelo, en la boca.

«¡Eva!», chilló Marianna cogiéndola por los hombros, y Eva, que estaba disfrutando del tacto liso del cristal rodando sobre su lengua, se levantó de un salto y la canica se le alojó en la garganta. «¡Escúpela!», le mandó Marianna, hizo que se diera la vuelta y con los dedos intentó abrirle la boca haciendo palanca. Eva se atragantó y empezó a farfullar mientras la cara se le teñía de un rojo intenso y oscuro. «¡Ayuda, por el amor de Dios!», gritó Marianna, cada vez con más pánico, y, antes de que le diera tiempo a quitarse los guantes, fräulein Schulze la había apartado de en medio. Agarró a la niña y con un rápido movimiento del brazo la puso boca abajo y la golpeó con fuerza en la espalda hasta que la canica salió despedida y rodó por el suelo.

Marianna se dio cuenta de que estaba temblando.

«¿En qué estaba pensando para dejar a la niña aquí, sola?» Como fräulein Schulze no le respondió, Marianna aprovechó la oportunidad y le ordenó que hiciera las maletas y se fuera. «Evschen, mi niñita.» Quiso abrazar a su hija, pero Eva se soltó y corrió hacia sus hermanas que, con la cara lívida y llena de rabia, se agarraban a la falda de Schu-Schu.

*

«¿Una canica? —Wolf levantó una ceja—. ¿Es tan peligrosa una canica?» Pero Marianna no quiso responder. Se había pasado llorando la mayor parte de la tarde, esperando que volviera su marido, y ahora que le había dado la noticia, se presentaba ante él con una apariencia de fría serenidad que Wolf no sabía entender.

«¿Un mes de salario? ¿Nada más? —preguntó preocupado—. Lleva más de un año con nosotros.» Marianna se limitó a repetir que había reservado una plaza para Ulm a nombre de fräulein Schulze y que tendría que estar en la estación a las ocho de la mañana siguiente.

*

Marianna estaba con las manos cruzadas mirando fijamente los rostros enrojecidos y oscuros de sus hijas. «Me las apañaré», había dicho cuándo, poco antes ese mismo día, Wolf había mencionado que posiblemente tendría que ir a comer con unos comerciantes de cereales que acababan de llegar a la ciudad.

«Vamos, mis pequeñinas queridas, no seáis tontas —se aventuró a decir cuando vio que no disminuía la intensidad de su exhibición de desconsuelo—. No es el fin del mundo...» Pero los gemidos y la exasperante e interminable repetición del nombre de Schu-Schu ahogó sus palabras. A media tarde, Marianna sintió que le subía la presión del malhumor y tuvo que contenerse para no ir corriendo a la cocina a buscar una palangana de agua helada. Se imaginaba el agradable ruido del agua al salpicar las tres bocas chillonas repentinamente asustadas y silenciadas. Pero se retorció las manos con fuerza, reprimiéndose, y mandó llamar a Nanny, que tenía la tarde libre.

La mañana siguiente Bina todavía se negaba a comer, y Eva y Martha, que habían encontrado pequeños recuerdos de su institutriz —un broche y un pasador de pelo con incrustaciones de cuentas— metidos bajo sus almohadas, berreaban con renovadas fuerzas. Marianna hizo llamar al médico.

«Un posible caso de fiebre —diagnosticó— No siempre es grave, pero en este caso toda precaución es insuficiente.» Con los ojos entrecerrados recetó un medicamento que había que administrar a intervalos durante todo el día. Marianna, desgarrada entre el respeto que le merecía el médico y su reticencia a traicionar a sus hijas, anotó sus instrucciones y le pagó la factura.

«¿Y si habían enfermado de verdad?» Habiéndose olvidado por completo de lo que le había pasado a Eva, de la canica y de la brusca partida de fräulein Schulze, empezó a administrar la medicina de sabor amargo, obligándolas a tomársela y añadiendo así un nuevo motivo de queja contra ella. Nanny no era de ninguna ayuda: pese al cariño que le tenían las niñas, durante el último año fräulein había sabido socavar su autoridad. Antes, Nanny las habría hecho callar con una mirada severa o quitándoles alguna golosina, pero ahora sólo conseguía que se rieran de ella.

«Yo fui la niñera de vuestro padre —les decía—, hace muchos años, y nunca me causó tantos problemas.» Por un momento, ellas se

quedaban en silencio, recordando cómo su padre se paraba a menudo, le cogía la mano blanquecina y se la llevaba a la mejilla, y no la llamaba Nanny sino Omi Lise, como si fuera su abuela verdadera.

Tras otras cinco accidentadas noches de lamentos interminables, fue Emanuel el que sugirió que se readmitiera a Schu-Schu. Estaba en el cuarto de las niñas, contemplando a sus hermanas con los ojos enrojecidos pero implacables, mientras Eva, agotada por el esfuerzo de mantenerse en vela, se sentaba lívida en su camita.

Marianna se negó a aceptar el consejo de su hijo. En vez de eso, fue con él en carruaje a los jardines del zoológico, donde pasearon por los senderos de grava, aspirando el olor de las plantas exóticas y admirando los animales: la bandada de pelícanos, el gran oso pardo que les miraba lánguidamente.

—Qué pena —dijo Emanuel con los dedos agarrados al alambre del vallado y la mirada fija en el animal, cuya garra arañaba una y otra vez el suelo.

—Apártate —le instó Marianna, a la que las puntas rosáceas de los pulgares de su hijo le parecían muy vulnerables a un zarpazo.

Emanuel la cogió del brazo. Tenía casi trece años y cada mes se le veía más alto. De vez en cuando, hablaba del día en que empezaría a trabajar con su padre, comerciando con cereales en la lonja, y Marianna no cabía en sí de orgullo. Era una sensación que le hacía un nudo en la garganta y entonces le brotaban lágrimas deliciosas. Le cogió con fuerza del brazo y lo llevó hacia los leones marinos.

Se sentaron en el café que había en el centro del parque y pidieron helados. El tiempo que hacía ese día no era el más apropiado para tomar nada frío, y ambos se sonrieron por encima de la plata gélida de sus cucharas.

*

Marianna ansiaba preguntarle su opinión sobre la institutriz Schulze y el extraño poder que ejercía, convencida de que le diría unas palabras sensatas que la consolarían. Estaba mucho más dispuesta a aceptar el juicio de su hijo que el de su marido. Wolf, lo sabía, seguramente se burlaría de ella, convertiría sus preguntas en una excusa para no tomarse en serio el modo en que ella llevaba la casa. Como si la educación de sus hijas pudiera compararse ni remotamente a una limpieza general. Pero se contuvo y no planteó el tema, quitándoselo de la cabeza y recordándose que Emanuel debía tener la mente despejada para el profesor Essenheim, que venía todas las mañanas a darle clases en una amplia variedad de materias.

Emanuel le sonrió maliciosamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Y ahora qué? —preguntó, y a ella no le cupo duda de que él

había adivinado lo que la preocupaba.

—¿Otro helado? —le sugirió y siguieron sentados en la mesita, charlando despreocupadamente y cogiendo cucharadas de delicados sorbos de fruta helada y aromatizada, mientras observaban a la gente que entraba o salía del zoo.

CAPÍTULO IV

SIN NINGÚN motivo evidente, mi padre sugirió que nos pasáramos a ver a su madre una tarde después de comprar salmón al pescadero de St. John's Wood. Yo tenía dieciocho años, estaba en mi primer curso en la escuela de teatro y, por lo que sabía, mi existencia nunca le había sido revelada a la anciana.

«¿Sabrá quién soy?», pregunté cuándo nos detuvimos delante de la casa; él me cogió de la mano y dijo que había días en que ella no sabía quién era nadie.

La casa era de fachada plana y la cubría la sombra de un árbol. Me sorprendió descubrir que mi padre tenía una llave.

—¿Mutti? —llamó en la penumbra del vestíbulo delantero, y le seguí cuando entró silenciosamente. Había un salón tradicional, con una alfombra de color claro sobre un suelo de tablas de madera y un escalón que descendía a la habitación trasera. Y allí estaba. Mi abuela. Eva. Una persona de otro mundo. Nos miró y sonrió. Tenía el cabello blanco y brillante recogido en un moño y los ojos claros y asombrados.

—Buenas tardes.

Mi padre le besó el pelo y frunció el ceño al ver un *solitaire*[3] a medio acabar. Yo me quedé en un rincón. La sala estaba revestida con paneles de madera oscura, y armarios y estanterías de diversas longitudes se ajustaban apretadamente en todas las paredes. Había cajones y pequeños compartimentos y la hoja de una pequeña ventana que daba a otra habitación. Me incliné hacia una fotografía encajada en un marco: tres mujeres jóvenes con vestidos veraniegos de gasa, borrosas y bellas bajo el sol.

—Mutti, ésta es Sarah.

Mi abuela levantó la mirada, abrió los ojos hasta que parecieron blancos y me echó un vistazo. Sonreí y la saludé con la cabeza, pero ella volvió a concentrar su atención en el juego y, aunque me acerqué y me puse a su lado, observándola mientras ella metía las canicas en los agujeros, no volvió a mirarme.

Mi abuela tenía una acompañante que residía en la casa, Meg. Mi padre la llamó desde los pies de la escalera, y con un ruido sordo y un gran grito bajó haciendo retumbar los peldaños.

—¡Señor Linder! ¡Cómo me alegro de verlo! —Miró de soslayo a la mujer a su cuidado y susurró con voz cantarina—: Es una testaruda, eso es lo que es, testaruda y astuta. —Pasó por delante de nosotros despidiendo una vaharada de aliento a whisky, rodeó con el brazo el cuello de mi abuela y la besó con tosquedad, como a una niña.

—Soy Sarah —me presenté cuando fijó en mí una mirada inquisitiva—. La hija de Michael.

Meg se sonrojó y movió las manos con gesto torpe preguntándose cómo había podido olvidarse.

—Sarah —dijo—, ¡Sarah! —repitió, como si fuera algo que acabara de recordar; me hizo sentar y explicarle a qué me dedicaba.

—Estoy en la escuela de teatro.

Levantó las manos y me dijo que había estado casada con un actor, bueno, en realidad con dos, y que conocía a todos y cada uno de los que había que conocer en el negocio.

—Te presentaré a los productores más importantes —insistió agitando una pesada mano; se lo agradecí y me acerqué a mi padre, que daba vueltas incómodo junto a la puerta.

—Adiós, Mutti —susurró mientras salía, pero ella no apartó los ojos del juego, y las palabras que yo le dirigí quedaron sofocadas por un repentino y apasionado abrazo de Meg, que insistía en que volveríamos a ver— nos muy pronto.

—Cenaremos en Le Caprice —exclamó a través de la ventana cerrada y, sin responderle, la saludamos con la cabeza mientras nos alejábamos en el coche.

—Mi madre, Meg, tú y yo... ¿invitamos a alguien más? —preguntó mi padre que, contra todo lo previsible, había reservado una mesa para el sábado en el pequeño restaurante italiano de la esquina de la calle donde vivía.

—¿Podría llevar a Pamela? —pregunté, y cuanto más lo pensaba más me atraía la idea. Pam era mi mejor amiga y, aunque sólo la conocía desde que habíamos empezado en la escuela de teatro, nos sentíamos tan unidas como si hubiéramos superado juntas un verdadero drama. Su familia vivía en Surrey, y me había invitado con frecuencia a pasar el fin de semana en su casa, donde los padres de Pamela hacían todo lo posible por aliviar las penalidades de nuestra vida de estudiantes. Preparaban barbacoas, picnics y elaborados tés con tartas de queso instantáneas y flanes fríos que se deshacían. Nos llevaban en coche a pubs rurales para comer gambas rebozadas en cestas y luego, cuando volvíamos, se cernían sobre nosotras con bandejas de tartas y vasos largos de vino alemán. La madre de Pam incluso nos preparaba paquetes con comida deliciosa para que nos la lleváramos en tren. Galletas de chocolate, envueltas individualmente, y gruesos panecillos blancos de huevo. Pam se conservaba delgada e inmaculada, mientras yo, en cuanto llegábamos a casa, me tumbaba boca arriba en la cama, comprometiéndome a seguir una dieta de tres días sin comer más que uvas.

Pamela Harris era alta y rubia, y llevaba los ojos

permanentemente marcados con rimel. Durante la tercera semana de curso, yo le había salvado la vida. Estábamos trabajando tarde, ensayando escenas de Wedekind, cuando la silenciosa intensidad del acto segundo se vio hecha añicos por un rugido. “¡PAMELA!» Al bramido le siguió un aporreamiento de la puerta, y Pam se aferró a mí mano.

«¡PAMELAAAA!» Los estudiantes que se encontraban sobre el improvisado escenario se quedaron paralizados con las manos sobre la boca. «Te... amo... Pamela.» La voz sonó resquebrajada y furiosa. Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*; y el vello dorado del brazo de Pamela se erizó. «Mierda..., te... amo.»

Estaba desesperado, echando espumarajos por la boca: Jack Nicholson con un hacha, así que tiré de ella y me deslicé por el edificio.

—Rápido, escóndete aquí. —Nos acurrucamos juntas en un cubículo, estremeciéndonos y riéndonos entre dientes, y pusimos cara de susto al *oír* cómo *te* hacía añicos repentinamente un cristal,

—Me matará —insistía ella, así que la ayudé a pasar por una ventana que había muy arriba, por encima de los fregaderos.

Pam se quedó conmigo aquella noche. Se acostó a mi lado en mi cama individual, temblando mientras fumaba, y me hizo prometerle que no la dejaría ni siquiera para ir a buscar un vaso de agua por la noche.

—Claro que no te dejaré —le dije, me acurruqué en su brazo, con su cenicero equilibrado sobre mí cadera, y me sumí en un sueño dichoso y heroico.

*

—¡Sarah! Mi niña querida. —Era Meg, que ya estaba sentada junto a mi abuela, diminuta y frágil con un vestido negro ceniza—. Sarah. —Se levantó abriendo ambos brazos y me apretó contra su seno —. Sarah, Sarah, quiero que te sientes a mí lado.

Pam se sentó frente a mi padre y, mientras Meg me agarraba todavía una mano, hice las presentaciones» Mi abuela miraba de Pam a mí. Mantenía los hombros erguidos, la cabeza un poco agachada y cuando sonreía su barbilla se convertía en un punto, como la mía.

—¿Cómo estás? —murmuró y pude percibir la persistencia de su viejo acento.

—Vino, necesitamos más vino. —Meg llamó al camarero y empezó a ponerme al día de los detalles de la vida de su primer marido, sus fracasos y triunfos—. Para las mujeres es peor, mucho peor —me advirtió, y con resoplidos y suspiros intentó recordar los nombres de los agentes, los que eran famosos cuando vivía su último

marido.

—Pam también está estudiando teatro —la interrumpí—. En realidad, ella es la verdadera estrella de nuestro curso. —Meg se paró en medio del torrente de palabras y se inclinó sobre la mesa para agarrar el brazo de Pam, soltando el mío para coger su vaso. Aproveché la ocasión para sonreír a mi abuela. Me hubiera gustado que se me ocurriera algo que decirle.

—Risotto —le murmuró a mi padre, y él pidió por ella.

—Para mí también —coincidí, esperando establecer de ese modo algún vínculo, pero ella tenía los ojos fijos en Pam.

Pam se reía y miraba boquiabierta a Meg mientras ésta se lanzaba a explicar una teatral anécdota en la que aparecían una mujer sorda, su segundo marido y un perro.

—Es asombroso, ¿y qué hizo él? —Pam era muy brillante dando entradas y Meg apretó todavía más el brazo que cogía. Mi padre atrajo mi atención, me hizo un gesto con la cara sin que nadie lo viera, y yo intenté satisfacerle ofreciéndole a mi abuela la cesta de pan.

Finalmente, Pam se fue al lavabo. Se produjo un silencio mientras todos recuperábamos el aliento y, con la excusa de ir a pedir más vino, me levanté y fui a buscarla.

—Pam, lo siento mucho. —Sus pies apenas eran visibles bajo la puerta del lavabo.

—No pasa nada. Me lo estoy pasando bien —gritó por encima del ruido de la cisterna y safio para reunirse conmigo—. No me habías dicho que tu padre tuviera acento. —Estaba girando la cabeza y ahuecándose el pelo.

—No tiene.

—Vaya si tiene, y bastante fuerte.

Yo estaba indignada.

—¡Si salieron de Alemania cuando él tenía siete años!

Tras pasarnos los dedos por el pelo por última vez volvimos a la mesa.

—¡Sarah! —Meg extendió una mano como si hubiéramos estado fuera durante horas, pero, en lugar de a mí, a quien sentó a su lado fue a Pam. Mi padre me miró y yo, sin mucho donde elegir; me senté frente a él.

—¿Quién es? —Mi abuela me miró confusa, y mi padre, bajando la voz—dijo con firmeza:

—Es Sarah.

Meg le guiñó un ojo y despeinó el pelo con mechas de Pam.

—Se parece a usted, señora Linder, ¿no cree?

—No, gracias —mi padre rechazó más vino.

—Bueno, escribe tu dirección —le ordenó Meg a Pam— y veré qué puedo hacer con esas presentaciones.

Pam me miró y se encogió de hombros y yo, sin saber qué otra cosa hacer, le di un bolígrafo.

Alrededor de una semana más tarde, Pam trajo una carta a la facultad. «Sería mejor que no volvieras a visitarnos —se leía en la letra grande y robusta de Meg—, pues tu abuela parece trastornada tras haberte conocido después de tanto tiempo. Mira, te pareces mucho a ella.»

Y mi padre, cuando se lo conté, tuvo que coincidir.

«Bueno, la verdad es que sí te pareces a mi madre.»

Ninguno de los dos mencionó que la carta hubiera ido dirigida a Pam.

CAPÍTULO V

FRÄULEIN MILNER, la nueva institutriz, era una mujer de veintidós años, con manos largas y un cabello claro y apagado. Cuando se enfrentó a la rabia de la cara desencajada y llena de lágrimas de Bina, tembló, pero en privado insistió en que sabría ganarse a las niñas. La primera mañana las sentó cómodamente en la mesa redonda de su cuarto, bajo la intensa luz invernal que entraba por la ventana, e intentó enseñarles a hacer punto. Le dio a cada una un juego de agujas de madera y un ovillo de espeso algodón blanco, sostuvo las manos en alto como un director de orquesta y con fingida alegría empezó:

«En el bosque entra el cazador...» Deslizó la aguja para dar el primer punto. «El perro rodea el árbol.» Desenrolló una vuelta de algodón. «El conejo salta muy alto.» Las agujas chasquearon. «Y todos se van.» Dio el punto siguiente.

Bina la miraba fijamente sin ocultar su desprecio, mientras Martha, enmarañando sus agujas al montar los puntos, empezó a llorar. Eva arrojó las agujas a la otra punta de la habitación y vio cómo aterrizaban sobre el pelo de una alfombra. Millie, como ya habían empezado a llamarla las niñas, ignoró el giro que estaban tomando los acontecimientos.

«En el bosque... —prosiguió al iniciar una nueva vuelta, y en voz más baja—: El perro rodea...», hasta que, con media toallita blanca para la cara ya tejida, se hubo calmado lo bastante para recobrar una nueva autoridad.

Un mes más tarde, fräulein Milner presentó la dimisión. El motivo que adujo fue su madre, que había enfermado repentinamente, según le explicó a Marianna; pero la razón verdadera no era la indisciplina de las niñas, sino la maldad que las pequeñas habían hecho brotar en su interior. Siempre le había gustado considerarse una mujer amable y divertida, con una disposición alegre que compensaba su evidente carencia de atractivos físicos, pero ahora, cada vez que se lavaba por la noche y levantaba los ojos para mirarse en el espejo oval, veía mezquindad en sus ojos castaños claros y un endurecido y delgado rictus burlón alrededor de la boca.

Tres meses más tarde, después de una sucesión de renuncias llorosas de abatidas jóvenes con las mejores referencias, se envió un telegrama a fräulein Schulze solicitando su regreso inmediato. Wolf se ofreció a ir a buscarla al tren, pero Marianna se negó, insistiendo en que era más que capaz de presentar por sí sola sus disculpas.

Gabrielle Schulze pisó el andén con una sonrisa apenas

disimulada en los labios. Debía de haber venido sonriendo de ese modo por todo el país, pensó Marianna, pero se limitó a tenderle una mano delicadamente enguantada.

«Parece que, después de todo, somos incapaces de arreglarnos sin usted», le dijo. Y los ojos ambarinos de la otra mujer resplandecieron divertidos. Volvieron a casa atravesando la ciudad, con las cabezas educadamente giradas en direcciones opuestas una vez hubo acabado la conversación de compromiso. «¿Está bien toda su familia?», preguntó Marianna, pero le horrorizaba la capacidad de cada pregunta para volverse contra quien la había formulado, y finalmente, agradecida por la contención de la chica al no preguntarle por su propia familia, se sumió en el silencio.

Antes de salir para la estación, Marianna le había pedido a Omi Lise que mantuviera a las niñas ocupadas, encerradas en su cuarto, para, al menos, ahorrarse así la visión del reencuentro con su institutriz en el umbral. Con una sonrisa forzada, le pidió a fräulein Schulze que se apresurara a reunirse con ellas, la dejó en el vestíbulo y se dirigió a paso rápido a su propia sala de estar, donde, después de haberse sentado ante el piano, empezó a tocar un tintineante arpegio con ambos pies colocados con firmeza en los pedales.

Al acercarse el momento de dar las buenas noches a sus hijas, Marianna tuvo que hacer acopio de todo su valor. La estarían esperando, desafiantes si iba, desafiantes si no. Saludó cortésmente con la cabeza a fräulein Schulze, que había estado leyendo espantosas fábulas de un libro, se inclinó sobre cada camita y, una tras otra, rozó todas las frentes con los labios.

«Buenas noches, mamá»—dijeron ellas una por una. Al salir de la habitación el corazón le parecía más leve a Marianna, y empezó a albergar la esperanza de que, habiendo permitido que sus hijas se reunieran con la persona que más anhelaban, tal vez se olvidaran de su rabia y se mostraran afectuosas con ella.

Fräulein Schulze volvió de Ulm con el cabello peinado de un modo distinto, trenzado y rizado por debajo formando una línea ondulada alrededor de la cabeza, y durante su breve ausencia de Berlín también parecía haber florecido hasta el punto de adquirir una belleza antinatural. El resplandor de la victoria, lo llamaba Marianna, pero no le pasó desapercibido que ese estado de gracia se prolongaba a lo largo de la primavera y llegaba al verano, cuando las noches cálidas y el caoba matizado de los árboles hacían resaltar la tez de su rostro en toda su plenitud.

Hasta su marido, por lo general ciego a los atractivos de otras mujeres, se fijó en el cambio.

—Parece que le ha pasado algo a esa chica —dijo—. ¿Crees que

está...?

—¿Que está qué?

Wolfgang Belgard se quitó las gafas.

—Seguramente no es nada. —Empezó a frotarse los ojos—. A lo mejor sólo se trata de que ya empiezo a desvariar al hacerme viejo, pero ¿se pasa el día entero con las niñas?

Marianna se apartó del tocador.

—¿Sabes lo que pienso? —Se acomodó en el diván al lado de su marido—. Creo que podría ser una especie de diablo disfrazado. El Dragón Bonn. O el Monstruo del Mar Negro. He oído rumores de que se ha escapado recientemente de una laguna e incluso lo han visto en el vagón restaurante del expreso de Berlín. —Wolf se rió—. Pero, en serio —le presionó—, me gustaría..., me gustaría que no tuviéramos que confiarle a las niñas.

—Ya hemos hablado antes de esto —suspiró él hundiendo la cabeza entre los cojines—. Probablemente tiene algún admirador secreto. Sin duda alguna, cariño mío, todo tiene una explicación. Ve al parque con ella, mantente atenta a cualquier joven que pase más de una vez por delante vuestro. Un joven que sufra, que vaya leyendo poesía. —Se dio la vuelta y le retiró el pelo suelto de delante de la cara.

—¿Me estás pidiendo que la espíe? —Marianna apartó la mano de su marido™. ¿Crees que no tengo ya bastante en que ocupar mi tiempo?

“Únicamente intento convencerte —volvió a probar Wolf— de que es improbable que estés compartiendo tu casa con un monstruo, ni extranjero ni del país.

Marianna no parecía tan segura.

—El tiempo lo dirá. —Y le dio una patadita para que viera que ya no estaba tan enfadada como antes.

*

Bina, Martha y Eva le rogaron a fräulein Schulze que las peinara con la misma trenza lisa y serpenteante que ella.

«Cuando crezcáis —les prometió sonriendo— y cuando tengáis más pelo.»

A diferencia de Millie, que había intentado convencerlas de que las niñas que cuidaba antes se acostaban temprano —en verano antes incluso de que el sol empezara a ponerse y en invierno justo después de cenar—, Schu-Schu les permitía quedarse levantadas. Se sentaban ya con los camisones puestos y la observaban mientras se desenredaba el cabello y se lo peinaba liso y anaranjado sobre los hombros anchos. No le daba el vigoroso tratamiento con el que Nanny cuidaba su

propio cabello, sino que se lo peinaba con languidez, cogiendo una parte cada vez y haciéndose rayas que dibujaban mapas blancos sobre su cabeza. Cada noche le pedía a una distinta, por orden, que le peinara la zona que le caía por la espalda a la que ella no podía llegar, luego se la dividía en tres y les enseñaba a hacer trenzas permitiendo que compitieran formando gruesas coletas rojas hasta donde su pelo acababa, justo por encima del cojín de la silla. Cuando Marianna entraba a recibir sus besos de buenas noches, ella salía, tapándose la cabeza con un chal, y las niñas contenían la respiración para ver si reaparecería con el mismo aspecto, una combinación de Medusa y payaso, con las abultadas y retorcidas coletas sobresaliéndole y proyectando sombras míticas por las paredes y hacia el techo. Cuando volvía para cantarles una canción más, descubrían que en la intimidad de su habitación se había soltado las trenzas de modo que el pelo le caía, levemente ondulado, formando una cortina sobre sus hombros. Bina, Martha y Eva resoplaban quejándose, pero Schu-Schu encorvaba los hombros y amenazaba con contarles una historia de fantasmas allí mismo, a oscuras. Ponía el pulgar y el índice sobre la vela y amenazaba con apagar la llama.

«Por favor, no», le rogaban con ojos centelleantes, las rodillas rígidas; y ella les dedicaba una última mirada de advertencia mientras las arropaba.

Acompañar a las niñas a la escuela formaba parte de los deberes de fräulein Schulze. Iban al colegio de frau Burtin, junto al castillo, al que había asistido la propia Marianna de niña. Marianna fue con ellas el primer día y descubrió que no había cambiado prácticamente nada. Allí estaba todavía el largo patio y, detrás de los edificios de la escuela, un extenso jardín donde en lugar de flores crecían codesos y tilos. Se jugaba a los mismos juegos, se cantaban las mismas canciones y se seguía sirviendo pastel de canela el día del cumpleaños del director. Las niñas vestían rígidos delantales blancos con lazos a la espalda y una hilera de tres botones sobre un hombro. Marianna se entristeció al recordar a su madre, con sus dedos incansables, cosiéndole un delantal idéntico para cada día de escuela. Seis conjuntos perfectos de lazos y botones, de la tela más blanca y resistente. Pero a ella no le habían enseñado ni la habían educado para coser y, no sabiendo por dónde empezar, había encargado los delantales a una modista de la ciudad.

Cada día, Marianna contemplaba cómo sus tres pequeñas, apropiadamente vestidas, salían para el colegio con su institutriz. Cuando las matriculó, había esperado que les enseñara francés el doctor Burtin, el marido de la directora, que le había transmitido a ella su fuerte acento alsaciano, pero se había jubilado hacía mucho y, aunque todavía se siguiera celebrando su cumpleaños, fue un joven

parisino el encargado de enseñar a sus tres hijas, que recitaban los mismos poemas y canciones, pero con perfecto acento cantarín que les hacía levantar las barbillas y fruncir el ceño como pajarillos. Recitaban «Les hirondelles» y «Le souvenir de peuple» como ella había hecho, y traían a casa los mismos juegos de patio a los que ella había jugado. Se cogían por detrás y serpenteaban por la habitación cantando: «Voy a ir a Jerusalén y tú vendrás conmigo». Era un juego que Marianna había olvidado, pero se agachó y aceptó apoyar ambas manos a cada lado del estrecho cuerpecito de Eva y correr por el apartamento. Recorrieron el pasillo hasta el estudio de su padre, donde las niñas se animaron mutuamente para gritarle: «¿Papá? Vamos a ir a Je-ru-sa-lén, y tú vendrás conmigo».

Marianna les instó a que se callaran e intentó, empujándolas desde atrás, que siguieran adelante. Pero ellas subieron la voz, «Vamos a ir a Jerusalén», y se vio obligada a llamar a fräulein para apartarlas de su labor misionera.

«No me molesta la interrupción*, decía siempre Wolf cuando estallaba una refriega al otro lado de la puerta. Pero la verdad era que estaba tan concentrado en su trabajo que nunca oía las voces estridentes de sus hijas hasta que llegaban a ser chillidos de frustración rabio* sa, puntuados por las peticiones de ayuda de su esposa acompañadas de ruidosos pisotones sobre el suelo de madera.

Schu-Schu, fuerte como un buey, se subía a Eva a la espalda y, cogiendo a las otras dos bajo los brazos, como fardos, se las llevaba al cuarto de las niñas del rincón, dejando a Marianna sola y estremeciéndose, demasiado enfadada para aceptar la invitación de su marido a que se sentara con él mientras acababa su trabajo. Se retiraba entonces al acogedor abrazo de su piano, encendía un purito y dejaba que sus dedos se deslizaran por las teclas; fumaba y tocaba valses tristes hasta que Emanuel llegaba a casa.

Emanuel había empezado a recibir clases de italiano e inglés. Se reunía con un grupo de chicos que leían a Shakespeare juntos en voz alta, turnándose para interpretar uno de los papeles principales. Emanuel siempre volvía a casa de esas reuniones sonrojado y lánguido, con la cabeza demasiado llena de luchas y amores como para querer entrar en cualquier conversación trivial, y con frecuencia se pasaba toda la tarde soñando en su habitación. Marianna sospechaba que podría estar escribiendo poesía. Había encontrado un cajón cerrado en su escritorio y había mirado a su alrededor con la esperanza de dar con la llave. Nunca buscaría nada oculto, pero si su mirada lo descubría casualmente, un poco de curiosidad natural no haría ningún daño,

Marianna se apartó del piano y se acercó a la habitación de Emanuel. Se sentó en la silla de cuero de respaldo alto que él había

querido desde que era pequeño y recogió una pluma que estaba caída a su lado. La sumergió en tinta, dejó que se formara una gota aceitosa y se deslizara por la punta hasta que cayó sobre el papel secante. El papel la absorbió muy rápido y la gota desapareció entre los sedientos granos. Absorta en la suavidad con la que la tinta se deslizaba por la plumilla se dio el gusto de recoger una gota más. ¿Qué estaba haciendo dejando pasar el tiempo de ese modo? Tenía cartas por escribir, pero antes de salir removió de nuevo el cajón cerrado.

*

Marianna se pasó meses echando ojeadas a la habitación, pero finalmente acabó encontrando la llave del cajón cerrado de Emanuel. Al girarla y sentir que la cerradura cedía con un leve chasquido chirriante le temblaba la mano. Era lo que había esperado. Fajos de páginas escritas de arriba abajo, amontonadas y atadas con trozos de una cinta roja delgada. Marianna cogió el primer montón y dejó que los papeles se doblaran sobre sus rodillas. Las hojeó con impaciencia, sin saber muy bien qué estaba buscando. «Sus ojos brillan oscuros a la luz del invierno, sus mejillas son pálidas, sus labios brillantes...», leyó al final de una página, escrita con una caligrafía antigua y redondeada. Entre los trabajos escolares y las traducciones había más tentativas de escribir poesía. «Sus ojos empalidecen, el latido de su corazón se ralentiza...» Marianna sintió un calor peculiar al saber que no se había equivocado sobre su hijo. Se aferró a su orgullo y lo utilizó para contrarrestar la desagradable sensación de haber fisgoneado. «Su pelo se enreda vigoroso en llamas de oro.» Se sintió repentinamente desconcertada ante la pasión de las palabras, pero al momento, sonriendo fugazmente, se tranquilizó pensando que, después de todo, Emanuel parecía un poeta prometedor.

Oyó un crujido en el pasillo y colocó rápidamente las páginas, amontonándolas en el orden correcto, dentro del cajón. Giró la llave y la deslizó bajo el papel secante, donde la había descubierto al ver su bulto pequeño e irregular. Entonces, para encubrir su respiración entrecortada, ahuecó las almohadas de la cama y abrió la punta de la sábana. Echó una última mirada al escritorio para cerciorarse de que todo estaba en orden y salió al pasillo. Le llegó un murmullo de voces procedente de la cocina, donde la cocinera contaba ruidosamente historias licenciosas de la familia para la que había trabajado antes y disfrutaba viendo cómo se ruborizaba y tapaba la boca Dolfi, la doncella, quien, en su próximo día libre, a la cocinera no le cabía duda, se las contaría a su hermana, que también trabajaba de doncella.

*

Wolf estaba repantigado en el diván, contemplando con calma a Marianna, dedicada a la cotidiana tarea nocturna de quitarse las horquillas del pelo.

—¿Estás bien, cariño mío? —le preguntó abstraído en los lentos movimientos de su esposa, que mantenía los brazos suspendidos en el aire sobre la cabeza.

—Sí —sonrió y empezó su tarea—. Estoy perfectamente.

Wolf se incorporó para poder ver su propio reflejo en el espejo de tres cuerpos. Desde el nacimiento de sus tres hijas, había estado atento al menor signo de melancolía.

—Necesitas cambiar de aires —le dijo a Marianna, y antes de que tuviera tiempo de prometerle un paseo vespertino por el campo, ella se volvió y sugirió que hicieran un viaje a Italia.

—No puedes negar que la Schulze tiene a las niñas bajo control. —Wolf, encantado por ese chiste contra sí misma, se encontró con que había aceptado la propuesta—. Podemos llegar hasta Roma —dijo Marianna; él se levantó y se sentó a su lado, empujándola sobre el asiento tapizado de modo que tuvo que cogerla rápidamente por la cintura para que no se cayera.

Italia había sido el destino que habían elegido para su luna de miel y habían prometido que regresarían. Habían viajado hasta Lucerna y luego a Milán, donde la catedral de mármol blanco les había traído a la memoria una pastelería de Berlín. Esa confesión, confiada tímidamente, les había unido tan íntima y cálidamente que, aunque era febrero, Marianna todavía recordaba Milán como una ciudad de cielos azules y avenidas de árboles florecidos. De allí habían ido a Génova, con sus estrechas callejuelas y las carreteras elevadas y blancas por encima del mar. Se alojaron en un pequeño hotel, conocido por su chef francés, donde todos los huéspedes se sonreían y se hacían señales con la cabeza cada vez que ellos entraban en el comedor.

«Oh, no, si llevamos más de un año casados», se quejaba Marianna cuando les felicitaban, pero se daba cuenta de que nadie la creía.

Una semana antes de la fecha prevista para su partida hacia Italia, Marianna y Wolf fueron invitados a una fiesta en la casa de Tiergarten Strasse donde se habían conocido. A Marianna la hizo pasar a cenar el director del Banco Alemán.

«Cuando estén en Roma —le dijo—, no pueden dejar de hacerle una visita al Papa.» Marianna se rió, pero él se empeñó en que si le dejaba su tarjeta al cónsul prusiano en el Vaticano, era muy probable que consiguiera una audiencia. Él lo había hecho el año anterior.

«Asegúrese de llevar un vestido de seda negra, y que su marido tenga un esmoquin preparado.»

El primer domingo que pasaron en Roma, Wolf y Marianna fueron en carruaje a la residencia del embajador y dejaron su tarjeta.

«No esperes volver a tener noticias al respecto», le había advertido Wolf, pero tres días después recibieron una invitación, gofrada en oro, a nombre de Su Santidad el Papa.

Marianna se compró un pañuelo de encaje negro para cubrirse la cabeza, según se solicitaba en la invitación, y Wolf se puso su traje de etiqueta. A la hora señalada, cogieron un taxi para el Vaticano.

—Mira a todos esos católicos romanos —susurró Marianna cuando dos mujeres que llevaban idénticos pañuelos de encaje sobre sus cabellos se apearon de un coche de caballos.

Wolf la pellizcó.

—Chiss. Los conozco. Son los Goldstein de Charlottenberg. —Pero antes de que pudieran llamarlos, un guardia con uniforme bordado en oro les ayudó a apearse y los condujo al lugar que tenían asignado en las estancias privadas del Papa, donde les dejó bajo una pintura que representaba el encuentro de Moisés.

Clérigos con hábitos de seda azul, verde y púrpura entraron en fila en la sala y se anunció que, cuando pasara Su Santidad, el grupo allí congregado tenía que arrodillarse y prepararse para besar el Anillo del Pescador de San Pedro. Poco después apareció el Papa en persona. Iba vestido de un blanco níveo y resplandeciente y hacía la señal de la cruz antes de extender la mano para que se la besaran, acto en el que nadie se podía demorar más de un segundo. La mujer que estaba al lado de Marianna, una francesa de expresión afligida, le retuvo con un prolongado lamento acerca de su hijo enfermo.

«Rece a Dios Santo», le dijo, pero ella le replicó que ya lo había hecho y con muy poco éxito. Marianna no estaba segura de sí fue porque él no entendió el francés que hablaba rápidamente la mujer o porque sencillamente no quiso prolongar la conversación, pero el caso es que siguió adelante tras murmurar una respuesta en italiano, que la mujer no entendió. Marianna besó el aire por encima del anillo y le dejó pasar.

«Vaya, ¿qué te ha parecido?», se rió Wolf cuando más tarde estaban sentados con los Goldstein en una trattoria junto a las escaleras de la Plaza de España, y brindaron con vino tinto por un futuro más ilustrado en el que todas las religiones acabaran coincidiendo. Marianna levantó la copa y pensó en el hijo enfermo que se había quedado solo mientras su madre realizaba su peregrinaje desde Francia. Dejó que el denso vino tinto le hiciera entrar en calor y de repente sus pensamientos divagaron agradablemente hacia sus propios hijos, sanos en casa, aunque, por este único mes, no había

quedado más remedio que dejarlos bajo la supervisión de Gabrielle Schulze.

*

Sólo después de su regreso de Italia los Belgard se enteraron del inverosímil regalo de Gaglow. Durante tres generaciones, la finca había sido propiedad de la familia de Hans Dieter, quien a lo largo de los años había amasado una pequeña fortuna en deudas impagadas. Wolf le había suministrado cereal a crédito durante cuatro temporadas consecutivas, sin dudar en ningún momento que acabaría saldando la deuda, pero la afición al juego de Hans Dieter le había dominado y le arruinó y, para evitar la bancarrota oficial, empezó a distribuir sus bienes.

«Quédese la casa como pago —le ofreció—, y las cuadras, los carruajes... —en ese punto se ruborizó y balbuceó—: y también los campos que se extienden hasta el pueblo.»

Wolf no sabía qué hacer.

«¿Y por qué no íbamos a aceptar la tierra? —insistió Marianna cuando se lo contó, mientras, sentado en el tocador, le rozaba con las puntas de los dedos las ondas de su pelo—. ¿Debemos decir que no porque somos judíos?» Y se rió con una risa dichosa que él siguió escuchando durante varios días.

Wolf y Marianna fueron a Gaglow en carruaje, salieron por la mañana justo cuando amanecía. Era un viaje de tres horas y Wolf, que había recorrido antes aquella carretera, señalaba las vistas, las antiguas posadas de vigas negras que se extendían por la pendiente de un lado, y un árbol en el que había caído un rayo.

Hans Dieter no estaba casado y sólo había utilizado la finca para el descanso veraniego y para recibir a sus amigos. Tenía un aspecto gris y abandonado, pero aun así, cuando entraron en el camino recto y empinado, Marianna se quedó boquiabierta ante la belleza de la casa.

—No me habías dicho que estaba en una colina.

Se volvió hacia su marido, que sonrió ante su entusiasmo y se encogió de hombros.

—¿Importa mucho?

Dieron vueltas por los prados crecidos y herbosos y miraron por todos lados hacia las granjas con campos plantados con esmero que se extendían más abajo. La casa parecía oscura y sombría, sin nada detrás más que el cielo, y Marianna empezó a planear que plantaría enredaderas a lo largo de las paredes y adornaría los fríos alféizares de las ventanas de piedra con flores.

Hans Dieter también había venido para reunirse con ellos. Nada más verlo, Marianna supo que le carcomían los prejuicios. Con su

marido se comportaba correcta y cortésmente, pero a ella la miraba de soslayo, con unos ojos llenos de indisimulada repugnancia. Marianna se sintió repasada de arriba abajo, como si fuera una extranjera. Eso hizo que se reforzara todavía más su resolución de aceptar la casa, y miró directamente a los ojos a su anfitrión sin molestarse en simular que le devolvía la sonrisa fría que había asomado en ellos.

«Es un hombre bastante decente, pese a toda su debilidad»—dijo Wolf cuando se quedaron a solas, y Marianna le apretó el brazo y le comentó con ternura que era demasiado bueno y tonto para vivir en este mundo.

Hans Dieter les había enseñado la casa, desde el ala oeste con los salones hasta el patio exterior. Las cocinas, explicó, estaban en la parte de atrás, tan lejos del comedor que habían tenido que practicarse agujeros en varias paredes para que sirvientes situados en los pasillos se fueran pasando la comida. De ese modo, era más probable que los platos llegaran todavía calientes a la mesa. Hans Dieter les acompañó al piso de arriba, recorrió con ellos los cuartos de los niños desiertos y hasta les permitió asomarse a sus propias habitaciones privadas, donde Marianna vio una cama cubierta de pieles, todavía con las colas y las garras de los animales que colgaban como los flecos de un edredón. Apretó los dientes y no dejó que le subieran los colores. Retrocedió y descendió por la amplia y curvada escalera, diciendo por encima del hombro que prefería estar fuera.

El manzanal, al que las frutas tempranas daban un color rojo y verde, despedía un olor fuerte a las manzanas del año anterior que no habían sido recogidas. La tierra se aplastaba y cedía bajo las botas de Marianna. Levantó los brazos, se agarró a una rama sin corteza y se colgó de ella, dejando que los pies se separaran del suelo y oscilaran suavemente sobre la hierba. Recogió una manzana pequeña y dura y se la metió en el bolsillo. Luego dio la vuelta, fue a la parte trasera de la casa y entró en el huerto. Estaba demasiado crecido y durante años sólo lo habían utilizado los sirvientes. Una higuera oscura y sombría se desplegaba al lado de una pared, pero las zarzas y las malas hierbas impedían que se pudiera llegar hasta ella; en otra pared se veían los rastros secos de enredaderas y un albaricoquero que había sobrevivido. Sólo se había mantenido bien cuidada una larga franja del huerto, donde había plantadas hileras sucesivas de coles y patatas.

Wolf apareció en la puerta y la llamó. Se rió cuando ella caminó a grandes pasos hacia él, con las botas de cuero embarradas y las palmas de las manos teñidas del color verdoso del liquen.

«Me da la impresión de que ya has tomado una decisión»—dijo, la cogió del brazo y la llevó de vuelta a la puerta principal de la casa, donde tenía documentos, ya redactados, para que los firmara Hans Dieter.

Wolf y Marianna pasaron aquella noche en una posada del pueblo. Se había corrido la voz de que eran los nuevos propietarios de Gaglow, así que les recibieron con una curiosidad indisimulada y tuvieron que esperar mucho para que les sirvieran la cena.

«A los niños les encantará»—dijo Wolf; Marianna sonrió y pensó en Emanuel en los años venideros. «Sobre todo a las niñas», añadió su marido guiñando un ojo, e hizo chocar el vaso con el suyo.

*

Eva, Martha y Bina contemplaban el rostro ruborizado de su madre mientras les daba la noticia. Vieron el brillo de sus ojos e intuyeron los planes de grandeza en los movimientos nerviosos de sus dedos. Para fastidiarla, permanecieron inconmovibles.

—Parece rematadamente feudal —dijo Bina—. No pienso ir a no ser que tenga que hacerlo. —En solidaridad, sus dos hermanas coincidieron con ella.

Bina tenía diez años. Sentada con la espalda recta en el oscuro dormitorio de su piso de Berlín, se preguntaba en voz alta qué les habría sucedido a los pobres hijos pequeños de Dieter, ahora que los habían echado de su propia casa.

—Pero papá nunca lo permitiría. —Martha estaba espantada.

—No —coincidió Bina—, no lo permitiría.

—¿Quieres decir que ella le ha engañado? —preguntó Eva.

Y Bina susurró solemnemente que sí.

—Schu-Schu dice —prosiguió bajando la voz— que nuestra madre ha llegado mucho más lejos de donde le correspondería. —Eva y Martha la miraron, sin tener muy claro qué quería decir exactamente, pero convencidas de que su indignación era necesaria y estaba justificada—. Ahora ya lo sabéis —añadió Bina y, después de jurar que no se dejarían engatusar por su madre, se volvieron a sus camas.

La primera vez que Eva vio la casa, con los pintores colgados de los alféizares de las ventanas y los jardineros moviéndose arriba y abajo por la hierba, sintió un impulso incontenible de correr a su alrededor, de pasar los dedos por la textura de las paredes y explorar los salientes y escalones secretos que el sol calentaba al bies, pero vio a fräulein de pie, mirando con desdén a su alrededor. «Lo que me imaginaba», parecía decir. Y Eva se quedó dónde estaba.

Las niñas rodearon la casa caminando en fila. Bina mantenía una expresión lúgubre, lanzando miradas de reproche a sus hermanas cuando la largura de un pasillo o una chimenea con un cañón tan ancho como un hombre las hacía distraerse. Martha se quedó absorta en el serpenteante laberinto de las cocinas y Bina se vio obligada a empezar a cabecear como una anciana murmurando: «¿Cómo van a

comer ahora los pequeños de Dieter, vagabundeando por las calles?».

Cuando Bina y Eva desaparecieron en una inmensa despensa, Eva aprovechó la oportunidad y subió por un tramo de estrechas escaleras. Se encontró en la primera planta y empezó a ir de habitación en habitación, oyendo las voces que subían desde el salón de baile donde su madre estaba encargando cortinas, fundas y piezas para sustituir los fragmentos perdidos de una araña. Eva siguió subiendo por la escalera principal y fue a parar al cuarto de los niños. Reconoció el techo bajo y blanco y la doble hilera de ventanas azul celeste, que eran tal como su madre se los había descrito. Una noche, Eva se había acostado tapándose las orejas con una almohada, mientras Marianna intentaba insuflarle el espíritu de la casa. Le había hablado entre murmullos de las golondrinas y los manzanos florecidos, de la fuente, helada en invierno, pero Eva enterró la cabeza todo lo que pudo en la cama y cerró los ojos intentando concentrarse en imágenes de bosques frondosos, lobos y Hansel y Gretel buscando migas desesperadamente.

Eva se quitó los zapatos y se deslizó por el pasillo de una habitación a la siguiente. El suelo había sido cepillado y pulido de modo que parecía tan liso como mantequilla, y en todas las habitaciones había una inmensa chimenea y una hilera de ventanas altas. En el cuarto del fondo, abajo, en el zócalo, con una letra infantil y ya descolorida había escrito: «Ésta es mi habitación y la amo».

Eva se arrodilló para examinar el mensaje. Se imaginó que lo habría dejado allí uno de los hijos de Hans Dieter; o el propio Dieter, o si, como Bina le había contado, la familia había vivido allí durante cientos de años, incluso lo podría haber escrito su abuelo cuando era pequeño. Eva quiso tapar el mensaje y guardárselo para sí. Miró a su alrededor y, como no encontró nada con que cubrirlo en aquella habitación sin amueblar, arrancó el trozo de papel con las palabras y se metió la tira en el bolsillo dejando una estrecha franja de yeso al descubierto.

CAPÍTULO VI

—HE RECIBIDO otra carta —dijo mi padre— sobre la finca. —La agitó delante de mí y, por un instante, me sorprendió que estuviera escrita en alemán.

—¿Menciona el teatro? —pregunté moviéndome torpemente hacia el sofá, completamente vestida todavía.

La miró con atención, con las gafas caídas sobre la nariz, traduciéndola a medida que leía:

—«Los descendientes de las hijas de Marianna Belgard... tienen derecho... pero sólo previo acuerdo sobre una comisión estipulada.» Oh, ha bajado al cuarenta por ciento. —Se dirigió con buen ánimo hacia el caballete.

—¿Y no dice nada de Gaglow? —Entré en el lavabo para desvestirme. Era febrero y, por primera vez en mi vida, tenía las manos y los pies calientes en invierno. No había tenido que tensar los hombros para combatir el frío e intensas oleadas de sangre daban color a mi cara. «Me encuentro estupendamente», murmuré para mí, y en un repentino acceso de alegría me solté el peto y lo tiré al suelo. La camiseta se me había enrollado hasta las costillas y el estómago sobresalía formando un ángulo, como una judía— ¿No podrías llegar a un acuerdo? —grité mirándome de lado en el espejo, comprobando cuánto tenía que inclinarme para verme los dedos de los pies—. Si él te encuentra Gaglow, ¿pensarías en pagarle la comisión por el resto?

—Estoy listo —me respondió sin hacerme caso, salí y me lo encontré esperándome, con el pincel en la mano y el caballete colocado en posición.

—Aunque, bien mirado —estaba demasiado animada para calmarme—, supongo que no depende sólo de ti. —Al estirarme sobre el sofá, los viejos muelles y tiras de tela chirriaron bajo la tensión.

—No —coincidió—, no depende sólo de mí. También están todos mis espantosos parientes. —Se puso a mezclar más pintura.

En cuanto paramos para nuestro primer descanso, examiné detenidamente la carta. «Gottfried Gessler.» La firma parecía maliciosa, y me pregunté si alguno de los diversos primos de mi padre, a quienes yo nunca había visto, también habría recibido noticias suyas.

*

Pam se reunió conmigo en el hospital.

—¿Estás bien? —Me cogía la mano y cada vez que se abría una

puerta las dos levantábamos la mirada.

El bebé tenía que nacer dentro de cuatro semanas y todavía no se había dado la vuelta.

«Es un bebé muy grande —me había advertido el doctor— y no es probable que ahora se mueva solo.» Me había pinchado tanto el costado, palpando para buscarle los pies, como el estómago, que, liso y tenso como una piel de becerro, se había deslizado hacia la izquierda.

—Según parece, mi médico es el rey dándole la vuelta a los bebés —le susurré a Pam—. Tiene una tasa de éxito del ochenta por ciento —y luego, bajando aún más la voz, añadí que sabía que el mío no se iba a dar la vuelta.

—No digas eso. —Me puso mala cara, y empezó a pensar en las alternativas, pero yo me había dejado llevar por una cálida sensación de orgullo—. Eres tú —Pam tiró de mí—, eres tú.

*

Pam se echó hacia atrás y contempló la movida pantalla buscando algún indicio del sexo. El latido del corazón retumbaba, rápido y fuerte, mientras el doctor Mok se inclinaba a mi lado.

—Estoy intentando que se dé la vuelta de esta manera —explicó y empezó a darme un masaje y apretar. El bebé, como yo había predicho, se clavó en los talones y se negó a moverse. Al poco, su cuerpecito entero se apretaba bajo mis costillas, pero su cabeza no bajaba.

—No quiere darse la vuelta —imploré, mirando a Pam para que interviniera, pero el doctor se empeñó en un último intento.

—Testarudo pequeñuelo —dijo el doctor Mok enfadado rindiéndose por fin, y yo puse mis dedos protectores sobre la cabeza de mi bebé, percibiendo cómo extendía la espalda mientras dos piececillos se estiraban voluptuosamente para pisotearme la vejiga.

*

—Necesito desesperadamente un té y una tarta —dije con voz entrecortada en cuanto salimos.

Pam me cogió del brazo.

—No estaba mal tu médico, ¿no te parece?

—Es un tipo de hombre que carece de todo atractivo —me burlé de ella—. Veo que tu gusto no ha mejorado.

Pero Pam se limitó a levantar las cejas para hacerme saber que yo no tenía la menor posibilidad con él.

—¿Cómo?

—Vale, vale, tú ganas —y cruzamos *rápidamente* la calle hacia un café.

—¿Pam? —Ella ya sabía lo que iba a preguntarle. Yo estaba sentada de lado en una mesa, contemplando cómo nuestros platos de tarta de fresa se acercaban a nosotras desde arriba—. ¿Podrías…? ¿Crees que podrías soportarlo, ya sabes, estar en el parto, si acaba teniendo que ser una… una operación?

—¿No me estarás diciendo en serio que pretendes permanecer despierta? —Bajó la mirada a las venas de zumo que jaspeaban su tarta.

Asentí.

—¿Estás segura de que no preferirías a Mike? Después de todo… O a tu madre, o a…

—No.

—Pero no puedes impedírselo a Mike, si él quiere.

—¿Y quién dice que quiera? —Entonces, dominada por una repentina oleada de pánico, pregunté—: ¿No habrás estado en contacto con él, verdad que no?

—Por supuesto que no. —Mientras ella echaba una bocanada de humo por encima del hombro, me acabé hasta la última miga de mi tarta, raspando el tarro de crema con el lado plano del tenedor—. Bueno —Pam se inclinó hacia mí, sonriendo—, ¿sigues creyendo que es una niña?

Negué con la cabeza y levanté las manos para taparme las orejas.

—Porque, mirando la pantalla…

—¡Basta!

—…puedo decirte que no se veía un pijo.

Me reí. Aliviada y desilusionada.

—Si fueras tú, ¿de verdad crees que te gustaría saberlo?

—¿Que si me gustaría? —Pam encendió otro cigarrillo—.

Me gustaría saberlo ahora y ni siquiera estoy embarazada.

—Pam —de repente me sentí cansada—, si crees que no puedes afrontarlo…, lo entendería. —Pero ya me estaba cogiendo la mano, insistiendo en que prefería estar conmigo en ese momento antes que en cualquier otro sitio del mundo.

*

Pam se compró un teléfono móvil y me llamaba varias veces al día para comprobar si yo estaba intentando ponerme en contacto con ella.

«Me pasé casi una hora en el metro para ir a una estúpida audición.» Me sentía culpable al alegrarme cada vez que ella no conseguía un empleo.

Nunca hablábamos de la posibilidad de que la llamaran para trabajar fuera. Casi todos los días surgía una nueva amenaza. Un anuncio en Estambul, una obra de teatro en Hull, un pequeño papel en una película que perdían el apoyo financiero justo a tiempo. El doctor Mok quería asignarme un día para una cesárea, pero yo, testaruda como mi bebé, preferí esperar y dejar que el pequeño eligiera el momento. Las comadronas pusieron mala cara y se quejaron porque no querían que las molestaran con una emergencia en plena noche, pero no pudieron hacer nada para obligarme.

Y entonces, cuando ya estaba completamente preparada, recibí una llamada de Mike. Cuando estiré el brazo y cogí el teléfono, me encontraba sentada en el suelo, respirando profundamente, cogiendo aire alternativamente por cada aleta de la nariz.

—Soy yo.

El corazón me latió con fuerza y por un instante me entraron ganas de simular que no reconocía la voz.

—Oh, hola —dije en un tono despreocupado y alegre desechando mi primer impulso. Hubo una pausa. Por lo que sabía él, yo ya había tenido nuestro bebé, que debería estar durmiendo en mis brazos.

—Me tropecé por casualidad con Pam... —tartamudeó—, y me dijo..., me dijo que el trasero del bebé...

De repente no pude hablar. ¿Qué estaba haciendo yo allí, hojeando un libro de posturas de yoga, saltándome las páginas en las que aparecía un hombre masajeando los pies de su compañera?

—Sólo quería decirte que yo también nací boca arriba. —Sonó triunfante—. Nací en una cesárea, y mi madre repite que es con diferencia el mejor modo de tener un bebé.

Toda mi autocompasión se desvaneció.

—¿Así que lo que estás diciendo —le espeté por el teléfono— es que este bebé ya se está pareciendo al maravilloso ser que eres tú? —Y asfixiada por la ira colgué de golpe el aparato.

Por un instante permanecí sentada con las piernas cruzadas y serena, mirando fijamente el siguiente ejercicio, y luego, incapaz de seguir fingiendo, me dejé caer de lado y sollocé hasta que las lágrimas formaron una mancha blanda sobre el suelo y la sal de la cara empezó a picarme.

*

Nunca mencioné a Mutti a mis hermanas. Por lo que sabía, había habido otras visitas, todas igualmente desastrosas, que todas nos guardábamos para nosotras. Pero la próxima vez que nos encontramos me fijé en ellas más detenidamente. Natasha era la mayor. Tenía un

pelo tupido y moreno que se encrespaba cuando se lo cepillaba y ojos de pestañas negras. Era alta, de hombros rectos y erguidos, con una nariz idéntica a la de nuestro padre. Kate tenía sólo cuatro meses menos. Más rubia que Natasha, con tez de color miel y gestos de labios y manos extraordinariamente parecidos a los de nuestra hermana mayor, aunque no se habían conocido de niñas. Hasta ese momento yo me había considerado la rara. Era dos años menor, menuda y morena, con ojos de color verde oliva y la boca torcida. «Mi bebé cambiado en la maternidad», me había llamado mi madre una vez, pero ahora, a la vista de los rasgos familiares, veía que no era cierto. Era incluso posible que yo fuera la auténtica Linder. «La verdad es que sí te pareces a mi madre», repetí susurrando las palabras de mi padre, y eso me hizo sentir más segura de él.

*

Pocos años después, sin que nos hubiéramos vuelto a ver, mi abuela murió tranquilamente mientras dormía. Pregunté si podía tener una fotografía suya.

«Claro.» Mi padre eligió la imagen que yo había admirado de las tres chicas vestidas de un blanco estival, sonrientes y repantigadas en el porche. También me dio una fotografía de Eva sola. Estaba de perfil, los hombros echados hacia atrás, los párpados bajados, y su nariz casi perfecta descendía recta hacia su barbilla.

—¡Te pareces tanto a ella! —Mis hermanas miraban atentamente el retrato, siguiendo el pompón de la barbilla—. Es asombroso.

Me ruboricé y me mordí el labio, preguntándome por qué me hacía sentir tan ridículamente contenta.

—Os pediré una copia —ofrecí, pero Natasha dijo que prefería una de las hermanas, Eva, Martha y Bina, repantigadas en las sillas de mimbre, y Kate también quiso una.

La fotografía estaba todavía en el marco, cuya madera se había deslustrado en las esquinas, y resultaba difícil abrir la parte de atrás. Se desprendió un clip que me cayó en la mano y luego se separó el dorso. Las motas de polvo y el olor de un polvillo viejo y dulzón me hicieron estornudar. Al principio creí que la fotografía era desproporcionadamente gruesa, que estaba impresa en cartón, pero al sostenerla en alto me di cuenta de que había una segunda imagen más pequeña pegada al dorso. La separé cuidadosamente y vi un primer plano de un hombre. Estaba vestido de uniforme, el uniforme de cuello alto de la Primera Guerra Mundial, parecía seguro de sí mismo y optimista, y miraba directamente a la cámara. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y apoyaba la barbilla en una mano, una mano tan delicada y suave que supuse que la foto debió de tomarse antes de que

fuera a la guerra. «Emanuel Belgard», decía en el dorso.

Se la enseñé a mi padre.

—¿Quién es? ¿Lo sabes?

Hizo girar la fotografía en sus manos maravillándose ante los distintos matices de gris.

—Es increíble. —Resiguió las letras delicadamente entintadas del nombre—. Mi tío Emanuel. El hermano mayor de mi madre.

—Un tío..., pero si creía que sólo eran tres chicas, tu madre y sus dos hermanas.

—No. —A mi padre le entró una súbita urgencia de empezar a trabajar y colocó el lienzo con una mirada concentrada tan penetrante que tuve que guardarme las preguntas para otra ocasión.

Dejé la fotografía de Emanuel Belgard fuera, con la intención de averiguar algo más sobre él, pero finalmente, suponiendo que debieron de haberlo matado en la guerra como a tantos otros millones, lo volví a poner a buen recaudo, detrás de sus hermanas, encerrándolos a todos juntos en su marco.

CAPÍTULO VII

—ES LA guerra, es la guerra —cantó Bina cuando llegó una carta dirigida a Emanuel con una fecha y una hora para que se presentara a su oficial superior. Bina corrió al armario donde estaba guardado su uniforme del servicio militar y lo descolgó con dificultades. Emanuel se lo cogió de las manos y lo sostuvo ante sí. El óvalo de su rostro pareció encogerse y palidecer sobre el traje.

—Cuando vuelvas a casa —empezó a decir Bina, pero su madre cogió el uniforme y, pasándoselo a Dolfi, ordenó que lo plancharan, airearan y lo mantuvieran alejado de su vista hasta el momento que se necesitara—. Pero cuando vuelvas a casa de permiso —prosiguió Bina —, traerás... —La interrumpió fräulein Schulze que, al enterarse de la noticia, llegó con los colores subidos y tiró una figura de porcelana al suelo, donde quedó rota en tres trozos mellados.

Emanuel salió de la habitación.

—Ve tras él, Eva —la instó Marianna; Eva corrió y le cogió la mano, mientras Martha, Bina, Omi Lise y su madre permanecían en la puerta llamándole para que volviera a desayunar con ellas, aunque ya había pasado la hora.

Wolf Belgard estaba en Berlín, inspeccionando un nuevo almacén. Marianna le envió mensajes frenéticos para que regresara a Gaglow, pero Emanuel mandó a continuación los suyos propios, insistiendo en que no hacía falta que dejara sus negocios a medias, y afirmando que, en su opinión, la movilización no era más que una demostración de fuerza. La guerra, si la había, habría acabado dentro de un mes.

Gruber se puso su mejor librea para recorrer en coche de caballos el breve trayecto hasta el tren. Permanecía en pie sudando a mares con su traje dorado y azul, y tiraba de las riendas con gestos orgullosos de las muñecas que ceñían los puños de la chaqueta. Marianna llevaba un sombrero con flores en el ala y se sentaba junto a Emanuel, anhelando cogerle los dedos con la mano. Bina, Martha y Eva iban enfrente, de espaldas a los caballos.

—¿Lucharás al lado de Josef Friedlander? —preguntó Bina sonrojándose visiblemente.

Martha le dio un codazo.

—¿Era el que estaba en la fiesta con un bigote rizado?

—Con orejas caídas, querrás decir —añadió Eva.

Marianna les frunció el ceño y tomó nota mentalmente para visitar a la madre de Friedlander y ver qué tipo de mujer era.

En la estación había hombres vestidos todavía de civil. Cuando entró el tren, se empujaron, saludaron con las manos y se gritaron. El

ferrocarril era un hervidero de rostros sobrecogidos, rebosantes de valentía, que se asomaban por todas las ventanillas, y de cientos de hombres, sentados sin sombrero bajo la luz deslumbrante en las bateas que habían sido enganchadas al último vagón.

En las puertas, se habían garabateado mensajes en grandes letras chillonas: «A París» y «A la victoria». Esposas y hermanas habían añadido corazones y sus propios mensajes privados de esperanza. Emanuel reconoció muchas de las caras que intentaban hacerse un sitio. Allí estaba el hijo del herrero y los chicos que trabajaban de jardineros en la finca. Les sonrió y ellos le devolvieron la sonrisa, abriendo un pequeño hueco a su alrededor mientras él permanecía envarado en su pesada chaqueta, con los botones abrillantados y los pantalones metidos pulcramente en botas de cuero que le llegaban a las rodillas y se le ceñían a las espinillas.

Marianna estaba a su lado y el aroma de las flores de su sombrero le llenaba la nariz y la boca a Emanuel.

—¿Escribirás? —preguntó ella poniéndole la mano sobre el brazo. Emanuel empezó a dirigirse hacia el tren.

—Manu, Manu —le llamaron sus hermanas. Sintiendo que iba a estornudar, subió de un salto al vagón y Gruber le siguió con las bolsas.

Cuando el tren se alejó, vio a su madre y a sus tres hermanas entre la multitud de mujeres, todas vestidas con blusas blancas de cuello alto y sombreros y pañuelos para protegerse del sol. Agitaban los brazos en un mar ondulante de guantes y dedos, y tuvo que mantener la mirada fija en la cinta azul del pelo de Eva para no perder de vista a su propia familia entre todo aquel movimiento.

Marianna permanecía en silencio mientras el coche de caballos las llevaba de vuelta a casa. Desde debajo del ala del sombrero recorría con la mirada las caras de sus hijas. Ese día le hacía sonreír el recordar cuántas horas de su vida se había pasado preocupada porque Emanuel fuera su único hijo. Había nacido menos de un año después de la boda, y todavía le escocían los ojos cuando pensaba en lo que había disfrutado de él. Recordaba cómo lo vestía, lo lavaba e insistía en que la niñera la despertara si el pequeño lloraba por la noche. «Todo va perfectamente», le tomaba el pelo Wolf, «pero ¿cómo te las vas a apañar cuando tengas a seis hijos todos berreando detrás de ti?»; y luego había colocado una mano expectante sobre su estómago plano. Pero los años pasaban y con cada mes llegaba el familiar dolor que le recorría las rodillas y señalaba, una vez más, que había fracasado en su intento de dar inicio a una nueva vida.

«Tendrás que ser un hijo único, como yo», le cantaba a media voz a su hijo, y pensaba en lo que su padre había denominado «la santa

trinidad» de su propia pequeña familia. Y entonces, una tras otra, nacieron sus hijas.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Martha, y Marianna se enjugó los ojos con el dorso del guante.

Pensó en la posibilidad de contarles algo sobre la vida de un hijo único, su soledad y silencio, pero de repente se encontró recordando a su amiga, la que arreglaba cortinas, que venía regularmente a ayudar a su madre.

—Estaba pensando —le contó a Martha— en una mujer muy vieja, y cómo, cada vez que llegaba al momento más interesante de un cuento, empezaba a tartamudear.

—Qué pesadez —dijo Bina levantando los ojos.

—En absoluto. Solía dejarme recortar flores de papel y prenderlas con un alfiler en la tela... —Pero Martha le estaba susurrando algún secreto a Eva al oído, y Bina, más que escuchar a su madre, se esforzaba por captar qué estaban diciendo sus hermanas.

*

Marianna hizo llamar a su tía Cornelia para que le diera la receta del Pastel de Árbol. El Pastel de Árbol había sido el manjar preferido de su infancia. Era una tarta exótica, dispuesta en capas circulares alrededor de un tronco hueco, con pedazos de chocolate que hacían las veces de corteza; pero sacarle la receta a su tía era la tarea más difícil que imaginar pudiera para hacerle un regalo a Emanuel. Otra de sus tías había estado obsesionada con la limpieza, limpiaba los pomos de las puertas por las que habían pasado sus invitados y le quitaba el polvo a las sillas en que se habían sentado; pero la tía Cornelia se había guardado la receta del Pastel de Árbol para sí y hasta se había construido una identidad alrededor del misterio de sus ingredientes.

*

Querido, queridísimo Manu:

Eva empezó a escribir antes de que su hermano hubiera tenido tiempo de alejarse siquiera.

He estado pensando en nuestros planes para el futuro; ¿crees que, cuando llegue el momento de construir nuestra casa, podríamos conseguir que esté cerca de un bosque? A lo mejor; ahora ya has visto el lugar ideal. Supongo que lo bueno de que te hayas tenido que volver a ir tan pronto es que, cuantos más viajes, más oportunidades

tendrás de encontrar el lugar perfecto.

Eva dobló el codo sobre la página para ocultarle la carta a sus hermanas.

Por favor, no te olvides de que quiero un jardín con una valla de madera alrededor y un árbol ancho con una horquilla para colgar una hamaca. Sé que has pensado tener dos buenos caballos, uno especial para los domingos y otro más tranquilo para cabalgar entre semana, pero últimamente me he estado preguntando cómo me desplazaré yo. Tendría mi bicicleta, claro, pero tal vez debería pensar en un coche. Lo podríamos guardar en una caseta de madera especial y usarlo sólo cuando visitáramos al resto de la familia, algo que, me imagino, tendremos que hacer de cuando en cuando.

Eva miró a su alrededor, a las cabezas inclinadas de sus hermanas. A veces, la tentación de alardear de los planes secretos que compartía con Manu era tan fuerte que no sabía si podría resistirse.

«¿Con qué estás aburriendo a nuestro pobre hermano?», preguntó Bina inclinándose hacia delante para apoderarse de la página, y Eva, manteniéndose leal a su promesa, puso la carta fuera de su alcance, la metió en un sobre y lo cerró.

Bina le escribía breves notas a Emanuel, describiéndole el estado de salud y las aventuras de los diversos perros y, selladas en su propio sobre, repetía las mismas noticias, con redoblada pasión, para que se las remitiera a Josef Friedlander, que servía en el mismo regimiento.

Martha, que se había enamorado indirectamente de Josef a la vez que Bina, añadía poemas en francés y luego, sin saber muy bien si estaba escribiendo en una lengua enemiga, los traducía laboriosamente al alemán.

«¿Y qué me dices de París? ¿Qué harán todas las parejas en luna de miel?», preguntó Martha una noche mientras Schu-Schu le lavaba el cuello, y ésta le prometió que la guerra nunca se interpondría entre una chica y sus planes de matrimonio. Continuó insistiendo sobre el particular, incluso cuando se había establecido la línea del frente a lo largo de Francia hasta el mar, con el enemigo concentrado y alineado en trincheras al otro lado. Schu-Schu le prometió que podría abrirse un camino especial a través de la tierra de nadie para permitir que los recién casados llegaran a París y vieran la torre Eiffel.

*

Wolf volvió a Gaglow a pasar el primer fin de semana de agosto,

y en cuanto llegó el mundo entero se declaró la guerra, como unos fuegos artificiales que se prendieran unos a otros. Rusia, Francia y más tarde Gran Bretaña. Recibieron una carta de Emanuel. Lo habían destinado a un regimiento de caballería y estaba recibiendo la instrucción en un campamento en Schleswig. «Parece —escribía— que lo que va a resultar más difícil de esta guerra van a ser las nimiedades, y el hecho de que estemos ardiendo en deseos de poner nuestras vidas en peligro no tendrá demasiada importancia.» Seguía explicando que, tras una semana atado con una correa a la grupa de un caballo, la mitad inferior de su cuerpo estaba en tal estado agónico que prácticamente no podía sentarse, permanecer en pie o ni siquiera caminar más que unos pasos.

Marianna leía la carta en voz alta, haciendo que sus hijas se ruborizaran y se rieran.

«Pero, por supuesto, nuestro mayor problema es encontrar un método para que los caballos puedan pasar sin su comida favorita. Lo rechazan todo, salvo el pan y las peras más escogidas, aunque cuando refunfuñan les digo que tienen que hacer sacrificios, como todos los demás, pero me temo que se limitan a resoplar con disgusto, apartando los hocicos —lo siento, papá— ante las más exquisitas avenas y cebadas.» Marianna sonrió a su marido. La enorgullecía pensar que el cereal que casi pasaba por sus manos estaba ayudando a sostener al ejército alemán.

*

«Querida familia —escribió de nuevo Emanuel desde Schleswig—, todavía no sabemos con seguridad cuándo partimos. Es posible que no luchemos contra los franceses y los británicos, sino contra ¡indios y japoneses! Qué extraño será, pero me apresuro a añadir que eso no habrá de impedir que venzamos.»

Y cuando, en octubre, su regimiento empezó a entrar en Francia, escribió en un arrebato de entusiasmo: «Anoche dormimos al raso en el campo, envueltos en nuestros abrigos para protegernos de la lluvia, y la moral de los hombres no podía ser más alta. Aquí se encuentran cuarenta y ocho regimientos de caballería, uno junto al otro, ante una interminable línea de trincheras. Leones, húsares, dragones, coraceros. Tengo la abrumadora sensación de que todo saldrá bien, aunque el cañoneo satura el aire. A vosotros os resultará difícil imaginarlo, pero nadie se fija ya demasiado, y las únicas quejas auténticas son sobre la comida. Anoche, el pan era tan denso y con tanta masa que todos preferimos ayunar». Marianna interrumpió la lectura y miró hacia su marido.

—Los belgas —dijo Wolf—, que cortan los enlaces ferroviarios. —

Escondió la cabeza en el periódico y se negó a hacer más comentarios.

—¿Seguro que no puedes hacer nada? —intentó de nuevo Marianna.

Wolf cerró los ojos y puso las manos sobre las de su esposa.

—Tal vez —dijo—, tal vez. —Y, al fruncir el ceño, las dos profundas líneas que se extendían por encima de la nariz se fundieron, disparándose hacia arriba en una gruesa arruga.

*

Wolf Belgard era uno de los pocos que no apoyaban la guerra. «Es un patinazo a gran escala», pensaba en privado, y mientras leía su periódico diario negaba con la cabeza al pensar que ninguno de esos soldados, fueran rasos, oficiales o generales, había disparado jamás un solo disparo en combate.

Bina alargó la mano para coger la última carta de Manu. Repasó a toda prisa las palabras apretadamente escritas, sin acabar de creerse que, una vez más, su hermano no hubiera incluido ningún mensaje de esperanza para ella de Josef Friedlander. «¿En qué está pensando?» La tiró a un lado, y todos los presentes en la larga mesa la miraron fijamente con una amplia variedad de expresiones desaprobadoras.

Martha cogió la carta. Acarició las páginas con la punta de los dedos y empezó a llorar en silencio sobre el papel.

«Por favor, ganad», susurró, y Eva, incapaz de quedarse sentada viendo como las preciosas palabras se emborronaban y disolvían, se la quitó.

Eva leyó la carta de principio a fin, y pese a todo encontró poco que satisfaciera su curiosidad. Emanuel no mencionaba el futuro ni sus planes para después de la guerra. Sólo hablaba de que lo iban a enviar a algún otro sitio. Cuando Eva hubo leído la carta varias veces, buscando cualquier dato que pudiera interpretarse como un código, los platos del desayuno ya habían sido recogidos y todos los demás se habían levantado de la mesa.

Fräulein Schulze le puso una mano sobre el hombro.

«Tus hermanas te están esperando —le dijo—, ¿te has olvidado? Se ha organizado una excursión al bosque.» Eva, distraída de sus pensamientos al instante, se levantó de un salto y corrió a buscar su sombrero. Gabrielle Schulze, al quedarse sola, metió la carta en su sobre y la dobló guardándosela en el bolsillo de su vestido.

*

Bina, Martha y Eva se acomodaron en el carruaje con su madre y se recostaron en sus asientos mientras Gruber ponía los caballos a un

paso regular. Se dirigían a un hermoso paraje donde tenían planeado encontrarse con frau Samson y sus hijas. No habían visto a Angelika ni a Julika desde su visita al Castillo, pero sus nombres aparecían con regularidad en sus conversaciones y Bina había empezado a escribirse con ellas.

—¿Sabíais —dijo Bina con la cara arrugada por la envidia— que entre las dos han tenido siete proposiciones de matrimonio?

—Me pregunto para quién se estarán reservando —comentó Martha sonriendo.

—Bueno, las dos no pueden casarse con el mismo hombre —espetó Bina.

—No, pero eso no impide que las dos quieran hacerlo —añadió Martha y sonrió ante su propia perspicacia al replicar a Bina.

Eva, que se sentaba enfrente, al lado de su madre, se dio la vuelta. Prefería hablar de la guerra antes que seguir escuchando más tonterías. Le dio unas palmadas a Gruber en el hombro y le preguntó por su sobrino, que estaba metido en una trinchera en Francia.

—No hemos tenido noticias suyas desde hace dos semanas —le respondió.

—Oh, nosotros hemos recibido carta de Manu hoy mismo —se jactó Eva y, percatándose de su error, se quedó en silencio.

Para pasar el rato, Marianna se ofreció a contarles el compromiso matrimonial de su propia madre. Bina arrugó los ojos ante la perspectiva, pero Martha no pudo resistirse.

—Por favor, por favor, cuéntanoslo —dijo. Y Eva volvió una oreja hacia ellas.

—Mi madre —empezó Marianna—, una chica de diecisiete años, estaba sentada a la mesa con un inmenso montón de calcetines y medias.

—Qué romántico —se rió disimuladamente Bina. Pero Marianna prosiguió:

—Acababa de empezar a zurcir cuando llamaron a la puerta. Era una prima recién casada que venía con su esposo. Tenía un carruaje esperando y planeaban ir a Franzósisch Buchholz. Mamá estaba encantada, pero su madre dijo que desgraciadamente no podía ir. Necesitaba las medias con urgencia y no había nadie que supiera zurcirlas como ella. Pero mamá, que habitualmente era muy apacible, se empeñó en que tenía que dejarla ir. Le suplicó, le imploró a su madre hasta que, finalmente, después de casi media hora, a ésta no le quedó más remedio que ceder. Dejó las medias a un lado y, tras cambiarse y ponerse su mejor vestido, se subió al carruaje. Era un hermoso día de verano. Los árboles se agitaban bajo la brisa y el cielo era azul, sin una sola nube. —Marianna se detuvo un momento para fijarse en los rostros de sus hijas, atrapadas por una vez en el ritmo

fluido de su propio relato.

—Sigue —dijo Bina frunciendo el ceño.

—Bueno, apenas había llegado el grupo de mi madre se encontró con unos conocidos, una pareja que también le había pedido a un amigo que la acompañara, y este amigo resultó ser nada menos que... —Marianna se sentía triunfante—, ¡nada menos que mi papá!

Pareció como si de algún modo ella misma hubiera organizado aquel encuentro.

—Sigue —la instó Martha; un ansioso destello de lágrimas resplandecía en sus ojos.

—Bueno —dijo Marianna más lentamente—, se enamoraron... al momento, en el mismo instante en que posaron sus ojos el uno sobre el otro... —Se rió, y Martha parpadeó, soltando una gota de agua sobre cada mejilla—. Al día siguiente, papá fue a la casa donde vivía mi madre y pidió permiso para casarse con ella. Y de ese modo —Mariana se cruzó las manos sobre el regazo— se convirtieron en una pareja.

Se hizo el silencio en el carruaje y Bina entrecerró los ojos críticamente.

—¿Eso es todo?

Pasaban a través de espesos bosques por una carretera cubierta con las primeras hojas del otoño. Los árboles se arqueaban en algunos tramos, sus ramas se empalmaban sobre sus cabezas y se las cubrían con ramas de sombras verdes. Eva se recostó en el carruaje y miró al cielo.

—Sin una sola nube —murmuró y empezó a contar los diminutos jirones de blanco entre los árboles.

—Sigue, por favor —instó Martha a su madre, pero Marianna negó con la cabeza sonriendo y arreglándose los dedos de cada guante. Le habría gustado proseguir, pero sabía que sus preguntas llevarían inevitablemente al triste recuerdo de la temprana muerte de su padre y el subsiguiente deterioro de su madre. Habría preferido hablarles de su propio primer encuentro con su marido, de las flores, los bailes y los románticos meses de su compromiso. Les hubiera descrito el banquete de la boda, el ganso asado con patatas nuevas, el caviar y la ensalada de pepino, pero de ese tema no la dejaban hablar. No podía saber que, con la ayuda de fräulein Schulze, ellas habían inventado su propia versión de su matrimonio: que Marianna había sido aceptada por pura pena, y que una mujer de mayor sensibilidad no habría permitido jamás que un hombre como Wolfgang Belgard se sacrificara a sí mismo por ella.

Llegaron a una hora avanzada de la mañana. Frau Samson ya estaba allí con sus hijas, más exquisitas que nunca con vestidos rosas pálidos y sombrillas a juego. Se pusieron a pasear por la orilla del río.

Había un estrecho sendero salpicado de piedras melladas y podía oírse, a lo lejos, el retumbar de una catarata, rugiendo como una multitud enfurecida. Angelika y Julika levantaron sus sombrillas, girándolas con desenvoltura sobre sus hombros. Marianna y frau Samson caminaban por delante.

—¿Has visto alguna vez las cataratas? —preguntó Angelika volviéndose hacia Bina. El sendero era tan estrecho en algunos tramos que tenían que caminar en fila de uno.

—No. —Bina se volvió hacia Martha y Martha hacia Eva. Eva se encogió de hombros y sacó la lengua. Le divertía que el sol, que había estado brillando con tanta fuerza por la mañana, desapareciera ahora constantemente tras una solitaria y espesa nube gris, que lo esquivaba, se pegaba a él y lo seguía como si intencionadamente quisiera dejar en evidencia lo innecesario que eran las sombrillas de las Samson, Pero las hermanas se negaron a cerrarlas ni siquiera cuando la espuma de la corriente que corría a su lado hizo que les temblaran los brazos y su madre se volvió para echarles unos chales sobre los hombros.

Las Belgard iban vestidas con blusas blancas de mangas amplias y faldas largas de lunares. Bina juraba que era la última moda, e hizo que Schu-Schu les sujetara el pelo en trenzas que retrocedían desde las rayas del medio y se retorcían alrededor de los lados de sus cabezas como rebanadas de pan. «Mis tres lecheritas», había exclamado Marianna cuando las niñas se presentaron a desayunar, y Bina le dijo que era la moda de los Dolomitas y que lo había leído en una revista.

La catarata era brava. Caía en un estanque negro que espumeaba y giraba bajo las rocas. Marianna y frau Samson habían llegado las primeras y se apoyaban en una barandilla que había sido colocada especialmente para los turistas. Sus hijas se reunieron con ellas, y se quedaron, todas juntas, hipnotizadas por el silbante borboteo del agua al caer.

—Se puede subir por detrás y verla desde el otro lado —dijo Julika, y empezó a encaminarse hacia el sendero a lo largo de un saliente de grandes piedras húmedas que se introducía en una cueva.

—Por favor, andad con cuidado —íes gritó frau Samson. Marianna las observó mientras se levantaban las puntas de las faldas y avanzaban nerviosas de puntillas. Le hubiera gustado ejercer su autoridad y ordenar a sus hijas que volvieran, pero la perspectiva de descubrir su falta de influencia la contuvo y se limitó a seguirlas con la mirada hasta que el rojo brillante de la falda de Eva hubo desaparecido detrás de una cortina de agua. Frau Samson permaneció en silencio, y ambas mujeres se apoyaron en la barandilla y esperaron.

*

—Aquí está completamente seco —jadeó Eva y su voz produjo un sonido hueco contra la pared del fondo de la cueva. Las otras se arrodillaron todo lo cerca del filo que se atrevieron, metiéndose las faldas por detrás de las rodillas. El agua se deslizaba a su lado en una pantalla inmensa y móvil, trémula y gélida.

A Martha empezaron a castañetearle los dientes y retrocedió hacia el interior de la cueva.

—Tira de mí —dijo y todas las demás se rieron y se burlaron, pero aprovecharon la ocasión para retroceder ellas mismas tres o cuatro centímetros. Se acuclillaron en línea y se cogieron de las manos. A medida que los ojos se les fueron acostumbrando a las salpicaduras húmedas y a la mareante cortina de agua, se dieron cuenta de que podían divisar la sombra verde de los árboles y las siluetas de pájaros que volaban bajo a lo largo del sendero. Angelika agitó los brazos con la esperanza de que su madre pudiera atisbar el brillo rosa claro de su vestido. Y entonces el cielo se oscureció detrás de una nube y el agua perdió la luminosidad. Retumbaba a su lado como acero sólido y gris y resonaba contra el estanque como un cañonazo.

—Es un lugar espantoso —concluyó Eva repentinamente descompuesta de miedo, y pensó en su hermano viviendo en un mundo donde podía caerle encima un cadáver en cualquier momento. Martha, aliviada y a punto de llorar, se ofreció a sacarla de allí. Ellas encabezaron el grupo, temblando según iban poniendo un pie tras otro sobre la siguiente piedra fija, y jadearon para recuperar la respiración cuando por fin salieron a la luz. Las otras las siguieron rápidamente.

—Deberías haber entrado —le dijeron las Samson a su madre, pero ambas se quedaron a su lado, cada una rodeándole la amplia cintura con un brazo esbelto.

*

Hacía casi un mes que no habían tenido noticias de Emanuel cuando Wolf recibió una carta, autorizada personalmente por el káiser, en la que se le preguntaba si estaba dispuesto a suministrar cereal exclusivamente al ejército. Wolf no le enseñó la carta a los hombres con los que trabajaba ni se la mencionó a Marianna, sino que la guardó al fondo de un cajón y suplicó que no se viera obligado a tomar una decisión antes de saber si su hijo estaba sano y salvo. La sacaba todos los días al anochecer, después de haber comprobado con su esposa si habían llegado noticias, y la maldecía. No había pasado una semana cuando llegó otra carta, entregada por un guardia de palacio que le dijo que tenía órdenes de esperar la respuesta.

«¿Qué es esto?», sus colegas se arremolinaron a su alrededor, y

Wolf les explicó que iba a aceptar una petición para suministrar cereal al ejército, pero con una condición: que lo haría en términos estrictamente no lucrativos. Redactó el contrato con gran lentitud, lo firmó, lo selló con expresión resuelta y se lo entregó personalmente al guardia. El oficial, que no debía de ser mucho mayor que Emanuel, dio un taconazo y se giró bruscamente.

Marianna estaba encantada.

«Al menos, puedo pensar que Manu comerá un buen pan fresco, dondequiera que esté.»

Wolf asintió y se dirigió a su estudio sin mencionarle los términos en los que había redactado el contrato.

Al día siguiente llegó una carta. Tenía la letra lisa y azul de Emanuel en el sobre y al verla un suspiro de alivio recorrió trémulo toda la casa.

No decía nada para disculpar su tardanza en escribir, sino que, sin preámbulos, empezaba a dar noticias rápida y atropelladamente.

Acabamos de completar una marcha hacia atrás a lo largo de Alemania sin saber por qué ni adónde vamos, y sin permiso para detenernos. Finalmente atravesamos la frontera con Rusia y fuimos recompensados: pero del modo más insospechado. Nos detuvimos, husmeamos y cargamos... Y allí, para nuestra delicia, descubrimos unas colmenas, que atacamos inmediatamente, rompimos los panales con las manos desnudas y nos llenamos la boca de miel, tragándola y riéndonos hasta que quedamos tan atiborrados que ni siquiera podíamos lamernos los últimos restos de cera de los dedos. Pero, como siempre, tuvimos que pagar por esta distracción. La noche cayó más rápido de lo que esperábamos y el aire se volvió tan frío y cortante que fue imposible encontrar agua para los caballos, pues todo se estaba helando. Pasamos una noche especialmente desagradable, andando de un lado para otro y tropezándonos penosamente con el hielo. La mañana siguiente, muy temprano, reemprendimos la marcha todavía a oscuras dirigiéndonos más al sur para ocupar un pueblo polaco que se alzaba sobre una colina. Cuando llegamos, el sol había salido y, aunque no fundía la nieve espesa, caía con tanta fuerza sobre el paisaje blanco que nos animó a todos. Y entonces, mi querida familia, fui el responsable de la primera muerte del día. Sí, como se nos habían acabado todas las provisiones que llevábamos, hice pasar una gallina a mejor vida.

Marianna dejó de leer y miró las confusas, divertidas y levemente irascibles caras de su familia. Respiró hondo y, tras recuperarse de la conmoción de un chiste como ése, prosiguió la lectura.

Ésa fue la primera oportunidad que tuvimos de ver la inmensa pobreza de los pueblos polacos. Las casas tienen paredes de madera y suelo de barro, y en prácticamente todas hay alguna persona enferma. Los niños sucios se sientan en el suelo y la única comida suele proceder de un montón de patatas apiladas en un rincón. No podéis haceros una idea de lo dichosos que nos sentimos al sentarnos en esos suelos de barro y comer una sopa de patatas de una cacerola inmunda. Pero antes que os lancéis a probar esta exquisitez debo advertiros que sólo puede apreciarse verdaderamente después de una dieta de agua de charca helada bebida con el estómago vacío.

Marianna dobló la carta y esbozó una amplia sonrisa antes de pasarla, como siempre, a lo largo de la mesa para que sus hijas la examinaran, una por una, por si se le había olvidado algo. Habitualmente sólo Wolf se fiaba de ella, pero ese día hasta él cogió las hojas de papel cuando pasaban de Bina a Eva sobre su café. «Mi querida familia», empezó otra vez, y mientras leía percibió la punzante desesperación que no había dejado entrever el tono leve y cálido de la lectura de su esposa. Empezó a sudar. No debería haber permitido que su hijo se fuera. Debería haberlo escondido, debería haberlo sacado del país. Debería estar subido sobre una tribuna improvisada en la avenida de los tilos, sermoneando a la gente sobre la futilidad de enviar a sus hijos a la guerra. Y, en vez de eso, se dedicaba a alimentarlos, a engordarlos para la matanza.

—Wolf —le llamó Marianna desde la otra punta de la mesa—, ¿qué estás haciendo?

Con un sobresalto se dio cuenta de que estaba estrujando la carta de Emanuel en las manos, aplastando y desgarrando el papel.

—Lo siento. —Miró las asombradas caras de sus hijas—. Me parece que tengo uno de mis dolores de cabeza.

En lugar de dirigirse al despacho se encaminó a la parte de atrás del piso. Bajó la persiana y encendió una lámpara. Con la cabeza —que había empezado a dolerle de verdad— apoyada en almohadas, empezó a redactar una carta para Emanuel. Habitualmente dejaba esa tarea a su esposa, seguro de que ella firmaría con sus dos nombres y de que cualquier idea que expresara con su ternura usual también la podría suscribir él. «Mi querido niño», escribió, se detuvo, con la pluma suspendida sobre la página. Apoyó el codo en el borde de la cama mientras reflexionaba acerca de lo que quería escribir: sus sentimientos sobre la guerra, que hasta ese momento se había guardado para sí, y los artículos de los periódicos que describían a algunos jóvenes objetores acorralados y encarcelados por sus ideas antipatrióticas. Wolf dobló el brazo por encima de la barriga y dejó que la plumilla de la pluma descansara sobre su manga. Cerró los ojos

para hacerse una idea más clara de la versión definitiva y, sin haber escrito una sola palabra, se quedó dormido.

A mediodía, Marianna entró para traerle un poco de caldo de ternera. Encontró la carta, con la fecha y la dirección, subiendo y bajando sobre su pecho al ritmo de su respiración y, acomodándose en el escritorio, la acabó, firmándola con ternura en nombre de toda la familia.

*

Marianna sentía un cariño especial por el káiser Guillermo. De niña, de camino a la escuela, había visto al padre del káiser en un carruaje descubierto tirado por caballos píos y, mientras los demás se detenían para hacer una reverencia o quitarse el sombrero, ella empezó a dar saltos por la calle, muy nerviosa, riéndose y señalándole, seguida por su angustiada madre. Pero el káiser, en vez de tomárselo a mal, había levantado la mano con toda solemnidad y le había dedicado un saludo particular, de modo que en toda la calle y durante el resto del día en la escuela se había convertido en una pequeña celebridad.

«Es como si nos hubiéramos vuelto a encontrar»—dijo Marianna aquella noche, mientras intentaba animar a Wolf para que se alegrara por el contrato. Y dijera lo que dijese él en sentido contrario, ella no podía dejar de creer que, al honrar a su marido con tal pedido de cereal, el káiser Guillermo estaba continuando en cierto sentido la cálida y personal relación entre ambas familias.

CAPÍTULO VIII

—HE TENIDO una idea más que buena. —Mi padre estaba sirviéndome la mitad de una langosta. Esperé mientras la rompía con las pinzas—. No parece probable que acabemos la pintura antes de que el bebé…, bueno, a no ser que te retrases mucho.

Metí un poco de carne blanca en sal. Me sentía demasiado cansada como para imaginarme siquiera qué iba a decir.

—Así que he pensado que, bueno, tal vez tengamos que añadir al pequeñín al cuadro.

Me reí.

—¿Al bebé? ¿Estás bromeando? —Y me vino una imagen de la pintura borrándose mientras mi estómago se aplanaba y los pechos se me caían.

—Por supuesto, calentaremos mucho el estudio.

Chupé un poco de carne blanda de la pinza.

—¿Significa eso que no tendría mucho sentido seguir trabajando hoy?

—Bueno…, si no te ves capaz.

—Supongo que todo lo que podré hacer después será tumbarme por ahí, así que bien podría quedarme tumbada aquí. —Y la idea del mundo irreal de mi padre, lleno de luz y aguarrás, y comidas exquisitas, me atrajo—. El modelo más joven que hayas tenido. —Me reí, y en cuanto me hube comido los últimos trozos de la langosta y me cercioré de que no quedaba nada dentro de las patas astilladas, salí a la calle, a primera hora de la tarde, para coger un autobús.

Era una primavera desacostumbradamente calurosa. Planté guisantes de olor y semillas de aciano en diminutas macetas y las puse en fila ante las ventanas. Levanté la cuerda de la ventana hasta el tope y deseé con todas mis fuerzas tener un jardín. Había dejado la bolsa preparada junto a la puerta y me pasaba casi todo el tiempo respondiendo el teléfono para decir que no, no, no, no había tenido el bebé. Llamó mi madre para explicarme que yo había nacido con diecisiete días de retraso y me dio ánimos diciéndome que el bebé se parecería a mí en llegar con retraso. Me compré *Time Out* e hice una lista de todas las obras de teatro que no había visto.

—Ahora o nunca —le dije a Pam y nos pusimos en camino hacia el National Theatre.

—No quisiera entrometerme —me abordó una acomodadora cuando me dejé caer en mi butaca—, pero ¿no preferiría sentarse un poco más cerca de la salida?

—Muy buena idea —dijo Pam, y las dos coincidimos en que si la

obra era espantosa yo podía fingir que estaba de parto y darle un susto al público. Y entonces, muy dentro, sentí un tirón. Sangre oscura que empujaba, un pajarillo que arañaba y se removía. Decidí ignorarlo. «Quedan todavía quince días —me dije—, quince largos días», y me sumergí en la historia de la obra en la que un grupo de astronautas intentaba encontrar palabras para describir cómo se habían sentido en el espacio.

Mediada la segunda parte, me levanté tambaleándome de la butaca. El pequeño chasquido se repetía en las profundidades de mi interior, yendo y viniendo como una marea. Un gatito que arañaba una tela nueva. «Puede tardar días —me dije—, o tal vez sólo sea una falsa alarma», y me di cuenta de que, tras nueve largos meses de espera, no estaba preparada.

—Estoy bien —insistí al entrar en el servicio, y entonces, en el pliegue blanco del pañuelo de papel descubrí una raya de sangre. El susto hizo que me castañetearan los dientes. Me levanté y me apoyé en la puerta. Me temblaban las manos y estaba helada.

—Pam —siseé, y ella se dio la vuelta, arrancada inesperadamente de la obra.

—¡Sí!

Asentí frenéticamente; ella buscó desordenadamente nuestros abrigos, haciendo tanto ruido y alboroto como le fue posible, orgullosa, por una vez, de atraer ella misma la atención.

—¿Estás bien? —Me envolvió en mi abrigo y, como seguía temblando, me echó el suyo encima—. Vamos directas al hospital.

—Pero si no he traído mi bolsa.

—¿No la has traído? —Se alarmó, pero las dos coincidimos en que era posible dar a luz sin lo que pudiera contener una bolsa—. De todos modos, ¿qué llevabas dentro? —Le hablé de mi libro de bebés y de lo que decía que tenías que llevar preparado. La lista empezaba con «este libro», una cámara fotográfica o de vídeo y «algo de comer para tu acompañante en el parto».

—¡No podrás comer nada! —sollocé y las dos empezamos a reírnos—. ¿Pam? —Pero ella tenía las manos aferradas con determinación al volante de su coche y aceleraba con gran estilo a través de una sucesión de semáforos en ámbar—, Gracias —susurré, y cerré los ojos, acordándome de respirar.

—Oh, sí, la estábamos esperando —la comadrona sonrió ante sus notas y me conectó a un aparato de gráficos para controlar las contracciones. Llegaban cada cuatro minutos; yo contemplaba cómo la punta del aparato subía formando una colina y volvía a descender cuando había terminado.

—¿Estás bien? —Pam me aferraba la mano, y de repente me sentí desbordada por la emoción.

—Bueno, ¿han traído la cámara? —preguntó la comadrona bajando el volumen y dejando que los latidos del corazón se desvanecieran para que pudiera levantarme de la cama.

—Todo ha sido muy precipitado —le explicó Pam y la comadrona se irguió sorprendida.

—Oh, querida.

—Supongo que puedo acercarme a casa y traerla, no está muy lejos.

En lugar de impedírselo, la comadrona la urgió a que se apresurase.

Era agradable estar sola. Paseé por la habitación, toqué los muebles y aparté un lado de la cortina para mirar a la calle. Había un sillón acanalado, de color beige, que me recordaba un amistoso hipopótamo y me estiré en él, sintiendo cómo el dolor se intensificaba según iba probando distintas posturas.

«¿Estas lámparas tienen algún regulador de potencia?», pregunté asomándome al mundo exterior, y una enfermera, que andaba por el pasillo a toda prisa, negó con la cabeza. Las luces se extendían por el techo en gruesos tubos blancos. Las apagué y la habitación se desvaneció repentinamente, reapareciendo lentamente sumida en un suave gris matizado. Las luces de la calle se filtraban a través de las cortinas y pegué la cabeza a la ventana para mirar fuera. La gente aparcaba coches y caminaba, silbaba y corría a sus casas, y nadie sabía que precisamente esa noche de entre todas las noches era la que había elegido mi bebé para nacer.

Pam abrió la puerta.

«Hola —susurró; la escasa luz hizo que bajara la voz y se acercó a mí junto a la ventana—. Afuera se está muy bien, un día templado y claro.»

Y pensé: «Es igual que Navidad cuando tienes cuatro años».

A las dos de la madrugada vino la comadrona a medirme.

—Cuatro centímetros. —Pareció disgustada—. Todavía queda mucho. Y el niño ni siquiera se ha colocado. Llamaré al quirófano, ¿le parece? Y les diré que está preparada para la cesárea. —Pero en ese momento me vino otra contracción y tuve que ponerme de costado para soportar el dolor.

—¿Podría esperar un poquito más? —le rogué; ella emitió un bufido de desaprobación y dijo que volvería.

Pam me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No estoy preparada del todo —intenté convencerla de que no resultaba muy doloroso, todavía no, al menos—. Es como estar en un parque de atracciones, subiendo y bajando por la montaña rusa.

Pero Pam me recordó que yo odiaba los parques de atracciones.

—Cuando tenga un bebé —dijo—, contrataré una madre sustituía y lo único que haré será ir a recogerlo, ya sabes, cuando lo hayan lavado y vestido.

—No serías capaz —dije, pero Pam se alisó la camisa por encima de la cintura y se rió.

—Vaya si lo haría. ¿Quieres que llame a alguien? —Tenía su teléfono cerrado en la mano y levantaba las cejas.

—Esperemos un poco. —Y tuve que aferrarme al respaldo de la silla, acordándome de lo que había aprendido—. Ohhhoooooohaaaaaaheee.

—Es como haber vuelto a la escuela de teatro —dijo Pam, y se unió a mí cantando a la tirolesa—: Oooooeeeeehoooow.

La comadrona parpadeó al entrar, pero no encendió las luces. Colocó ambas manos sobre el bebé, que seguía con la cabeza alta, muy arriba bajo mis costillas.

—He reservado el quirófano para las siete —dijo amablemente, y esta vez no discutí. Cuando los pájaros empezaron a gorjear, Pam se estiró en la cama y yo me puse a dar vueltas por la habitación, respirando y tarareando, sabedora de que no iba a tener que pasar la gran prueba. Era como una semana de ensayos con la noche de estreno pospuesta por arte de magia. Corrí las cortinas y me sorprendió ver que ya era de día.

En el quirófano había demasiada gente. Era de un blanco deslumbrante y estaba gélido.

—¿Pam? ¿Eres tú? —No sentía el cuerpo de pecho para abajo; y allí estaba Pam, disfrazada como si hubiera salido de un episodio de *Casualty* con una mascarilla blanca sobre la cara. Yo hacía cuanto podía por no dejarme dominar por el terror. Me sostuvo las manos.

—Mírame —me dijo y las dos nos miramos fijamente a los ojos mientras un equipo de hombres y mujeres, cada uno ocupado en sus tareas, resplandecía con instrumental de acero, más allá de nuestra vista—. ¿Quién lo habría imaginado? —Y, con voz rápida y baja, recordó el día que nos conocimos, formando Una fila con leotardos y mallas mientras el director de la escuela de teatro se pavoneaba arriba y abajo— «Yo fumo; ustedes, no» —le imitó Pam con su voz grandilocuente, y las dos nos apretamos las manos en vez de reírnos.

—¿Qué están haciendo? ¡Oh, Dios mío!

La mitad de mi cerebro estaba chillando mientras la otra mitad sonreía, calmada y repitiendo la noticia de que ése era el momento más emocionante de mi vida.

—Lo estás haciendo magníficamente —dijo Pam. Y entonces sentí un empujón en la carne entumecida, el tirón de unas manos, y del aire silencioso surgió un largo y fuerte llanto, me puse de lado con un

movimiento brusco, y allí, por encima de mi línea de visión estaba el culo húmedo y ensangrentado de mi bebé.

—Es un niño —susurró Pam y alguien me lo puso encima, por debajo de la barbilla, demasiado cerca para que pudiera verlo.

—Es un niño —repetí—. Es un niño, no me lo puedo creer, es un niño. —Y todos en la habitación empezaron a reírse.

Lo pusieron sobre una mesa, con los brazos y las piernas juntas, como un cordero, y lo miré de lado mientras le cortaban el cordón y lo envolvían en una toalla. Pam me lo acercó, andando de puntillas como una bailarina con un ramo de cristal, mientras una atenta enfermera no se apartaba de su lado.

—Es un niño —repetí, y una guirnalda de sonrisas hizo que me doliera la boca. Todos los que estaban trabajan— do con premura para coserme se reían también, comentando el tamaño, la fuerza y la belleza de mi niño.

—Bueno, ¿y a quién se parece? —preguntó alguien a mis pies, y por primera vez se me ocurrió que se parecía a Mike.

—Vamos a llevárnoslo para pesarlo y calentarlo —me dijo la enfermera y acompañó a Pam fuera de la sala.

—¿Saben? Nadie de mi familia ha tenido niños —intenté explicar —, casi nunca. —Pero la conmoción de todo lo que estaba sucediendo me había mareado un poco y cerré los ojos.

Pam estaba esperando con la cámara. En cuanto me hubieron llevado a la cama, me puso el bebé en los brazos.

—Sonríe.

Y allí estaba yo, delirante de felicidad, contemplando su perfecta carita regordeta.

*

Cuando me desperté, mi madre estaba al lado de la cama. El bebé yacía con la cabeza apoyada en mi brazo, y ella se inclinó para darnos un beso a cada uno.

—No puedo creer que me haya dormido. —Y recordé que había creído que estaba demasiado excitada para volver a dormirme jamás.

—He venido directa —dijo, y vi un ramo de flores de Seven Eleven en un jarrón—. No había nada abierto. —Las dos sonreímos al bebé—. Y un niño que ha nacido en el día del Sabbath es huesudo y alegre, bueno y animoso.

—Lo es —dije—, es todo eso. —Y las dos nos reímos al pensar que sólo tenía unas horas de edad.

—Bueno, ¿y qué nombre vas a ponerle? —Pam había reaparecido, oliendo a humo, y le puso un dedo en la manirá que, incluso dormido, sostenía en alto bastante abierta, como un importante hombre de

Estado.

—Daisy Pamela Linder —me reí y todas nos volvimos para mirar de nuevo su carita.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Tiene una visita —dijo. Pamela bajó la mirada a los pies.

—Lo siento..., me dejé llevar.

—Dile que entre —suspiré. Y la pellizqué en el brazo. Mi madre se levantó para arreglar las flores.

Mike se cambiaba de pie de apoyo, a la espera, y luego, como por obligación, rodeó la cama para poder mirar a su hijo. Su rostro, asombrado, se iluminó con una sonrisa interior y coloco un dedo en la palma del bebe para ver si se lo cogía. Los deditos se cerraron como una flor y la sonrisa de Mike se desbordo abiertamente.

—Es genial —dijo, y Pam y mi madre se dieron un codazo y salieron de la habitación.

Con la mano libre, Mike sacó un ramo de flores. Rosas blancas con tallos sin espinas.

—Son para ti. —Las dejó sobre la cama a mi lado.

—Gracias.

Aferrado todavía por la mano del bebé, se sentó en el estrecho colchón, apoyando el codo sobre mis piernas. Sentí una pequeña punzada de dolor.

—Todavía no le he puesto nombre. —Me hubiera gustado llamarle como mi padre, pero desgraciadamente Michael estaba muy manido. Todos mis demás parientes eran femeninos—. ¿Qué te parece Emanuel? —Me acordé.

—Emmanuelle, ¿cómo la película porno de los setenta? Me aparté de él cuanto pude.

—Muy propio de ti pensar en eso.

En ese momento el bebé levantó la barbilla y bostezó. Fue un bostezo fastuoso, digno de Walt Disney y, sin abrir los ojos, volvió a acurrucarse, haciendo pequeños movimientos de succión, como un gato ante un plato de leche.

—¿Te ha contado Pamela que por poco nace en el National Theatre? —Y los dos, en silencio, pensamos en Laurence y luego cambiamos de opinión.

—Espero que no signifique que va a ser actor. —La voz de Mike sonó melancólica, y estuve a punto de hablarle del teatro de Berlín.

—¿Qué te parece Bert? —musité, pero Mike miraba fijamente la carita adormilada y arrugada del bebé, que todavía tenía el pelo húmedo y los ojos completamente cerrados.

—¿Estás bien hijo? —Y, por el momento, decidimos que bien podría llamarse Sonny.[4]

*

Llegó mi padre, vestido con un traje y zapatos muy pulidos. Se sentó con formalidad al lado de la cama. Se me habían desentumecido las piernas, pero todavía llevaba puesta la bata azul clara de la operación, con los goteros y los tubos. Sonny era lo que las comadronas llamaban «todo un tragoncete». Pegó la boca a mí y, al succionar, me subía la leche en una oleada dura como una piedra que parecía compuesta de litros de helado.

Mi padre se sacó una carta del bolsillo interior.

—Han descubierto Gaglow —dijo con una sonrisa de zorro—. Y no cabe la menor duda de que nos pertenece.

Sacudí la cabeza, asombrada.

—Bueno, por lo general suele ser mucho más difícil demostrarlo, pero en este caso resulta que la casa fue ocupada por un auténtico nazi, un oficial de alto rango, así que no tienen dónde agarrarse para argumentar que no fue incautada.

—¿Sigue en ella?

—No, no, murió hace mucho. Según parece, durante los últimos diez años aproximadamente ha estado siendo utilizada como centro de formación para profesores comunistas.

—Dios, ¿cómo estará?

Y por un instante nos quedamos en silencio, escuchando cómo Sonny se tragaba mi leche succionando, atragantándose cada tanto y teniendo que apartarse para respirar.

—¿Era muy grande la casa?

—Bueno, tal como yo la recuerdo era inmensa. Tenía cuadras y un huerto. Según parece, toda la tierra que la rodeaba había pertenecido en tiempos a la finca, pero mi abuelo se vio obligado a venderla. Ya sabes, se suponía que los judíos no podían poseer tierra. Se suponía que sólo podían entrometerse en negocios. Pero había familias, por supuesto, que sí la poseían, muy importantes y ricas, y que la conservaron.

—¿Te acuerdas de cuántas habitaciones tenía?

Me cambié a Sonny de lado.

Mi padre dobló la carta y se la metió en el traje.

—¿Catorce dormitorios? Había un cuarto de niños en

el piso superior, desde donde se veía más allá de los jardines, hasta un lago. —Y se quedó en silencio.

Sonny estaba borracho de leche. Apoyó la cabeza en mi brazo y eructó alegremente.

—¿Vas a volver a verla?

Mi padre negó con la cabeza y, hablando en voz baja por el bebé,


insistió en que no tenía la menor intención de regresar jamás.

CAPÍTULO IX

HACIA finales de febrero, Emanuel volvió a casa de permiso y durante la única y breve semana que pasó en Berlín no paró de recibir visitas. Las Samson le fueron a buscar el primer día, y tía Cornelia, que había sido incapaz de deshacerse de su receta, llegó en taxi con el Pastel de Árbol ya preparado, protegiéndolo de la nieve que caía con dos paraguas.

Emanuel estaba destrozado por el cansancio. Se tiró en el sofá, pero al momento se sentó erguido, jurando que no desperdiciaría durmiendo ni un momento de su permiso. Su madre y sus hermanas se arremolinaron a su alrededor, estirando el cuello, oliéndole, sonriendo e intentando distinguir el desconocido olor que despedía. El olor quemado del aire libre. Le había oscurecido la piel hasta darle un matiz rojizo apagado, y su cabello estaba reseco y más claro. Eva extendió un dedo y le tocó el borde afilado de su nueva barba. Se erizaba en franjas castañas y pelirrojas, círculos de colores bien definidos. Intentó mirarle a los ojos, pero su hermano los cerró, tambaleándose levemente por el esfuerzo que le costaba mantenerse despierto. Marianna se llevó un dedo a los labios y empezó a acomodar a su hijo sobre los cojines. Él cedió pesadamente ante la fuerza de las manos de su madre y dejó que la cabeza le cayera hacia atrás, pero en ese momento llegó Wolf a casa y Emanuel se sobresaltó con el golpe de la puerta.

Wolf corrió a su encuentro. Dejó atrás a fräulein Schulze, que rondaba por el vestíbulo, y se abrió paso entre sus hijas, con la intención de coger a Emanuel en sus brazos, pero cuando lo vio, poniéndose en pie con rigidez, un desconocido en su uniforme, se limitó a ponerle formalmente la mano en el hombro y palmearle la espalda.

Emanuel no se quitaba el uniforme. Fuera donde fuese, la gente le paraba y hablaba con él, haciéndole comentarios sobre las últimas noticias o preguntándole, según sus propios intereses personales, por regimientos tan remotos como los de Egipto. Marianna le cogió con fuerza del brazo y se rió. Le contó cómo, cuando era muy pequeño, tenía una carita tan perfecta que ella se había sentido reacia a mostrarlo en público.

«Era injusto para las demás madres»—dijo, y por más que se burlara y se quejara Emanuel, ella no estaba dispuesta a abandonar su teoría de que había sido un niño de una belleza asombrosa.

Las Samson decidieron celebrar una fiesta en honor de Emanuel. A la propia Marianna le habría gustado hacerlo, pero su marido se

empeñó en que sería de mal gusto. Iba a ser un baile de disfraces. Los disfraces, creía frau Samson, podían disimular la inevitable escasez de hombres jóvenes. Bina, Martha y Eva sólo disponían de dos días para prepararse. Se sumieron en un torbellino de actividad, molestando, incordiando y gritando al servicio para que las ayudaran a crear el conjunto perfecto. Schu-Schu sugirió un motivo de la antigua Grecia. Encargó metros de tela de torzal blanca, y las envolvió en pliegues y plisados de aquella tela nívea, atada a la cintura con trenzas de brocado dorado. Iban a ir disfrazadas—dijo, de Diosas del Amor.

Eva llevaba una cinta de rosas de invierno en el pelo. Corría por todas partes resplandeciente de emoción mientras Martha esperaba, tranquila y preparada, innegablemente hermosa. Había heredado la gracia de Marianna, la flacidez de sus muñecas y tobillos y la suave curva de su cuello. Bina, contrariada, se dio la vuelta para mirarse al espejo.

—En circunstancias normales ni siquiera te habrían invitado a este baile —le recordó a Eva, y maldijo la injusticia de la guerra. Bina tenía dieciséis años y engordaba poco a poco. No le gustaba su cara redonda con ojos también redondos. Se moldeó las mejillas para darle una forma más agradable, se tiró del pelo y se aplastó las orejas hacia atrás hasta que reconoció un indicio de los gráciles rasgos de su madre, el encanto y naturalidad que desarmaban a cuantos la conocían, y la línea de su nariz, que era la culpable, según le había dicho muchas veces Schu-Schu, de la seducción de su padre—. Oh —gimoteó Bina rindiéndose—, tengo un aspecto ridículo.

Sus dos hermanas se pusieron cada una a un lado e insistieron en que estaba perfecta.

—Espectacular —dijo Eva guiñando un ojo.

Bina la vio y soltó un golpe. Con la palma de la mano alcanzó la oreja de su hermana, se enganchó el dedo en el tallo afilado de una rosa y una gota de sangre cayó sobre el corpiño blanco de su disfraz. Bina dejó escapar un aullido de rabia.

—¿Qué pasa aquí? —apareció su institutriz y practicando un pequeño tajo con un diamante eliminó la mancha. Bina se quedó mirando decepcionada el agujero, casi invisible sobre las capas de tela blanca que quedaban por debajo, hasta que Schu-Schu cogió una aguja y una hebra de hilo y, con diminutas puntadas, empezó a convertir el zurcido en una delicada flor de satén.

—Oh, Schu, ¿por qué no puedes venir con nosotras? —Eva se apoyó en ella, pero la institutriz se limitó a fruncir el ceño y a cortar el hilo de un fuerte mordisco.

—¿Estáis listas? —Apareció su madre, que las esperaba divertida en el umbral. Ignoró la cabeza inclinada de la institutriz.

—Enseguida estarán con usted. —Fräulein se levantó alisándose

la falda, y las chicas se empujaron para echarse una última mirada ante el espejo.

—Estaré esperando —dijo Marianna, y escucharon las pisadas de sus tacones de cuero perdiéndose por el pasillo.

—¿Habéis visto ese vestido? —preguntó Bina frunciendo el entrecejo—. Totalmente pasado de moda.

Eva coincidió en que el rojo no era el color que mejor le sentaba.

—Y esos pendientes. —Martha sacudió la cabeza y se rió—. Le tiran de las orejas.

Emanuel se asomó a la habitación.

—Pero Manu, ¡si todavía no estás preparado! —se quejó Eva al ver la guerrera desabotonada de su uniforme. Pero él se limitó a sonreír, riéndose por encima de sus cabezas ante las tentativas de Schu-Schu de hacer un último rizo en el cabello de Bina.

—Daos prisa —gritó su padre desde la puerta principal—, No hagáis esperar a vuestra madre. —Y sin volverse a mirar a Schu-Schu ni a su hermano salieron a toda prisa formando una oleada de tela blanca.

En la fiesta se mezclaban ancianos e hijos jovencitos, chicos de diecisiete años disfrazados de soldados que sólo hablaban de que la guerra duraría hasta la fecha de su próximo cumpleaños. Emanuel llegó media hora tarde.

—Quería caminar —susurró, y sus hermanas se arremolinaron a su alrededor como una bandada de palomas. Tenía la cara enrojecida y el pelo rizado por la humedad de la nieve.

—¿Tienes mucho frío? —le preguntó Eva, pero Angelika y Julika estaban esperándole junto a la puerta.

—Necesitamos tu ayuda. —Y entonces se supo que se había traído un artista para componer un *tableau vivant*; Emanuel iba a ser el centro de la obra.

—Pero, obviamente, no necesitan la ayuda de todos —dijo Bina cuando, ruborizado y quejándose, se llevaron a Emanuel. Angelika no tardó en reaparecer y preguntó si Eva podía acompañarla también. Hacía falta alguien pequeño y ligero para posar con las alas y una trompeta en la parte de arriba de la escalera. Se dispondría una cortina por debajo para que, vista desde el público, pareciera que estaba suspendida en el aire.

Cuando se abrió la puerta doble y el *tableau* quedó a la vista, un grito de asombro recorrió a los invitados. Era una escena de victoria militar. Emanuel aparecía en pie, con la espada desenvainada y la bandera alemana ondeando por encima de él. Los actores que se habían contratado para que interpretaran al enemigo vencido yacían agonizantes a sus pies y, en cuanto la escena acabó de componerse, un

coro empezó a cantar ruidosamente. Eva se encontraba sobre su escalera, con las alas en precario equilibrio, sonriendo, y cuando el último suspiro armónico del coro se hubo desvanecido, se llevó la trompeta a los labios y emitió un bramido prolongado y disonante. La multitud se removió, riéndose y aplaudiendo, y la sala se vació de nuevo para el baile.

Eva se sentó a un lado y miró. Vio a Bina, que se deslizaba por delante suyo con un oficial alto y rubio cuyas botas rechinaban, y a Martha, grácil en los brazos de un profesor. Mientras bailaba, Martha mantenía la cabeza ladeada y el oído atento para escuchar la versión del profesor del nacimiento de Afrodita.

«Nació de la espuma del mar, tras la brutal castración de Urano, y llegó a la orilla, desnuda como el alba.»

Martha empalideció, pero él siguió dándole detalles del matrimonio de Afrodita y del hijo que engendró para su terrenal amante troyano. La oreja de Martha resplandecía rosácea y le temblaban los tobillos, pero le costó tres interminables bailes más poder librarse de él.

—¿Me concede el honor de este baile? —Era Emanuel quien se había compadecido de ella.

—Oh, si insiste —dijo Eva levantándose de un salto, y sólo entonces se dio cuenta de que se había olvidado de desatarse las alas.

—Déjatelas puestas —le susurró Emanuel—, así tendremos más espacio. —Y cuando ella le pisó los dedos durante el primer vals, él se rió y la llamó su angelito de pies torpes.

*

El último día de permiso de Emanuel, Marianna se despertó de una engañosa telaraña de sueños.

«Habría sido menos cruel no haberle dejado que volviera a casa —dijo, y sus palabras se deslizaron como florituras por la fría habitación— Habría sido mucho menos doloroso.»

Incapaz de soportar la idea de su partida, Marianna se levantó de un salto de la cama y buscó a tientas con las puntas de los dedos las zapatillas. Iría corriendo a su habitación y lo despertaría. Le obligaría a mirarla directamente a los ojos. Le diría que todavía no había tenido ocasión de verlo como era debido y que no podía marcharse hasta que, como mínimo, no se hubieran vuelto a reconocer. Se retorció el pelo mientras corría por el pasillo, metiéndoselo por debajo de la bata de modo que formó una ondulación por su espalda como la larga columna curvada de un dragón.

Delante de la puerta de Emanuel, se detuvo y se tranquilizó.

«Manu», susurró y, como no hubo respuesta, movió con cuidado

el pomo y entró. Emanuel no estaba en la cama. Marianna se quedó quieta un momento, esperando que su hijo la sobresaltara al apartarse de la ventana o al levantarse de su escritorio, y tardó un buen rato en darse cuenta de que no había nadie en la habitación. Las cortinas estaban corridas; Marianna respiró hondo para calmarse y miró cómo caía la nieve en la calle arremolinándose y prendiendo sobre las figuras que empezaban su jornada.

Y entonces Manu entró en la habitación. Ya estaba vestido.

«Es difícil dormir», le dijo, y ella extendió la mano hacia él y la puso sobre los dedos de su puño. «Sería mejor que no te dejaran volver a casa para nada», añadió Emanuel. Marianna se sonrojó con indignación y se negó a aceptar lo que le estaba diciendo. «No puedes entenderlo —la interrumpió—. Para ti no ha cambiado nada. Es como si la guerra fuera un mal olor, remoto, que soplara en otra dirección.» Como ella no dijo nada, él se cogió las manos, repentinamente frías y blancas, a la espalda.

*

Emanuel cogió el tren con los bolsillos llenos de cigarrillos y puritos para intercambiar y la bolsa cargada hasta los topes de comida empaquetada, dispuesta alrededor de su equipo. Llevaba dos tartas de patatas, tortas al horno con pasas, una salchicha enroscada en espiral y dos paquetes de mantequilla envuelta en muselina. Su madre había intentado añadir tarros de fruta: albaricoques y ciruelas conservadas en almíbar y una vasija de jengibre en rama. Pero Emanuel había sido incapaz de imaginarse comiendo con cuchara esas exquisiteces entre la aguanieve y la mugre de un campamento y se negó a llevarlas.

Su padre, solo, le acompañó a la estación. Emanuel había insistido especialmente en que los demás se quedaran en casa y le dio el beso de despedida a cada una de sus hermanas en el vestíbulo, dedicándoles una larga última mirada mientras Marianna mantenía la pesada puerta abierta ante la nieve. Schu-Schu permanecía con las manos sobre los hombros de Eva y, cuando Emanuel desapareció por la calle, Eva sintió que los dedos de su institutriz se tensaban hasta el punto que tuvo que apartarse para que no le hicieran un moratón.

«Me haces daño.» Se dio la vuelta y se sorprendió al ver la dura mirada de rabia que había aparecido en el rostro de la institutriz. «¿Schu?» Eva le tiró del brazo y al instante la expresión de Schu-Schu se ablandó, volvió a ser la misma de siempre y sacó a las niñas de aquel frío.

Los dos hombres permanecían en silencio entre los gritos y ecos de la estación. Atravesaron a grandes zancadas el atestado andén y Wolf observó cómo Emanuel encontraba un asiento, subía la bolsa a la

rejilla y abría la ventanilla para el último y brusco adiós. Se sonrieron mientras deseaban y temían a la vez el agudo silbido del pito, y entonces las puertas empezaron a cerrarse de golpe y las ruedas se movieron, siseando y gimiendo. Wolf cogió la mano de su hijo. Se la apretó, sosteniéndola hasta que el tren empezó a alejarse.

«Tú herencia», susurró con todas sus fuerzas y cuando sus brazos se apartaron, Emanuel encontró una moneda cálida y grande apretada en la palma de su mano.

Se sentó entre una multitud de soldados, nuevos reclutas y bastantes hombres mayores que mostraban señales de heridas curadas hacía muy poco. No se fijaba en ellos, sino que contemplaba con atención el centro cálido y trabajado de su pieza de oro. No era dinero, sino una medalla; en una cara llevaba labradas espesas espigas de maíz, y en la otra, grabadas en pequeñas letras de imprenta, las palabras «Belgard e hijo». Sonrió y la apretó entre las manos. Eso siempre tendría algún valor, cuando todo lo demás ya fuera polvo, y pensó que un trocito de oro no saltaría hecho pedazos ni se desintegraría si le alcanzaba la explosión de un obús. Quizá se abollara si le daba una bala, pero ni siquiera un agujero de bala en el centro le quitaría su valor intrínseco. Y empezó a pensar en Josef Friedlander y en cómo durante la semana de permiso había evitado el tema de su desaparición, dejándolo fuera del acogedor espacio de su hogar. Cerró los ojos para recordar la imagen de su amigo, tal como lo había visto por última vez, iluminado y tambaleándose sobre los muñones de sus piernas. Emanuel volvió a sentir la explosión que lo había tirado hacia atrás, a la trinchera, donde había quedado tumbado sobre el cuerpo cálido y húmedo de un chico que agonizaba en el que había sido su primer día en el frente, y hasta el alba, cuando la lucha se hubo apaciguado, no pudo arrastrarse por el suelo para ir a buscar a Josef, revisando los rostros embarrados y destrozados de heridos y dándole la vuelta a cadáveres sin piernas. Ni él ni nadie que conociera había vuelto a ver a Josef Friedlander, y se concluyó que debió de caer y ahogarse en un cráter inundado, uno de los muchos que los obuses habían abierto en la tierra. Emanuel no sabía si se le había enviado o no una carta a los Friedlander, con el oficial «desaparecido en acto de servicio» escrito en diagonal. Pero si la habían mandado, nadie le había dicho nada a Bina, que testarudamente se negaba a permitir que el silencio de su hermano acabara con sus sentimientos hacia su amigo. Emanuel llevaba una carta de Bina, doblada a salvo en el bolsillo de su chaqueta, y en la parte de arriba de su bolsa de lona iban dos calcetines de delicado punto. Los llevaba junto a los suyos. Eran de color verde oscuro y llegaban hasta las rodillas, con talones púrpuras reforzados. Un regalo de las Samson, cuyos nombres en punto de cruz quedaban ocultos bajo el amplio borde acanalado.

Emanuel se metió la medalla en el bolsillo largo de los pantalones. La notaba cálida contra su muslo y esperaba que lo protegiera durante el resto del invierno y la primavera. «En mi próximo permiso no iré a casa», se prometió, repitiendo la despedida que le había susurrado al oído a Schu-Schu, y de esa manera creyó que podría, mediante su propio sacrificio, poner fin a la guerra antes del verano.

Abrió los ojos. Los nuevos reclutas habían empezado a jugar a cartas y estaban apostando cigarrillos. Le hicieron un gesto, él se encogió de hombros y se unió a ellos, poniendo sus propias cartas y elevando las apuestas con un puro.

*

Mientras vagaba por el huerto de Gaglow intentando identificar las flores, Eva se vio atrapada en una tormenta y, en vez de volver corriendo a casa, se quedó agazapada bajo un árbol. El chaparrón era estimulante. A ella le encantaba el crepitar de la lluvia por la tarde, el agua que le salpicaba la cara y los brazos. Pero en ese momento el cielo se desgarró con un relámpago y el árbol bajo el que se refugiaba empezó a estremecerse agitado por un viento poderoso que soplaba pegado a la tierra. Oyó que la llamaban desde la puerta trasera de la casa, y cuando ya se estaba tensando para correr, otra oleada ondulante de truenos oscureció el cielo, seguida a los tres segundos por el resplandor de un relámpago. Volvió a oír su nombre, que resonó espectral al viento, pero no se atrevió a moverse de donde estaba. La lluvia se había enfriado y el algodón de su vestido estaba empapado. El lazo que llevaba en el cabello le golpeaba en los ojos e, incapaz de contenerse, empezó a lloran Las lágrimas eran cálidas y en el labio superior percibía el calor de las gotas que le salían de la nariz. Levantó las manos para atrapar un poco del calor entre los dedos, y, al hacerlo, las ramas quebradizas del árbol se partieron por encima de su cabeza y el cielo se iluminó con un restallido de fría luz blanca. Eva abrió la boca para chillar cuando una mano la cogió y la sacó de debajo del árbol. Era su madre, que la rodeó con un brazo y, tambaleándose sobre los surcos y zanjas del huerto, corrió con ella hacia la casa.

Eva estaba demasiado nerviosa para acostarse.

—Me he librado por muy poco de que me alcanzara un rayo —se jactaba hablando mientras le castañeteaban los dientes. Pero Marianna, con los labios blancos y las manos temblorosas, se empeñó en que se encendiera una chimenea en el cuarto de las niñas y en que Eva, después de que se le hubiera quitado la ropa húmeda, se tapara con una manta y se la obligara a tomarse un cuenco de sopa. La trajo

la propia Marianna. Hizo que la cocinera preparara una sopa ligera con extracto de pollo y ramitas de tomillo, y se sentó junto a la cama de Eva para comprobar que se comía hasta la última cucharada.

—He mandado llamar al doctor —dijo, y cuando Eva se removió y se quejó, Marianna se limitó a estirar las mantas alrededor de su cuello y le puso la mano en la frente.

A medianoche, Eva deliraba. Le había subido vertiginosamente la temperatura y tenía la garganta tan inflamada que apenas podía tragar. El médico afirmó que se trataba de un caso grave de gripe. Estaba a los pies de la cama mientras Marianna escrutaba su rostro buscando el diagnóstico que él temía dar.

—¿No tiene todos los síntomas de una neumonía? —le retó Marianna y el médico levantó la mirada sobresaltado, como si le hubiera atrapado con la palabra exacta.

Se arrodilló y deslizó una mano por detrás de la cabeza de Eva.

—Tenemos que esperar que pase esta noche —dijo, renunciando ya a todo fingimiento, y echó hacia atrás los párpados para examinar el azul lechoso de los ojos en pleno delirio.

El médico, que había venido en carruaje desde la ciudad más próxima, se quedó en la casa ante la insistencia de herr Belgard. Le ofrecieron una habitación en el piso de abajo, con una cama de madera alta y tentadora, pero, para cuidar su reputación, prefirió quedarse en un sofá en el cuarto de las niñas, donde podía estar pendiente de cualquier cambio en el estado de su paciente. Marianna se encontraba demasiado trastornada para poder hablar. Colocó una silla junto a la cama de Eva y masculló una retahíla de oraciones incoherentes.

Fräulein Schulze rondaba alrededor de la chimenea.

«Eva —susurró—, deberías haberme llamado.» E, incapaz de contenerse, se acercó rápidamente, ahuecó las almohadas, arregló el desorden de la mesita de noche y puso la mano sobre la febril niña a su cargo.

Tres días después, Eva se despertó sintiéndose ligera, seca y extrañamente feliz. Las ascuas del fuego nocturno ardían sin llama en la chimenea y las sillas que rodeaban su cama estaban vacías. Apartó la manta y puso los pies en el suelo. La blancura de su piel le resultaba fascinante y la sangre, cuando atravesó la habitación a la carrera, le hizo sentir un hormigueo y picores en las articulaciones. Se subió de rodillas al alféizar y metió la cabeza entre las cortinas. Era su hora favorita del día: el inicio de la mañana, cuando el sol había borrado todos los rastros del alba. Desenganchó el pestillo y entró una corriente de aire todavía frío. Dejó que le bañara la cara y que penetrara bajo los botones de su camisón, disfrutando con el frío en las puntas de los dedos y el estremecimiento que le recorrió la

columna. Todavía sentía el empalagoso calor de la habitación en las plantas de los pies vueltos hacia arriba y ansiaba salir a la mañana. Tiró del pestillo y, retorciéndose sobre el alféizar, empezó a darse la vuelta. El azote la alcanzó en la pierna. Parecía provenir de ninguna parte y la dejó sin aliento.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de su madre le llegó como una exhalación, y se vio bajada de un tirón del alféizar y llevada rápidamente a la cama. Marianna la tapó con las mantas por encima de los hombros, y luego, abrazando su cuerpo envuelto, la apretó con fuerza y lloró entre su cabello.

Eva estaba desconcertada.

—¿Qué he hecho? —Pero Marianna siguió abrazándola, murmurando el nombre de Bina a la vez que el suyo mientras la acunaba.

Eva tuvo que quedarse en cama dos semanas. Por la noche le subía la fiebre, cada vez con menos intensidad, pero por las mañanas seguía despertándose con unas incontenibles ganas de levantarse y salir corriendo al aire libre, tibio y luminoso. Una tarde vinieron a Gaglow los niños de la escuela del pueblo para desearle que se pusiera bien en su convalecencia. Entraron en tropel en el cuarto, eran casi una veintena, se congregaron en un arco alrededor de la cama y le cantaron canciones. Eva se sentaba erguida y los miraba fijamente. Las niñas llevaban trenzas, tenían pequeñas pestañas plateadas y los ojos se les humedecían por la emoción cuando cantaban. Los niños cerraban las manos en puños que se golpeaban con fuerza contra el cuero de sus pantalones cortos. Tras varias estrofas conmovedoras, el profesor les hizo cantar un poema, articulando él mismo las palabras y poniendo cara exageradamente melodramática para animarlos.

Marianna estaba junto a la cama de Eva y le sonreía, mirando con rostro absorto las rubicundas bocas abiertas de los niños del pueblo. Había sido el profesor el que se había empeñado en venir.

—Es una tradición del pueblo —le había dicho—, sobre todo cuando un niño ha estado mucho en casa.

—Pero si yo no quiero recibir a nadie —se había quejado Eva.

Y Bina, al enterarse de la noticia, se empeñó en que a Martha y a ella se las llevaran a Berlín para librarse de esa nueva humillación.

—Nunca se le ha dado tanta importancia a nadie —se quejó a Schu-Schu cuando el carruaje se las llevó de vuelta a la ciudad, y las dos compadecieron a Eva por quedarse allí, sola y a merced de su madre.

*

A Eva se le permitió pronto salir a dar breves paseos al aire libre

en tanto se comprometió a no salir del césped y a evitar a toda costa desviarse al espantoso escenario del huerto. Gaglow estaba desierto. Wolf había vuelto a su trabajo, y Bina y Martha, en compañía de fräulein Schulze, se habían empeñado en quedarse en Berlín.

Durante las largas horas de la tarde, Eva observaba a su madre desde una ventana del piso de arriba paseando por el jardín, examinando el esplendor recuperado del terreno y haciendo pequeños arreglos en ausencia de los jardineros. Se habían limpiado unos senderos de los matorrales de enredaderas, y durante el primer verano en Gaglow se había quitado el liquen dorado y turquesa que cubría la estatua. El liquen fue cayendo en virutas musgosas a los pies de la ninfa olvidada, hasta que una mañana, clara y resplandeciente, apareció la piedra desnuda en el centro del césped. Se desatascó la fuente, se repararon las cañerías, y los nenúfares que la habían obstruido se recortaron, limpiaron y se les dio espacio para que extendieran sus hojas.

Marianna se pasaba a visitarla a última hora de la tarde y, tras lavarse las manos en agua de rosas con la que también se rociaba el cabello, cogía los dedos de Eva entre los suyos y le preguntaba a Omi Lise cómo estaba. Los primeros días, cuando Eva todavía se sentía exhausta y mareada, Marianna se sentaba a su lado y le contaba historias. Le hablaba de los viajes que había hecho cuando era niña y de cómo sus padres cogían las vacaciones por turnos.

—Odiaba mi cumpleaños en verano —le dijo—, porque caía el último día de colegio y era el día que hacíamos las maletas. —Todos los meses de julio, su madre y ella se iban a las montañas y, a su vuelta, su padre iniciaba dos semanas de vacaciones solo en la costa. La madre de Marianna ocupaba entonces su puesto como jefa de la empresa. Se sentaba en la mesa de su marido y sonreía a los cinco hombres que él había contratado para que le ayudaran en sus negocios de imprenta, aunque ella aprovechaba el tiempo para bordar monogramas con hilos de colores en la mantelería—. Hasta que cumplí dieciséis años nunca fui de vacaciones con mi padre, y aquél fue nuestro primer y último viaje. —Y entonces pensó en la neumonía y cómo, hasta ese momento, había sido una maldición sobre su vida.

—¿Estuvo mucho tiempo enfermo? —preguntó Eva, pero Marianna se limitó a negar con la cabeza, y puso mala cara al venirle la imagen de su madre, que había llegado media hora tarde.

Eva nunca había pasado tanto tiempo sola con su madre. Se dio cuenta de que estaba olvidando los años de penas acumuladas, los diminutos detalles de engaños y traiciones, y empezó a contemplarla cariñosamente desde la ventana de arriba: su sombrero de ala ancha muy alto sobre su pelo y la hilera de botones revestidos de tela, como joyas, esparcidos sobre la delantera de su vestido. Su cara, por encima

del cuello rígido y acanalado, quedaba perdida en las sombras, pero Eva veía sus brazos agitándose y oía sus gritos al convocar a su reducido equipo de jardineros, señalando, explicando y tirándose de los guantes como si quisiera quitárselos y meter las manos en la tierra. Una vez, tras recibir una breve y afilada carta de Bina, llena de burlas y mensajes de compasión, Eva se hizo un nudo en el dobladillo de su camisón, para acordarse, cuando se le enganchaba entre los dedos de los pies, de qué lado estaba.

*

Eva no quiso que su hermano se enterara de su enfermedad. En vez de hablarle de ella, le escribió:

Querido Manu:

He estado pensando en que podríamos tener una valla hecha con hileras de judías escarlatas alrededor de nuestra casa. En mi opinión, las florecitas rojas son las más bonitas y piensa en lo útiles que serían si de repente necesitamos comer. Ya sé que nuestra intención es llevar una vida muy sencilla, pero he puesto todo mi atan en tener una bañera a mi medida, de modo que pueda descansar la cabeza y estirar los dedos de los pies hasta la punta. Dime si a ti te gustaría tener otra y elaboraré los planes.

Tu querida hermana, Eva.

*

Mientras leía, Emanuel veía la pequeña boca de su hermana murmurando, confiando sus planes, los sueños familiares que se había empeñado que él compartiera; y él siempre se guardaba sus cartas para el final. Las de Bina estaban llenas de noticias. «Los hechos son», empezaba a menudo, y rebuscaba entre las cosas que sabía para informarle de algo espantoso. Tenía un don natural para los desastres y podía olerlos, atraerlos hacia ella, por más lejos que estuviera. Martha se pasaba horas con la pluma en la boca, sopesando el modo perfecto de poner por escrito sus pensamientos. Sus cartas empezaban con un estilo muy formal, pero pronto divagaban, perdiéndose entre fragmentos de mitos e historia antigua y revelando secretos celosamente guardados de otras chicas de la escuela. Ella pensaba que su hermano se encontraba en un lugar no muy distinto a la Antártida y confiaba en que era la única persona capaz de guardarse esos secretos para sí.

*

Emanuel recibía más cartas que cualquier otro soldado de su regimiento. Le tomaban el pelo, le envidiaban y ocasionalmente le pedían que solicitara correspondencia para un soldado menos afortunado que él.

«No todas pueden ser hermanas tuyas», le decían dándose codazos, y cuando insistía en que sí lo eran, y que serían unas corresponsales desconcertantes, por no decir inútiles, le pedían que les enseñara una fotografía. Emanuel llevaba una, la de las tres chicas en Gaglow, vestidas de blanco y estiradas en sillas de mimbre al sol en el porche de verano, pero él lo negaba y decía que no tenía. En una ocasión, su interlocutor le maldijo por mentiroso y estafador y le dio una palmada en el hombro, pero cuando se alejaba, Emanuel le oyó murmurar que no era más que un judío y que no merecía el honor de morir por su país.

*

Salvo Schu-Schu, nadie sospechaba que Emanuel no tenía intención de volver a casa el primer día de permiso, pero tras seis largos meses, a pesar de lo que se había prometido, le resultó imposible no ir.

—¿Quieres entrar y bailar con nosotras, sólo una vez? —le suplicó Eva mientras esperaban en la sombra del porche a que llegaran las primeras damas jóvenes.

Marianna, angustiada ante la perspectiva de que la educación social de sus hijas se viera frustrada por la guerra, había organizado una serie de clases de baile que se realizarían en diversas casas a lo largo del verano.

—Podría hacerlo —Emanuel le apretó la mano—, pero no quisiera molestar a tu pareja de baile.

—Oh, a Amalie no le importará y, además, también podrías bailar con ella. No ha bailado nunca con un hombre. Bueno, con ninguno salvo el viejo herr Friedrichson.

—¿Y tú? ¿Has bailado con algún hombre?

Eva sonrió y frunció el ceño a la vez de modo que sus ojos casi desaparecieron.

—Sólo contigo.

Emanuel había soñado durante muchas noches espantosas tener a las hermanas Samson en sus brazos. A cualquiera de ellas, o a las dos, pero en ese momento, sentado en el salón mientras escuchaba el piano y los golpes rítmicos del bastón del viejo profesor de baile, no tenía ganas ni de verlas. Sin embargo, cuando el sosegado estruendo de un vals se filtró bajo la puerta del salón, dio un taconazo con las botas y,

por Eva, hizo su entrada.

En el salón había doce chicas, seis parejas bailando, y, a medida que las componentes de cada una de ellas se daba la vuelta y lo veía, un rubor se extendía por su cuello y su cara, convirtiendo el baile en un anillo encendido de rosa. Emanuel estaba de uniforme junto a la puerta. Bajó la mirada y observó los pies y tobillos de las chicas.

«Un dos tres, un dos tres.» El viejo herr Friedrichson marcaba el ritmo con golpecitos, asentía con su bigote atusado, asfixiado de calor bajo la tela brillante de su abrigo: «Un dos tres, un dos tres».

Mientras recorría el salón con la mirada contemplando toda aquella belleza, Emanuel deseó poder borrarse la dura mueca de desprecio de la comisura de los labios.

Cuando la música se detuvo, Eva se soltó rápidamente del pesado abrazo de su pareja y se presentó ante su hermano, sonriéndole y ofreciéndose para el próximo baile. Fräulein Schulze, que estaba de pie junto al piano, rescató a la abandonada Amalie y volvieron a empezar, acompañadas por los resonantes acordes de la anciana frau Medel, que estaba casi completamente sorda desde su septuagésimo cumpleaños, hacía ya más de una década.

Mientras se desplazaba por el salón, Emanuel observaba el baile por encima de la cabeza de Eva.

Un dos tres. Notaba en el hombro la respiración de su hermana contando los pasos. Un dos tres, un dos tres. Y entonces se dio cuenta de que le hubiera gustado contarle alguna espantosa verdad al oído enrojecido.

Angelika y Julika bailaban juntas, sus esbeltos brazos desnudos rodeaban sin fuerza el talle de la otra y su pelo castaño se rizaba bajo el calor formando mechones idénticos sobre sus frentes. Le sonrieron desde el otro lado del salón, como un círculo resplandeciente que giraba, y a él le recordaron aquellas sirenas de dos cabezas que atraían a los hombres a la costa, con sus voces dulces e insinuantes, para que se hicieran añicos contra las rocas.

«Me disculparé y me iré», se juró Emanuel, pero apenas había acabado un baile cuando empezaba el siguiente, y la pareja que tenía en sus brazos cambiaba por otra con una extraña fluidez que, sin embargo, desaparecía en cuanto empezaba la música y el bastón de herr Friedrichson marcaba ruidosamente los pasos.

Emanuel bailó primero con todas sus hermanas. Martha, la más alta de las tres, era también la más grácil, mientras Bina, demasiado acostumbrada a años de mando, tropezaba y le daba golpes en las botas.

«Un dos tres», jadeaba y, como un barco oscilante, se desplazaban con rigidez de un lado a otro por la sala.

La clase de baile se alargó media hora más de su duración normal

para que todas las chicas tuvieran la oportunidad de bailar con el deslumbrante invitado de honor uniformado. Emanuel, ya tras el primer vals, no había deseado otra cosa que irse de allí. Estaba incluso dispuesto a renunciar a la ocasión de sostener a la delicada y ruborizada Julika entre sus brazos para volver al salón, donde podría estirarse cómodamente entre la pulida madera oscura de los muebles.

«Oh, Schu, ¿no vas a bailar con Manu?», le susurró Eva cuando la música se detuvo finalmente, pero la institutriz miró directamente a los ojos de Emanuel y dijo que le parecía que el pobre hombre estaba agotado y necesitaba que lo dejaran solo.

*

Aquella noche la cena se sirvió en la terraza. Había ganso con una gruesa piel crujiente y una ensalada de habas, y mientras comía, Emanuel se dio cuenta de que estaba contando de nuevo, con sumo detalle, cómo había sido exterminada la mitad de su regimiento.

—Íbamos corriendo hacia un pueblo cuando unos hombres armados empezaron a dispararnos —oyó que decía su propia voz, sin callar mientras masticaba, persistente—, pero en lugar de responder al fuego, se corrió el aviso: «No disparéis, son los nuestros, que se retiran». Aquello no era verdad, pero no podíamos hacer otra cosa que maldecir pegados al suelo e intentar eludir el torrente de balas. Sólo cuando apareció nuestra artillería y empezó a disparar se dio la orden de avanzar, y todo sucedió sin que nadie se molestara en darnos la menor disculpa. —Miró a lo largo de la mesa a los ojos brillantes de sus hermanas y se calló de golpe—. No describiré —añadió por fin— el reguero de muertos y heridos que no se nos permitió detenernos a atender. —Pero mientras cortaba la carne en tiras sobre su plato todavía podía oír cómo le llamaban a gritos.

Wolf le sirvió un vaso de vino.

—Mi querido muchacho —dijo, e incapaz de que se le ocurriera nada más que añadir, se fue arrastrando los pies hacia la bodega a buscar otra botella.

*

Emanuel se pasaba las tardes leyendo en su habitación, y a veces oía los ruidos que hacía una u otra de sus hermanas mientras reunía el valor para interrumpirle.

«Vamos a ir de excursión a nadar y comer en el lago», le dijo Eva, girando el pomo de la puerta, y él respondió con brusquedad que todavía estaría en el mismo sitio cuando ella volviera y que seguramente las vería a todas en la cena. Siguió un silencio dolido y

apenado, y Emanuel revolvió sus papeles con rabia y cerró ruidosamente el libro que leía sobre la mesa antes de oír que ella se alejaba y emprendía una carrera por el pasillo.

«Es increíble que hayan cambiado tan poco las cosas aquí», musitó mientras paseaba por la casa, sin darse cuenta de que la mesa ya no estaba tan generosamente servida como antes ni de que su madre llevaba los mismos vestidos de verano, con pequeñas variaciones y arreglos, que el año anterior.

*

Hasta fräulein Schulze parecía haberse suavizado. Su pelo rojizo se había tornado extrañamente claro, y lo llevaba austeramente apartado de la cara, y las tareas que les encargaba a sus hermanas las supervisaba sin su 'vigor habitual.

—Es estupendo tener a Manu de vuelta en casa. —Eva deslizó un brazo alrededor de su institutriz mientras se dirigían por los campos hacia el lago.

—Sólo por un día más —coincidió fräulein Schulze y, endureciendo el tono de voz, le gritó a Martha que tuviera cuidado por dónde se metía—. Si te contoneas de ese modo te vas a hacer jirones la falda. —Apartó el brazo de Eva, le hizo apresurar el paso y se negó a saludar con la mano a la fila de desdichados prisioneros con pantalones rojos que cavaban el campo con azadas.

CAPÍTULO X

DESDE mi habitación silenciosa oía la sala principal de maternidad. Bebés sollozando, mujeres riendo, visitantes desfilando arriba y abajo y, por encima de todo, el ruido de un achaparrado teléfono gris sobre ruedas que no dejaba de sonar. El tercer día me trasladaron a una cama justo en medio. Un hombre inmenso se sentaba casi a mi lado. Llevaba una araña tatuada alrededor del cuello y sostenía a su bebé apoyándoselo en el pecho mientras la madre se escabullía a la escalera de incendios a fumar.

Vino un doctor para examinar las piernas de Sonny. Seguían dobladas en alto desde la cadera, donde las había tenido acurrucadas bajo la barbilla, y me explicó que un bebé nacido al revés a menudo tardaba un poco en estirarse. El doctor lo levantó con cuidado de su pelele de felpa y le subió la camiseta por encima de la cabeza. A Sonny no le gustó y la cara se le arrugó alarmada.

«A éste no le pasa nada.» Al médico no parecían molestarle los chillidos de Sonny mientras lo levantaba cogiéndolo de las manos para comprobar su fuerza y le apretaba las caderas hasta que toda su cabeza adquirió un color rojo oscuro de tanto berrear. Incapaz de controlarme, lo rescaté de los cuidados del médico con brusquedad. Lo tapé rápidamente y apreté su cuerpo contra el mío. Cesó el llanto. Sus manos se aferraron a mi pelo y un caudaloso torrente de amor fluyó entre nosotros.

*

—Lo siento —Pam inclinó la cabeza—, pero me parecía incorrecto no llamar a Mike.

—Va a venir hoy otra vez.

—¿Y?

Era difícil de decir.

—¿No vas a perdonarle? —Negó asombrada con la cabeza.

—Bueno, dijimos que seguiríamos siendo amigos, Pam... —Me vino a la cabeza una fugaz imagen de Pam que me hizo sentir culpable, la del día que habíamos roto: la recordé saliendo a toda prisa de su coche con cigarrillos, coñac y un ramo de flores azules brillantes—. Me encuentro demasiado asqueada para poder fumar —le había dicho sollozando y, sentadas cada una en una punta del sofá, con los pies apoyados en cojines, le hablé de Mike y de cómo había reaccionado a mis noticias—dijo que había intentado engañarle, que lo había planeado, que estaba arruinando su vida. —Mordí con furia

una tostada para dejar de sentirme mal.

—¿No te vas a quedar el bebé? —Pam se bebió mi coñac—. ¿Y tu carrera?

—Vamos, por favor. —Yo no tenía ninguna carrera, las dos lo sabíamos. Algún trabajillo ocasional en el Fringe. La hija, hermana o esposa de alguien. Una pequeña gira por el Lake District.

Pam volvió a llenarse la copa.

—Me rindo. —Brindó por la pequeña partícula que era todavía el bebé y se bebió la copa de un trago.

—¿Y cómo le vas a llamar? —me preguntó acurrucándose, y nos quedamos allí estiradas el resto del día hasta que se nos ocurrió el nombre de Daisy. Daisy Pamela

Linder. Y yo juré que jamás aceptaría que Mike volviera conmigo, por más que me lo suplicara.

Mike volvió al día siguiente para recoger sus cosas. Yo había pensado en empaquetárselas pero concluí que era demasiado trabajo.

«¿Arruinar tu vida? No perdería el tiempo en eso.» Pero él me miró, frío y con aíre de superioridad, y sugirió que deberíamos intentar seguir siendo amigos. «Amigos —chille con la boca desencajada— que se aborrecen y detestan mutuamente.» Y se fue, con la espalda recta, por la calle, mientras yo me tumbaba en el vestíbulo y lloraba.

*

Mi madre llegó al hospital con una caja de galletas portuguesas.

—¿Cómo te encuentras? —Antes de que tuviera tiempo de responderle me caían lágrimas por la cara. Se sentó y me cogió la mano—. Todo va bien.

Cuando recuperé el aliento, acerté a farfullar;

—No ha venido.

—Lo estás haciendo muy bien. —Movió la cabeza de lado a lado, pronunciando unas tranquilizadoras y apenas audibles onomatopeyas de desaprobación, y entonces pensé en ella, muchos años atrás, esperando a ver si mi padre aparecía.

Mike tenía un taxi esperando. Había venido para llevarnos a casa. Por primera vez desde hacía una semana, yo llevaba puesta ropa de verdad, y Sonny vestía una chaquetita de lana suave sobre su batita. Abría los ojos, largos y acuosos, y la piel de los párpados era malva.

«Le he comprado un sombrero»—dijo Mike y se paró para ponérselo. Era un sombrerito acabado en puma que le caía sobre los ojos y Sonny estaba tan gracioso con él, como una bolsita de harina atada por arriba, que tuve que apretarme el estómago para que no se

me saltaran los puntos de la risa. 1.a mujer que había en la cama de al lado nos detuvo para hacernos una fotografía, y allí estábamos, los tres, juntos, como una verdadera familia, preparados para irnos a casa.

«Ahí va», y el flash de la cámara me despertó.

Estaba acostada en mi propia cama, vestida, con Sonny acurrucado bajo mi brazo. Mis hermanas, *no* Mike, nos habían traído a casa. Natasha incluso había limpiado el coche para hacer honor a un viaje tan especial. Cuando llegamos encontré flores frescas junto a la ventana y la cuna de Sonny ya estaba dispuesta al lado de mi cama. Habían amontonado cojines en el sofá para que me sirvieran de apoyo del brazo con que sostenía a Sonny cuando le daba el pecho y la comida ya estaba en la mesa. Era comida griega, pan blanco y queso feta, pepino cortado en tacos y una ensalada de tomare rebosante de semillas de cilantro y olivas. La boca, acostumbrada a la comida del hospital, me picaba con los sabores intensos. Mientras chupaba trozitos de chile de una oliva, me pregunté si no afectaría a mi leche, pero aun así me llené más el plato.

No había tenido noticias de Mike, y su recuerdo se mezclaba con mi agotamiento. «Lo que más odio de él —concluí— es que cuando me siento verdaderamente furiosa lo único que se me pasa por la cabeza es que podría, sólo podría, haberle atropellado un autobús.»

Me gire un poco para mirar al bebé. Estaba tumbado boca arriba con los brazos por encima de la cabeza. Sus dedos, todavía con la piel arrugada, se rizaban como estrellas de mar, y una diminuta hilera de burbujas se extendía alrededor de la dulce mueca de su cara. Natasha y Kate debieron de haberse ido en silencio mientras dormía porque desde la cama veía un móvil de conchas transparentes, un regalo de las dos, que habían sujetado en la ventana.

Transcurrieron tres días más antes de que Mike llamara.

—Lo siento mucho —empezó—, pero me avisaron inesperadamente para un trabajo.

Me di cuenta de que se moría de ganas de seguir contándomelo.

—No me importa, no hay disculpa. —Tensé el cuerpo con fuerza para contener las lágrimas que afluían a mis ojos.

—Alguien abandonó, y tuve que salir sin tiempo para nada. Estábamos en exteriores, y cuando tenía ocasión de llamar siempre era más de medianoche. Ya sabes cómo es,

—En realidad, no lo sé.

—¿Puedo pasar a verte?

Apreté mi mano sudada y con mucha calma le dije que no.

—No quiero verte —expliqué lentamente, como si le hablara a un niño. Y por un instante, hasta yo misma me creí que era cierto.

*

Sonny tenía dos semanas cuando salimos de casa para posar por primera vez.

—Bueno, más vale que no lleguemos tarde. —Me acomodé en el coche de Natasha sujetándolo bien y con mucho cuidado arrancamos y nos metimos en el tráfico.

—No me puedo creer que lo estés haciendo. —Kate se inclinó desde delante y yo intenté explicarle que me había parecido una buena idea en aquel momento.

—Estás completamente loca. —Natasha era la única de nosotras que nunca había posado. Sólo la había pintado una vez, cuando tenía dieciséis años—. Me hizo parecer una nadadora de las que cruzan el Canal. —Y se negó a posar nunca más. Kate, como yo misma, había servido de modelo en incontables ocasiones.

—Es una persona a la que cuesta decirle que no —nos quejamos.

—Tu problema —replicó Natasha— es que no tienes nada mejor que hacer.

—Y Sonny tampoco —señaló Kate. Kate trabajaba como montadora de películas. Era un trabajo como el mío, con interminables períodos de calma—. No tengo ninguna duda —insistió —, no volveré a posar. —Natasha comentó que ahora que su padre tenía otra modelo, podía prescindir de Kate sin problemas.

—Me gusta posar —dije, y pensé en la tenue luz del estudio, las historias que contaba nuestro padre y la comida, e intenté acordarme de volver a preguntarle sobre Emanuel Belgard y lo que le había pasado en la guerra.

—Nunca le mencionaban —dijo mi padre una vez tumbe a Sonny a mí lado en el sofá. Había tenido que explicarle que el bebé no aceptaría pasarse ni un minuto sin su ropa—. Por lo que sé, era una especie de oveja negra, aunque vivió algunas aventuras extraordinarias. —Le rogué que intentará recordar cuáles habrían sido —. Sí, sí —murmuró, pero estaba demasiado absorto en encajar a Sonny bajo mi brazo.

Yo me había colocado una almohada bajo el hombro para apoyarme mientras miraba la carita dormida de mi bebé. Descubrí que podía pasarme horas enteras mirándole fijamente: los párpados redondeados, de color púrpura claro, y las cejas, un diminuto apunte de oro. El pelo de la cabeza era oscuro, con un fleco graso alrededor de la nuca, pero me di cuenta de que se iba aclarando cada día que pasaba.

Mi padre se detuvo, sosteniendo en el aire una barrita de carboncillo.

—¿Podrías girarla un poquito hacia este lado?

Cambié el brazo de posición y moví la almohada.

—Girarlo —le corregí; aproveché la ocasión para acariciar la cálida mejilla con los labios y busqué a tientas sus dedos de los pies, que todavía no le llegaban al fondo del pelele de felpa.

—¿Necesitas un descanso? —me preguntó, algo extraño en él, pero yo no quería desaprovechar el tiempo mientras Sonny dormía.

Sonny era una silueta de carboncillo, con la nariz levantada en el aire y manos que parecían garras. Cuando mi padre cogió un pequeño pincel y lo empapó de pintura, lo miré atentamente para ver por dónde empezaba. Conmigo comenzaba por los ojos, pero yo sabía, por haberlo visto en otros lienzos, que no siempre era así. Veía, colgados de un borrón de pelo rojizo, una boca descuidada, una nariz, una rodilla que se apretaba contra la otra y un pene separado del cuerpo. Con un rápido movimiento empezó por la oreja de Sonny. Trazó en curva el labio rosa y mezcló colores para formar los tendones.

—Estás trabajando muy rápido —dije cuando finalmente paramos.

La pintura se había extendido para dar cuerpo a la boca de Sonny, cubierta de ampollas de coral por su continuo movimiento de succión. El bebé musitó cuando me separé de él, sus manos se elevaron en el aire para cogerme, pero estaba demasiado ahíto y soñoliento para despertarse. Me reí al contemplarlo desde lejos: un bichito verde y regordete sobre las flores del sofá; y fui corriendo a preparar un poco de té.

—¿Quieres una taza? —le pregunté a mi padre, pero estaba concentrado observando a Sonny dormido y movía la cabeza de un lado a otro, intentando compararlo con la pintura. Vacilaba, los dedos se le enredaban en el trapo, y contuve el aliento temiendo que lo borrara—. ¿Té? —repetí y extendió la mano para aceptar una taza. «Me alegro tanto de estar haciendo esto», pensé mientras volvía a acomodarme en el sofá, contemplaba cómo subía y bajaba el pecho de Sonny al respirar y observaba cómo la pintura se iba amontonando alrededor de la oreja y se espesaba sobre su cráneo.

—Oh, sí, me acuerdo de una cosa —dijo mi padre sorprendiéndome—. Mi madre, de niña, le regaló a Emanuel unas píldoras para aumentar el tamaño del pecho como regalo de cumpleaños. «Pilule Oriental»—dijo que eran. —Y sonrió para sí mientras seguía trabajando.

No era para nada lo que yo había esperado. Me había imaginado bordados y seda, pesados relojes de plata y ceniceros de vidrio tallado.

—¿Y le gustaron? —pregunté.

—No lo creo. —Y los dos nos reímos.

En cuanto llegamos a casa, Sonny se despertó y hasta medianoche

no se cansó lo bastante como para volverse a quedar dormido.

«Oh, Pam —gimoteé en el contestador automático—, ¿cómo se me ocurrió meterme en esto?» Pero Pam había sido contratada como sospechosa en una serie de detectives que se desarrollaba en Leeds y no volvería hasta dentro de varias semanas.

«¿Cómo fue?», me preguntó Natasha al día siguiente y, tragándome el orgullo, con los ojos enrojecidos por el cansancio—dije que había ido estupendamente.

*

Mike envió una tarjeta con un cheque de doscientas libras metido dentro. «Espero que los dos estéis bien»; y también estaba su número de teléfono, anotado innecesariamente entre paréntesis detrás de su nombre. Pam me había hecho prometer que no le llamaría. «Estás mucho mejor sin ese bastardo egoísta y desconsiderado», y yo sabía que era verdad.

CAPÍTULO XI

EMANUEL se negó a llevarse la comida cuidadosamente preparada que Marianna intentó obligarle a aceptar y en su lugar llenó sus bolsas de libros. Dejó polvorientos huecos en la biblioteca, en los espacios de donde había sacado volúmenes que había abandonado más tarde, apilados en montones sobre la mesa de centro. Los libros que eligió llevarse eran todos de poesía y filosofía. Kleist y Nietzsche. *The Agony of Conscience* de Strindberg, del que memorice fragmentos completos, y *Correspondences* de Schopenhauer.

—He sido ascendido —le dijo a su familia cuando se dirigía hacia el tren— al Estado Mayor del regimiento. —Pero rechazó sus felicitaciones, no dio explicaciones ante su sorpresa porque no lo hubiera mencionado antes, e insistió en que su antecesor en el puesto había sido degradado por escribir incorrectamente una palabra.

—Vaya, de verdad, Manu, es una noticia estupenda. —Su madre se acercó para abrazarle.

Eva, deslizando la mano dentro de la suya, murmuró:

—Pero tú nunca cometerías un error como ése así que ni siquiera tenemos que preocuparnos.

Bina le miró entrecerrando los ojos.

—Lo más grandioso de esta guerra es que se trata de la puesta en práctica del modo de ser alemán, eso es más importante que todas las hazañas gloriosas de los individuos, y solamente por eso vamos ganando.

Emanuel se envaró, Wolf se volvió bruscamente hacia su hija y le preguntó cómo se le ocurría airear tales puntos de vista.

—¿De verdad que vamos ganando? —preguntó Martha, pero Bina levantó la barbilla y se negó a responder.

Emanuel miró a su padre. El pelo de Wolf había pasado del gris al plateado en el curso del último año, y las dos arrugas entre sus cejas todavía negras se mantenían ahora perpetuamente fruncidas. Supo que su padre había adivinado lo que su madre y sus hermanas nunca sabrían: que lo habrían ascendido meses antes, posiblemente a finales del año anterior, si hubiera sido el hijo de otra familia de más raigambre.

—Bueno, en mi opinión es la mejor de las noticias posibles. —Wolf puso una mano sobre el hombro de su hijo y juntos caminaron hacia el carruaje. Eva les siguió dando patadas a las piedrecitas con las puntas rozadas de los zapatos.

—Manu —le llamó, pero los caballos habían empezado a moverse, esquivándose entre ellos, preparados para partir—. Manu.

Al volverse vio, enmarcada en la larga ventana sobre el porche, la pálida figura de su institutriz, que se despedía agitando la mano con movimientos amplios y nerviosos.

*

Emanuel creía que había sido un error volver a Gaglow. Aunque no había tenido mucho que hacer al respecto de su permiso, podría haberse resistido a la comodidad veraniega de la finca y a los abrumadores cuidados de su madre y haberse dirigido a Berlín, donde el piso permanecía cerrado. Podría haberse quedado allí, entre el mobiliario tapado, sobreviviendo gracias a las raciones militares y fruta en conserva. Si lo hubiera hecho, su castigo posiblemente no sería tan terrible. «Sé que no debería quejarme», murmuraba varias veces al día, pero no podía librarse de la sensación de que lo que estaba soportando era una forma de tortura.

Emanuel estaba destinado en una remota granja de los bosques de Rusia. Al principio, había participado en misiones de espionaje para comprobar el corte y el color del uniforme del enemigo y había regresado victorioso de las mismas tras atisbar a través de un matorral un desordenado puñado de cosacos, con caras oscurecidas por barbas y abrigos tan desgastados y estropeados que casi se volvían invisibles entre el camuflaje de los árboles que les rodeaban. Pero las primeras nieves habían impedido la continuación de esas misiones, y si se tenían que intentar nuevas salidas era necesario hacerlas en trineo. Emanuel ya no podía cabalgar por la noche para visitar puestos solitarios diseminados por las llanuras. Echaba de menos el agradable resplandor del sol naciente cuando, acabada su misión, se dejaba caer en la cama. «No debería quejarme, lo sé», se decía cuándo, día tras día, las únicas órdenes que recibía eran enseñar a esquiar a un grupo de soldados. El año anterior se había construido una pista de esquí, y Emanuel sonreía, incluso entonces, cada vez que pensaba cómo había considerado hilarante la posibilidad de practicar carrera a campo traviesa en aquellas circunstancias tan anómalas. Los hombres a sus órdenes parecían tener la moral muy alta, se reían continuamente y se bombardeaban unos a otros con chistes desesperados. Emanuel los observaba de cerca mientras se abrían camino con los trineos durante las prácticas de todas las mañanas, y aunque se tiraban al suelo unos a otros y arrojaban nieve a la cara de sus amigos con frecuencia, tras varias semanas de atenta observación llegó a la conclusión de que eran tan desdichados como él.

En una carta que escribió con reticencia a casa decía:

Esta época de grandeza está perdiendo sentido paulatinamente. Apenas podemos alejarnos de la puerta delantera, y me paso la mayor parte del tiempo sentado dentro, jugando a ajedrez y señalando la ruta de nuestros avances sobre los mapas. Sé que me encuentro en una posición envidiable, pero ciertamente, con tanto tiempo disponible, resulta imposible no preguntarse: ¿qué sentido tiene todo? Me levanto todas las mañanas con el incómodo pensamiento de que no se me está haciendo servir y me paso el día intentando librarme de la consiguiente sensación de ser inútil. Al anochecer, sin haber conseguido nada, me dejo caer agotado en mi cama.

*

Esas cartas, su simple existencia, iluminaban el corazón de Marianna. Le enviaba a Emanuel respuestas apasionadas dándole ánimos, llenas de ejemplos de la importancia de su tarea, y en todas las cartas que escribía diariamente deslizaba alguna noticia sobre la pérdida, por muerte o mutilación, del hijo, el primo o el sobrino de una familia conocida, que habían tenido la mala fortuna de ser destinados a un puesto más peligroso.

Me siento como la Bella Durmiente, yaciendo aquí, en mi mundo blanco. Todos los días me acomodo en una silla y contemplo la nieve que cae sobre los abetos, sellando el río con una nueva capa de hielo. Desde donde me encuentro, tan alejado del frente, hasta los obuses dan la impresión de caer con suavidad, aterrizando y dispersándose con el mismo ruido que una bola de nieve, y únicamente el ocasional estruendo de la artillería me despierta y me aparta de mis libros. A veces estoy tan lejos, perdido en alguna historia ajena, que tengo que sacudir la cabeza y mirarme las botas remendadas para recordarme que soy, en realidad, un miembro del ejército del káiser.

Lo único que estoy sacando de esta guerra es la lectura, pero eso significa que también se me recuerda dolorosamente que, a diferencia de los personajes sobre los que leo, llevo una vida carente de dramatismo. ¿Qué clase de relato podría hacerse con mi vida? Un hombre se lanza a la batalla, anhelando arriesgar su vida, y entonces se pasa un invierno entero con los pies junto a la hoguera, esperando que los amentos del sauce se desplieguen en el exterior y anuncien la llegada de la primavera.

En los últimos días de 1915 Emanuel escribió a casa:

Mientras cientos de miles de hombres se hacinan helándose en las trincheras, yo he pasado mis segundas Navidades de la guerra en una

cómoda granja, a muchos kilómetros de la línea del frente. Otros cinco exploradores y yo nos sentamos a beber ante una hoguera resplandeciente en compañía de nuestros oficiales superiores y, para olvidarnos de la desdicha de nuestros amigos, nos acabamos nuestra jarra y nos bebimos una segunda. Con la tercera, nuestros ánimos subieron hasta tal punto que corrimos a la nieve a talar un árbol de Navidad. Lo decoramos con papel de colores trenzado, y contemplamos, paralizados, cómo bombardeaban los cañones formando un anillo de doscientos metros a su alrededor, La charla, al contrario que el año pasado, no versó sobre la Victoria Definitiva de Alemania, Ahora muy rara» vece* habla de política o del fin de la guerra y, mientras la noche pasaba a toda prisa, fueron surgiendo y sucediéndose interminablemente anécdotas sobre algunas rutas de esquí especialmente traicioneras, escuchadas y contadas casi sin aliento. A medianoche empezó un absurdo juego de volteretas, y hombres cuyos dedos se habrían congelado si hubieran estado más sobrios se quitaron los guantes y, colocando las palmas directamente sobre el hielo, demostraron su habilidad dando saltos hacía atrás. La mañana siguiente me desperté convencido de que me había pasado la noche tumbado sobre una losa de piedra y, para mí disgusto, descubrí que estaba voluptuosamente hundido entre las almohadas de plumas de una cama alta. Me despertó la voz áspera de un oficial, que cantaba mientras se frotaba la cara con nieve: "No...che de paz, no...che de amor». Y, a mi pesar, tuve que reírme.

*

Cuando llegó el telegrama, la familia se encontraba en Gaglow, durante la primera semana de la primavera en que hizo buen tiempo. Lo trajo un chico corriendo desde el pueblo; el corazón le latía desbocado y retorcía Ja boca en un intento desesperado de adaptarse a la seriedad de la ocasión. Lo puso directamente en manos de Wolf Belgard y se detuvo para ver cómo lo abría. Wolf sólo se fijó en él —un muchacho pequeño y pálido, que se tapaba la boca con la mano— cuando hubo acabado de examinar el sobre dándole vueltas una y otra vez para convencerse de que no era la noticia que temía.

«Vete», gritó abriendo los brazos, y entonces, al ver las líneas de sudor que parecían manchas de lágrimas sobre la cara sucia del chico, le dijo que volviera y fuera por la puerta lateral a beber un vaso de agua.

Wolf salió al jardín para desgarrar el sello, pero de repente le entró miedo y regresó apresuradamente dentro para buscar a su esposa.

Marianna estaba en la sala que daba al este examinando paquetes

de semillas. A su lado, en el sofá, estaban estirados dos lebreles, tapados del frío con un montón de chales de colores oscuros, de modo que sólo eran visibles las puntas greñudas de sus hocicos por encima de las telas que subían y bajaban al ritmo de su respiración. Wolf se colocó ante ella y dejó que el telegrama cayera volando sobre su regazo. Era ligero y estaba mugriento y Marianna se quedó lívida cuando lo cogió y lo sostuvo en las manos.

«Déjame a mí»—dijo entonces él lamentando su propia cobardía. Pero, para su alivio, su esposa siguió aferrándolo, lo colocó fuera de su alcance y abrió el sello ella misma.

Al principio, la noticia les inundo de una oleada de alivio, ambos se fundieron en un abrazo indeciso y Wolf cayó al suelo intentando sostener a su esposa que se balanceaba hacia delante. Apenas habían digerido la noticia cuando el sonido de unas pisadas apresuradas hizo que se separaran y el ver a Bina, con la cara enrojecida y los ojos inquiriendo con fiereza, les forzó a ponerse de pie. Los dos perros levantaron las cabezas, estiraron las patas delanteras y suspiraron ante la molestia. La noticia de la llegada del telegrama se había propagado con gran rapidez desde la puerta trasera. Había entrado en las cocinas con el vaso vacío de agua y fue transmitida susurrando por las ventanillas a lo largo del oscuro laberinto de pasillos de la planta baja. Se difundió velozmente hacia arriba, hasta los cuartos de los sirvientes, por las habitaciones de madera, desde donde Dolfi la llevó al cuarto de las niñas con la ropa blanca. Bina, al ver la expresión aliviada en el rostro de su madre, supuso que las noticias eran enteramente positivas.

«Déjamelo»—dijo alargando la mano para coger el papel. Al leerlo, la cara se le oscureció de ira. La boca le quedó colgando abierta en una mueca de grito contenido y los ojos le brillaron de rabia. Martha y Eva entraron corriendo en la habitación, Bina se volvió y las cogió con los brazos balbuciendo las espantosas noticias antes de que Marianna pudiera llegar hasta ellas.

—¿Qué ocurre? —Fräulein Schulze estaba en la puerta, con el pelo rojizo apartado austeramente de la cara y las pecas resaltando sobre su piel blanquecina.

—Es Manu. —Bina levantó la mirada y extendió la mano hacia ella—. Está... —Pero la institutriz no se quedó a escuchar. Un extraño ruido gorjeaba en su garganta y, encorvando los hombros hasta el cuello, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

«¿Sch-Schu? —la llamó Eva—. ¿Schu?» Tras haber buscado por todas las habitaciones, se sentó, exhausta, en el suelo. «Esta es mi habitación y la amo», susurró y, mirando con culpabilidad al rincón, creyó que todavía podía ver una diminuta abolladura bajo la línea lisa

de la nueva decoración. Se volvió para asomarse entre las patas oscuras de la cama. Al principio no vio nada y el corazón empezó a latirle con fuerza mientras pasaba los dedos a lo largo y por encima de los listones inferiores del armazón hasta encontrar su caja. La había colgado como una hamaca, atándola con cuerdas que se extendían entre las tablas, de modo que sólo se podía llegar a ella levantando el colchón. Eva colocó los dedos alrededor y la soltó de su cuna, bajándola al suelo como un tesoro hasta que finalmente la sacó de allí debajo y la depositó sobre la colcha blanca de la cama. Giró la llave, que seguía en la cerradura, y dejó que la tapa se deslizara hacia atrás descubriendo las iniciales toscamente talladas entre las bisagras. Y allí estaban, las palabras de papel, envueltas a buen recaudo dentro de un dedal. Eva las extendió a lo largo de su rodilla y, llevándose el trozo de papel a los labios, las besó. A continuación extrajo la foto de Schu-Schu, con sus pecas desparramándose como puntos color sepia sobre los tonos marrones de la imagen. En el dorso estaba garabateado con fina tinta marrón «1911. Neuenahr», y Eva todavía recordaba a su institutriz de pie en el paseo, con el sombrero en la mano, la cabeza alta, mientras Emanuel se tomaba su tiempo haciendo zumbar y apretando el obturador. Eva miró fijamente los ojos claros de la mujer y descubrió un débil destello de alegría en aquella mirada familiar. En el fondo de la caja, bajo madejas polvorientas de seda de colores, encontró una nota infantil, emborronada con sangre marrón seca y dictada a Emanuel cuando ella tenía siete años. Juraba que cuando hubiera crecido y cumplido los dieciséis, su único hermano, Emanuel, se la llevaría a vivir con él y nunca jamás tendría otro amigo. En la parte de abajo, junto a un desproporcionado punto y aparte, se hallaba el borrón de la huella de sus dos pulgares: la de Eva, pequeña y oval; y la de Emanuel, demasiado grande para una única gota de sangre, de modo que el dibujo se difuminaba a un lado y sobresalía, transparente, de la página.

*

Aquella noche, fräulein Schulze no bajó a cenar.

«Qué raro»—dijo Marianna y, por una vez, sus hijas tuvieron que estar de acuerdo con ella. Se sentaron en un silencio sombrío ante un guiso de conejo cuyos huesos cocidos sobresalían del caldo. Omi Lise hizo cuanto pudo para iniciar alguna conversación, pero la casa parecía de repente demasiado grande, con sombras que se filtraban desde las habitaciones en desuso y el peso del enorme techo cerniéndose sobre ellos.

Aquella noche Eva permaneció despierta, esperando oír el sonido de los grandes pies de Schu pisando las escaleras traseras. Se la

imaginaba fuera, en el jardín, envuelta en su abrigo y paseando llena de rabia colina arriba y abajo.

«¿Martha?», susurró, y como de su hermana no obtuvo más respuesta que el sonido del lento temblor de su respiración, se deslizó hasta la ventana. Estaba oscuro, con un cielo encapotado de nubes bajas que ocultaban las estrellas. Eva pegó la cara al cristal, entrecerró los ojos, pero ni así pudo ver más allá del sendero de la casa del hielo. Volvió a acostarse en la cama temblando e, incapaz de dormir, evocó una nueva imagen: su institutriz sentada al calor en el largo laberinto de las cocinas, hablando sobre este importante día con Gruber, Dolfi y la cocinera de Gaglow.

Hasta la mañana siguiente Bina no encontró la carta de Schu. La había introducido entre las sábanas, metiéndola tan abajo que Bina, al acurrucarse para resistir el *frío* de la tela, no se topó con ella hasta que se despertó. Se desperezó por última vez aquella mañana entre las sábanas metiendo los pies hasta el extremo más alejado de la cama y allí, entre los dedos, atrapó el filo romo del sobre. Gritó y se sumergió para cogerlo. Cuando había desgarrado la carta, sus hermanas se habían reunido ya a su alrededor.

«¿Qué es?», preguntó Martha, y Bina extendió la carta sobre la almohada. A Eva le recordó un testamento, la última y definitiva voluntad y se estremeció al arrodillarse con Martha sobre la colcha, «No olvidéis lo que os he enseñado.» La carta se dirigía a ellas con formalidad y estaba escrita con tinta marrón sobre grueso papel blanco. «No olvidéis.» Y luego seguía una lista bastante decepcionante recordándoles que debían cepillarse el pelo, limpiarse las uñas, lavarse el cuello y en qué ángulo mantener la cabeza para mostrar elegancia, belleza y conseguir el mejor efecto. Pero al final de la carta, su institutriz expresaba su más ferviente deseo de que en todo momento escucharan cuidadosamente cuanto les dijera su madre. «Para que evitéis, al verlos en el corazón de vuestra propia familia, los males de la frivolidad, los peligros de los sentimientos superficiales y la indignidad de cazar a un hombre al que no mereces.» Bina leyó esta frase dos veces con voz grave y seria de modo que sólo la palabra «males» resonó con fuerza y claridad. Martha y Eva tiraron de la punta fría de la colcha y juntaron los dedos de los pies.

Bina las miró fijamente frunciendo el ceño y empezó a leer la carta de nuevo.

«Bina», se quejaron ellas, pero la hermana mayor les hizo jurar que nunca lo olvidarían, y entrelazó infantilmente los dedos en una cuna de su propia invención. Nanny tosió en su habitación al otro lado del pasillo, y repentinamente asustadas, Eva y Martha saltaron de su nido en la punta de la cama de Bina y atravesaron sigilosamente la

habitación volviendo a las suyas.

*

—Pero ¿dónde puede haber ido? —le preguntaron a su padre—. ¿Dónde puede haber ido Schu?

Y él respondió con calma que, en esos tiempos de incertidumbre, tal vez debió de sentir la necesidad de volver con su propia familia. Eva miró con ansiedad a su alrededor. ¿Cuántas veces les había repetido fräulein Schulze que ellas eran su verdadera familia? «Mi sangre y mis entrañas —susurraba cuando la complacían—, mis únicas niñas.»

—Antes de que nos demos cuenta nos la encontraremos de vuelta —sonrió Marianna, y se dio cuenta, para su sorpresa, de que esperaba que fuera verdad.

*

A medida que fueron transcurriendo los días sin recibir más noticias, Bina se fue convenciendo de que la habían despedido.

—Era el momento perfecto para deshacerse de ella, ¿no lo entendéis?

Martha negó con la cabeza inquieta y Eva se mordió el labio.

—No del todo.

—Ahora Manu no está aquí para defenderla, para traerla de vuelta. —Pensaron en él, prisionero de los rusos, sin saber siquiera que fräulein Schulze se había

ido—. Después de todo, fue él quien hizo que mamá la volviera a llamar.

—Sí. —Eva frunció el ceño. Cuando sucedió era demasiado pequeña para recordarlo, pero sabía, porque Bina se lo había contado, que todo había sido culpa suya.

Bina se llevó el dedo a los labios.

—He estado pensando. —Lanzó una rápida mirada al suelo—. Es posible que mamá sepa dónde está Schu. Incluso podría tener una carta con su dirección. Una carta para nosotras, una carta que nunca ha tenido la decencia de entregarnos.

Eva dudó de la última afirmación. Pero entonces se sintió entusiasmada ante la perspectiva de revolver a hurtadillas los armarios de su madre, de registrar los cajones y palpar la suavidad de las perlas y el ámbar con la palma de las manos.

—Y si encontramos la dirección de Schu-Schu, a lo mejor ella, es posible, a lo mejor sabe cómo liberar a Manu.

—¿Con sobornos? —Martha torció la cara.

Y Bina, con una mirada furiosa, añadió:

—Con lo que haga falta.

—Pero suceda lo que suceda —argumentó Martha—, los rusos lo liberarán seguramente cuando acabe la guerra.

Bina rodeó con el brazo el hombro de su hermana y atrajo el rostro de Martha hacia el suyo.

—Tifus, piojos, hambre, tortura —susurró—. ¿Es que nunca se te ha pasado por la cabeza leer un periódico? Sí, lo liberarán. Si es que sigue vivo. —Entonces la soltó.

—¿Y qué sucederá si la guerra no acaba nunca? —añadió Martha, dándole la vuelta a su propio argumento para recuperar el orgullo. Y abrió los ojos *de* par en par para enfatizar el comentario.

Las tres chicas permanecieron sentadas en silencio. Oían a Omi Lise moviéndose con dificultad junto a la puerta de al lado. Había sido su súbito envejecimiento lo que había dejado bien claro que ellas estaban empezando a ser demasiado mayores para seguir en el cuarto de las niñas. Una cálida franja de luz del sol se extendía por el suelo y atravesaba la puerta haciendo resaltar sus tres camas, con la ropa pulcramente doblada.

—En tiempos normales, supongo que a estas alturas yo ya estaría casada —se rió Bina, y siguieron sentadas en silencio, pensando en la bifurcación perdida de sus vidas, en la inutilidad de sus oraciones no respondidas y en las incontables horas de espera en vano.

—Julika está comprometida con un oficial —dijo Martha, y al momento lo lamentó—. Pero no es judío —añadió rápidamente—, Y Angelika no tiene a nadie.

*

La última carta de Emanuel había llegado una semana antes. Permanecía sin abrir sobre la mesa del desayuno, esperando junto al plato de Marianna, y mientras Eva la miraba sentía que la sangre caliente le bullía en las orejas, No quería oír las noticias viejas, viejísimas, de su hermano, y le repelía la idea de sorprenderlo en la humillante situación de saber menos que ellos.

Con una voz baja y extraña, su madre leyó: «Las nieves empiezan a fundirse finalmente y, por primera vez en los últimos seis meses, puedo salir sin tener que utilizar trineo». Los dedos de Marianna temblaban en la parte de debajo de la página, pero había tomado una decisión y no se echaba atrás. «Tengo órdenes de cabalgar esta noche al puesto donde el jefe del regimiento se ha pasado todo el invierno jugando a cartas y calentándose los dedos de los pies en una hoguera. Hasta mi pobre y aburrida yegua anhela el reto de franquear el

camino a la luz de la luna. Como siempre, deberemos tener cuidado para evitar las capas cada vez más finas de hielo y pegarnos como sombras a la protección de los bosques. Cuando susurré la noticia a la oreja de mi yegua juraría que afirmó resoplando que nada le apetecía más que embarcarse en esta pequeña aventura...* Eva se apretó dolorosamente los dedos. «Todavía no ha anochecido —prosiguió Marianna—, pero ya ha salido la luna y cuelga en el cielo más grande de lo que parecería normal. Debo tomármelo como una buena señal, lo sea o no...* Incapaz de soportarlo un instante más, Eva se estremeció y, con un empujón no del todo intencionado, golpeó el codo de Martha cuando se llevaba la taza de café de bellota a los labios. El líquido se derramó sobre su vestido, Martha gritó y todos los presentes en la mesa utilizaron ese momento como excusa para dejar la carta a un lado, distrayéndose con una agitación nada natural.

*

Marianna se abstuvo de preguntarle a su mando por una posible sustitución de la institutriz. Se percató de que cada vez que se planteaba el tema, Wolf lo evitaba y sus arrugas se volvían más profundas, abriéndose paso desde el tupido nacimiento de su cabello.

—Podríamos hacer llamar a fräulein Milner —intentó sin demasiado convencimiento atraerlo a la conversación—, Tengo entendido que todavía no se ha casado y ahora ya es improbable que lo haga... —Pero el recuerdo de Millie, haciendo punto nerviosa en el salón, lanzando miradas insulsas en la cena, enfrió su entusiasmo.

—¿Por qué no las dejamos apañárselas tal como están? —sugirió él—. Al menos, tendremos una persona menos que alimentar. —Y sus palabras, por poco prácticas que fueran, la animaron—. ¿Cuántos años tiene Eva? ¿Ya ha cumplido los trece? Bueno, será lo mejor para todas.

Marianna coincidió.

—Al fin y al cabo —dijo—, no queremos que sean unas mujeres de mediana edad que sigan llamando todavía a alguien para que vaya corriendo y les lave el cuello.

—Y, por supuesto, fräulein podría reaparecer cualquier día —dijo Wolf y se dirigió cansinamente a la biblioteca.

*

Empezaron por el tocador. Eva y Martha sólo podían estar presentes y mirar mientras, con dedos regordetes, Bina sacaba todos los cajones.

—Debe de guardar algunas de sus cosas en Berlín. —Frunció el ceño cuando un montón de pañuelos de seda, tras ser sacudidos, no

dejaron caer ni un solo objeto. Cajón tras cajón no revelaba más que fondos abollados de satín y agujas secas y polvorientas de espliego y pino. En sobres sueltos encontraron mechones de sus propios cabellos, mechones secos y rizados de la infancia. Había uno de cada una, y dos de Bina. Ésta, sorprendida, sostuvo los dos rizos ante la cara, maravillándose de su distinta textura. El primero era suave y castaño, y el otro sobresalía de la cinta, negro e indómito, tal como lo tenía ahora.

—Qué raro —musitó— y fuera de lo común. —Pero pareció complacida cuando doblaba ambos sobres. En un compartimento secreto sobre la figura que giraba de una cajita de música encontraron los pendientes de rubí de su madre. Bina se los llevó a las orejas y se levantó para mirarse en el cristal. Sabía que habían sido un regalo de papá el día que se casaron y que antes habían pertenecido a Omi Josefa, la anterior frau Belgard.

—Puede que cuando te cases sean tuyos —susurró Eva, fijándose por primera vez en la belleza de las duras caras rojas de las piedras.

—No serán para Bina —dijo Martha—, por tradición han de pasar a la nueva esposa. A quienquiera que se case con Emanuel. —Y todas recordaron a su hermano y lo que habían ido a hacer allí originalmente. Bina dejó los pendientes en su caja y se volvió hacia la habitación.

—Vamos, las dos. —Bina les asignó una mesita de noche a cada una y deslizó las manos dentro del ropero. Eva se estremeció cuando revolvió los contenidos privados del aparador. Había libros, cartas y la sarta rota de un collar, de modo que cuando introdujo los dedos hasta el fondo se le engancharon diminutas cuentas bajo las uñas. Todos los sobres tenían una dirección escrita con una letra inclinada que le resultó familiar.

—¿Qué son? —le preguntó a Bina, miró por encima del hombro de su hermana y cogió una.

—Son de papá a mamá, de antes de que se casaran, como si él no tuviera nada mejor que hacer —dijo y se la devolvió tirándosela de modo que dibujó un arco en el aire. La esquina afilada le dio a Eva en la barbilla y un trozo de papel se cayó al suelo.

«Mi amada», leyó al inclinarse para recogerlo, y al final, la posdata le llamó la atención: «Querida mía, seguramente tú sabrás decírmelo: ¿tienen algún remedio los sueños?».

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —susurró Martha entonces, y todas se volvieron con angustia hacia la puerta.

—Rápido —Bina se dio la vuelta—. Eva, busca debajo de la cama, y tú, Martha, debajo del diván, luego será mejor que nos vayamos corriendo. —Eva metió la carta en el cajón y se puso de rodillas. Miró por el suelo y con los dedos palpó los muelles. Allí no había nada, y

cuando estaba a punto de arrastrarse hacia fuera, oyó que crujían los tablones del suelo y una pisada resonó al otro lado de la puerta. Tragó saliva y también algo de polvo. Oyó otro crujido más lento, unos cuantos pasos rápidos y luego reconoció la tos seca y vieja de Omi Lise.

—¿Bina? —llamó asomando la nariz en la habitación, pero descubrió que sus dos hermanas la habían abandonado.

*

Marianna, con el sombrero y el abrigo puestos, miraba fijamente a Wolf. Le miraba con tal severidad que él se removió en la silla, dándole un golpe al periódico, que le cayó sobre la rodilla.

—¿De qué se trata, cariño? —Buscó su mano. Marianna se resistió y se soltó; Eva, con la mano en la puerta, se escabulló hacia la pared.

—Wolf —Marianna se acercó un poco más a su marido, de modo que la falda le rozó sus piernas—, escúchame. No tengo nada con que pagar a los jardineros. El techo

de la cuadra necesita reparaciones. Las chicas de la aldea se pasaron casi toda la Pascua refunfuñando. Y aunque en la ciudad podamos dejar que crezcan nuestras deudas, aquí no es posible. —Tragó saliva y su voz adquirió un tono de resentimiento—. Tendrás que ayudarme. Para mí es imposible entender cómo puede ir mal el negocio cuando por toda Alemania la gente no deja de hablar de los inmensos beneficios que se consiguen en agricultura gracias a la guerra.

Wolf dejó cansinamente el periódico a un lado. Marianna se mordió el labio, reprimiendo silenciosamente una maldición contra el káiser que, pensaba ella, debía de haber sido incapaz de encontrar el modo de pagar sus enormes encargos.

Wolf se levantó y la rodeó con los brazos. No se le ocurría qué responder a su pregunta. Pero Marianna retrocedió y, sacudiendo la cabeza y suspirando, salió corriendo de la habitación.

Eva oyó los pulgares de su madre al piano tocando oscuras y desacompasadas notas. Miró al otro lado de la puerta. Su padre estaba sentado en la misma posición que antes, con la espalda inclinada en la silla de cuero y la cara enterrada entre las páginas del periódico.

«¿Papá? —le llamó y se acercó como había visto hacer a su madre—. ¿Papá?» Pero él no se percató de su presencia ni siquiera cuando pasó una mano entre sus ojos y la página del diario. «Vamos a ir a Jerusalén», susurró recordando lo mucho que la decepcionaba su falta de reacción cuando era niña, y como su padre tampoco le respondió, salió de puntillas.

CAPÍTULO XII

MI PADRE llevaba ropa salpicada de pintura.

—Espera a ver esto. —Era una fotografía, granulosa y de color borroso, y la colocó sobre el borde de una taza para que pudiera verla. Parecía una pequeña construcción antigua, una especie de belvedere o un diminuto quiosco de música semicerrado con columnas—. Es la casa del hielo —dijo mi padre—, de Gaglow. —Volví a mirarla. El tejado era como un palomar con tejas redondeadas y en pendiente, y me imaginé a los profesores de Alemania del Este comiéndose allí sus sándwiches.

—¿Has recibido otra carta? —Yo estaba alimentando a Sonny, llenando su cuerpecito con leche, pero mi padre respondió que Ja foto se la había enviado su primo hermano John. Johann Guttenberger. O John Godber, como él prefiere que le llamen.

—Se cambió el nombre, el pobre desgraciado, cuando todavía estaba en la escuela.

—¿Ha estado por allí?

—Sí. —Pareció ligeramente indignado—. Voló a Berlín, alquiló un coche y llegó allí en una hora. Supongo que esta fotografía es para demostrarlo.

—Es raro que no haya enviado una de la casa.

—Bueno, quiero creer que se debe a que la casa es demasiado grande para que le cupiera en el encuadre —se rió de sí mismo mientras volvía a mirar atentamente la casa del hielo con sus columnas desconchadas—, pero es sólo una suposición mía. —Le dio media vuelta al caballete haciendo que chirriara por el suelo al acercarlo a nosotros.

“¿Y que más te dice tu primo? —pregunté una vez Sonny se quedé) embriagado en mi brazo.

—Bueno, según parece, después de que cayera el Muro decidieron utilizar Gaglow como centro para reeducar a todos sus profesores en una buena filosofía capitalista, así que arreglaron la casa, y luego —mi padre se detuvo y agitó un pincel en el aire—, imagínate su pasmo al descubrir que todo el lugar, las cuadras y el huerto, pertenece por entero a una familia de judíos viejos. —Se rió y mojó el pincel en pintura verde hoja—. Podrían tener que trasladarlos a unos cuarteles militares para acabar su curso, y a ninguno le hace gracia.

—¿Y qué le pasará a la casa?

—Bueno, Johann dice que se ofreció a alquilársela a un precio exorbitante, pero ellos no pudieron pagarlo. —Y los dos nos reímos de buena gana, con inesperado júbilo.

Mi padre estaba de pie, con el pincel suspendido en el aire, esperando para empezar. Estiré a Sonny, sosteniéndole la cabeza en la palma ahuecada de la mano, y lo dejé sobre el sofá todo lo cuidadosamente que pude. Lo despertaría a media tarde, pensé, pero abrió los ojos y gimoteó, así que volví a cogerlo para ver si eructaba. Mi padre dejó caer el brazo.

—Lo siento —dijo.

Sonny eructó y le felicité. Mi padre mezcló más pintura.

—Ahora estará bien —dije volviéndolo a estirar, pero él rompió a llorar otra vez. Mi padre intentó dar una rápida pincelada antes de que yo lo cogiera de nuevo—. Chisss —tranquilicé a Sonny y lo coloqué para que siguiera alimentándose.

Papá se sentó en un sillón cuyos muelles descendían en espiral hasta el suelo.

—¿Qué sucederá ahora? —pregunté, pero él suspiró y dijo que no lo sabía.

Sonny estaba tan ahíto que su cara parecía grasienta y los ojos se le pusieron en blanco.

—Bien. —Me eché a su lado y apreté un brazo contra su espalda para que no pensara que estaba solo, pero antes incluso de que mi padre pudiera extender la más leve capa de pintura se volvió a despertar y empezó a maullar como un gato.

—¿Se encuentra bien? —Mi padre parecía preocupado; yo me incorporé apoyándome en un codo y sonreí como si lo supiera.

—Está estupendamente, lo único que le pasa es que no le apetece estar estirado. —Me pasé la tarde tumbándolo y volviéndolo a coger hasta que me dolió el estómago y las manos me temblaban de cansancio.

—No va a funcionar —dije finalmente mirando a mi padre que, con una expresión de incertidumbre en la cara, estaba de puntillas sosteniendo en la mano un pincel de pintura fresca.

—¿Es posible que simplemente no quiera que lo pinten? —Pareció bastante serio, casi desconcertado, pero yo estaba demasiado exhausta para hacer otra cosa que encogerme de hombros.

*

Cuando llegué a casa tenía un mensaje de Pam. Sonny se había quedado dormido en la parte de atrás del taxi, le dejé en su silla, en la cocina, y me senté en el suelo. Me dolía todo el cuerpo, y el lado izquierdo de la cicatriz, por donde habían extraído a Sonny, parecía abierto y dolorido.

—Estoy tan cansada —casi sollocé cuando hablé con Pam. Estaba en una habitación doble en el Station Hotel de Leeds.

—¿Por qué no lo dejas? Di que lo harás en otro momento.

Pero mi teoría era que, con Sonny tan pequeño, el cuadro se acabaría más rápido.

—Ya hemos acabado la oreja, imagínate qué avance —me oí decirlo y me reí—. Bueno, ¿y cómo estás tú? —Anhelaba que me contaran cosas de otras vidas y por su tono vivaz adivinaba que Pam tenía noticias—. Vamos —la incité—, cuéntamelo todo.

—No te va a gustar —me advirtió y pronunció afectadamente el nombre, medio susurrado, del actor Bradly Teale.

—¡No! —me lamenté, saboreando por anticipado el espantoso e inevitable curso de los acontecimientos, pero Pam se limitó a suspirar. Ya era demasiado tarde para una negativa.

—Ya sé que tiene fama de ser un cerdo, pero tienes que reconocer que es increíblemente guapo y… bueno, en privado… es en realidad muy dulce.

—Umm. —Eché una mirada a Sonny, cuya carita dormida, aplastada contra su barbilla como la de un viejo miembro de la Cámara de los Lores, me inundó de tal oleada de amor que me sentí irracionalmente optimista—. Bueno, tal vez salga bien. —Hice que Pam me prometiera que me mantendría al tanto de las noticias.

Llevé al bebé, todavía dormido, al dormitorio y, con el teléfono colgado a mi lado, me estiré y cerré los ojos.

«Pam —pensé—, Pamela Harris, tan bella y brillante, desperdiciando su vida con Bradly léale.» Al menos, con Mike había habido esperanza. Habíamos compartido nueve largos meses de dicha y luego un año o dos de felicidad tranquila antes de que las cosas se torcieran. Se quedó sin trabajo y empezó a darle demasiadas vueltas a todo. No hacía ningún plan conmigo, se negaba a pensar en unas vacaciones o ni siquiera en pasar el día fuera de Londres. Cuando volvía de una entrevista se ponía delante de la televisión y se quedaba de pie mirando la pantalla.

—¿Ves? —negaba con la cabeza—. ¿Qué es lo que tiene ese idiota que no tenga yo? —Y subía el volumen.

—¡Mike! —Tenía que ponerme delante de él y arrancarle el mando a distancia de las manos para que me dirigiera una mirada,

En Navidades celebramos una fiesta y, mientras cargábamos el coche con comida —barras de pan francés, patatas fritas y queso—, me recordó que la gente que habíamos invitado no eran sus amigos y que el piso en que vivíamos no era en realidad suyo. Sencillamente se había mudado a vivir conmigo, eso era todo. Rompí una barra de pan dentro del maletero, me puse tensa y, aunque la confesión pareció aliviarle permitiendo que su cariño volviera a surgir, sentí que me flaqueaba la fe. Volvió a hacer el amor conmigo, pero sólo por las mañanas, buscándome anhelante antes de haber abierto los ojos; me

cogía de la mano en público, pero la soltaba en cuanto traspasábamos la puerta de casa.

—Este verano, ¿iremos a algún sitio, con trabajo o sin él? —Je puse a prueba mientras caminábamos hacia casa por Regent's Park cogidos de los dedos con frialdad, y le miré de soslayo para intentar compartir su pesimismo.

*

No había llevado a Sonny al estudio durante una semana.

—Está enorme —dijo mi padre cuando llegamos, y empezamos inmediatamente, antes de que pudiera crecer un milímetro más.

—Sólo tiene un mes —me reí, pero era cierto que había engordado hasta el punto de que las mejillas recordaban las de un hámster. Me sentía jovial y optimista. «Gracias a Dios», pensé cuando extendió la primera pincelada verde de pintura y la silueta de su cuello se arrugó bajo el blanco de su barbilla. Pero en ese momento Sonny empezó a agitar los brazos y a mover la cabeza de un lado a otro, haciendo sobresalir el labio inferior como preparación para el llanto. Me metí un cojín bajo el brazo, volví el bebé hacia mí y me lo pegué rápidamente al pecho. El púrpura cada vez más marcado de su rostro se aclaró, me miró y la alegría hizo que sus largos ojos adquirieran un tono azul oscuro.

—¿Te importa? —preguntó mi padre, reajustando el caballete, y aunque no quería que la cabeza de mi bebé pareciera desproporcionadamente hinchada junto a un pecho enorme, comprendí que no había otra opción.

—Ahora estarás contento —susurré mientras, todavía mamando, cerró los ojos; vi cómo mi padre borraba la oreja perfecta ya pintada y la rehacía girándola casi imperceptiblemente.

La nueva oreja no era igual. Era más tosca, achaparrada, marrón, y quedaba oscurecida por las líneas oscuras del cabello del bebé que, según me había dicho, acabarían desapareciendo.

—Oh, así está mucho mejor. —Mi padre se balanceó hacia delante, y recordé todas las veces que había borrado una sonrisa, una nariz o la suave curva de una muñeca por parecerle demasiado fáciles a primera vista.

Le di un beso rápido a Sonny en la cara y pensé que siempre había estado demasiado ocupada para preocuparme por la perfección, malgastando mi tiempo en sueños. En una ocasión, durante el último acto de una obra, me había distraído fantaseando sobre amores y me había olvidado de mis líneas. «Chist.» Era el actor sobre el que acababa de fantasear, nada complacido. Me dio un codazo en las costillas y me sonrojé hasta por debajo del vestido al balbucear las

palabras.

No sufría por mi trabajo como Mike, que permanecía levantado toda la noche con guiones, encerrado en sí mismo, estremeciéndose de puro terror cuando salía al escenario. Ciertamente me ponía nerviosa, pero me distraía con demasiada facilidad, me despistaba pensando en la gente que llenaba mi vida.

—¿Papá? —pregunté—. ¿Has sabido algo más del teatro? —Pero él se limitó a negar con la cabeza mientras mezclaba más pintura y fruncía el ceño al extenderla sobre el lienzo.

Le dije a mi agente que estaría preparada para trabajar de nuevo cuando Sonny tuviera tres meses. Kate se ofreció a ocuparse de él sí me tenía que presentar a alguna audición, pero yo no había tenido en cuenta el voraz deseo de leche del bebé.

—Deberías intentar darle de botella —dijo Kate—, así podré alimentarle cuando salgas. —Pero al pensar en marcas, tamaños de tetinas y los veinte minutos de esterilización me asusté.

—No tengo tiempo para preparar el biberón —le dije—, estoy demasiado ocupada dándole el pecho. —Y en cualquier caso, mi agente no me ha llamado.

La agente de Pam, una bronceada y reluciente cabeza de serrín, siguió haciendo llamadas de trabajo desde su camilla de hospital mientras la llevaban de vuelta a su habitación.

—Pero ¿le han hecho una cesárea? —pregunté, negándome a sentirme impresionada, y Pam se rió.

—¿Crees que Camilla Heston iba a desperdiciar días de su vida en un parto? Hizo la reserva tres semanas antes para que coincidiera con las Navidades, y estaba de vuelta en el trabajo justo después de Año Nuevo.

—Eso es repugnante. —Me sentí aliviada al pensar que era improbable que mi agente, un hombre tímido y calvo de cincuenta y dos años, llegara siquiera a imaginarse nada parecido.

«Es una noticia maravillosa, querida», me dijo cuándo le conté que estaba embarazada, y, con la excepción de una tarjeta postal grande y poco apropiada con animales desgarrando piezas de carne, no había tenido noticias suyas desde entonces.

—Papá —volví a intentarlo mientras él hacía ruido por la cocina —, ¿qué ha pasado con ese teatro?

Tuvo que pensar un momento antes de saber de qué le estaba hablando.

—Ah, sí —dijo por fin—, tu teatro. —Una sartén rebotó dos veces al chocar contra el suelo—. Me temo que estábamos un poco equivocados respecto al teatro. —Me explicó que, en realidad, se trataba de un almacén de cereal que había sido utilizado por un teatro

cercano para guardar sus accesorios—. Los almacenes los venderán en conjunto, como un solo lote —dijo— Ni siquiera valen mucho, según Johann.

—Entonces, ¿has vuelto a tener noticias suyas, de tu primo?

Pero el tema le estaba poniendo de mal humor.

—Oh, complicaciones interminables, inútiles. —Subió la llama de un fogón—. He dicho que no quiero tener nada más que ver con eso.

Sentí un repentino e irracional bajón. «También se trata de la herencia de Sonny», pensé, y sacudí la cabeza, sabiendo que lo mejor era no pensar en esas cosas, no esperar nada y luego verse sorprendido.

Mi padre me pasó un plato de huevos de codorniz, colocando un montoncito de sal de apio a un lado.

—Gracias —rompí las cáscaras moteadas y las pelé con los dedos de una sola mano. Era cierto que él nunca había mostrado demasiado interés por el dinero. Vendía sus cuadros a sus amigos, quienes, con frecuencia, los revendían por mucho más, y todo lo que le sobraba lo utilizaba para atraer a sus modelos con comida exquisita. Nos pagaba por horas y cuando vendía el cuadro, si es que lo vendía, siempre nos daba una pequeña suma.

—¿Me avisarás si te hace falta algo? —me dijo aquella noche pellizcándole la nariz a Sonny, y eso me recordó a Mike y cómo había farfullado el mismo mensaje en mi contestador.

*

Era un hermoso día azul, la primavera daba rápidamente paso a un luminoso verano y las flores hacían sitio a las grandes hojas verdes. Yo caminaba entre Kate y Natasha, dando un largo paseo para comprar un helado.

—¿Habéis visto alguna de las dos a papá? —pregunté mientras subíamos hasta el Heath—. Quiero decir si sabéis algo de Gaglow.

—No —se rió Natasha—. ¿Qué es?

—Es una casa de campo. La casa donde se criaron nuestra abuela y sus hermanas.

Las dos me miraron alarmadas.

—¿Cómo estás enterada de esas cosas? —Kate frunció el ceño y Natasha estalló:

—Pensaba que se habían criado en Berlín.

—Sí —dije—, allí crecieron, pero también tenían esa casa. —Me callé, sintiéndome de repente responsable de las glorias del pasado—. Papá dice que pudieron haberla conseguido jugando. Su abuelo tal vez la ganó en algún tipo de apuesta o quizá se la dieron como pago de una deuda. —Recordé el almacén lleno de accesorios teatrales—.

Dinero que le debían por los cereales, me parece.

—El juego suena más divertido. —Natasha mordió ruidosamente la punta de su cucurucho y todas coincidimos con ella.

—Según parece, papá solía ir allí de niño, y una vez, cuando estaba enfermo, los niños del pueblo fueron a la casa a cantar para él.

—Sólo espero que lo que tuviera no fuera contagioso —se rió Kate, y Natasha murmuró:

—¿Os imagináis, espantosas canciones alemanas?

Me detuve para coger aliento. «Espantosas canciones alemanas», pensé, y miré a Sonny, que dormía apoyado en mi pecho, con la cabeza vuelta de lado, la boca abierta como una rosa y pensé: «Pero por entonces él era alemán».

—Y así ¿qué ocurre? ¿Qué hay de la casa?

—Ha vuelto —les expliqué—, quiero decir que es nuestra. Bueno, nuestra no, pero pertenece a los descendientes de Marianna Belgard. Papá y sus primos. —Me di cuenta de que me sentía radiante.

—Marianna ¿qué? —Las dos parecían enfadadas e intenté explicarles, a ellas, mi familia ilegítima, los cabos que yo había podido atar a partir de pequeños retazos.

—¿Y cuántos primos son? —quiso saber Natasha. Pero yo no estaba segura. Estaba el hijo mayor de Bina, Johann; y había otra hermana, Martha, que se había quedado en Alemania hasta que fue demasiado tarde.

—¿Tuvo hijos?

Miré a Sonny y de repente me estremecí por lo poco que nos habían contado.

—Creo que sus hijos sobrevivieron. Y también estaba Emanuel, el hermano mayor.

—¿Estás segura? ¿Un hermano?

—Sí, sin duda, una especie de oveja negra. Según parece, nunca lo mencionaban. —Y por alguna razón, me guardé el secreto de su foto.

—¿La oveja negra tuvo algún hijo?

Yo no lo sabía.

—Se casó con alguien inapropiado, me parece.

—Pues en ese caso seguramente los tuvo, a carretadas. Caminamos colina arriba.

—Hablando de niños inapropiados —dijo Natasha cuando entramos en la zona de hierba—, ¿has tenido alguna noticia de Mike?

Nos dirigíamos hacia un gran árbol verde, oculto del sendero por una hierba floreciente y con vistas al lago.

—No —dije—, nada. —Pero la admisión provocó tal frenesí de insultos que, abrumada por el sentimiento de culpa, reconocí que me había estado llamando—. Dejo el contestador automático conectado

—expliqué—, le he dicho que no quiero verlo. —Exhausta, me dejé caer contra el árbol.

—Muy bien.

Natasha sacudió una manta y la extendió ondulada sobre el suelo, pero Kate levantó la mirada, inquieta.

—Es demasiado duro —dijo y gateó para acercarse a ver la cara de Sonny—. No puedes mantenerlos separados, es cruel. —Dio la impresión de que iba a empezar a llorar.

—¡Kate! —Natasha le lanzó una mirada furiosa— No tiene nada que ver contigo.

Pero yo ya sentía remordimientos.

—Nosotras nos las arreglamos muy bien con una madre sola —argumenté—, ¿verdad que sí? —Pero incluso Natasha admitió que para los chicos podría ser distinto.

—Y en cualquier caso —sonrió Kate—, nosotras sí veíamos a papá de cuando en cuando.

Y era cierto que, de cuando en cuando, lo veíamos.

*

Cuando llegué a casa, volví a escuchar el mensaje más reciente de Mike, grabado con todos los demás en la cinta. «Hola a los dos.» La voz se esforzaba por parecer alegre. «Sólo llamaba para ver cómo va todo. Llámame. De hecho, tengo algo que decirte.» Y luego repetía su número lenta y pausadamente dos veces. Me preparé una taza de té y puse a Sonny en su cuna cantándole mientras me preparaba qué decir. «Muy bien.» Y entonces sonó el teléfono, casi en mi mano, salpicándome el té caliente por el brazo.

—Pam, ¿cómo estás? —Me estremecí aliviada, y durante los veinte minutos siguientes, sin pararse un momento, me explicó lo bastardo que estaba resultando ser Bradley Teale—. Pero no es algo que te pueda pillar por sorpresa. —Noté que inspiraba con brusquedad—. Quiero decir… Oh, Pam… ¿qué vas a hacer ahora?

Escuché durante otros diez minutos cómo descartaba planes. Miré enfadada a Sonny, que hacía gorgoritos, soplaba burbujas y, por una vez, parecía contento de estar sentado solo.

—Pam —la interrumpí finalmente—. Tengo que dejarte. Sonny… —No pude utilizarle como excusa—. Mira, estoy empapando la delantera de mi vestido. —Se disculpó por haberse alargado tanto—. No, no, lo siento. —Le prometí que la llamaría cuando tuviera tiempo.

Tenía la oreja caliente y me picaba, y me dolían los dedos de haber agarrado tanto tiempo el teléfono. «Bien», pensé mirando el número de Mike, y entonces Sonny empezó a aullar.

—No pasa nada. —Le acaricié la cabeza, llenándole la cara de

besos, y en ese momento, sin previo aviso, su llanto se convirtió en un chillido. Lo cogí rápidamente en brazos—. ¿Qué te pasa? —Pero la lengua se le había enredado y parecía la punta afilada de un taladro que me atravesaba con su chillido estridente, repiqueteando en mi corazón— Chísss, chisss. —Intenté hacerle callar por ambos y lo paseé por la habitación, subí los dos escalones que llevaban al baño, volví a bajar y di vueltas y más vueltas alrededor del diminuto vestíbulo. Lo acerqué a la ventana. Vi gente abajo, en la calle, mirando a su alrededor, entrecerrando los ojos hacia el sol y, temerosa de que nos localizaran, de que me acusaran de clavarle alfileres a mi bebé en los ojos, bajé la hoja móvil de la ventana. Me temblaban las manos. Me senté y me levanté, le desaté el pañal e intenté que se distrajera contemplándose su propia cara de remolacha reflejada en el espejo. Abrí y cerré el grifo del agua fría, luego el de la caliente, hasta que ya no podía pensar en otra cosa que en acostarme a su lado y llorar delante de su boca roja oscura y chillona. Por primera vez en su vida no quería que lo alimentaran y justo cuando estábamos estirados abrazados sonó el timbre.

«Oh, Dios mío.» Bajamos trabajosamente las escaleras, casi esperando encontrarnos con un policía dispuesto a detenernos a ambos. La cabeza de Sonny se balanceaba sobre mi hombro, sus gritos subían y bajaban a cada paso y cuando giramos para bajar el último tramo, eructó y su llanto perdió fuerza. Sentí que su espalda se relajaba, sus brazos crispados se aflojaban, y cuando alargué la mano para abrir la puerta principal, dejó de llorar.

—Hola. —Era Mike. Llevaba una camiseta blanca que le caía suelta sobre el pecho y unos pantalones viejos de un traje que a mí me encantaba— ¿Llego en mal momento? —Me miré el vestido, manchado y salpicado de arriba abajo, y a Sonny, empapado en lágrimas. Sostuve la puerta abierta para que entrara—. Ya lo cojo yo, ¿puedo? —Y me quitó a Sonny del hombro, poniéndoselo en el suyo de modo que pude verle la carita, completamente feliz mientras subía de nuevo los tres tramos de escaleras. Entré en el baño y me eché agua en la cara mientras Mike acunaba a su hijo por la habitación.

—Bueno, ¿y qué tal la situación laboral? —Era precisamente lo único que había planeado no preguntarle.

—Pam, ¿cómo estás? —Me estremecí aliviada, y durante los veinte minutos siguientes, sin pararse un momento, me explicó lo bastardo que estaba resultando ser Bradley Teale—. Pero no es algo que te pueda pillar por sorpresa. —Noté que inspiraba con brusquedad —. Quiero decir... Oh, Pam... ¿qué vas a hacer ahora?

Escuché durante otros diez minutos cómo descartaba planes. Miré enfadada a Sonny, que hacía gorgoritos, soplaba burbujas y, por una vez, parecía contento de estar sentado solo.

—Pam —la interrumpí-finalmente—. Tengo que dejarte. Sonny... —No pude utilizarle como excusa—. Mira, estoy empapando la delantera de mi vestido. —Se disculpó por haberse alargado tanto—. No, no, lo siento. —Le prometí que la llamaría cuando tuviera tiempo.

Tenía la oreja caliente y me picaba, y me dolían los dedos de haber agarrado tanto tiempo el teléfono. «Bien», pensé mirando el número de Mike, y entonces Sonny empezó a aullar.

—No pasa nada. —Le acaricié la cabeza, llenándole la cara de besos, y en ese momento, sin previo aviso, su llanto se convirtió en un chillido. Lo cogí rápidamente en brazos—. ¿Qué te pasa? —Pero la lengua se le había enredado y parecía la punta afilada de un taladro que me atravesaba con su chillido estridente, repiqueteando en mi corazón—. Chisss, chisss. —Intenté hacerle callar por ambos y lo paseé por la habitación, subí los dos escalones que llevaban al baño, volví a bajar y di vueltas y más vueltas alrededor del diminuto vestíbulo. Lo acerqué a la ventana. Vi gente abajo, en la calle, mirando a su alrededor, entrecerrando los ojos hacia el sol y, temerosa de que nos localizaran, de que me acusaran de cla— varíe alfileres a mi bebé en los ojos, bajé la hoja móvil de la ventana. Me temblaban las manos. Me senté y me levanté, le desaté el pañal e intenté que se distrajera contemplándose su propia cara de remolacha reflejada en el espejo. Abrí y cerré el grifo del agua fría, luego el de la caliente, hasta que ya no podía pensar en otra cosa que en acostarme a su lado y llorar delante de su boca roja oscura y chillona. Por primera vez en su vida no quería que lo alimentaran y justo cuando estábamos estirados abrazados sonó el timbre.

«Oh, Dios mío.» Bajamos trabajosamente las escaleras, casi esperando encontrarnos con un policía dispuesto a detenernos a ambos. La cabeza de Sonny se balanceaba sobre mi hombro, sus gritos subían y bajaban a cada paso y cuando giramos para bajar el último tramo, eructó y su llanto perdió fuerza. Sentí que su espalda se relajaba, sus brazos crispados se aflojaban, y cuando alargué la mano para abrir la puerta principal, dejó de llorar.

—Hola. —Era Mike. Llevaba una camiseta blanca que le caía suelta sobre el pecho y unos pantalones viejos de un traje que a mí me encantaba—. ¿Llego en mal momento? —Me miré el vestido, manchado y salpicado de arriba abajo, y a Sonny, empapado en lágrimas. Sostuve la puerta abierta para que entrara—. Ya lo cojo yo, ¿puedo? —Y me quitó a Sonny del hombro, poniéndoselo en el suyo de modo que pude verle la carita, completamente feliz mientras subía de nuevo los tres tramos de escaleras. Entré en el baño y me eché agua en la cara mientras Mike acunaba a su hijo por la habitación.

—Bueno, ¿y qué tal la situación laboral? —Era precisamente lo único que había planeado no preguntarle.

—Muy bien —respondió sorprendiéndome—. De hecho, tengo un trabajo.

Eché dos bolsitas de té en tazas.

—Empiezo mañana.

Sentí tentaciones de preguntarle si lo tomaría con leche y azúcar.

—¿Durante cuánto?

—Seis meses, es una serie para televisión. —Le felicité asintiendo con la cabeza, preguntándome por qué la vida no podía haber sido así de fácil el año anterior. Nos bebimos el té en silencio, con Sonny subido a la rodilla de su padre—. Es enorme —dijo Mike y yo miré a Sonny por vez primera con cierta distancia. El pelo se le estaba volviendo dorado, como el de Mike, e incluso los pies eran anchos y de chico mayor.

—No seas ridículo —murmuré—, es diminuto. Es un chiquitín diminuto. —Me levanté y fui a la cocina. Era difícil saber bien qué hacer. Sentía las manos vacías y los brazos me colgaban leves e ingrávidos.

Mike se apoyó en la puerta.

—Pareces agotada.

Adoptó el aire de preocupación que yo más detestaba.

—Gracias —respondí sarcásticamente.

Pero él negó con la cabeza.

—No, quería decir que, ya que estoy aquí, ¿por qué no te acuestas durante una hora? ,

—Bueno, yo… —y entonces, viendo que si discutía tenía todas las de perder, me dirigí al dormitorio y me dejé caer en la cama. «¿Y si llora o necesita un pañal limpio?», pensé mientras me tapaba las piernas con la colcha. «¿Y si Mike se escapa con él?» Entonces recordé que era Mike el que no lo quería. No nos quería a ninguno de los dos. Lancé un profundo suspiro de alivio y me quedé dormida.

Al principio no soñé nada, convencida como estaba de que seguía despierta, y entonces aparecieron silenciosamente ovejas negras, husmeando y mascando hierba. Trotaban formando una ordenada y larga hilera, tenían la lana cubierta de polvo, las caras blancas y sus duras pezuñas repicaban contra el frío suelo de piedra. A continuación me encontraba en el campo, junto al mar, y mi abuela, una jovencita vestida de blanco, me estaba enseñando dónde podía dormir. Era una cama alta sobre la que se apilaban almohadas, y al otro lado de mi ventana en el ático oía balar a las ovejas, el rebaño entero aullaba como un gato. Me desperté y me di cuenta de que era Sonny, que lloraba pidiendo su cena. «Tiene hambre.» Estiré los brazos automáticamente y' Mike, que estaba esperando en la puerta, me lo pasó. Me desabotoné el vestido mientras Sonny, con la nariz crispada y la boca preparada rebuscaba sin miramientos entre los pliegues de

tela.

Mike apartó la mirada con tacto. «Qué ridículo», pensé, y una vez que el bebé se hubo agarrado y mamaba ruidosamente empecé a reírme.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Mike, pero no quería reconocerle ningún mérito, así que dejé de reír—. Sarah —Mike no apartaba la mirada de sus zapatos—, hay algo que tengo que decirte sobre este trabajo. Se rueda en Escocia, cerca de Skye, en una isla —miró brevemente por la ventana antes de proseguir—. Sólo hay un transbordador que pasa una vez por semana, así que no creo que pueda volver muy a menudo durante los próximos seis meses, eso sí es que puedo alguna vez.

El cuerpo se me tensó, afilado como cuchillo.

Ya veo —dije, añadiendo con calma—: para entonces prácticamente ya habrá crecido.

—¿Podrías enviarme fotos?

Sonny se atragantó con la leche.

—O, mejor que eso todavía, podrías rechazar el trabajo» —Levanté las cejas formando curvas burlonas—. Dile a tu agente que sólo trabajas en Londres. —Mike me miró, alarmado, y yo sonreí radiante—. Está bien, sólo estaba bromeando. —Tuve que contenerme para no decirle que me daría igual que se fuera a vivir al Polo Norte.

Sonny tragó y tosió, y yo respiré, deseando fervientemente que el veneno de mis pensamientos no se transmitiera a la leche.

Permanecimos sentados en silencio durante diez minutos, Mike miraba a la calle mientras yo contemplaba cómo Sonny ponía los ojos en blanco y se quedaba dormido.

—Bien —dijo Mike por fin—, será mejor que me vaya. Tengo que hacer las maletas. —Se acercó y se quedó junto a la cama—. Adiós, hijo —dijo—, adiós, amiguito.

Sin quererlo, empecé a llorar.

—Sarah, no...

—Vete —dije, y repetí—: vete, vete, vete —hasta que finalmente me creyó y salió a las escaleras.

CAPÍTULO XIII

BINA había decidido hacerse enfermera. Eva estaba tumbada junto a ella sobre el suelo frío del cuarto de los niños de Gaglow, hojeando su manual práctico. Tenía ilustraciones de mujeres con delantales blancos, serenas y sonrientes, que sostenían palanganas de agua junto a las camas de hombres levemente heridos. Todos los soldados llevaban vendajes resplandecientes alrededor de las cabezas o tenían brazos colgados de fajines para sostener codos entablillados, y todos, sin excepción, eran asombrosamente apuestos. Eva se inclinó por encima del hombro de su hermana y examinó los rasgos de las ilustraciones, las barbillas sin afeitar y las mejillas hundidas pintadas a lápiz, los hombros fuertes, los ojos brillantes y amables. A medida que iban pasando las páginas se percató de que estaba conteniendo la respiración pensando en Manu.

—Bina, ¿te enviarán al frente, a un hospital de campaña? —preguntó.

Bina pasó las páginas hasta el final con irritación.

—Primero tengo que aprenderme todo esto. Hay miles de enfermeras experimentadas esperando que las envíen al frente. Además, sólo soy una voluntaria sin formación, cualquiera podría serlo. —Sonrió y lanzó una mirada rápida a Eva, sabiendo que eso no era del todo cierto.

—Bueno, supongo que la guerra habrá acabado para cuando hayas empezado a hacerte una idea de todo esto —replicó Eva y recogió la carta desechada. Bina se había empeñado en que debían tener preparada una carta para enviársela a Schu-Schu, para cuando descubrieran su dirección. Eva leyó lentamente las palabras, consciente de que no sería bienvenida ninguna crítica. Le sorprendió hasta qué punto Bina había adoptado el tono de su institutriz, con listas de razones y amenazas ligeramente veladas sobre lo que se debía y lo que se tenía que hacer. Se estremeció. «Schu —pensó—, Schu—Schu-Schu», y cerró los ojos, sumida al instante en su inmenso abrazo envolvente, en el recuerdo de cómo se sentía al volver al hogar, a una casa que existía enteramente y sin discusión sólo para ellas.

—En cuanto volvamos a Berlín —Bina bajó la voz—, reemprenderemos la búsqueda. Martha y tú tendréis que empezar sin mí después de la escuela, pero en cuanto haya amputado una o dos piernas y extraído con un sifón algún veneno, estaré en casa para ayudaros. —Puso cara de espanto y las dos se rieron, estremeciéndose y jubilosas, de modo que cuando Martha las llamó desde la habitación de al lado se sobresaltaron y luego, cogiéndose de las manos, rodaron

por el suelo incapaces de contener las carcajadas.

Martha volvió a llamarlas, pidiendo ayuda con un grito aterrorizado de verdad, y Bina y Eva, con la sangre cayéndoles a los pies, se levantaron a trompicones.

—Es Omi Lise —se atragantó Martha, y allí, inclinada sobre la cama como si rezara, estaba el cuerpo rígido y encorvado de su niñera. Las tres chicas se acercaron lentamente a ella.

—¿Omi? —susurró Martha; como no les respondía, las tres se inclinaron y Eva le tocó la mano.

—Todavía está caliente.

Una vocecita tensa surgió por encima de las sábanas:

—Claro que todavía estoy caliente. No os libraréis de mí con tanta facilidad. —Y la cara de Martha se sonrojó mientras sus lágrimas caían sobre la cabeza huesuda de la anciana.

—Intentemos moverla —dijo Bina, cuyas pocas semanas de contacto con la medicina adquirieron una renovada importancia, y entre las tres levantaron el cuerpo ligero y frágil y lo tumbaron en la cama—. Traed un poco de agua —ordenó Bina, y Martha llegó con un vaso y lo llevó a los labios de la anciana. Eva deslizó un brazo bajo la cabeza de Nanny. Esta dio un pequeño sorbo y se dejó caer exhausta entre las almohadas.

—Creo que lo mejor sería que la olvidásemos nosotras. Aquí arriba.

La seguridad de las palabras de Bina paralizó a Martha y Eva.

—Omi —Martha se inclinó sobre ella—, ¿cómo te encuentras? —Pero Omi Lise parecía demasiado aturdida para mover los labios.

—La echarán en falta en la cena —dijo Eva.

Bina negó con contundencia.

—Enviaremos un recado pidiendo una bandeja y luego nos ofreceremos a subirla nosotras.

—No —dijo Eva—, no lo sé. —Miró la cara arrugada y chupada de la anciana—. No le gustaría que mintiéramos. —Pero Bina la miró con tal resolución que Eva acató silenciosamente sus órdenes.

—¿Quieres que te traigamos algo de abajo? —preguntó Martha. Los párpados de Nanny se movieron y luego se quedaron inmóviles, como si se hubiera desgastado demasiado para decirles una vez más qué tenían que hacer.

Sonó el gong que avisaba para la cena, y Omi Lise pareció haberse sumido en un sueño ligero y tranquilo cuando la dejaron.

—Mañana volverá a ser la de siempre —dijo Bina—. Seguramente sólo necesita descansar un poco. —Pero bajaron por la amplia escalera sin hacer el estrépito habitual y entraron en el comedor con ojos tristes y preocupados.

Bina, Martha y Eva se mantuvieron despiertas durante toda la noche junto a la cama de Omi Lise.

—No parece que tenga fiebre. —Martha colocó su leve mano sobre la frente de la anciana.

Bina sacudió el brazo.

—Claro que no tiene fiebre. No está enferma. Sólo agotada. —Y Eva levantó un tenedor con arroz cuidadosamente preparado y lo sostuvo, inútilmente, cerca de sus labios.

La noche fue transcurriendo lentamente y las tres chicas permanecieron en silencio, esperando el alba, que llegó tiñendo el cielo de un color rojo oscuro antes de lo que habían imaginado. Con la luz del nuevo día, la cara de Nanny había envejecido como un pergamino.

—¿Cuántos años creéis que tiene? —preguntó Martha, y se pasaron largas horas intentando adivinarlo.

—Podríamos llevarla abajo para que se siente al sol —reflexionó Bina en voz alta cuando dejaron de multiplicar, y las tres se inclinaron hacia delante para examinar *el* frío flujo de sangre que todavía corría por las venas de la anciana. La cara de Nanny tenía líneas verdes y el *pelo* había adquirido el color apagado de una prímula.

—Me parece que le apetecerían unas gachas de avena —dijo Eva —, ¿te apetecen, querida Omi?

Para no levantar sospechas, las tres bajaron a desayunar.

—Dolfi, ¿podrías pedirle a la cocinera que prepare un cuenco más de gachas? —Eva captó la mirada baja de su madre, y para que la petición pareciera menos improbable, añadió—: Con leche extra.

Las gachas permanecían inmóviles, coagulándose, junto a su codo, mientras Eva arañaba la cáscara de un precioso huevo duro. Bina y Martha se habían escapado, y ella era la única que esperaba que su madre se levantara y dejara la mesa.

Empezó a mover la comida con la cuchara trazando un círculo alrededor del borde. Marianna la miró: «¿Qué le vamos a hacer?». Negó con la cabeza y, sin esperar respuesta, dobló la servilleta y salió de la habitación. Eva observó cómo desaparecía la sombra de su madre por el umbral, y a continuación tapó el plato de gachas, echó la silla atrás y corrió al vestíbulo. Aminoró el paso en las escaleras, intentando que no se le derramara la leche, y se detuvo a recuperar el aliento en el segundo rellano.

—Eva. —Oyó que siseaban con apremio su nombre desde arriba y, al apresurarse, se golpeó el pie con un escalón y la cuchara de plata que iba en el cuenco saltó y cayó con estrépito por las escaleras.

—Esto ya es demasiado —murmuró, utilizando la misma frase de desaprobación de Omi Lise; dejó el plato sobre un escalón y corrió a recuperar la cuchara.

—¿Eva? —Su madre estaba ante ella, con el cuenco en la mano—. ¿Qué haces corriendo con tu desayuno por toda la casa? —Eva miró más allá de ella, por la curva de las barandillas, hacia el círculo del piso superior. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, sin quererlo, se metió la cuchara en la boca buscando consuelo—. ¿Estás escondiendo a alguien hambriento en el cuarto de las niñas? —preguntó Marianna, divertida, y en ese mismo momento las comisuras de los labios se torcieron hacia abajo y perdió todo el color de la cara. Dejó caer el cuenco al suelo, se remangó la falda y subió corriendo el último tramo de escaleras. Eva miró la masa pegajosa de gachas, dentada con porcelana blanca. Se sentó en el escalón de abajo, con los dedos de los pies manchados de hilillos de harina de avena y esperó a que su madre volviera a bajar.

*

A Wolf Belgard el campo le parecía opresivo, con todo aquel espacio y tiempo que se cernían inmóviles, y el paisaje sin hombres que lo trabajaran. No tenía ningún sentido, pero le resultaba más fácil olvidar cuando estaba en Berlín, incluso con los dirigibles suspendidos sobre la ciudad y las pandillas de niños con banderolas solicitando donaciones privadas para sufragar la guerra. Paseaba por las calles al anochecer. Las tiendas cerraban y los cafés que habían ocupado sin entusiasmo las aceras para aprovechar el sol se escondían detrás de sus dobles puertas desplegables. Se respiraba un aire abatido de calma y desilusión. Un pequeño grupo de mujeres, todas de negro, permanecían con gesto triste ante una caseta donde se habían pegado las últimas listas de soldados muertos en combate. Se estaba pensando, lo sabía, en prohibir la exposición pública de tal información; una idea motivada por la preocupación de que las conversaciones suscitadas por esas listas diarias de pérdidas, con hojas y más hojas de diminutos nombres saltones, provocasen comentarios antipatrióticos y derrotistas.

Wolf se paró y miró a su alrededor, intentando recrear los rostros jubilosos de la multitud que, el día que Gran Bretaña se volvió contra ellos y les declaró la guerra, corría por las calles, abucheando, escupiendo y agitando los puños. El mismo se había visto arrastrado, empujado y atrapado en la corriente, y se había encontrado, como uno más entre tantos miles, gritando de indignación ante la bien protegida embajada británica.

Había visto a un hombre, profesional y bien vestido, que se encaramó al estribo de un coche oficial y, pasando por encima del chófer, golpeó de lleno al pasajero con su sombrero. El agredido, enrojecido y temblando de ira, había gritado, tapándose el ojo, que no

era británico, sino americano. Al oírlo, el asaltante se había disculpado, se había vuelto a poner el sombrero y le había ofrecido su tarjeta. Más tarde, los periódicos afirmarían que se habían lanzado peniques desde la embajada británica para humillar a la multitud y en represalia la gente había hecho añicos todos los cristales. Pero Wolf no había visto ninguna moneda. Ciertamente sí se habían tirado piedras y las roturas y resquebrajamientos habían ido acompañados de vítores y gritos de alegría, rugidos y suspiros de satisfacción. El mismo Wolf había sentido un abrumador deseo de unirse a ellos. Empezó a arrastrar los pies, buscando guijarros entre las piernas de los espectadores y, para su sorpresa, descubrió que la plaza estaba asfaltada. «Fiu, fiu», silbaban un millar de bocas desdeñosas y, por más que se avergonzara ahora, él también había abierto la boca y sentido la cálida serpiente de la solidaridad silbando: «Fiu». En un arrebato, se dejó arrastrar hasta Unter den Linden para ponerse a gritar ante un hotel conocido por alojar a periodistas extranjeros.

Wolf se detuvo y miró a su alrededor. Las calles estaban prácticamente desiertas y le entraron sudores sólo de pensar en la ligereza con la que se había comportado. Lo que, creía, le había hecho olvidar los recuerdos de otras concentraciones, por más que estuvieran organizadas por la misma gente, debió de haber sido la fascinación infantil que se siente al estar en el centro de una multitud. Había preferido olvidarse del grupo hostil que, durante su primer año de matrimonio, se había mofado de él silbando, escupiendo y gastándole bromas desagradables. Marianna, embarazada de su primer hijo, le había pedido que la acompañara a dar un paseo. Era por la tarde, Wolf había vuelto del trabajo y se la había encontrado muy afectada por un artículo sensacionalista que había aparecido en el periódico de aquel día. Era la historia de un niño de cinco años, Emanuel Goldbacher, al que habían encontrado degollado en el Rin. Las informaciones insinuaban que se había tratado de un asesinato ritual y, sin tener ninguna prueba contra él, se había sacado a un carnicero judío y a su familia de su casa y se los había encerrado en la prisión local. Wolf había cogido el brazo de su esposa y había intentado tranquilizarla con una conversación más alegre mientras caminaban hacia el Tiergarten.

Uno de sus pasatiempos favoritos consistía en pasear por delante de la casa donde se habían conocido, contemplar, sonriendo, las ventanas, como si pudieran atisbar las sombras inocentes de las personas que habían sido. Casi habían llegado a las puertas, absortos en un juego en el que hacían tontas sugerencias de nombres para el bebé, cuando un gran escupitajo voló por encima del hombro de Wolf y fue a parar a su zapato.

Se pararon, todavía abrazados, y miraron a sus espaldas. Se había

congregado un grupo, una veintena de hombres y mujeres que hablaban por lo bajo y murmuraban. Una mujer se abrió paso hasta la primera fila, frunció la boca y se dispuso a escupir de nuevo. Al momento, Marianna se soltó del brazo de Wolf y se echó el abrigo sobre los hombros. Avanzó hacia la mujer con tal rapidez y resolución que la otra se vio obligada a tragarse el ataque y retroceder, le pisó el tobillo a un hombre, que maldijo y chocó a su vez con otra mujer que le dio un golpe en la cabeza. Marianna abrió la boca de par en par descubriendo las encías rosas y nacaradas de encima de los dientes y se rió de ellos. Los siseos se desvanecieron y Wolf, en el segundo de silencio que siguió, cogió a su esposa del brazo y caminó a paso vivo hasta atravesar las puertas del parque.

«Llamaremos Emanuel a nuestro hijo»—dijo ella, tras media hora de silencio. Y aunque a Wolf no le gustaba particularmente el nombre elegido para su primer hijo, miró con cariño a su esposa y no se opuso.

*

Eva sabía, antes de llegar al cuarto de los niños, que Omi Lise estaba muerta. Lo supo por el silencio que descendió hacia ella, envolviéndola; y al asomarse por la puerta abierta vio a su niñera tumbada donde la habían dejado antes del desayuno. Tenía la cabeza apoyada en varias almohadas y el pelo le caía como cera sobre la sábana.

Eva observo a su madre mientras ésta se inclinaba sobre la cama. No tenía la mirada fija en la cara inmóvil de Omi, como Eva había esperado, sino en Bina, que estaba acurrucada, lívida como una estatua, junto a la puerta. Los irnos labios de Bina se habían quedado blancos y cuando Eva entró de puntillas, su hermana le Lanzó una mirada suplicante. Eva se dio la vuelta y se arrodilló junto a la cama. Parpadeó, se enjugó las lágrimas y, en una espantosa transformación, creyó ver a Emanuel, con el brazo vendado, la frente fría y húmeda por la fiebre.

—¿No sería mejor que llamáramos al médico? —había preguntado.

—Sí, llama al médico —coincidieron Bina y Martha.

Pero Schu-Schu las había apartado, había pedido que le trajeran palanganas de agua caliente y cuencos con desinfectante. Limpió la herida cuidadosamente y la cubrió, vendó el brazo emponzoñado con dedos hábiles y musitó oraciones en su acento del sur de Alemania. Organizó turnos para entonar canciones *Schtuahisch*[5] y, durante dos días y dos noches, estableció otros turnos de manos serviciales para enfriar el cuello y la frente de Emanuel con compresas frías que ella

misma preparaba.

Y entonces, con casi una semana de antelación, su madre regresó de Roma. «¿Que le ha mordido un perro?» Se irguió en el umbral y, tirando aparatosamente guirnaldas de flores y paños fríos al suelo, se había abalanzado sobre Emanuel.

«Queríamos cuidarlo nosotras, ¿no está bien?»

La institutriz intentó explicar la ausencia del médico, buscando el apoyo de las tres chicas. Pero Emanuel la *había* salvado abriendo los ojos, estirando su brazo cicatrizado sobre la cabeza e insistiendo en que estaba curado.

Eva se arrodilló y tocó los dedos de las manos entrelazadas de Omi. La diferencia estaba en que Manu se había salvado. Las manos de Omi estaban frías y, al apartarse, oyó a Bina arrastrando los pies.

—Queríamos cuidarla nosotras, nada más...

—Nada más —añadió Martha, con un eco que parecía un sollozo, y las cuatro mujeres se quedaron inmóviles .en la habitación.

*

El primer jueves de septiembre, cuando herr Baum vino para ondular el pelo de su madre, Martha y Eva empezaron a registrar el piso de Berlín.

—¿Por qué aquí? —preguntó Martha cuando se deslizaron dentro y cerraron la puerta—. No es probable que aquí haya ni rastro de Schu.

Eva miró por encima el gran escritorio con la superficie de cuero y se preguntó cómo era posible que Emanuel hubiera desaparecido de manera tan absoluta.

—Lo normal sería que le dejaran enviar al menos una carta —dijo —, dondequiera que esté. —Se sentó en la silla de respaldo alto, cogió la pluma de su hermano y la sumergió en el tintero. La tinta se había diluido y endurecido en la superficie por la falta de uso y tuvo que rasgar una espesa capa con la plumilla para llegar a ella. Entonces depositó el lado blando de la pluma sobre el papel secante y dejó que marcara una oscura mella en la trama.

—¿Por qué no nos quedamos aquí hasta que vuelva Bina del hospital? —Martha se estiró en la cama de Emanuel, recostándose sobre un montón del almohadas—. Después de todo, no es probable que encontremos nada.

—Sí —coincidió Eva—, tienes razón. —Pero sin quererlo, empezó a abrir uno por uno los profundos cajones del escritorio de su hermano. No había gran cosa dentro. Apuntes de los estudios que había realizado y poemas analizados en profundidad, criticados y comentados verso por verso. No había sobres escondidos ni

direcciones garabateadas y, al tirar de ellos, todos los cajones cedían suavemente.

Martha se dio la vuelta sin mucho entusiasmo en la cama para mirar debajo.

—¿Por qué se le iba a ocurrir a mamá esconder nada aquí? —Tras justificarse con esas palabras, se dejó caer acomodándose, cruzó los brazos y se puso a mirar testarudamente al techo.

Eva encontró una pequeña llave de hierro en uno *de* los compartimentos interiores del escritorio. La probó en las cerraduras de todos los cajones y descubrió que giraba con un clic suave e idéntico en todos ellos. Qué poco propio le parecía de Emanuel no tener un secreto, y frunció el ceño decepcionada al pensar en *el* elaborado escondite de su propio tesoro, suspendido a salvo bajo su cama. Dejó que sus dedos recorrieran la diminuta hilera de cajas, todas limpias y pulidas, sacando pequeños objetos según los iba encontrando. Un cortaplumas, un guijarro descolorido y, en una, una rosa roja y amarilla cogida cuando todavía era un capullo. Eva sostuvo el capullo en las manos, contempló el centro oval de hojas y pensó en los delgados pétalos que ella le había enviado en las cartas, pegados con mucha delicadeza a los márgenes de todas las páginas. ¿Llevaría las cartas cosidas en el interior de la ropa, como una protección de tinta y flores descoloridas contra los vientos siberianos? Sacudió la cabeza y lo volvió a colocar en su sitio.

Martha se había sumido en un sueño irregular, los pies se le crispaban moviéndose hacia delante y hacia atrás siguiendo el ritmo de un vals.

—Un dos tres —musitaba su boca moviéndose adormecida.

Eva le sacudió el hombro.

—Vamos, tenemos que mirar en otra habitación antes de que Baum se beba su aguardiente y Bina vuelva a casa. —Martha se incorporó y se enjugó un diminuto hilo de saliva de la mejilla.

Cerraron la puerta con dedos cuidadosos y recorrieron el pasillo de puntillas.

—Chisss —siseaban, pisando con levedad sobre las alfombras—. Chisss.

Entonces Eva se paró y, con una sonrisa divertida, cogió el brazo de su hermana.

—¿Por qué estamos susurrando? —susurró. Y las dos empezaron a reírse.

—Deja de comportarte tan sospechosamente —la reprendió a su vez Martha, y estaban a punto de seguir adelante haciendo ruido cuando oyeron la voz temblorosa del viejo herr Baum que surgió de detrás de las cortinas.

—¿No serán las encantadoras fräuleins Belgard? —Abrió la puerta

de par en par, con un peine en la mano y un puñado de alfileres resonando en el bolsillo de su delantal.

—Entrad un momento —las llamó Marianna— y dadle las buenas tardes a nuestro querido amigo.

No viendo el modo de librarse, las dos chicas entraron y se resignaron a demorarse durante una hora entera allí dentro, mientras el peluquero de su madre las entretenía con noticias y cotilleos locales, todos endulzados y discretamente presentados, salpicados de cuando en cuando con la lluvia habitual de cumplidos que lanzaba sobre sus dos cabezas.

Eran las seis pasadas cuando la puerta del piso se cerró de golpe y oyeron los pasos de Bina en el vestíbulo. Herr Baum quitó la tela que cubría los hombros de Marianna y la dobló cuidadosamente antes de meterla en la bolsa.

—Qué afortunado. Tendré la ocasión de saludar a otra de mis damas preferidas. —Lanzó a la resplandeciente cabeza de su cliente más habitual una última y afectuosa mirada.

Marianna acompañó a herr Baum a la puerta, y Eva y Martha les siguieron.

—Buenas tardes —se acercó educadamente Bina buscando con la mirada por encima del hombro del peluquero. Eva y Martha bajaron los ojos—. Bueno, lo más probable es que lo volvamos a ver la semana próxima. —Se apartó de él e intentó atrapar a sus hermanas, que ya retrocedían a toda prisa por el pasillo.

—Entonces, hasta la semana que viene. —Marianna apoyó la mano en el pomo de la puerta y, mientras Eva se alejaba apresuradamente, oyó a herr Baum que arrastraba los pies y murmuraba algo con incomodidad y como disculpándose sobre una cuestión sin importancia acerca de una deuda pendiente.

—¿Y bien? —Bina las atrapó en el salón, repantigadas en el sofá. Eva se puso delante un cojín como protección.

—Ahí no hay nada —dijo—. Hemos hecho una inspección completa de todo el piso, y no había nada.

Martha miró primero a Eva y luego a Bina y decidió evitar una pelea.

—Mamá no esconde nada —coincidió, y Bina, furiosa, se hundió en el sofá junto a sus hermanas.

Al principio, Bina se empeñó en leer las últimas palabras de Schu en voz alta varias veces todas las semanas. Mantenía a sus hermanas pasando frío y temblando en la punta de su cama, esperando dar así más intensidad al contenido de la carta y contrarrestar la presencia de su madre, que seguía viniendo a darles a todas las buenas noches. Pero Eva no tardó mucho en arrastrar a Martha a una pequeña

revuelta: se acostaban como erizos boca abajo y simulaban estar dormidas cuando Bina las llamaba.

«Desde luego que no la olvidaremos», suspiraban resoplando y esforzándose por meterse en la ropa que su madre les había elegido, y la miraban airadamente a sus espaldas por mostrar tan poca fe en ellas.

«No tener institutriz es muy moderno —les repetían otras niñas en el colegio—. Nosotras hacemos todo lo que podemos para librarnos de las nuestras.» Pero las hermanas Samson escribieron que se habían sentido muy afectadas por el repentino despido de fräulein Schulze, sobre todo en esos tiempos de incertidumbre, y que no se imaginaban en qué podía estar pensando frau Belgard.

*

Marianna observaba a su marido, que asentía y fruncía el ceño ante el periódico, y tuvo que obligarse a dejar de preguntarse quién era aquel hombre que tenía delante.

—Haz algo, ¿por qué no puedes hacer algo? —murmuró a través de los dientes apretados mientras el esfuerzo para no ponerse a gritar hacía que le temblara la cabeza, y aunque en ocasiones comprendía lo injustos que eran sus pensamientos, no podía encontrar en su interior el modo de perdonar a su marido.

—Me parece que, si no te importa —masculló él—, no comeré hoy en casa.

Marianna mantuvo los ojos fijos en el espejo, esperando más explicaciones.

—Si es lo que te apetece, desde luego —aceptó cuando su marido no le dijo nada más, y soltó un rizo de pelo castaño oscuro, dejando que saltara de su peine.

Se volvió hacia él. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba y abrió los ojos de par en par.

—Pronto no habrá comida que venir a comer a casa. ¿Tienes la más remota idea de lo que cuesta encontrar lo necesario para alimentar a esta familia? No puedo sobrevivir indefinidamente con tan poco dinero. No sé qué esperas que haga.

Wolf la miró sin darle una respuesta. Estaba convencido de que ella sabía que él había estado sacando pequeñas cantidades de oro todos los meses de la caja de caudales de detrás del armario secador. Allí guardaban cuatro cajas planas, una para cada uno de sus hijos, cuyo contenido había ido creciendo en la oscuridad, cumpleaños tras cumpleaños, pariente tras pariente, a lo largo de los años.

Marianna suspiró y Wolf sintió tentaciones de rebuscar la llave en su bolsillo. Podía lanzarla por encima de la alfombra y dejar que ella

sacara por sí misma las siguientes monedas.

—Haré lo que pueda —dijo, y cogió la punta de su bata, se frotó la mano en el satén raído y se lo enrolló alrededor del dedo como un anillo.

*

Las hermanas Samson fueron una tarde a preguntar por Emanuel. Bina estaba de servicio en el hospital y Martha había ido con la doncella a hacer cola para comprar mantequilla. Eva llevó a las chicas al salón, donde había estado trazando nuevos planos para el hogar de los sueños que compartía con Emanuel. Ya había echado los cimientos para la planta baja y estaba trabajando en los dormitorios. Había dividido el ático en dos partes, con un dormitorio para cada uno de ellos y ninguno para los invitados. La gente podría visitarlos, habían decidido entre los dos, pero sólo para pasar la tarde.

Angelika y Julika se sentaron enfrente mientras Eva quitaba rápidamente sus papeles de la vista.

—Todavía no hay noticias —les dijo rápidamente esperando acabar con el tema. Y las dos chicas sonrieron y asintieron reservándose, Eva estaba convencida, alguna noticia nueva y emocionante sobre sí mismas. No se le ocurría nada que decir. Repasó en silencio algunas historias, viejas u oídas por casualidad, que podría hacer pasar como propias para entretenerlas, y entonces, cuando le parecía que estaban a punto de estallar y contarle todo, oyó que su madre entraba en el vestíbulo.

—¿Cómo estáis?

Las dos se levantaron a la vez, y Marianna dejó sobre la mesa una jarra con café de olor amargo. Lo sirvió sin dar una sola disculpa y, mientras lo bebían, se hizo de nuevo el silencio.

—Mamá —Eva se volvió hacia ella en un destello de inspiración—, mamá, ¿por qué no nos hablas de cuándo jugabas?

Marianna se ruborizó. La historia del juego era una de las preferidas de Wolf y hasta ese momento nunca se le había pedido que la contara.

—Ocurrió hace mucho tiempo, no puede interesaros.

Pero las dos chicas Samson dejaron sus tazas y cruzaron las manos con expectación, dispuestas a escuchar.

—Bueno, sucedió cuando mi madre todavía vivía —explicó Marianna— y, permitidme que os lo diga ya, se trató de un único día de juego. En Montecarlo. —Se acomodó en su silla—. Cuando fui de luna de miel tenía dieciocho años y en cada hotel de nuestra ruta me esperaba una carta de mi madre, que estaba muy preocupada por mí. Incluso llegó a escribir a un hotel pidiendo que la habitación fuera

calentada a catorce grados para nuestra llegada, pues no quería que su única hija, o su nuevo yerno, cogieran un resfriado. Pero, pese a toda su previsión, nos hicieron pasar a una habitación helada, aunque, me fijé, tenía el número catorce marcado con claridad en la puerta.

Las hermanas se rieron y sus miradas divagaron por un momento, perdidas en su propio futuro.

—Cuando llegamos a Montecarlo, me esperaba una carta preocupadísima, llena de descripciones de hombres cuyas vidas se habían arruinado por jugar en los casinos. Mi madre había leído las noticias en los periódicos. Un hombre, según parecía, había perdido toda su fortuna y lo habían encontrado ahorcado debajo de un puente; otro se había visto tan atrapado por las deudas que nunca se atrevió a volver a casa y su familia creía que vivía como un vagabundo por Suiza. «Por favor, mi querida Marianna, te lo ruego, utiliza toda tu influencia para mantener a Wolfgang apartado de los casinos.»

»Le enseñé la carta a mi marido. «Léela atentamente —le insté—, parece preocupante.» Pero Wolf se rió y dijo que ya había hecho planes para que los dos fuéramos aquella noche al casino más famoso de la ciudad. «No pasa nada —me tranquilizó—, todo lo de valor está guardado en la caja fuerte del hotel y el dinero que llevaré encima no me importará perderlo.» Me dijo que guardara la carta de mi madre y que me preparara para la noche.

«Cuando llegamos al casino yo estaba muy emocionada y deseando ver el interior. «¿Llevan los pasaportes encima?», nos preguntó el encargado tras haber tomado nota de nuestros nombres y direcciones. No, no llevábamos los pasaportes. «¿Tienen algo que certifique su identidad?» Wolf rebuscó en los bolsillos de su chaqueta. No. No teníamos nada que demostrara quiénes éramos. «Bueno, lo lamento —nos informó el encargado—, pero no podremos dejarles entrar.»

«Pero estamos en nuestra luna de miel —se quejó Wolf—, mi esposa ha esperado este momento durante semanas.» El encargado se limitó a mirarnos con tristeza y repitió las normas del casino. De repente, recordé la carta de mi madre. La llevaba en el monedero, donde la había guardado doblada. La saqué y se la enseñé. «Herr y frau Belgard», leyó, y al instante estábamos dentro, subiendo las escaleras hacia las mesas de ruleta, donde Wolf ganó dinero para comprarme una boa de piel blanca y un parasol. —Angelika y Julika se inclinaron hacia delante, sonriendo plenamente complacidas—. Con el resto de las ganancias le compramos a mi madre chocolate suizo, y durante años afirmó que era el mejor que había probado nunca.

Eva observó la cara risueña de su madre.

—¿Puedo serviros otra taza de este café repugnante? —preguntó Marianna, pero las chicas se levantaron para marcharse. Dejaron

mensajes para Bina y Martha y, sin haber tenido ocasión de mostrar cuánto sentían lo de Emanuel, las Samson salieron a la calle.

CAPÍTULO XIV

MI MADRE era propietaria de un diminuto jardín, dos pisos más abajo, al que se llegaba por un vestíbulo ajeno. Tenía un ciruelo en el centro y un pequeño estanque de polietileno. Mientras hablábamos, ella arrancaba tallos de saúco tirando de las raíces con las manos desnudas.

—Bueno, espero que Mike te esté ayudando.

—Sí —dije—, me manda dinero de cuando en cuando.

Una raíz salió de la tierra y el impulso casi hizo que se cayera de espaldas.

—Deberías insistir en conseguir algo definido, una pensión regular.

—Oh, mamá.

—Llévalo a juicio. —Estaba cogiendo carrerilla para enfadarse de verdad—. Oblígale a que te pague una pensión alimenticia apropiada.

—Sólo han pasado tres meses. —Cuando se sentó a mi lado y se quitó la suciedad de las manos frotándoselas en los pantalones cortos, repliqué—: No recuerdo haberte visto llevando a mi padre a los tribunales.

—Por supuesto que no. Por eso estoy tan preocupada. —Con un dedo embarrado levantó la punta del sombrero de su nieto—. Era joven y estúpida —dijo.

—Bueno, ahora yo también soy joven y estúpida.

—No —insistió—, a ti no se te permite serlo.

—Oh, mamá. —Tenía razón. Veintisiete años ya no era ser joven —. Pero es tan difícil...

—Siempre es difícil...

—Bueno, ya sabes..., como él no había querido tener un hijo, como fue tan claro al respecto...

—¿Crees que tu padre...? —Se contuvo a tiempo—. Bueno, afrontémoslo, no estaba arrodillado rogando otro hijo. Y ahora — intentó no parecer dolida— te ve más que yo.

—Oh, mamá, eso no es cierto. —Durante un momento permanecimos sentadas en silencio, apretadas en el diminuto tramo de césped—. Lo que pasa es que trabajas mucho.

—Sí —sonrió indulgente.

En los últimos años, la vida de mi madre había cambiado mucho. Había abandonado los empleos a tiempo parcial, la limpieza y el cuidado de niños que nos habían ayudado a salir adelante, y había aprendido a diseñar motivos artísticos por ordenador. Se pasaba las semanas tarareando absorta delante de la pantalla, diseñando las

flores que siempre le había encantado dibujar, dándoles formas retorcidas para crear diseños, y siempre tenía algún encargo pendiente.

—¿Cómo va el cuadro? —preguntó finalmente, y le conté que Sonny casi no cabía ya en su pelele. Cuanto más crecía, menos se me veía a mí.

—Parece acabado, pero, claro, prefiero no decirlo muy alto. —Las dos nos reímos, encantadas de haber encontrado algo que compartir.

En la pared del piso de mi padre todavía había una pintura colgada. Era de mi madre, con extremidades céreas y blancas, y un cabello que le caía como seda por la espalda.

—Tú tuviste suerte —le dije— de ser inmortalizada antes de que llegara el realismo. —Recordé mis gruesas piernas, con las venas azuladas y en carne viva alrededor de la rodilla—. Hasta Sonny parece que vaya a presentarse al campeonato de los pesos medios de Gran Bretaña —y le miré los deditos de los puños.

—Oh, déjame cogerlo —dijo y trasladé el bulto acurrucado de su cuerpo a su regazo.

—En todo caso —estiré los brazos hacia atrás—, papá me paga por posar y he recibido un cheque por la reposición de aquel anuncio que hice el año pasado.

—Gu gu gu —mi madre no me escuchaba—, ¿quién es el niño más guapo? ¿Quién es el pequeñín más adorable? —Y gritó encantada cuando Sonny abrió su boca pegajosa y le devolvió la sonrisa—. ¿Verdad que es listo? —exclamó—. ¿Verdad que es extraordinario? —Tragándome el orgullo, tuve que recordarle que todos los bebés sonreían a las seis semanas.

—Y también podría llegarnos algún dinero de la familia, ¿sabes?, de la rama de papá.

Pero estaba jugando a cucú con el gorro de Sonny, levantándolo sobre sus rodillas y cantando victoria cada vez que él se reía.

*

—Papá —volví a tocar al timbre y lo llamé a través de la puerta. Había traído a Sonny en autobús, disfrutando de las miradas admirativas y las preguntas repetidas de las ancianas. «¿Se porta bien?», «Sí, muy bien». Yo miraba radiante y orgullosa a mi niño.

No era propio de mi padre llegar tarde. Raramente abandonaba su estudio, salvo para comprar comida y aun en esos casos solía salir por la mañana temprano, antes de que ninguna de nosotras fuera a posar. Volví a llamar al timbre, sólo para asegurarme y, cuando ya me daba la vuelta, un coche frenó en la calle. Vi a mi padre, pequeño y nervioso, bajando.

—Lo siento —me dijo moviendo los labios sin pronunciar las palabras al cerrar de golpe la puerta del coche, pero el conductor también se había bajado rápidamente al asfalto para interceptarlo. Era un hombre pequeño y regordete con ojos redondos de mongol, y al hablar asentía con ansiedad moviendo enrevesadamente las manos. Me quedé observando mientras mi padre retrocedía, ofreciéndole respuestas de una sola palabra. El coche estaba aparcado en doble fila y la gente empezaba a tocar la bocina y gritarles por detrás. «Muy bien entonces, perfecto», oí que decía mi padre y, con un rápido gesto de la cabeza, el hombre volvió a su lado del coche y se deslizó a su asiento.

—Lo siento mucho. —Sacó las llaves del bolsillo ensartadas en una larga cuerda.

—¿Quién era ése?

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Mi primo Johann.

—¿John Godber? —En ese momento deseé haberme acercado para que me presentara. «Mi tío», dudé, «o tal vez mi primo segundo», e intenté recordar con más detalle qué aspecto tenía—. ¿Era el hijo de tu tía Bina?

Puso mala cara.

—La terrible tía Bina. ¿Sabes que hizo que la vida de mi madre fuera un calvario?

—¿Cómo?

—Sólo por mezquindad y celos. —Tuvo que pensarlo un momento —. Sí, cuando mi abuela vivía con nosotros en la casa de Londres, mi madre tenía que fingir que la odiaba.

—Pero creí que habías dicho que no le caía bien. Que no le caía bien a ninguna.

—No —respondió—, no creo que quisiera decir eso. Pero ciertamente mi espantosa tía Bina la aborrecía de verdad. Bueno, en realidad, a ella no le gustaba nadie.

—¿Y el padre de Johann? ¿Quién era? Él debió de gustarle al menos durante cinco minutos.

Mi padre, con buen ojo para el cotilleo, me dijo que la había abandonado.

—Se fue todo lo lejos que pudo, no sé si acabó estableciéndose en Laponia.

—Eso es ridículo. —Me *reí* y le observé mientras se cambiaba de ropa. Llevaba el mismo traje gris que se había puesto para dar la bienvenida a Sonny, con los mismos zapatos brillantes negros, y mientras lo dejaba en una silla, vi que a lo largo de las piernas tenía ribetes en arcoíris de pintura. Se puso los pantalones de trabajo, que el óleo había dejado rígidos, y una camiseta vieja, con una manga

desgarrada alrededor del puño.

—¿Y qué quería tu primo? —Cambié a Sonny de pecho mientras mi padre acercaba rodando el caballete.

—Esa maldita casa.

—¿Gaglow? —Me sentí ofendida—. ¿Es que ya no hay Gaglow?

Movió la manivela para poner el cuadro en línea.

—Nunca debí haberme metido. —Pisó con fuerza un tubo de blanco para que saliera la espesa pintura.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Bueno... —Con la cabeza ladeada miraba a Sonny—. Johann quiere venderla. —Empezó a mezclar más pintura blanca con la verde. Por primera vez me fijé en que la felpa del pelele se había descolorido con los lavados—. Y lo exasperante es que tiene que estar de acuerdo un montón de gente distinta. Alguno quiere alquilarla para que tenga más valor dentro de diez años, y hay un viejo chiflado que cree que sencillamente deberíamos donársela a los alemanes para que no vuelvan a pensar mal de nosotros. —Abrió la boca de par en par divertido—. Por supuesto, Johann, que debe andar cerca de los setenta, preferiría el dinero ahora.

—¿No hay nadie que quiera conservarla? —pregunté—. Podríamos utilizarla como una especie de casa de vacaciones a tiempo compartido.

Pero mi padre ya estaba extendiendo nuevas pinceladas de espeso color claro y ni siquiera se tomó la molestia de levantar la mirada.

—Lo exasperante es —dijo al cabo de un rato— que Johann quiere que yo vaya hasta allá. Según parece, hay que resolver ciertos asuntos, aunque a mí no se me ocurre cuáles.

—¿No puede ir él?

—Bueno, ya ha ido una vez, pero dirige una especie de imperio de vertederos y no puede escaparse siempre que quiere.

Siguió trabajando en silencio y luego dijo:

—Después de la guerra, cuando yo tenía diecisiete años, Alemania tuvo que pagar indemnizaciones a todos los niños cuya educación se había visto interrumpida... Recuerdo que le dije a mi padre que no quería aquel apestoso dinero, y la verdad es que ahora sigo pensando lo mismo.

—Pero, en realidad, no es su dinero...

—Mi padre me dijo: «Si no lo aceptas, más se quedarán ellos».

—¿Y lo cogiste?

No respondió.

—Supongo que podrías aceptarlo y luego donarlo.

Me imaginé a mí misma en una casa en el campo. Elegiría una sin muchas escaleras y un césped llano en el que pudiera jugar Sonny. Tendríamos un árbol para subirnos y una valla alrededor de un lago

tibio y profundo donde, una vez al año, esquiaríamos sobre hielo.

—Sí, eso fue lo que pensé. Cogí casi todo lo que me dieron y lo aposté a un galgo. Bueno, pues el maldito animal ganó la carrera, y con las ganancias fui y me compré diez cajas de las pinturas más caras.

—Lo intentaste —le dije rápidamente—. ¿Qué más podías hacer?

—Sí, y en cualquier caso me aseguré de gastar sólo el dinero de las ganancias en la pintura. El resto —añadió al cabo de un momento— sencillamente dejé que se fuera malgastando sin darme cuenta.

Mantuve la cabeza baja mientras él seguía trabajando sin parar, y pensé en nuestras tres madres, a quienes no les hubiera importado lo más mínimo de dónde procediera el dinero de la indemnización.

—Tienes que entender que yo era muy joven —dijo como si me hubiera escuchado, pisó con fuerza otro tubo de pintura y se agachó para recoger el espeso cieno con su cuchillo.

*

Pam había vuelto a Londres. Se pasó por casa su primer día libre, radiante con un vestido con dibujos de rosas.

—Tienes un aspecto estupendo —me dijo rozándome la mejilla con su pelo de color azúcar cande—. Has perdido todo lo que habías engordado con el bebé.

—Son las escaleras —le dije—, y el tener que correr detrás del gran lord Sonny.

Le miró. Tenía pulseras de grasa en muñecas y tobillos, y la piel parecía de albaricoque.

—No me hago a la idea de que sea tuyo. —Se rió.

Las dos le miramos la cara.

—Los ojos pueden aclarársele más todavía —dije con esperanza, y en silencio las dos nos preguntamos por Mike—. Y bien —la sorprendí sonriendo—, ¿las cosas van mejorando?

Me contó que Bradly Teale había cambiado de parecer.

—Es un hombre muy especial —dijo y yo intenté contener un gruñido.

Salimos a dar un paseo y cada veinte metros se detenía a comprobar si funcionaba su teléfono móvil.

—Pensé que el aparato sería para mí —bromeé sin entusiasmo y ella intentó cogerme del brazo.

Paseamos hasta Primrose Hill, y justo cuando acabábamos de pisar la hierba, sonó estridente la llamada que esperaba. Se apartó de mí para hablar.

—Por supuesto —susurró—, me encantaría —los brazos y las

piernas se le entrelazaban y retorcían como los de una jovencita—. No, sin duda eso sería perfecto —y siguió hablando entre murmullos con tono seductor durante quince minutos, utilizando un mínimo de palabras. Malhumorada y acalorada de la irritación, saqué a Sonny de su sillita—. Esta noche a las ocho y cuarto, el Ivy —dijo Pam alegremente, y en ese momento noté el hilillo húmedo y tibio que me avisaba de que Sonny había vomitado sobre mi hombro. Pam se estiró a mi lado sobre la hierba—. ¿Y bien?

Pero yo estaba dándome unos golpecitos en la camiseta con un paño húmedo.

—Espera un momento. —Estiré al niño para cambiarle el pañal.

Pam miraba espantada.

—No se acaba nunca, ¿verdad? —Se encendió un cigarrillo.

—Bueno, no es lo mismo que si tuviera otra cosa que hacer. —Le froté el culo con crema—. Mi vida amorosa está acabada y también mi carrera.

—No seas ridícula —y me recordó que ella acababa de desperdiciar un mes de su vida en Leeds, corriendo por las calles con tacones altos blancos, recibiendo órdenes para mantener el pelo apartado de los ojos y no parpadear tanto—. Al menos, tú tienes algo real, algo permanente.

—Sí —respiré en una nube de su humo blanco—, un trabajo para toda la vida. —Miré a Sonny con su camiseta a rayas limpia.

—Anímate —dijo Pam obligándome a coger su cigarrillo y, tras unas cuantas caladas rápidas cedí y le pregunté por su hombre.

—Así que, vamos, ¿es tan espantoso?

Pam, encantada de que le preguntara, se pasó el resto de la tarde contándome el completo inútil que estaba resultando ser.

—¿Y Mike? —preguntó cuándo nos despedíamos, pero yo estaba demasiado cansada para hablar del tema, así que negué con la cabeza y le dije que no había sabido nada de él.

*

—Tengo noticias espeluznantes. —Era Kate—. Adivina. Nuestras madres han estado quedando con regularidad para cenar.

—Dios. —Parecía casi incestuoso—. No creo que debas mencionárselo a papá. —Oí que Kate se reía, como si le costara guardarse la información—, Pero, por otro lado, puede que ellas piensen lo mismo de nosotras. —Hasta ese momento, nunca se me había ocurrido—. Ya sabes, de que todas seamos buenas amigas. —Pero Kate insistió en que era distinto.

—Nosotras somos parientes, tonta.

—Sí, pero si lo piensas un poco, en cierto sentido ellas también lo

son. —Y de repente me sorprendió que no se hubieran hecho amigas antes.

Natasha llamó más tarde y mantuvimos la misma conversación, riéndonos tontamente como espías, hasta que se nos ocurrió que deberíamos celebrar nuestra propia cena.

—Tendréis que venir vosotras aquí —dije—, porque a partir de las nueve se me hace un mundo volver a casa y subir todas las escaleras.

Quedamos en que dentro de dos jueves nos reuniríamos para nuestra cena.

—¿Puedo ir? —me preguntó Pam cuando se lo conté, e intenté explicarle a ella, hija única, que sería bienvenida cualquier otra noche —. ¿Sigues sin tener noticias de Mike? —preguntó, como para devolverme el golpe, así que le dije que precisamente había recibido una postal suya ese mismo día.

—¿Desde dónde?

Eché una mirada a la repisa de la chimenea.

—Te daré una pista —le dije—. En la cara tiene una fotografía del monstruo del lago Ness.

—¿No estará en la nueva serie de *Kibnaaric*?

Yo no lo sabía.

—Lo averiguaré —insistió Pam—, conozco a una maquilladora cuyo amigo trabaja en la serie. —Y colgó.

«Querido Sonny —había escrito Mike—, esto es muy hermoso, todo de color púrpura y azul y huele a brezo. Para cuando te vea serás tan grande como King Kong, o más aún, como mi viejo amigo Nessie», y añadía dos besos junto a la palabra «papá».

«Es de tu papá.» Sostuve la postal ante la carita de Son-ny, pero la palabra se me atragantó y me ruboricé. Sonny agitó los brazos intentando cogerla, así que la puse a salvo con las demás sobre la repisa de la chimenea.

«Querida Sarah —escribió Mike al día siguiente—, aquí te mando algo para mantener al niño bien surtido de pañales. El trabajo presenta los problemas de siempre, pero ya me conoces, es agradable tener algo real de lo que quejarse. Me gustaría pediros que vinierais, pero... —aquí había tachado algo— ya sabes cómo son estos sitios.» Y había algo de dinero, metido en la doblez del papel. Me quedé despierta toda la noche, deseando que Mike permaneciera siempre lejos, enviando postales dulces mientras yo seguía viviendo de esperanzas.

*

—¿Falta mucho todavía para acabar? —Estaba descosiendo las

costuras del pelele de Sonny para que le salieran fuera los dedos de los pies. El cuadro estaba espesándose y combándose, y cada nueva capa de pintura parecía darle un nuevo sentido—. Así está mejor —murmuré cuando las piernecitas se deslizaron fuera de la tela y vi que mi padre se fijaba en los pies, invisibles hasta entonces—. Oh, no, no empieces a añadir nada nuevo. —Pero elevé la voz para que adquiriera tono de broma cuando vi que tensaba los hombros con resolución. Cortó un grumo de pintura vieja de su paleta y la arrojó al suelo, aclaró la madera con aguarrás y mezcló un montón nuevo de óleos—. Esta ropa sólo va a irle bien unos cuantos días más —me quejé—, aunque le saque los pies —pero fui bajando la voz hasta callarme al ver que empezaba a trabajar.

Sonny parecía haberse acostumbrado a que lo pintaran. En cuanto llegábamos, giraba la cara hacia mí y se arrimaba a mi camisa, esperando que lo alimentara, de modo que tenía que cantarle para mantenerlo contento mientras me quitaba la ropa. A veces, cuando mamaba me miraba y sonreía, y entonces, muy despacio, los párpados se le cerraban y se sumía en un sueño profundo y ahíto. Era como si supiera que, mientras estábamos acostados sobre las flores del sofá, me tenía para sí durante horas.

—Según parece —dijo mi padre—, el hermano de mi madre... ¿cómo se llamaba?

—¿Emanuel?

—Sí, según parece, los rusos lo hicieron prisionero. Creo que es posible que trabajara en sus minas durante la guerra. —Hizo una pausa, y se me ocurrió que estaba intentando apaciguarme por estas interminables semanas de más—. En cualquier caso, recuerdo haber oído que cuando iba en un tren que lo trasladaba de un sitio a otro intentó escaparse saltando por una ventanilla. Apenas se había deslizado fuera cuando los guardias lo atraparon. En lugar de volverlo a meter dentro y castigarlo, lo dejaron allí atrapado, enganchado en la ventana durante toda la noche, de manera que las piernas sufrieron daños espantosos.

—Qué horror —me estremecí al pensar en él, colgado boca abajo sobre las vías mientras se le desgarraban los huesos y la carne.

—Cuando finalmente volvió a casa era un hombre destrozado.

—Sí —me lo imaginé con sus piernas tullidas, cojeando por la ciudad de Berlín.

—¿Qué te parece? —Se apartó del caballete y allí estaban dos diminutos piececitos, surgiendo a través de la tela como si fueran los de un forzudo.

Me incorporé para mirar.

—No —sacudió la cabeza antes de que yo tuviera tiempo de decidirme—, estaba mejor como estaba.

Volví a estirarme y observé cómo él, de memoria, volvía a meter los piececitos dentro de los calcetines de felpa.

—¿Y cuándo se casó? —pregunté cuando el último dedo rosa había desaparecido de la vista—, Emanuel, me refiero.

—Creo que conoció a una mujer de mala vida vagando por las calles. Todo lo que sé es que sus hermanas, bueno, al menos mi madre con toda seguridad, nunca le perdonaron esa traición.

—¿Es que había alguna otra con la que se hubiera comprometido antes?

—No lo sé.

—¿No deberían ser sus hijos, o sus nietos, los de Emanuel, quienes heredaran Gaglow?

—Ahí está la cuestión. No tuvieron ninguno.

—¿Por qué?

—Era su única arma. De la prostituta. Mira, como todos la despreciaban y estaban contra ella, juró que nunca tendría ningún hijo. Me parece que lo hizo para castigar a la madre de Emanuel por no haberles dado una boda apropiada.

—Qué extraño.

—Sí —tuvo que reconocer—, parece todo muy inverosímil. —Y se preguntó dónde habría oído aquella historia.

—Si ella hubiera querido tener hijos de verdad, nada la habría disuadido. —Puse una mano sobre la cabeza dorada de Sonny, recordando a todos los bebés del hospital. Había habido una auténtica avalancha de varones, catorce en un fin de semana, y ni una sola niña. Las comadronas se reían y lanzaban exclamaciones a medida que iban arropando a cada nuevo bebé, y Pam había esperado, por el bien de los pequeños, que algunos de ellos resultaran ser homosexuales.

«Espero que esto no signifique que vaya a haber una guerra dentro de dieciocho años», me pregunté en voz alta, y todos me habían mirado alarmados.

CAPÍTULO XV

EVA ESTABA estirada en el sofá, envuelta en pequeñas mantas de viaje, escribiéndole una carta a Emanuel. No se le ocurría por dónde empezar. Nada de lo que le venía a la cabeza podía ponerlo por escrito y, tras media hora de esfuerzos, todavía seguía sentada ante una página en blanco y un hililllo de tinta le corría por el pulgar. No parecía muy apropiado sacar a colación el inminente matrimonio de Angelika Samson con un oficial, o sus inútiles tentativas de encontrar a fräulein Schulze. Así que decidió describir los jardines de Gaglow, las hortalizas dañadas por la escarcha, arrancadas demasiado tarde, y el huerto helado. Describió con detalle el estado de cada uno de los cinco perros y le contó que Marianna se los había llevado con ella a Berlín, donde les mandaba que se echaran debajo de la mesa para que le calentaran los pies y los tobillos durante la cena. Era una suerte que fueran unas bestias tan delgaduchas y pequeñas, porque si no los vecinos podrían haber sentido tentaciones de hacer un caldo con ellos, pero siendo tan esmirriados, estaba segura de que había pocos perros, ingleses o no, que parecieran menos apetitosos. Ahora, para ir a la escuela, utilizaba la bicicleta en lugar de coger el atestado tranvía, pero no estaba segura de cómo se las ingeniaría cuando se helaran las calles. No mencionó que su padre acudía cada vez con menor frecuencia al despacho y que una vez ella había abierto la puerta de su estudio y se lo había encontrado sentado, encorvado, con el abrigo puesto, mirando fijamente al vacío. «Pobre papá —pensó—, pobre, pobre papá.» Y en ese momento recordó vagamente algo que la hizo sonreír.

—¿Qué estás escribiendo, comedianta? —Bina le dio un codazo y Eva intentó apartar la carta con el brazo.

—Es privado. —Empezó a ilustrar el margen con dibujitos de su casa futura, unidos por chimeneas humeantes y una guirnalda de flores de tinta.

*

Se habían sacado cantidades idénticas de dinero de las tres cajas de las chicas y, hasta el momento, sólo la de Emanuel, más pesada que las otras por ser anterior, había permanecido intacta. Marianna la deslizó hacia delante y la abrió. Dentro se amontonaba una masa de monedas superpuestas, que relucían como sonrisas ante ella. Algunas las reconoció. La pieza de oro que le había regalado su madre el domingo que había nacido y la moneda de diez marcos que había

dado el padre de Wolf un mes antes de morir. Metió las manos entre el metal y dejó que los dedos eligieran una moneda de tamaño medio, buscando una cuyo origen no fuera sagrado. Extrajo la adición más reciente, regalada por unos parientes en el último cumpleaños oficial de Emanuel, hacía más de dos años. La sostuvo en la palma de la mano y pensó en toda la comida y ropa que podría proporcionar a su hijo si enviaba el dinero hacia lo desconocido. Pero entonces, en el último momento, volvió a dejar la moneda en su sitio y, sin darse tiempo para pensar, abrió otra caja, la más cercana a su codo, y extrajo dos piezas de oro. Las miró mientras cerraba de golpe la caja fuerte y, para su alivio, vio que ninguna de ellas tenía valor sentimental, sino que eran un regalo de la tía Cornelia la semana que Bina había aprobado sus exámenes.

*

A medida que los días se iban haciendo más fríos, las chicas empezaron a reunirse buscando calor en la antigua cama de su institutriz. Esa estrecha habitación era la más fácil de calentar y, si cerraban la puerta que daba al cuarto de los niños, podían caldearla sólo con la respiración. Martha había encontrado en un armario alto una cesta llena de lana vieja que había guardado fräulein Milner años atrás. Había cogido cuatro agujas cortas y empezado a tejer un calcetín bastante tosco. Eva lo miraba mientras crecía, blanco y torcido, con puntos salidos y salpicado de burdas carreras donde no se había molestado en recogerlos. «En el bosque entra el cazador», y recordó a Millie y sus delgados labios pronunciando los versos como una oración.

—No está a la altura de un calcetín de las Samson. —Eva fue incapaz de resistirse a mencionar que le parecía muy fresco con tantos agujeros.

—Bueno, pues inténtalo tú —replicó Martha malhumorada—, estoy dedicando mucho del tiempo de mis estudios a tejerlo. Hago un esfuerzo por la guerra.

En ese instante, tanto Bina como Eva se abalanzaron sobre la cesta donde quedaban varios pares de agujas. Casi toda la lana era blanca, pero en los ovillos se habían enredado unas cuantas hebras de color verde y rojo; Eva las recuperó y las enrolló formando bolas en la mano. Martha tuvo que dar los primeros puntos de sus hermanas, pero al poco todas estaban sentadas en fila, con los pies envueltos en edredones, cantando la «Canción del conejo» al ritmo del entrechocar de las agujas.

Cuando se dirigía a su dormitorio, Marianna se detuvo ante la puerta para escuchar. El sonido de las tres voces al iniciar una nueva

vuelta hizo que se sintiera tan sola que volvió corriendo a buscar a su marido. Lo había dejado apoyado con dejadez sobre la mesa, con la cabeza gris en la mano, pero al volver, cuando se sentía capaz de ofrecerle unas palabras de consuelo, vio que se había ido.

*

La mañana de Navidad Eva se despertó temprano. Le dolía el estómago de hambre y se levantó sigilosamente de la cama, con la intención de ponerse el abrigo y las botas y salir a dar un paseo para hacer tiempo hasta el desayuno. Recorrió el pasillo en silencio, con los calcetines con los que había dormido todavía puestos, y abrió la puerta del armario secador. Por costumbre seguía guardando allí la ropa de calle, aunque ahora, en lugar de encontrársela caliente y seca, estaba tan fría y húmeda como cuando la había dejado colgada el día anterior. El armario secador era una habitación diminuta que contenía la caldera. No tenía ventanas, pero sí un banco de listones para sentarse, quitarse las botas y cambiarlas por las zapatillas que se guardaban debajo, en un mueble zapatero.

Eva se estiró para coger su abrigo. Se lo puso, estremeciéndose al contacto de la tela fría y húmeda, y entonces, al volverse para buscar a tientas el sombrero, tropezó con un zapato. Era un zapato negro y brillante que no salió despedido como ella hubiera esperado. Se quedó paralizada. Percibía la presencia de otra persona, encorvada, que quería permanecer oculta; tragó saliva para reunir valor y levantar la mirada y se encontró con el rostro de su padre. Él no apartó la vista ni se movió, sino que continuó sentado, con las rodillas apretadas y las manos caídas sobre su regazo. Parecía enorme y roto, roto justo por encima de la cadera. Sin cambiar de expresión, Wolf volvió a bajar la mirada a un punto desgastado del suelo.

Eva salió y cerró la puerta. Permaneció inmóvil y rígida en el vestíbulo, incapaz de dejar de pensar en cómo encontraría el valor para volver dentro y recoger sus botas. Finalmente, se envolvió los zapatos con bufandas y salió a la calle.

La mañana todavía era oscura y los pies se le hundieron en una capa reciente de nieve blanda. La gente pasaba a su lado en la penumbra como si fueran fantasmas, figuras apenas definidas por sus huesos y sombras, y una bicicleta, cuyos radios resaltaban a la luz de la luna, la adelantó como un rayo. Si el armario secador hubiera estado caliente, la presencia de su padre allí habría tenido, al menos, algún sentido, y, mientras se alejaba caminando de la casa, se preguntó si no debería volver, poner la mano enguantada sobre la de él, besar el bulto inclinado que formaba su cabeza y animarle a salir de allí.

Ya había luz cuando Eva regresó a casa exhalando aire frío y con un círculo rojo en cada mejilla. La familia se había levantado y estaba bebiendo los restos del café auténtico que, milagrosamente, Marianna había sido capaz de encontrar para tomar en Nochebuena con semillas de amapola y tarta de almendras. Wolf se sentaba a la cabecera de la larga mesa y mecía su taza con una mano. Levantó la mirada cuando entró Eva, pero nada en su rostro le delató.

«Eva —su madre frunció el ceño—, no entres aquí con la ropa húmeda.» Con el alma en los pies, Eva volvió cansinamente al armario secador y abrió un poco la puerta. Se desató los zapatos, los dejó ordenadamente en una caja, evitando el rincón donde seguían sus botas, y pasó los dedos por una hilera de guantes y bufandas que colgaban a su aire en perchas.

Durante casi una semana entera Wolf no salió de casa, y Eva, que tenía poca cosa más que hacer, no le quitó ojo de encima. Se sentaba y lo observaba mientras leía el periódico, cabeceando en un sueño nervioso tras las páginas desplegadas, y se fijó en que más que engordar, en los últimos meses había empezado a encogerse. Cuando finalmente salió de casa, Eva se encontró, sin pretenderlo, siguiéndolo. Le observó poniéndose el pesado abrigo y, al momento, ella corrió a calzarse las botas, cogió al vuelo su sombrero y su bufanda y salió a toda prisa a la calle, donde tuvo que aminorar el paso para no adelantarle. Al principio, su padre se encaminó hacia su despacho, saludando con la cabeza y sonriendo a sus vecinos, pero, en lugar de entrar, pasó de largo y se dirigió al Tiergarten.

Eva le siguió e inició una solitaria circunnavegación de los senderos del parque. Se fijó, mientras caminaba detrás, en que su padre mantenía los brazos rígidos pegados al costado y no levantaba la mano para enjugarse la nieve que el viento arrastraba hasta su cara. Se imaginó que se le amontonaba sobre las cejas y el vello áspero de su labio superior; cuando él se giró inesperadamente y ella pudo entreverlo de frente, no llegó a atisbar más que una forma blanca entre el cuello del abrigo y el sombrero. Al principio, Eva hizo un esfuerzo para mantenerse a distancia y ocultarse cuanto podía de su vista, pero pronto se dio cuenta de que se encontraba demasiado ensimismado como para percatarse de su presencia, y empezó a andar abiertamente tras él.

En una ocasión, su padre se detuvo y, sin inclinarse a limpiar la madera, se sentó en un largo banco cubierto de nieve, se cruzó de brazos y miró hacia delante sin ver. Eva no pudo imitarle. Se estremecía con solo pensar en la nieve que se fundía lentamente en la madera y se le filtraba entre su ropa y en el escalofrío que debía de estar recorriéndole la columna. Bajó la cabeza y pasó ante él llena de

tristeza. Salió del Tiergarten, con la intención de regresar media hora después para comprobar cómo estaba, pero al llegar a la calle pasó por delante de una mujer cuya figura la sobresaltó. No llegó a verle los ojos, pero el hombro cubierto y el liso y pecoso lado de la cara la habían turbado haciéndole creer que había visto a fräulein Schulze. Eva se detuvo y se limpió la nieve húmeda de la nariz. Todo el calor acumulado en la tela de su ropa se había desvanecido, y sin volverse a mirar, empezó a correr, patinando y resbalándose por las calles.

Cuando llegó a casa, encontró el piso vacío. Todos, salvo ella, estaban ahora ocupados, y para buscar compañía atrajo a los perros con migas de pan y les ayudó a subir a la antigua cama de Schu-Schu. Los tapó con pliegues del edredón, metiéndoles debajo las pezuñas aterciopeladas y formando capuchas de felpa para el molesquín de sus orejas. Una vez estuvieron todos acomodados, decidió no continuar su calcetín a medio hacer y empezó con agujas nuevas a tejer un sombrero que

había diseñado ella misma con lana muy gruesa, un pasamontañas en punto de media, con las mínimas ranuras imprescindibles para la boca y los ojos. Empezó por el cuello con un color verde musgoso y decidió que si le salía algo demasiado amenazador podía bordar una espesa sonrisa alrededor de la boca y colocar dos pequeños capullos en cada oreja.

Marianna seguía enviando pequeñas sumas de dinero a Emanuel. Cogía oro al azar de cualquiera de las cajas y lo mandaba por telegrama a través de la oficina para el bienestar de los prisioneros de guerra. No sabía si recibía el dinero y, a veces, en un intento desesperado de que le llegaran noticias suyas, doblaba la cantidad enviada;

Marianna sentía un deseo abrumador de volver a Gaglow. Sabía qué hacía un frío insoportable y a esas alturas, en febrero, la casa estaría cerrada, pero pensaba que, al menos, podría encender un fuego con leña en la parrilla de la chimenea y soltar a los hambrientos lebreles fuera para que buscaran comida. Miró a Wolf, que se desvestía a cámara lenta, y prefirió no preguntarle. Sus hijas, supuso, se negarían a ir con ella, Bina por principios y Martha, perdida en su propio mundo, por ser incapaz de tomar una decisión como ésa.

Marianna apoyó los codos en el tocador y sonrió al recordar a Eva, andando de puntillas por la casa, entrando disparada en las habitaciones, saliendo de detrás de las puertas, siempre con la boca fruncida y las cejas levantadas como si estuviera convencida de que debía moverse por la casa sin que se percataran de su presencia. Probablemente a Eva no le importara que la sacara de la escuela. Se quejaba a menudo de la inutilidad de ir, ahora que tantas clases se

habían reunido en una sola aula. A veces, según parecía, había tantos grupos distintos que todos intentaban aprender algo que nada tenía que ver con lo que les correspondía, y los profesores se pasaban el tiempo hablando de qué debían hacer. Cuando las primeras heladas se abatieron con fuerza sobre la escuela, se le había pedido a Eva que llevara un poco de combustible todos los días, y Marianna la veía salir a la calle con un trozo de carbón, envuelto como una patata, en la mano. Pero hacía poco que el encargado del edificio se había negado a dárselo, y ahora iba a la escuela, como la mayoría de las niñas de su edad, sólo con los libros y un bocado matinal de aros de manzana blanca metidos en la cartera.

Sin mencionarle a nadie sus planes, Marianna empezó a prepararse poco a poco. Tendría que coger el tren y luego encontrar a alguien que la acercara en carruaje hasta la casa. Gruber, aunque rondaba ya los cincuenta, se había ido a la guerra. Le habían asignado al mismo regimiento que a su pobre sobrino, muerto hacía más de un año, lo que le hizo pensar a Marianna en cuándo vendrían a buscar a su marido. Pretendía vivir en Gaglow todo lo en secreto que le fuera posible. No se pondría en contacto con las chicas del pueblo que habitualmente abrían la casa, limpiaban y ordenaban ruidosamente la cocina. Se las apañaría hasta donde pudiera para cuidar de sí misma; evocaba la dichosa imagen de los veranos pasados con su propia madre, viviendo solas durante dos semanas enteras mientas su padre se tomaba sus vacaciones en la costa.

Los ojos de Eva se entrecerraron cuando Marianna se lo dijo, y se dio la vuelta rápidamente para comprobar si las estaban escuchando.

«Iremos allí, sólo las dos.» Marianna bajó la voz y Eva, al ver que estaban solas, le sonrió con tal complicidad que dio renovados ánimos al corazón de su madre.

A Eva le correspondió decidir cómo dar la noticia.

—¿Sabéis que mamá está planeando abandonarnos? —dijo una noche mientras estaban acurrucadas en el lugar acostumbrado, con las manos demasiado frías para hacer punto. Martha sacudió la cabeza y se quedó boquiabierta e incrédula, aunque le habían llegado rumores por boca de Dolfí.

—Nos odia a todos, siempre lo supe —se rió Bina.

Martha, simplemente por costumbre, añadió:

—Pobre papá.

Eva adoptó un aire pensativo inclinando levemente la cabeza a un lado.

—¿Qué es lo que puede estar planeando? —Cerró los ojos en un intento de desentrañar el misterio. Bina se daba golpecitos con la

uñas, como si casi lo supiera—. Tal vez… —empezó Eva. Sentía que las otras la estaban mirando fijamente—. Tal vez pudiera encontrar el modo de ir con ella. —Se hizo una pausa y entonces, para librarse de las sospechas que empezaban a cernerse, añadió—: Mamá difícilmente podría negarse y, si lo hace, bueno, entonces sabremos que se trata de algo verdaderamente serio.

*

Eva nunca había visto Gaglow en esa época del año. Era un palacio de cristal con complejos dibujos de es-

carcha cincelados en todas las ventanas, que daban al interior de las habitaciones un aire mágico, como si estuvieran cubiertas de bizcocho de jengibre, con todos los marcos cuadrados enrejados con angélica y enlazados entre ellos con cristales de agua azucarada. Ahuecó las manos ante la boca y sopló, observando cómo el vaho limpiaba un espacio del cristal. Fuera, los prados estaban recubiertos de nieve y los montones que alfombraban las pendientes del jardín parecían muy sencillos en comparación con los complejos dibujos de escarcha.

Los cinco perros daban vueltas, todavía nerviosos por el viaje. Las bocas les colgaban abiertas y de sus lenguas se elevaban rizándose grandes espirales de vaho. Marianna los guió por la casa, pasando por delante del piano tapado y las alfombras cubiertas, y los soltó en el pasillo donde las margaritas se habían marchitado por falta de cuidados. Las garras rechinaron sobre el suelo cuando empezaron a correr; gruñendo con la excitación, y levantaron las orejas al atisbar a Eva dando vueltas, con los brazos abiertos, por el salón embaldosado. Ella ladeaba la cabeza mirando hacia el techo octogonal, y sólo al pasar por delante de la puerta abierta del estudio de su madre, se acordaba de lanzar una rápida mirada dentro.

Marianna se rió y palmeó los pelajes tibios de los perros.

«Vamos», los llamó y corrió con ellos a la puerta de atrás, por donde salieron como rayos a la nieve a cazar conejos.

Marianna encendió un fuego en su estudio con ramas húmedas de pino. Tardó un tiempo increíblemente largo en conseguir que prendiera y en su empeño de avivarlo fue desgarrando página tras página de fechas y cifras cuidadosamente anotadas del cuaderno que tenía sobre su escritorio, arrugándolas para que se encendieran. El fuego humeaba y suspiraba hasta que finalmente las llamas llegaron al centro seco de la madera y, chisporroteando con estrépito, subieron bramando por la chimenea en un estallido de color.

—¡Eva! —la llamó excitada—. ¡Ven rápido! —Y subió corriendo

las escaleras de atrás gritándole a su hija que bajara.

Eva dejó la caja del tesoro que había traído consigo desde Berlín en la cuna de cuerdas debajo de su cama y, con los dedos helados, extendió las colchas a ambos lados. La voz de su madre era alta y apremiante, y Eva casi se tropezó al bajar ruidosa y apresuradamente las escaleras.

—¿Qué pasa? —se precipitó en el estudio.

Marianna señaló el hogar. Las llamas tenían forma de tulipán y se elevaron alrededor de las agujas de pino, mientras ellas contemplaban cómo el fuego crepitaba y lanzaba chispas que formaban estrellitas.

—¿No es hermoso? —dijo entrecortadamente Marianna, y Eva vio que su madre tenía dos rayas de hollín en la cara y que sonreía como una niña—. Acércate y caliéntate —la instó Marianna, y Eva se dejó caer de rodillas y acercó las manos al calor.

—Aquí ya hace más calor —dijo Marianna y acercó cuanto pudo dos sillas a la parrilla de la chimenea. Eva se hundió en una y separó los dedos de los pies helados. Estiró las piernas y, apoyando los talones en el lomo rizado *de un* perro, se quedó dormida casi al instante.

*

Eva y Marianna se pasaban la mayor parte del día buscando comida. Todavía quedaba cierta cantidad de antiguas provisiones almacenada en los armarios de la cocina; juntas recorrieron el gélido laberinto de la planta baja, eligieron un tarro de remolacha en vinagre y se preguntaron y discurrieron cómo podrían transformarla en una comida. Eva nunca había visto a su madre con mejor aspecto. Afrontaba cada nuevo día con un brillo de resolución en los ojos; la palidez de la cara se animaba con el trajín y el diario escarbar por el huerto en busca de comida. Encontraron una azada apoyada en una dependencia exterior y mientras Marianna excavaba la tierra, Eva la manoseaba, desmenuzándola y extrayendo ocasionalmente un nabo helado o la masa marchita de una patata. A veces se abalanzaban excitadas sobre un trozo de piedra o la raíz de un árbol olvidado y entonces, incapaces de controlarse, se doblaban, convulsionadas por la risa, y gritaban sobre los mangos de madera de sus palas.

Eva se envolvió en pieles para subir las escaleras traseras hasta el cuarto de los niños. Hurgó en el contenido de su caja de madera, seleccionando y examinando su tesoro más reciente: el esqueleto de una hoja y la cúpula alta y blanca de la primera campanilla de invierno. Se subió al alféizar de la ventana y, contemplando el jardín helado, empezó a escribir.

Querido Manu:

Estoy aprendiendo a cocinar y a encender un fuego de modo que no necesitaremos ningún sirviente. Tal vez alguien para hacer la colada, a menos que el río trace una curva al lado de la casa y podamos sujetar la ropa con piedras y dejar que se lave sola. Adjunto dibujos del piso de arriba de nuestra casa donde, como puedes ver, tenemos tres ventanas largas cada uno, con un baño debajo de una y una cama debajo de la otra.

Llevo algún tiempo queriendo preguntarte: ¿te acuerdas de cuando nació Bina? ¿Tenía el pelo castaño? Y, si es así, ¿cómo le cambió? ¿Tan despacio que apenas si lo notabas o de la noche a la mañana?

Tu queridísima e impaciente hermana, Eva.

*

Una mañana, Eva se despertó y descubrió que la escarcha se había derretido y un sol cálido resplandecía sobre la piedra. Los perros se tensaban y respiraban ruidosamente, dormidos todavía, y cuando Eva se removió alzaron los hocicos hacia ella.

«Vamos», susurró sin querer despertar a su madre, acurrucada cómodamente en la silla, y sostuvo la puerta abierta mientras ellos salían educadamente en fila. Corrieron por la hierba resbaladiza para comprobar si, tras esa noche cálida, había indicios de que hubiera brotado alguna de las semillas que habían plantado en la tierra: zanahorias, espinacas y unos rábanos, que, según Marianna, eran lo que crecía con más facilidad. Eva se fijó en que la perra más vieja cojeaba al correr; y tuvo que ir parándose para dejar que los alcanzara. Corretearon por el huerto, pasaron por delante de las cuadras vacías y dieron la vuelta a la casa hasta que, agotada y sintiendo un calor desacostumbrado, se estiró en el banco que se curvaba a lo largo de la pared de la casa del hielo. «Pobres perros hambrientos —canturreó mientras ayudaba al último a subirse al banco—, alimentándose de pan duro y corazones de manzana.» Apoyó las manos sobre sus estrechas cinturas. Empezó a pensar en las cosas que les gustaría comer. Hígado y trozos de carne muy roja; cerró los ojos y de repente surgió ante ella un cuenco de chocolate coronado de crema. Se estiró, ladeó la cara para que le diera el sol y se quedó dormida soñando con una montaña de panecillos blancos y blandos que le hicieron resonar ruidosamente el estómago mientras unos zumos ácidos le estiraban y le tensaban la mandíbula.

Cuando se despertó, los perros se habían ido. Se sentó e intentó recordar las imágenes que había visto en sueños: melocotones, de

color naranja brillante y del pelo de fräulein Schulze. «Si no los queréis, me los comeré yo todos», había gritado. Y entonces la fruta se había transformado en un cuenco de canicas y ella se las tragaba mientras Schu-Schu daba vueltas sin parar por la habitación.

La escarcha se estaba fundiendo por todas partes y el sonido del agua goteando hizo que le entraran unas ganas incontenibles de beber. Estaba a punto de volver corriendo a casa cuando recordó dónde se encontraba. Se puso en pie de un salto, empujó la pesada puerta que daba al sótano de la casa del hielo y, pisoteando la paja aislante, buscó a tientas la piqueta que colgaba de la pared. Otra puerta daba paso al fondo del pasillo, donde había una tercera, dividida en secciones, de modo que Eva sólo tuvo que levantar el panel central para deslizarse al depósito de hielo. Pese al tiempo gélido que había hecho, el hielo no estaba muy alto y tuvo que descender al foso para llegar hasta él. Estaba dispuesto como si fuera una serie de cantos rodados unidos, pero con finas grietas. Con cuidado para no atraparse los dedos entre la superficie pegajosa, astilló un trozo y, haciendo malabarismos con él entre los pliegues de su falda, volvió a salir al calor, cerrando todas las puertas a medida que iba pasando.

Se sentó, se limpió la paja de la ropa y dejó que el hielo le goteara sobre la boca. Veía a su madre sacudiendo alfombras junto a la puerta trasera, con el pelo tapado con una bufanda, y se preguntó qué pensarían ahora las niñas del pueblo si la vieran. Estaba aprovechando el primer día de primavera, limpiando, sacudiendo y colgando la ropa al aire libre, y mientras Eva la miraba se le ocurrió una idea para hacerle un regalo. Tendría que trabajar duro y empezar inmediatamente, pero todavía estaba a tiempo de hacerle un obsequio de Pascua en hielo. Tallaría una escultura de hielo, dándole la figura ***de un*** perro, y se lo regalaría como centro de mesa para la cena. Tenía que cortar un bloque grande para el cuerpo, pero estaba segura de que si era posible formar el cuello curvo de un cisne, sería una simple cuestión de paciencia tallar la cola larguirucha de un lebrel.

Eva había estado trabajando duro durante varios días cuando llegaron Bina y Martha. Se bajaron del carro flotando en una nube de aire de ciudad, y cuando Eva y Marianna corrieron a recibirlas tuvieron que pararse en seco ante sus miradas asombradas. Eva observó confundida a su madre y por primera vez se fijó en que llevaba *el* cabello, recogido bajo un sombrero de piel, descuidado y con mechones sueltos. Lo recorrían patas de araña plateadas y esos cabellos blancos eran tan tupidos que le daban un aspecto desarreglado.

—¿Cómo está papá? —preguntó Eva, asustada al ver que no venía con ellas, pero Bina se limitó a inclinarse para mirar de cerca la cinta

hecha jirones que colgaba de sus trenzas enmarañadas, frunciendo los labios como si no la hubiera oído.

—¿Entramos? —Su madre sonrió, y se dio la vuelta como si no hubiera cambiado nada. Cogió a la perra coja en brazos, como si fuera una cesta de ramitas y, con los demás brincando excitados delante de ellas, atravesaron las habitaciones cerradas y vacías.

—¿Qué le pasa? —susurró Martha, y Eva le explicó que las patas traseras se le habían quedado paralizadas con la edad, obligándola a arrastrarse como un conejo.

—No, idiota —la interrumpió Bina—, a mamá. —Eva, insegura de lo que quería su hermana, se apresuró a callarse—. ¿Dónde vamos? —se quejó Bina, moviéndose nerviosa y refunfuñando que hacía mucho más frío dentro de esa monstruosa casa que afuera.

—Mamá, ¿dónde nos llevas? —preguntó Martha cuando llegaron al salón octogonal. Marianna no respondió y se limitó a abrir la puerta de su estudio. Un bucle de humo salió de su interior y al difuminarse dejó ver la mesa iluminada con una hilera de velas y la mejor vajilla cuidadosamente dispuesta sobre ella.

Marianna se había pasado el día entero preparándolo. Con la ayuda de Eva, había movido su escritorio al centro de la habitación, había apartado las plumas y tinteros y había cubierto la mesa con una tela verde oscura. Habían trabajado juntas para quitar las sillas que estaban junto a la chimenea y habían guardado sus ropas bajo los asientos de las ventanas. Sacudieron fuera las harapientas mantas de los perros, luego las doblaron y las distribuyeron ordenadamente por la habitación como pequeñas esteras oblongas.

—Dios santo —resopló Bina—, mira este sitio.

Y Eva se dio cuenta de que sus botas todavía se encontraban ante la chimenea y que había una cuerda colgada de una viga con camisetas y pañuelos ahumados puestos a secar. Martha estornudó y los bordes de los ojos empezaron a ponérsele de color rosa.

—Supongo que hay un poco de humo aquí dentro —coincidió Eva y miró hacia los montones de ceniza blanca apilados junto al hogar.

Marianna les dio la espalda.

—Puedo ofreceros patatas fritas con romero —dijo levantando majestuosamente la tapa de una salsera agrietada—, o patatas fritas con tomillo —y las chicas, anhelando degustar tal lujo, dejaron de mirar la sala y se acomodaron alrededor de la mesa mientras Eva abría una ventana a regañadientes dejando entrar una corriente de aire frío.

*

Eva casi se había quedado azul después de tantos esfuerzos

dedicados a perfeccionar la estatua. Había empezado con mucho éxito, soldando las orejas con gotas salpicadas de agua y tallando un hocico perfecto, pero las patas, largas y delgadas como eran, le estaban causando problemas, y de repente le parecieron muchas; además, le había resultado virtualmente imposible dar forma a la cola. Tras cada tentativa, envolvía su obra en cañas y la colocaba sobre el cada vez más reducido montón de hielo. Pero finalmente la figura estaba esperando, con la cola a un lado, para que se la regalara a su madre.

—¿Dónde vas? —preguntó Bina cuando Eva se levantó de un salto de la mesa, pero ella se alejó silenciosamente sin responderle y corrió al jardín antes de que oscureciera demasiado y no pudiera ver. Abrió una puerta tras otra, y sólo cuando se acuclilló sobre el cuerpo de hielo e intentó soldar por última vez la cola, recordó que se suponía que no podía colmar de regalos a su madre.

—Eva, Eva —oía a sus hermanas llamándola—, ¿dónde estás? —En un súbito acceso de pánico soltó el poco convincente perro al hielo y, sacudiéndose las cañas y la paja de la falda, corrió de vuelta a casa.

*

—Bueno, ¿y qué has averiguado? —preguntó Bina cuando todas estuvieron cómodamente arrellanadas en camas separadas en el cuarto de los niños.

—¿Averiguado? —Eva recordó justo a tiempo el motivo de su prolongada estancia en Gaglow.

—Pobre Eva —murmuró Martha con los ojos todavía enrojecidos por el humo pegajoso, y Eva se dio la vuelta para encararlas con un aire de mártir.

—No ha sido fácil.

—Bueno, pues por nuestra parte, no hemos oído ni una palabra —siseó Bina, y Eva tardó un momento en recordar de quién eran las palabras que habían estado esperando oír durante todo el invierno.

Eva se acurrucó cogiéndose las rodillas y apretándoselas contra el pecho. Intentaba recrear la comodidad de su silla. Le había parecido poco natural retirarse después de cenar y dejar a su madre en las escaleras. Habían intercambiado miradas tímidas y se habían deseado buenas noches asintiendo, y luego Eva se había visto arrastrada a escuchar las noticias y cotillees de los dos últimos meses.

*

A la mañana siguiente, Eva encontró a su madre sentada en los escalones de la casa del hielo. La puerta que daba al sótano estaba abierta de par en par y el panel con bisagras había sido bajado. Al

acordarse, Eva se llevó las manos a la boca.

—No pasa nada —dijo Marianna antes de que ella pudiera confesar—. Estoy segura de que es cosa de niños. No querrían hacer ningún mal. Han sido los niños del pueblo. —Pero alrededor de la boca habían aparecido nuevas y profundas arrugas y el brillo de los ojos se había aguzado—. No me atrevo a mirar lo que le han hecho al huerto. —Suspiró y luego, como si hablara para sí, murmuró que nunca se había sentido del todo bien recibida allí, nunca.

—Mamá —Eva creyó que debía explicarse, pero Marianna se levantó y, chasqueando la lengua para llamar a los perros, se dirigió a grandes zancadas hacia la casa.

Eva oyó cómo se fundía el hielo antes de haber llegado hasta él. Las piedras se habían derretido al contacto con el aire caliente y, como un arroyo, rezumaban y goteaban en el suelo. Las cañas en las que había envuelto su perro se habían desplegado sobre la superficie, y allí estaba la cola del lebrel, rota en pedazos y disolviéndose en una papilla de nieve.

Bina estaba muy excitada por la noticia.

—¡Vándalos del pueblo! ¡Tirando la puerta abajo! —Se encogió de hombros y se estremeció.

—Pero ¿no habría podido salvarse el resto del hielo? —preguntó Martha— ¿Y si se cerraban las puertas inmediatamente?

Bina le comentó que habían tirado basura dentro del foso.

—Cañas, paja y sabe Dios qué más, y ahora no serviría de nada ese hielo.

—Todo es culpa suya —Bina le dio una patada a un haz de paja suelta—, por creerse tan importante y poderosa. Por simular ser una especie de baronesa y dejar que la gente del pueblo viniera a visitarla.

—Schu-Schu siempre dijo que no debería haber hecho que papá aceptara la casa —recordó Martha—, siempre dijo que traía mala suerte.

—Y ella quería que se quedara con la tierra…, imagínate —añadió Bina.

—¿No podría haber sido el viento el que abrió la puerta? —preguntó Eva, cuya necesidad de mostrarse leal hacia su madre estaba a punto de hacerle reventar el pecho—. Estoy segura de que anoche me despertó una tormenta. —Pero Bina frunció el ceño, negó con la cabeza en gesto burlón de exasperación, y preguntó qué patriota alemana, aparte de su madre, renunciaría a su comida para alimentar a una manada de perros ingleses.

El huerto estaba en perfecto orden. Eva encontró a su madre arrancando los diminutos rábanos para hacer sopa.

«Debemos estar agradecidas», le dijo, y Eva se sintió sinceramente


aliviada al ver que seguían intactas las hileras de brotes.

CAPÍTULO XVI

—ME PREGUNTO qué estarán diciendo ahora nuestras madres. —Kate sirvió el vino y yo le di un sorbo al mío mientras probaba los espaguetis.

—¿Crees que están hablando de nosotras?

—Seguramente se estarán preguntando en qué se equivocaron. —Sonrió—. Ya sabes, nosotras tres acercándonos a la treintena, solteras, todavía sin sentar la cabeza.

—Pues yo no lo creo —dijo Natasha—. Y, en todo caso, yo he sentado cabeza. Tengo un empleo con un salario, por pequeño que sea. —Natasha trabajaba largas y penosas horas como enfermera y utilizaba su empleo fijo para burlarse de nosotras.

—En todo caso —le hice notar a Kate—, estoy segura de que Patrick se casaría contigo mañana. —Patrick era su resignado novio, que llevaba años colgado de ella.

—A mí me gustaría irme —suspiró Kate—, vivir alguna aventura. —Para hacerla bajar de la nube, le llené el plato de comida—. A lo mejor podríamos irnos todas. —Chupó un largo espagueti sacándolo de su salsa.

—¿Ir adónde? —Natasha estaba contando sus escasos días libres.

—Oh, a algún sitio diferente. Chile o México... O, ¿cuál es ese sitio donde no ha estado prácticamente nadie...? ¿Yemen?

La miré y vi una manchita de salsa en su nariz.

—¿Yemen? —En ese preciso instante Sonny se despertó y empezó a chillar—. Mira —le dije—, no te he acostado para una siesta de diez minutos. Es hora de dormir, es de noche, ¿entiendes? —Pero pareció tan complacido de verme que le desaparecieron las lágrimas de los ojos y le vi el cielo del paladar, todo de color rosa perla.

—Qué dulce es este niño —dijo Kate, mientras él se subía por mi brazo. Fue pasando por la mesa mientras lo cogíamos por turnos para enrollar espaguetis con una mano.

—No creo que sea imposible —Natasha cambió de tema—. Sarah podría dejar a Sonny con su madre y podríamos irnos, las tres. Aunque sólo fuera por un fin de semana.

—O también podríamos llevárnoslo con nosotras. —Kate sostenía a Sonny con fuerza mientras se estiraba sobre la mesa para coger el queso.

—Depende de cuándo sea. —Sentí un leve estremecimiento de nerviosismo—. Nunca hemos ido a ningún sitio juntas, las tres, ¿verdad que no? —Bebimos más vino y nos servimos porciones de helado endurecido.

—Aunque sólo sea pasar un día en el campo. —Natasha agitó la cuchara y vi que Kate callaba desilusionada.

—No —insistí—, tendremos que hacer algo que sea especial —y recordé que me había olvidado por completo de las fresas, que estarían goteando por el periódico, al fondo de mi bolsa—. Ir a algún sitio especial. —Alcé mi copa y las demás me imitaron haciendo que Sonny se riera cuando brindaron.

*

La mañana siguiente Sonny se despertó a las cinco y luego continuó despertándose cada hora hasta que yo me levanté arrastrándome de la cama para alejarme de él. La cocina olía a vino y a espaguetis fríos. Abrí la ventana, donde mis acianos habían crecido formando una masa de largos brotes verdes, oscuros y llenos de polvo.

y estaban desesperadamente necesitados de que los cortaran. Los guisantes de olor trepaban sin entusiasmo por varas redondas. «Necesito un jardín», mascullé hacia el amasijo de patios, y de repente se me ocurrió que podríamos visitar Gaglow. «Gaglow es el lugar ideal.» Corrí a buscar mi fotografía enmarcada y sonreí a los remotos rostros de las jovencitas Belgard.

Primero llamé a Kate y luego a Natasha, pero o dormían o no estaban.

«Vamos a Gaglow —canturreé—, vamos a Gag-a-low», y entonces, como un golpe inesperado, la idea se abatió sobre mí. Me quedé allí, en medio del suelo, con el camisón colgando fláccido, el pelo enmarañado cayéndome sobre el cuello, y me miré los pies. «Estoy sola», pensé. Volví gateando a la cama y apoyé un brazo sobre el cuerpo de mi bebé, donde la respiración le subía y bajaba el pecho bajo la camiseta.

*

—¿Pam? —Sabía que todavía estaría dormida, pero no me veía capaz de esperar más—. ¿Pam?

Entonces, con un clic y un zumbido respondió al aparato:

—¿Sí?

—Lo siento, ¿te he despertado? —Intenté parecer sorprendida y al momento pude oírla, en su cama que olía a humo, mientras buscaba torpemente a tientas una luz por todas partes aplastando las almohadas color crema.

—No. —Ahora tenía un cigarrillo entre los labios—.

¿Qué hora es? —Una cerilla siseó en el teléfono.

—Sólo me estaba preguntando si habías llegado a averiguar algo

sobre Mike.

Dio una profunda calada y bajó la voz.

—Sí, la verdad es que averigüé algo. —Y empezó a hablar entre el humo que exhalaba de modo que yo casi podía verlo elevándose hacia mí por la línea telefónica—. Te das cuenta, ¿verdad?, de que Mike no sólo actúa en Kilmaaric. Él es Kilmaaric. El protagonista. —La oreja empezó a arderme de rabia. «No —pensé—, no puede ser.» Me vinieron a la cabeza deseos de soltar algo dañino, algo verdaderamente desagradable, pero en vez de eso la escuché mientras seguía hablando—. Según parece, todos están emocionadísimos con él, creen que va a ser el próximo bombazo. —Se detuvo para dar otra calada y dijo—: Espero que te esté mandando montones de dinero.

—No me importa el jodido dinero. —Y pensé en mi vestido tulipán, con flores azules y blancas, comprado con todo el dinero de uno de sus cheques—. ¿Y no tiene ningún asunto con nadie? ¿No se acuesta con la productora? Vamos, Pam, tiene que haber algo más. Me estoy volviendo loca.

Pam hizo una pausa. Percibí que le dolía admitirlo, pero no sabía nada más.

—Creo que Carol me habría comentado algo si hubiera habido algún tipo de lío. ¿Por qué? ¿Has oído algo?

—Nada —suspiré—. Pam, ¿no te apetece pasarte por aquí a comer? —Pero se acomodó entre las almohadas y dijo que comía con Brad—. ¿Ahora lo llamas Brad?

Me prometió que me llamaría más adelante con más noticias.

*

«¿Y qué vamos a hacer?» Sonny se había despertado y me miraba de soslayo. Más allá de nuestra ventana empezaba un día largo, caluroso y vacío. «Supongo que será mejor que nos vistamos.» Entonces recordé que una vez por semana había una clase de masaje a bebés en Primrose Hill. «No creo que dure mucho.» Le eché un vistazo a su brazo con hoyuelos y metí una toalla, un poco de aceite de almendra y un fajo de pañales de reserva en la bolsa.

Los helados y las pegajosas pepitas de fruta habían dejado las calles resbaladizas. Yo, con mi vestido nuevo, caminaba haciendo ruido, esquivando los chicles y parándome cada poco para ajustar la sombrilla sobre la cabeza de Sonny.

En el vestíbulo ya había una masa de sillas de bebé, y en el piso de arriba, en una enorme sala vacía, los bebés estaban estirados desnudos en un semicírculo de esteras. Sus siluetas se recortaban blancas sobre el verde, como nenúfares o rodajas de lichis, y sus madres se arrodillaban sobre ellos frotándose aceite en las manos. Los

bebés maullaban y se agitaban, tosían y gritaban mientras se intercambiaba información vital de una mujer a la de al lado. La sala entera era un ruidoso murmullo de voces y el profesor de masaje de bebés, un hombre joven y delgado con el pelo rapado, permanecía sentado esperando para empezar:

—Muy bien, señoras —su voz, con leve acento londinense, se elevó sobre el ruido—, empecemos por la pierna derecha. —Tuve que manosear con torpeza la pegajosa etiqueta del pañal de Sonny para quitárselo a tiempo—. Mucho aceite, así está bien, luego cojan la pierna y relájenla, mano sobre mano. —Sonny miraba al bebé de su derecha, una diminuta niña oriental con una melena de delicado pelo negro—. Y ahora la otra pierna. —Extendí aceite sobre los pliegues, palpando los suaves ligamentos, como calamares, detrás de cada rodilla, y las densas y tibias ondulaciones de un muslo. La sala estaba en silencio—. Ahora, para que se rían, junten los talones. —Todas las mujeres sonrieron al percibir la suave almohadilla de los pies de sus bebés estirándose hacia atrás entre las palmas de sus manos. Les frotamos las barrigas con las puntas de los dedos, masajeamos cada cadera y dejamos que sus bracitos cortos y suaves se deslizaran por nuestras manos—. Ahora denles la vuelta. —Y ellos movían las manos y se resbalaban como focas sobre su pecho mientras nosotras les masajeábamos la espalda con caricias rápidas y cálidas. Yo tenía los hombros tensos por la concentración, y entonces un bebé empezó a llorar—. Si no se siente cómodo —dijo el profesor—, cójalo. —Pero, como si respondiera a la llamada, estalló otro sollozo. La sala no tardó en verse sumida en una ensordecedora oleada de llantos exigentes, y una enorme variedad de pechos y biberones salió a la luz para tranquilizarlos. Yo envolví a Sonny en su toalla y lo abracé pegándolo a mí. Su carita brillaba sedosa por el aceite y el pelo tenía un amargo olor a nuez.

—No solía gustarle que le desvistieran —le dije al profesor como si quisiera explicarle por qué no había asistido antes a su clase, y él se inclinó con expresión de experto sobre Sonny, cuyo vello resaltaba sobre la toalla amarilla, y dijo que a ningún bebé le gusta que le desnuden cuando es muy pequeño.

—Ya verás cómo seguramente se queda dormido después de que lo alimentes. —Y se alejó entre las esteras para seguir practicando su magia acallando a otro bebé quejumbroso con un abrazo ladeado especial.

Sonny seguía dormido cuando llegamos a casa, así que lo dejé sobre la cama como si fuera una porción de mantequilla y me dispuse a darme un baño. Tenía un mensaje de mi madre preguntándome si quería que nos viéramos y comiéramos juntas al día siguiente. «Podríamos hacer un picnic en mi jardín», sugería con entusiasmo.

«Lo siento —le dije al devolverle la llamada—, pero ya he quedado en posar para papá.» Ella se rió con buen ánimo, intentando no parecer muy dolida, y dijo que lo intentaríamos en otra ocasión.

*

En el estudio de mi padre había tres grandes ventanas cuya mitad superior se extendía por el techo, y el sol entraba iluminando líneas tan espesas que parecían pintura. Entre los dos sujetamos sábanas sobre el cristal, con la intención de conseguir cierta sombra, pero tuvimos que enrollarlas hacia atrás para que no quedara todo en penumbra. Contemplé mi imagen desde los rincones más alejados de la habitación. La había estado mirando desde demasiado cerca y ahora, a la distancia apropiada, veía con precisión cómo todo encajaba. Cada pincelada, cada surco de óleo eran lisos, densos y vivaces, y me sorprendió que mi padre nunca sintiera la necesidad de apartarse del cuadro mientras trabajaba. Tiré de los pliegues sueltos de la bata. Había vuelto a adelgazar, mi estómago se había quedado plano sobre la cicatriz rosa clara y, sin darme cuenta, había dejado de desear que él hiciera más esbeltas mis piernas, borrara las venas o suavizara el intenso rubor que había adquirido mi cara cuando había estado embarazada.

—Es bello —murmuré. En el espacio que había ocupado mi estómago abovedado estaba Sonny, arrellanado de perfil, estirándose hacia mi pecho—. Me encanta. —Y sentí el picor de unas lágrimas punzantes y deliciosas.

—Sí —parecía pensativo—, podría estar casi acabado. —Y nos quedamos admirándolo en silencio durante cinco minutos enteros.

Sonny estaba esperando tumbado, formando puños con las manitas sobre la cabeza. Sólo llevaba puesto un pañal.

—En esa postura está espléndido —dijo mi padre adelantándose para verlo mejor, y yo eché rápidamente el pelele estirado y descolorido sobre el bebé antes de que se le ocurriera una nueva idea.

—Por el momento, es demasiado pequeño para más cuadros —le expliqué, me deslicé sobre el bulto abollado del viejo sofá y le sonreí para que continuara—. Papá —pregunté después de que hubiéramos trabajado un rato en silencio—, ¿tu primo todavía quiere que vaya alguien a Gaglow?

—No sé.

Le dejé en paz otro minuto.

—Es que...

Se volvió hacia mí, con ojos serios y el pincel afilado en el puño.

—No quiero saber nada más de ese asunto.

No tuve valor para quejarme.

*

—Bien, ¿y qué se te ha ocurrido? —quiso saber Kate. Había recibido mi mensaje sobre el viaje.

Intenté encontrar alguna otra idea.

—Pensé que podríamos acercarnos en coche a Devon, pasar unos días junto al mar…

—Umm —Kate no pareció muy entusiasmada—Hablaré con Natasha,

—O podríamos ir en tren.

—En todo caso —dijo—, es posible que me salga un trabajo de montaje que se alargaría hasta Navidad.

—Eso es estupendo. —Me la imaginé pasándose el verano bajo tierra en una sala sin ventanas—, ¿De qué se trata?

Me explicó que era una saga escocesa, ubicada en los Highlands, cerca de la isla de Skye.

—¿No será…? —La cabeza empezó a retumbarme—.¿No será *Kilmaaric*?

Me imaginé a Kate y a Mike juntos, separados únicamente por una fila de pantallas. Lo vería antes de que yo tuviera ocasión y, día tras día, editaría sus imágenes, suprimiéndolo cuando le viniera en gana.

—Sarah, ¿te encuentras bien? —Y entonces oí que se estaba riendo, una risa que apenas podía contener en la garganta, mientras esperaba a que me diera cuenta de que había sido una broma—. Se trata de una gran serie documental, tonta. —Me prometió que me avisaría en cuanto supiera las fechas concretas.

—¡Devon! —comentó con desprecio Natasha—. Ni se te pase por la cabeza que yo vaya a Devon. —Me recordó con minucioso y desagradable detalle un fin de semana que había pasado con un hombre deplorable—. Me temo que, por lo que a mí respecta, esa costa entera está maldita para siempre.

Llamé a mi madre y me invité a mí misma a tomar el té, asumiendo que ese verano tendría que conformarme con su ciruelo y su diminuto trozo de césped.

—Tal vez podríamos empezar alguna otra cosa ahora que este está terminado —murmuró mi padre mientras yo permanecía adormecida por el calor en el sofá hundido.

—Umm. —No iba a ceder tan fácilmente y, para ganar tiempo, señalé la pernera deshilachada del pelele, deshecho y manchado de pintura—. ¿De verdad crees que hemos terminado?

—Podría ser —masculló añadiendo minuciosas pinceladas a mi tobillo y apartándose por fin del cuadro para verlo completo.

Sonny estaba irreconocible. Había perdido el oscuro flequillo de su pelo de bebé y los ojos se habían descolorido adquiriendo un azul muy centroeuropeo. Me fijé en la anchura de su estómago y en sus piernas de chuleta de cordero, y supe que era demasiado grande para seguir durmiéndose y despertándose como hasta entonces. Mi padre empezó a darle la vuelta a los lienzos. Los tenía apoyados en las paredes, amontonados con prisa en sus marcos de madera y pintados de blanco. Vi que miraba a Sonny mientras medía primero un marco y luego otro con el brazo.

—En realidad, papá, me parece que nos vamos a ir de vacaciones —le interrumpí rápidamente y dejó caer el ligero lienzo blanco contra la pared—. Me gustaría probar y salir de Londres, por unos días. —Sonreí con optimismo mientras él permanecía en pie, intentando que se le pasara el mal humor.

—¿Dónde iríais? —Me di cuenta de que intentaba parecer educado.

Le dije que estaba organizándolo con Natasha y Kate.

—Al campo, a algún sitio, todavía no hemos podido decidir dónde. —Asintió limpiándose las manos en los pantalones antes de irse a la cocina para preparar algo de comer.

—¿Le apetecerá alguna cosa al bebé? —Estaba pelando finas aletas de abadejo sobre platos— Tengo... —Aunque a los cuatro meses yo había empezado a darle zanahorias y arroz, mi padre no tenía nada apropiado para un bebé.

—No te preocupes. —Le besé la parte superior de la cabeza suave —. ¿Papá? —Estaba preparándome una ensalada, enjuagando hojas de verdura bajo el grifo—. ¿Por qué nunca sales de Londres?

—Solía salir. Cuando era un niño solíamos pasar los veranos en el campo. —Dejó la ensalada sobre un paño de lino para que el agua se escurriera empapando la tela.

—¿Te refieres a Gaglow?

—No, no. —Vi que se refería a su vida real—. A Norfolk, íbamos allí de vacaciones.

En el modo en que lo dijo hubo algo que me hizo reír.

—¿Lo odiabas?

—No me gustaba mucho. —Buscó entre las tazas, cuencos y papeles que había sobre la mesa el tarro de aceite de oliva—. A lo mejor es porque era muy llano. Por más que me alejara, me escondiera donde me escondiera, mi madre siempre sabía exactamente dónde encontrarme.

—A veces pienso que las primeras palabras que dirá Sonny serán: «Mamá, aléjate». —Le mordisqueé la mejilla mientras todavía podía.

Pero la mirada de mi padre se había enfriado y me fijé en una arruga que se extendía entre sus cejas. Recordé que me había contado

que su madre nunca le dejaba solo. Concentró en él toda su atención, como un vicio obsesivo. «Una vez, cuando yo tenía unos doce años —me había contado—, fui a visitar a un amigo. “No sé dónde está”, me dijo su madre, y pensé qué gustazo debía ser. Mi madre nunca me perdía la pista. Sabía más de mí que yo mismo.» Y recordé el beso que le había dado, distante y tierno, en el pelo apagado.

Por costumbre, volví a besar la cabeza de Sonny, pero levanté la mirada sintiéndome culpable, como si hubiera cometido un acto de desafío. Sin embargo, Sonny seguía haciendo gorgoritos, casi inaudibles, como una paloma.

—Alquilábamos la misma casa todos los veranos —prosiguió sacando una caja de cartón con una tarta—, cerca del mar. —Me di cuenta de que se trataba de la casa que yo conocía. La casa con la que había soñado. Tenía tendederos y espinos y ahora veía el jardín, los prados alfombrados con hierba. Mi abuela estaba allí, apoyada en la puerta, escuchando cómo su vecina de verano le daba todo lujo de detalles sobre una niña que bien podría ser yo—. Siempre que podía evitarlo, intentaba no ir.

Me cortó un trozo grueso de tarta, metiendo el cuchillo entre la superficie gelatinosa de fruta.

—A mí me hubiera gustado crecer en el campo —dije y me vino a la cabeza una vivida imagen de Sonny corriendo entre los pantanos.

*

Habíamos pasado el ecuador del verano y las noches eran largas y luminosas desde mi piso de la planta alta. Sonny estaba dormido, y yo daba vueltas por la habitación, intentando adaptarme a la extraña sensación de aquel tiempo de soledad. Me tumbé en el suelo, estirando los brazos, la espalda y las piernas, buscando alguna parte de mi cuerpo que no me doliera. Respiré profundamente y en ese momento, justo al lado de mi oreja, el teléfono se estremeció volviendo a la vida. Bramó ruidoso y apremiante dos veces antes de que me abalanzara sobre él.

—¿Sí?

Se oyó un sonido amortiguado, un ahogo y una respiración entrecortada que se atragantaba.

—Pam —me dispuse a ofrecerle todo mi cariño—, Pam, ¿qué pasa?

Tuvo que exhalar tres largos suspiros de dolor antes de que le salieran las palabras.

—¡El cabrón! —soltó finalmente y supe que se iba a recuperar.

—¿Dónde estás?

Se había vuelto a sumir en el llanto.

—Voy de camino. —Oí un coche a sus espaldas que dio un viraje con un largo toque de bocina.

Diez minutos después la vi corriendo hacia mí bajo la luz intensa de la tarde. Llevaba en la mano un paquete de cigarrillos y una bolsa de papel duro. Había dejado el coche mal aparcado, con una parte sobresaliendo en medio de la calle, y el rímel que le caía formando aguadas sucias por la cara la hacía parecer más bella que nunca.

—Oh, Dios, Sarah. —Me abrazó y las puntas abiertas de su cabello, blancas y ahumadas, olían a esencia de vainilla.

—Sube. —Subimos juntas las escaleras, de lado, cogidas del brazo, hasta el piso de arriba.

Pam se hundió en el sofá, se quitó los zapatos, y yo me acomodé enfrente, apoyando los pies en las vigas. Nuestras rodillas entrechocaban cálidas y morenas.

—Al menos, esta vez podrás tomarte una copa conmigo —dijo y rompió el sello de estaño dorado.

—Oh, Pam —la interrumpía, a medida que iba relatando la lamentablemente familiar historia de Bradly Teale—, oh, Pam.

De cuando en cuando se detenía para dar un largo trago a su copa y encender otro cigarrillo. Había algo inofensivo en la manera que tenía Pam de echar el humo. Se rizaba, se le enredaba en el pelo y se elevaba sobre ella como el halo de un ángel, e incluso a primera hora de la mañana, olía como un anuncio de Silk Cut.

Seducida, intenté fumarme uno y, como siempre, el aceite amargo se asentó en mi lengua de modo que tuve que quitarme el sabor con brandy.

—Bueno, entonces, se acabó, ¿ya está? —Y un leve resplandor de deslealtad brilló en mi interior al pensar que durante un breve tiempo la tendría toda para mí.

—Espero no volver a ver a esa criatura aborrecible jamás. —Se inclinó para coger la botella y su mirada furiosa se fijó en la larga serie de postales con tela escocesa, brezo y cielos brumosos de las Highlands extendidas sobre el mantel. Me miró arqueando las cejas—. ¿Me disculpas? —Y, recuperando las fuerzas, saltó del sofá y se acercó a la mesa para examinarlas—. Aquí hay dos iguales —dijo—, pero, bien pensado, supongo que no debe haber un número ilimitado donde elegir.

Me di cuenta de que le costaba horrores no darles la vuelta.

—Todas son para Sonny. —Se tomó el comentario como un permiso para coger una.

—Son cartas de amor —exclamó y, aunque empecé a quejarme, cogió las demás y las extendió boca arriba sobre los cojines—. «Mi querido pequeñín, te oigo haciendo gorgoritos como una paloma y exhalando burbujas.» ¿Le has estado escribiendo? —Me dio una

patada fuerte con el pie descalzo—. «¿Así que el aguacate es tu comida favorita? Chico con suerte. Aquí todo lo que podemos comer son asaduras de cordero y tartas de mermelada.» —Le dio la vuelta a un crepúsculo rosa claro—. «Te he comprado una boina escocesa azul y púrpura lo bastante grande para que te sirva en otoño cuando tu papi...» —Yo sabía que Mike había tachado «papi»—. «...cuando vuelva a casa.» Dios mío, ¿qué le pasa?

—La distancia hace que el corazón se encariñe, es lo único que se me ocurre. —Llené nuestros dos vasos, deseando que no hubiera leído en voz alta la palabra secreta y vergonzosa.

—Y así, ¿cuándo volverá? —Todavía le salpicaban la cara delgadas lágrimas grises.

—Dentro de mucho. En noviembre, me parece. Y ya sabes cómo van estas cosas, Pam. —Recogí las postales—. ¿No te apetece venir de vacaciones conmigo?

Pam pareció sorprendida.

—¿Adónde?

—No lo sé, a cualquier parte. —Había descartado Alemania del Este y Devon.

—Tal vez. —Me di cuenta de que no le entusiasmaba. Probablemente yo había mencionado demasiado a menudo que Sonny se despertaba cinco veces todas las noches—. Lo que pasa es que le he dicho a Camilla que estaría en la ciudad por si surgía algún trabajo.

—Condenados actores. —Fue mi oportunidad para darle una patada— Todos sois iguales. Piensa sólo en lo bien que te sentirás cuando vuelvas. En cuántas oportunidades de trabajo tendrás entonces. —Era extraño que no me incluyera a mí misma en el comentario.

—Sí —suspiró—, me iría bien tomarme unas vacaciones.

Pero me di cuenta de que sólo pensaba en Bradly Tea— le y en lo magnífico que sería que la llamara y descubriera que se había ido.

*

—Se ha adelantado mi trabajo de montaje —me dijo Kate—. Empiezo dentro de una semana justa. —Había venido a cuidar a Sonny mientras yo cogía su bicicleta y me acercaba a Hampstead a bañarme.

—Oh, Kate. —Me di cuenta de que últimamente apenas la veía.

—Deberías irte a algún lado con Natasha —dijo—, aunque sólo sean unos pocos días.

—Sí —dije, pero no quería ir sola con Natasha. La necesitábamos a ella para suavizar las cosas. Cogí un mechón de su cabello color miel y lo dejé caer.

—Vete ya, si es que piensas ir —me urgió—, ya hablaremos cuando vuelvas. —Se había puesto nerviosa.

Le eché un último vistazo a Sonny y le besé los dedos.

—Vete ya —me siseó Kate—, mientras todavía esté dormido.

Sin volverme a mirar bajé las escaleras corriendo. Empujé la bicicleta a la calle e hice girar los pedales. Era la primera vez que lo dejaba. Mientras me sumergía en el tráfico, el temor me hizo un nudo en la garganta.

El trayecto hasta el estanque de las mujeres en el Hampstead Heath se empinaba sutil y progresivamente. Mi vestido fino se me pegaba al cuerpo y de vez en cuando sentía el tirón del algodón al enredarse en los radios. Lo soltaba y seguía adelante. Para llegar al Heath, tuve que bajarme y empujar la bicicleta el último centenar de metros, pasando primero por delante del estanque masculino, cuyo prado estaba tan atestado como una playa, y luego ante la furgoneta de los helados. En esa zona, el camino era de gravilla dorada y dejé que los pedales volaran sueltos mientras me dirigía hacia la puerta. La sombra refrescaba la entrada al lago. Las ruedas traseras de las bicicletas se superponían a lo largo de la valla, y en la hierba que había detrás de los árboles se apiñaban cuerpos que leían, comían, hablaban o tomaban el sol, todos desnudos de cintura para arriba. Había mujeres con tatuajes y anillos en los pezones y pálidas chicas de Camden de largas piernas estudiando. Había mujeres mayores y mujeres corpulentas, algunas hermosas, otras llenas de señales y con las venas muy marcadas, y algunas a quienes nunca verías desnudas en ninguna otra piscina pública. Entré corriendo en el vestidor y me puse mi viejo traje de baño.

«Cuando murió mi marido, creí que mi vida se había acabado —le estaba contando una mujer, bien entrada en los setenta, a una amiga —, pero desde entonces me he licenciado en psicología y he aprendido a nadar sola.» La seguí fuera del vestidor y observé cómo se zambullía en el lago.

Había una escalera y bajé de peldaño en peldaño. El agua estaba tan fría que cortaba la respiración, pero insensibilizándome, me impulsé y sumergí la cabeza. El agua se cerró como seda marrón sobre mí, agité las piernas y nadé, brazada tras brazada, hasta entrar en calor. Hice el muerto boca arriba. Una libélula zumbó junto a mi nariz y tres pajaritos se deslizaron sobre el agua hasta detenerse. Resultaba imposible contener la sonrisa. El agua espesa y marrón se revolvió silenciosamente alrededor de mi cintura y, mientras me estiraba y me daba la vuelta girando ingrávida, me llegó a través de la brisa un agradable olor a sandía. Floté sobre la espalda y miré al cielo. «Es como renacer», me reí, y me puse a nadar con potentes brazadas hasta la otra punta, donde los macizos de lirios amarillos y azules formaban

un banco natural. Había zonas de agua fría, misteriosas ondulaciones sombreadas, y cuando mis pies tocaron una recordé repentinamente a Sonny. No había pensado en él durante casi veinte minutos —por primera vez en cinco meses—, y me sorprendió que fuera posible olvidar. Súbitamente sentí frío, y cansancio, y me pareció que el camino de vuelta a la orilla era muy largo. ¿Estaría bien cuando se despertara y descubriera que yo no estaba allí? Toda la fuerza de mi cuerpo se concentró en cada brazada.

Tenía restos de barro por las piernas y en la barbilla, y tuve que ponerme bajo la única ducha de agua fría para quitármelos. Me vestí y me detuve un minuto, sintiendo un hormigueo al sol, tranquila otra vez, y mirando al lago donde nadadoras lentas flotaban de espaldas. Había tenido la intención de estirarme junto al mar de mujeres en la pendiente de hierba, pero en vez de eso le di la vuelta a la bicicleta y me dirigí a casa.

Kate pareció asombrada cuando entré precipitadamente en el piso.

—¿Ya estás de vuelta? —Vi que Sonny ni siquiera se había despertado—. Has estado fuera menos de una hora.

Me dejé caer en una silla y me reí aliviada.

—Bueno, obviamente, cualquiera que fuera el tiempo, no ha habido ningún problema. —Kate cerró su libro y se me ocurrió que debería volver a irme inmediatamente, mientras aún tuviera ocasión.

—Es una pena que no lo podamos llevar con nosotras —dijo. Pero el letrero de la puerta del lago impedía el paso de niños, perros y hombres—. Todas las molestias de la vida —se rió Kate—, pero también todo lo que tiene de divertido.

Aproveché la oportunidad para preguntarle por Patrick.

—Está bien. —Se encogió de hombros y sonrió, y supe que difícilmente le iba a sacar una palabra más.

—¿Sabes dónde podríais ir? Si es que sigues pensando en salir. —Se lo pensó un momento antes de hablar.

—¿Dónde?

—Bueno, no sé si sabes que los padres de papá solían alquilar una casa en Norfolk.

—¿Sí? —Me pregunté cómo lo sabía ella.

—Bueno, según parece, sigue allí. Alguien que conozco se alojó en ella por casualidad. El apellido de la familia estaba en el libro de visitantes verano tras verano.

—¿De verdad? —Me imaginé a mi padre oyendo la noticia, con frialdad y distancia. Preguntándose cómo habían ido a parar a un sitio tan llano e insulso.

—Según parece, es un lugar encantador.

Nos quedamos sentadas en silencio un rato.

—¿Crees que le molestaría?

—¿Y por qué habría de molestarle?

Recordé todos los problemas que se había tomado para quitarse de encima a la familia.

—¿Por qué piensas…? —No sabía cómo decirlo—, ¿Por qué…?

—Supongo —dijo adivinándome el pensamiento— que no quería ser uno de ellos. Refugiados apiñados unos contra otros. —Y sonreímos al pensar en el mucho espacio que él se había encargado de abrir entre nosotras.

CAPÍTULO XVII

—OH, papá. —Él salió al vestíbulo para darles la bienvenida—. Oh, papá. —Se arremolinaron a su alrededor—. ¿Has estado trabajando mucho?

Ni siquiera Marianna fue capaz de fingir que le veía con buen aspecto.

—Trabajo muy importante —dijo él—, comprar y vender, almacenar y racionar. Y todo por el precio más alto. No, ninguna carta —se vio obligado a admitir, y a media tarde se había hundido en una silla del salón y había sumergido la cabeza en las noticias de aquel día.

Eva se sentó frente a él a jugar al *solitaire*, y levantaba la mirada ocasionalmente hacia la inmutable expresión de las cejas de su padre. Dejó que las canicas cayeran en sus huecos, mirando fijamente al tablero e intentando recordar el truco para ganar que le había enseñado Emanuel. Era una cuestión de orden y rutina. Consistía en ir vaciando el tablero en triángulos, comiendo una canica cada vez y aclarando pequeñas secciones. Era vital resistirse a la trampa de ir demasiado rápido por el puro placer de ver las derrotadas canicas rodando por el borde, tintineando entre ellas a medida que se amontonaban. Pero por más a menudo que jugara Eva, y en cualquier orden que lo hiciera, siempre había cuatro testarudas bolitas de cristal lanzando destellos, relucientes y encalladas en el tablero.

«¿Papá? —preguntó cogiendo el juego y sosteniéndolo sobre la hoja de papel—. ¿Te acuerdas del truco?» Pero Wolf levantó los ojos hacia los suyos con tal expresión de cansancio que, tras un segundo de aturdido silencio, ella llevó cuidadosamente el tablero al otro lado de la sala y lo dejó en la mesa.

Bina, Martha y Eva estaban sentadas discutiendo entre resoplidos y suspiros sobre la manera más apropiada de felicitar a las Samson. Julika se había comprometido oficialmente, como Angelika, y era posible que las chicas compartieran una boda doble. Eva sintió que se le tensaban los hombros al intentar pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua.

—¿Por qué no está papá en su despacho? —preguntó cuándo entró Dolfi con prisa a limpiar a su alrededor—. ¿Es que ya no lo necesitan? —Pero sus hermanas se encogieron de hombros como si no hubiera nada raro en que su padre se pasara el día entero encorvado en su silla.

—Puedes preguntárselo tú misma. —Bina levantó la mirada y allí

estaba su padre, titubeando en la puerta—. Papá —susurró y entonces se dio cuenta de que nunca le había visto atravesar el umbral de su habitación.

Tenía la cara blanquecina y la mirada perdida en la lejanía.

—¿Papá?

Pero en lugar de responder, se inclinó hacia delante, como un barco hundiéndose en la distancia, se irguió un poco y se desplomó sobre el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —Eva saltó angustiada sobre los muebles para llegar hasta él.

Dolfi se movió con presteza y una sonrisa forzada en los labios.

—Vamos, señor Belgard —le engatusó y con un poco de ayuda del caído, lo levantó. Se mantuvo en pie tambaleándose como si hasta él se hubiera sorprendido y, con el brazo de Dolfi alrededor de la cintura, salieron juntos de la habitación.

Bina y Martha permanecieron inmóviles, con la cabeza baja, y justo cuando Eva iba a meterse con ellas se dio cuenta de que los dedos de ambas se habían quedado blancos sobre las plumas que agarraban. Se acercó a la ventana. Tenía las manos heladas y las colocó ante los cristales. Se quedó en esa postura hasta que el sol se hundió por debajo del nivel de la calle, y Dolfi, con una cara animada, entró a encender la luz.

*

Una tarde, Eva quedó con su hermana delante del hospital. Llevaba una bolsita con aros de manzana seca y un ramo de hojas marchitas.

—¿De verdad puedo visitarlo? —preguntó cuándo salió Bina vestida con su uniforme de enfermera, y Bina la miró de arriba abajo y la hizo pasar.

Bina se había hecho amiga de un joven soldado que tenía la pierna destrozada en la rodilla. La herida se resistía a curarse y casi cada día se la examinaban para comprobar que no se estaba gangrenando.

—Ni se la menciones —le advirtió Bina cuando atravesaban el pabellón a paso rápido; pero al llegar junto a la cama, Eva notó que la mirada se le iba compulsivamente hacia la pierna, sobre todo cuando descubrió que, en el breve lapso que se había ausentado Bina, se había tomado la decisión de amputársela.

—Ernst Guttenberger —Bina se inclinó sobre él—. Ernst, ésta es mi hermana.

Eva se fijó en que su hermana y él se parecían. El joven tenía la misma boca y los mismos ojos redondeados, el cuello corto y los

hombros inclinados, y le entraron ganas de examinarle los pies para ver si los había tenido vendados en otra vida, como Bina. Pero se limitó a permanecer en pie mirándolo en silencio, intentando contener el torrente de historias sobre amputaciones que le venían a la cabeza.

—¿Y tú otra hermana? —preguntó Ernst y miró con expectación a su alrededor como si Martha estuviera a punto de surgir de detrás de un biombo.

—Mi otra hermana —se jactó Bina— está demasiado ocupada estudiando.

A Eva no se le ocurría nada que decirle. Miró desconsolada a su hermana y la descubrió inmersa en una comunicación silenciosa pero apasionante de minuciosos gestos faciales, pequeños fruncimientos, sonrisas y guiños que se intercambiaban calladamente Ernst y ella. Eva se sentó en una silla al lado de la cama y empezó a comerse distraídamente los aros de manzana.

«Querido Emanuel —empezó a escribir mentalmente—, he estado pensando que me gustaría tener una pareja de patos blancos y gordos, y ver sus picos amarillos piando a primera hora todas las mañanas. Podríamos comernos sus huevos, y estoy segura de que también podríamos amaestrarlos para que se llevaran bien con un perro, y sé que a los caballos no les molestarían lo más mínimo. ¿Sabes? Me he estado preguntando si, en lugar de un coche, no te iría mejor tener una motocicleta. En ese caso yo me subiría detrás y podríamos atravesar los senderos por los bosques sin preocuparnos de las herraduras de los caballos.»

Eva levantó la cabeza y se encontró un par de miradas enojadas contemplándola fijamente.

—Eva —Bina se alisaba el uniforme asombrada—, te has comido los aros de manzana de Ernst.

Eva miró la bolsa arrugada y vio que era verdad.

*

Se había creado una institución benéfica en Berlín específicamente dedicada a institutrices que estaban pasando una mala época. Durante el año anterior, Bina se las había arreglado para convencer a sus hermanas de que con toda seguridad fräulein Schulze había sido despedida.

«Podría haber ido allí a buscar refugio», insistía, y se propuso investigarlo. Pero la institución, según resultó, sólo atendía a mujeres jóvenes que habían sido lo bastante tontas como para aceptar trabajos en Inglaterra antes de la guerra, y no sabían nada de Gabrielle Schulze. Martha pensaba que era posible que hubiera entrado en un convento. Las otras se rieron de la idea y entre todas llegaron a la

conclusión de que lo más probable era que hubiera encontrado empleo con una familia aristocrática. La esposa de un barón o un príncipe. La buscaron en las fotografías de las bodas de los hijos del káiser que salían en los periódicos, esperando atisbarla entre las cabezas de los oficiales, entrecerrando los ojos para reconocer a las damas de honor y esforzándose por identificar cada sonrisa granulada. Eva la buscaba cada vez que iba por la ciudad en bicicleta, daba vueltas por las interminables colas para comprar comida y miraba por las largas ventanas del Esplanade Hotel o a la gente que se congregaba antes de entrar en el teatro.

Se aficionó a pasear por el Tiergarten, donde escuchaba las melodías patrióticas de las viejas orquestas y observaba a los hombres de permiso sentados con las espaldas erguidas bajo las viseras mientras las mujeres utilizaban hogueras comunitarias para preparar tazones de un café verde aguado. Ya no veía a su padre durante esos paseos y una vez que le pareció vislumbrarlo se dio la vuelta rápidamente. Lo observaba por las mañanas, saliendo para su despacho, y le saludaba con la cabeza cuando regresaba por las noches, pero se negó a ser la única que percibía su deterioro y suplicaba no ser la que presenciara la siguiente fase.

*

Los periódicos venían llenos de noticias de Rusia, de hombres que se rendían, que rehuían la batalla, y de que los cosacos, que tenían orden de matar a cualquier desertor, se negaban a disparar.

—Parece que la guerra podría acabar pronto en el frente oriental —Marianna se volvió hacia Wolf— Piensa en lo que eso puede significar para nosotros. Para Manu. —Wolf no respondió. Marianna se levantó y lo miró. Entonces, incapaz de contener la amargura de su voz, añadió—: ¿Piensas ir a trabajar todo el día?

—Por supuesto. —Wolf bajó el periódico y, como un sonámbulo, se encaminó hacia la puerta.

—Cariño —lo llamó Marianna con voz pesarosa, pero él no se giró, y al cabo de un momento oyó sus pasos arrastrando los pies en el vestíbulo.

Marianna abrió la caja fuerte para mirar las cajas de las tres chicas. Las monedas estaban desapareciendo a marchas forzadas, y se preguntó si le habría llegado a Emanuel algo de lo que le había enviado. La caja de su hijo seguía densa y pesada con el oro intacto, y en un arrebato de culpabilidad pensó en hacer algún pequeño reajuste a favor de sus hijas. Cambió una moneda con gesto indeciso, luego otra, y entonces, como si quisiera restablecer el equilibrio, corrió a su habitación a buscar los pendientes de rubí y volvió para depositarlos

apresuradamente en el escaso espacio libre que había dejado en la caja de Manu.

*

A Martha no le dejaban visitar a Ernst. Bina se empeñó en que el nerviosismo que le supondría estar ante una extraña sería demasiado para él; y Eva, a la que se le permitía ir y venir, se sintió primero orgullosa y luego un poco enfadada porque se la considerara tan poco amenazante. Se miraba cada vez más en el espejo del vestíbulo. Era ya casi tan alta como Martha, con su mismo pelo liso, pero los últimos años de racionamiento habían hecho que le adelgazara la cara, de modo que le sobresalían las orejas y los ojos estaban ensombrecidos por un azul apagado permanente. Tenía mejor aspecto de cerca, pero a cierta distancia, en la penumbra del vestíbulo delantero, adquiría cierto aire de invisible.

Ernst había perdido la pierna por encima de la rodilla. Bina permanecía leal a su lado, explicándole regularmente lo mucho peor que podrían haber ido las cosas si no hubiera sido por sus cuidados añadidos, e insistiendo en que nada había cambiado entre ellos. Pero Eva percibía que Ernst se estaba apagando. Ya no respondía a las señales privadas de su hermana, a sus cejas levantadas y al diminuto lenguaje de sus manos, sino que permanecía sumido en su propio mundo.

A veces, Eva se sentaba y le hablaba de Emanuel. Incumplió su promesa secreta y le contó sus planes. La casa que pretendían construir, cuando ella cumpliera dieciséis, el jardín y el lago, el bosque, y cómo todo dependía simplemente del hecho de encontrar un árbol ahorquillado para que ella pudiera adormecerse en una hamaca y a la vez oler la cena antes de que se quemara. Ernst Guttenberger escuchaba, a veces con una sonrisa y con mayor frecuencia con los ojos fijos en el montículo ladeado de su sábana. No tenía ni las fuerzas ni el interés para recordar lo que le contaba, e incluso cuando ella acababa preguntándole qué podría haberle pasado a Emanuel ahora que había acabado la guerra entre Alemania y Rusia, él se limitaba a mirarla con una sonrisa educada y le pedía que le repitiera la pregunta.

«Tifus, tortura, piojos, hambre», recordaba las palabras que había pronunciado Bina cuando habían hecho prisionero a Emanuel y se preguntaba si la noticia de que la guerra había terminado se habría propagado hasta los puntos más remotos de Siberia.

*

Eva se levantó temprano y fue a hacer cola con Dolfi para comprar comida. Se habían establecido precios fijos para cada alimento distribuido, pero todavía era posible encontrar uno o dos huevos o un poco de mantequilla extra. Las mujeres iban a comprar arrastrando los pies por la mañana temprano, apretando los labios para contener una sonrisa cuando, tras horas de paciente espera, se veían recompensadas con un pequeño montón de col.

Esa mañana Dolfi despertó a Eva hablándole de los rumores sobre un ganso. En el campo se seguía practicando regularmente el contrabando de alimentos, a pesar de la humillación y el riesgo de ser atrapado. Eva había visto en una ocasión a una dama a la que obligaron a abrir la maleta en las escaleras de la estación. Había llegado a vislumbrar el hocico y la oreja peluda de un cerdo antes de que la multitud rodeara a la mujer, exigiéndole que se dividiera y vendiera el animal en partes iguales allí mismo a toda la gente hambrienta.

Todavía no era de día cuando Dolfi encontró el sitio y se introdujo por una callejuela entre dos edificios. En un pequeño patio se estaba realizando un ajetreado intercambio comercial y se pagaban grandes sumas por huevos, leche y sirope. Un hombrecito tullido levantaba, empaquetaba y entregaba los productos que sacaba de una barraca, dándole órdenes a gritos a una mujer que se movía dentro. Eva permaneció apartada mientras Dolfi se abría paso entre la gente, con el dinero para los gastos domésticos a buen recaudo en el bolsillo interior de su abrigo, y escuchaba el murmullo de las voces que insistían, discutiendo, en conseguir lo que más necesitaban. De cuando en cuando se volvía a mirar hacia la calle buscando a alguien sospechoso, y sólo cuando Dolfi la llamó para que escondiera un tarro de sirope de remolacha dulce entre su ropa vislumbró a la mujer. Lo *que* vio fueron sus manos, desnudas hasta por encima de las muñecas, que pasaban el ganso por la puerta de la barraca, golpeando el cuello colgante contra la madera.

—¿Schu-Schu? —Tuvo que toser para que le salieran las palabras. Una mujer se colocó delante de ella, y Dolfi, tras envolver el ganso en una bufanda, empezó a tirar de ella—. Espera. —Se dio la vuelta para llamar la atención de la mujer, pero se encontró con los hombros anchoa y la cabeza agachada de un extraño, y las muñecas pecosas ya habían desaparecido.

—Rápido, Evschen, ven conmigo —la llamó Dolfi, y con el ganso envuelto bajo el abrigo se alejaron a toda prisa.

*

Una tarde, a una hora avanzada, .Marianna paseaba por el

Tiergarten cuando vio al káiser. Él iba paseando con un pequeño grupo de hombres, agarraba un bastón con Ja mano y llevaba la cabeza baja, como si hubiera deseado estar solo. Ella se detuvo y se inclinó, sonriéndole, esperando compensar así la insolencia infantil de tantos años atrás, y entonces recordó cuánto habían cambiado sus sentimientos hacia aquella familia.

La gente que la rodeaba se detenía y lo miraba fijamente; un murmullo empezó a correr de boca en boca, un asombro irritado ante el hecho de que el káiser se atreviera a mostrarse en público. Se estaba fermentando un odio muy especial tanto contra el káiser Guillermo como contra la emperatriz. Se debía a la inquebrantable buena salud de sus seis hijos, los cuales se mantenían ilesos año tras año, mientras todas las demás familias del país estaban de luto. Marianna había oído decir que hasta que permitieran que muriera uno de ellos, hasta que sacrificaran aunque sólo fuera a uno de sus hijos, no tenían la menor oportunidad de ganarse el favor del pueblo.

Marianna retrocedió y le observó pasar. Su cuerpo fornido se había encorvado y en los pasos que daba se percibía cierta fragilidad. Se estremeció mientras lo contemplaba alejándose por el sendero, con la espalda inclinada como la de una anciana, y no fue capaz de culparle.

*

La de las Samson fue la primera boda elegante desde el inicio de la guerra. Las fiestas y los bailes privados habían sido prohibidos, pero en ese momento, con la propagación de una atmósfera generalizada de cinismo, las recepciones habían vuelto a ponerse de moda. Marianna observó atentamente las caras líneas de la tarjeta de invitación y sintió una punzada de dolor, como si su hijo hubiera sido rechazado allí mismo, ante ella.

—¿Wolf? —llamó recorriendo el piso y mirando en las habitaciones—. ¿Wolf? —Pero no parecía que estuviera. Vio que Eva se acercaba adormecida envuelta en una manta—. ¿Has visto a tu padre? —Eva se detuvo y colocó la palma de la mano sobre la puerta del armario secador—. ¿Cómo va a estar ahí? —Pero, sin quererlo, Marianna siguió a su hija dentro.

La pequeña habitación estaba fría y húmeda. Las hileras de botas y guantes colgados despedían un olor a moho.

—¿Papá? —llamó Eva como sí él se pudiera haber camuflado entre los abrigos y bufandas—. ¿Papá? —Pero allí no había nadie.

Marianna tuvo la repentina y abrumadora sensación de que se cernía una desgracia.

—¿Qué podría querer aquí dentro? —dijo cerrando los ojos frente

a la puerta de la caja fuerte, y Eva, al ver que la habitación estaba vacía, se estremeció y dijo que no lo sabía.

La boda de las Samson fue por todo lo alto, superando las expectativas creadas. Hubo diez damas de honor, todas vestidas de rosa y con ramos de flores a juego. Bina observaba, enfurecida porque no la hubieran incluido entre ellas, cómo pasaban balanceándose todas y cada una de aquellas perfectas jovencitas.

—Son de su familia —señaló Martha—, primas y primas segundas.

Pero Bina no quería que la apaciguaran.

—Y, claro, ¿dónde está mamá cuando la necesitamos? —preguntó con desprecio, sabiendo que Marianna había preferido quedarse en casa llorando la muerte de su perra. El día anterior, había encontrado a su lebrel favorita, estirada y fría, con las inútiles patas traseras tan quebradizas como un palo viejo. Tenía los ojos abiertos, suaves como ciruelas pasas, y las costillas perfectas resaltaban en la piel. «*Bluebird*»—dijo con ternura. Le tapó las orejas con una tela y la cogió en brazos.

*

Marianna miraba por la ventana del carruaje. Llovía, las gotas caían levemente inclinadas y se esparcían por la tierra. Con alivio, contemplaba cómo los maizales se desplegaban, irguiéndose y abriéndose tras semanas de un viento frío y seco. Cerró los ojos y se imaginó a Wolf, que casi se había vuelto loco durante el mes de junio, cuando cada día de sequía había amenazado con destruir la cosecha. Las patatas se habían echado a perder de un día para otro y, sometidas a las fuertes ráfagas de viento, las verduras yacían atrofiadas en el suelo. Wolf se había marchitado, encerrado en sí mismo, convencido de que a todos los que pudieran sobrevivir a la guerra les esperaba una muerte lenta de hambre, y se había vuelto gris y silencioso en su dolor.

Pero las primeras gotas cálidas le habían reanimado, devolviendo la vitalidad a su cara fláccida como si fuera una planta y, con una gran explosión de fe renovada, empezó a pasarse todo el día y buena parte de la noche pensando en cómo podría distribuirse cada espiga de maíz con el mayor beneficio.

«Por supuesto, tienes que ir», insistió cuando ella sugirió la posibilidad de llevarse a las chicas a Gaglow, y Wolf se fue al despacho con una energía que Marianna no le había visto desde el principio de la guerra.

—¿Sabías —susurró Martha, apretada enfrente de su madre en el

vagón de tercera clase— que a todos los soldados que estaban en la boda de las Samson les hicieron volver al frente?

—¿Esa misma noche? ¿Hasta a los recién casados? —preguntó Eva y Bina sonrió—. Ahora tendrán que esperar para irse de luna de miel.

—El telegrama llegó nada más acabar el servicio —suspiró Martha—, y a estas alturas, por lo que sabemos…

—¡Martha! —Marianna frunció el ceño y las tres chicas se volvieron rápidamente hacia el vagón lleno de soldados.

Marianna pensó en qué podía significar. ¿Otra ofensiva? ¿El asalto que finalmente rompería las líneas enemigas? Empezó a contar los hombres de uniforme. «¿Cuántos esperaban siquiera poder volver a casa?», pensó. Se preguntó si no les daría pena a los bien alimentados americanos, todos frescos y preparados para la guerra, ver a estos hombres agotados, medio muertos de hambre, mal vestidos, tambaleándose hacia ellos entre el barro.

Todavía llovía cuando llegaron a Gaglow. Los prados se habían cubierto de hierba muy crecida y, mientras Marianna pagaba al conductor del carro, Eva se levantó entre sus hermanas y miró hacia la casa. La pintura se estaba desconchando y se habían soltado algunas tejas del tejado. Las dependencias exteriores vacías de uno de los laterales se estaban desmoronando por falta de uso.

Eva se arrodilló en la hierba y se quitó los zapatos. Se dio la vuelta, las rodillas se le engancharon en las flores, y corrió por el prado, gritando y chillando con los brazos extendidos. Se volvió una vez y vio que su madre desataba a los cuatro perros que quedaban vivos, temblorosos sobre sus finas patas de lebrel, y que sus hermanas la miraban fijamente. Parecían tan escandalizadas como divertidas, y de repente recordó a fräulein Schulze observando a su alrededor con mirada desaprobadora mientras mantenía firmes a las chicas en una fila perfectamente ordenada. La hierba estaba resbaladiza y húmeda, se le enredaban tréboles en los dedos de los pies y sacó la lengua para atrapar las seductoras gotas de lluvia que caían finas sobre su cara. Corrió alrededor del prado, dejó atrás la fuente y la estatua cubierta de liquen, atravesó los macizos de plantas trepadoras y, al darse cuenta de que se había quedado sola, se estiró sobre la suave pendiente del sendero de la casa del hielo y levantó la mirada hacia el cielo.

La hilera de ventanas del ático se recortaba formando siluetas grises sobre el tejado y, cuando intentó distraídamente mirar en el cuarto de los niños, recordó su caja del tesoro en la cuna de cuerdas debajo de su cama. Había estado allí todo el invierno, casi olvidada, y sintiéndose culpable buscó a su alrededor un guijarro o una ramita

que representaran los objetos más importantes de su colección. Estaba su fotografía de Schu-Schu, que, no sabía por qué, tenía el don de anteponerse a todo lo demás. Luego estaba el rollo de las palabras del papel pintado, ocultas en el dedal, y, utilizando una hoja como recordatorio, colocó sobre la hierba el juramento de Emanuel. Las delgadas venas de la hoja eran perfectas para la sangre púrpura de su hermano, y lo vio presionando con su pulgar, sellando la promesa de su futuro. Estaban las estrellitas de paja por las Navidades que él se había perdido, y la flor seca de la primera campanilla de invierno. Mientras extendía estos tesoros menores, creyó escuchar un silbido. Se dio rápidamente la vuelta y rebuscó por las lindes del prado, entre los árboles que se mecían y la pequeña estructura de la casa del hielo.

«Eva», escuchó entonces con claridad. Se giró en redondo y vio a Martha de pie en la puerta trasera, mirando a través de la lluvia. «Evaaaa», volvió a llamarla Martha. Sin apartar la mirada de sus ramitas y hojas, se puso en pie de un salto y, extendiendo los brazos, corrió empapada hacia la casa.

*

Eva estaba tumbada en la cama. Lo que la había despertado hacía que contuviera la respiración. La luna seguía alta en el cielo, pero las primeras luces, sombrías y rojizas, se filtraban por el alféizar. Por encima del ruido de la respiración combinada de sus dos hermanas, Eva creyó haber oído que alguien arrastraba los pies. El sonido de pasos que pisaban con fuerza sobre las baldosas. Se levantó sigilosamente de la cama, se echó un chal alrededor de los hombros y bajó corriendo al primer rellano. Escuchó de puntillas y, al no oír nada, descendió lentamente al vestíbulo principal, donde le llegó el olor a piedra y el polvo de las mazorcas y las flores que flotaban como una sopa en un gran cuenco. La puerta principal hizo un ruido metálico cuando tiró de ella, así que, no queriendo despertar a toda la casa, recorrió sigilosamente los salones y entró en el pasillo de piedra que llevaba a la puerta trasera. Las sombras se concentraban allí en los arcos del techo y se propagaban a través de las puertas entreabiertas hacia el interior de habitaciones vacías y sin usar. Eva mantuvo la cabeza baja, apresuró el paso hacia el vestíbulo embaldosado y con alivio abrió la puerta trasera.

Había dejado de llover y el jardín se desplegaba cálido y amistoso. El heno de los prados, bordeados de ramas de rosales que habían crecido desmesuradamente, le llegaba a la cintura. Pero en ese momento, al volverse para cerrar la puerta, oyó un ruido. Un silbido áspero que podría haber producido el viento. Giró en redondo, paralizada de miedo, y allí, mirando hacia ella desde las columnas de

la casa de hielo, vio a un hombre. Una figura oscura e inclinada, que retrocedió cuando Eva se llevó las manos a la boca.

«¿Papá?», llamó, pero, en lugar de responderle, el hombre lanzó otro silbido. «Manu.» Corrió hacia él, con los pies descalzos sobre la hierba, emitiendo pequeños gruñidos y sonriendo de alegría. Pero cuando llegó se dio cuenta de que era Gruber. Estaba viejo, encanecido y encorvado. La chaqueta despedía un olor amargo y, mientras lo miraba, espantada, él se apartó, sumiéndose en las sombras de la casa del hielo.

—¿No quieres entrar en la casa? —preguntó una vez se hubo recuperado de la sorpresa. Estaban agachados en el frío subterráneo del sótano. Gruber negó con la cabeza—. ¿Es que es muy peligrosa? —preguntó Eva.

—Sólo para mí —y le pidió que le guardara el secreto.

—Te traeré comida —le prometió, y también pensó en conseguirle una pistola. Gruber podría llevarla en plena noche y cazar corzos y patos silvestres, que los dos se comerían juntos en una hoguera, y cocerían los restos para hacer sopa—. No se lo diré a nadie —dijo, y Gruber le apretó la mano.

Eva fue a desayunar cohibida y temerosa, y cuando vio a su madre, pálida y con la espalda erguida, apartando a los perros hambrientos, se sintió insegura.

Gruber se las había arreglado para desertar del ejército. Había huido disfrazado de campesino, haciéndose pasar por sordomudo. Eva, al mirar sus ropas harapientas y embarradas, no supo si todavía iba disfrazado. «¿Había visto a Emanuel?», le preguntó, sabedora de que era inútil. Gruber levantó una mano temblorosa y le pidió con amabilidad que hablara en voz baja.

«Pero estoy segura de que no te volverán a enviar a luchar —dijo Eva—, ni aunque te encontraran. No podrían hacerte... ¿podrían?» Contemplaba su expresión de debilidad y los huesos delgados de las espinillas. Pero Gruber repitió que hombres menos robustos que él estaban en ese mismo momento de camino a Francia.

Eva siguió a su madre con cuidado por el jardín, deslizándose tras ella cuando fue a examinar las verduras. Encontraron la vieja puerta arqueada colgando de una bisagra, y el jardín, abandonado durante toda la primavera, prácticamente granado. Los puerros se agitaban ante ella, asintiendo con los pompones de sus flores, y los nudosos esqueletos huesudos de la col se sucedían en intervalos formando una hilera indistinguible. Marianna se inclinó para limpiar las hojas de un macizo de fresas que brotaban fieles en una oscura línea verde. Esperaba encontrar al menos unas pocas frutas maduras, protegidas de los pájaros, pero a medida que iba comprobando cada planta

descubrió que habían arrancado hasta la última fresa. Revisó los árboles buscando otras frutas, albaricoques y melocotones madurando contra la pared, pero no había más que tallos y trozos de fruta verde, recogida demasiado pronto. «Niños», pensó recordando el hielo derretido, y vio el labio de Hans Dieter frunciéndose con frialdad ante ella. Lo único que encontró en buen estado era un gran calabacín a rayas, que se hallaba bajo un abanico de hojas espinosas, lo que le hizo sentirse algo más indulgente con los pájaros, que debían de haber dejado caer la semilla mientras se comían las judías de Eva. Las malas hierbas del jardín llegaban a la altura de las rodillas y las ortigas habían ocupado toda una esquina, ocultando lo que en tiempos había sido un macizo de col rizada. Marianna encontró la pala apoyada en una pared y, cogiéndola en un repentino arranque de rabia, empezó a golpearlas. El mango crujió entre sus manos sin guantes y, mientras aplastaba ortigas, le asomaron lágrimas en los ojos.

Eva observaba desde la puerta, semioculta por las estacas para sus judías. Para su sorpresa, vio que su madre se paraba y apoyaba la cabeza en el mango de la pala, mientras el cuerpo se le estremecía en largos y tristes sollozos. Eva se quedó petrificada. Se sentía incapaz de escaparse sin ser vista, y la idea de que la descubrieran reculando le resultaba inaceptable. Apenas se atrevía a respirar. Para mantenerse en silencio intentó recordar canciones y versos casi olvidados hasta que vio que su madre se enjugaba la cara, clavaba la pala en la tierra y con renovada determinación empezaba a cavar de nuevo. Se movió aliviada y, haciendo más ruido del necesario, se puso a la vista. Tropezó con la masa enredada del calabacín y casi se cayó.

«¿Qué estás haciendo?», le gritó Marianna, y Eva se preguntó si no habría algún modo de hacerle saber lo de Gruber, y cómo había sido él, con toda probabilidad, quien se había estado alimentando del huerto. Pero en vez de explicar nada, se entretuvo siguiendo la línea de tallos nudosos hasta que llegó al calabacín verde y amarillo sobre la tierra. Un macizo enmarañado de tallos se levantó con el fruto hasta que éste se separó con un chasquido y quedó sobre sus manos. «Eva, todavía no está maduro —le gritó Marianna acercándose a ella a grandes zancadas— Le falta todavía una semana más, como poco.» Pero Eva, acunando su hallazgo, corrió por el jardín hasta el prado, esperando con todas sus fuerzas que su madre sospechara algo y la siguiera.

Marianna se volvió a su macizo de ortigas arrastrando la pala por el suelo y recordó lo diferentes que habían sido las cosas cuando habían estado las dos solas. Eva se sentó con Gruber en los escalones de la casa del hielo y lo observó mientras comía. Estaba a oscuras, pero podía ver cómo el jugo del calabacín se le escurría por la barbilla. También le había llevado una pequeña cantidad de judías

secas, cocidas con preciado aceite, y en ese momento le entraron ganas también a ella de comérselas.

«Cuéntame algunas de tus aventuras», pidió, con la esperanza de que la distrajera, y cuando él se negó a hablar, ella le contó que en Berlín un par de zapatos de cuero costaban más de cien marcos.

Eva no había podido encontrar un arma para Gruber. Se había metido en el pasillo de piedra, donde las margaritas se estaban muriendo porque nadie las cuidaba. Con las pequeñas flores marchitas, las plantas se elevaban grisáceas en sus macetas y Eva tiró de ellas al pasar por delante. Había echado una mirada dentro del estudio de su madre y le había sorprendido verla allí, encorvada sobre lo que quedaba de su grueso libro blanco. Se acercó un poco más, estirando el cuello, y vio que estaba formando torres inclinadas de diagramas y cálculos por toda la página, y mientras trabajaba tachaba cada hilera de cifras con un brusco movimiento de la pluma. Eva retrocedió sin que la viera y siguió adelante, mirando por las habitaciones abandonadas, esperando dar con algún depósito oculto de armas. Tenía grabada una imagen de una hilera de rifles colgando de una pared, con los gatillos sujetos de clavos, como gansos recortándose contra el cielo. Abrió la puerta de otra habitación. Las ventanas tenían los postigos cerrados y gracias a la luz que entraba por los resquicios vio gigantescas telarañas enredadas que crecían en la oscuridad.

Las paredes eran ásperas y estaban vacías, y no encontró más que algunos muebles viejos desechados y amontonados a la espera de que los utilizaran como combustible. En la última habitación había una hilera de perchas, más bajas de lo que recordaba, y de ellas colgaba una muñeca de maíz, medio comida por las polillas. Entró y miró con atención, preguntándose si no habría soñado la colección de armas, los cuchillos y los látigos que había abandonado Hans Dieter como recuerdo de su reino para los nuevos propietarios. Recordaba a Schu-Schu insistiendo en que Dieter era un buen hombre, que sencillamente había tenido mala suerte, y que había sido su madre la que había echado a su familia. «¿Dónde van a dormir ahora los pobres hijitos de Dieter?», oyó sisear a Bina por la casa y, aunque ya había descubierto que Dieter no tenía hijos, al menos no oficialmente, todavía se estremecía con la idea de que hubieran echado a alguien de la soleada habitación del ático que ahora era suya.

La noche siguiente Eva subió a acostarse a la vez que el resto de la familia, y sólo cuando se aseguró de que sus hermanas estaban dormidas se aventuró a salir. Llegó con carne ahumada y una pequeña cantidad de guisantes secos.

«Gruber», susurró, pero cuando abrió la puerta del sótano de la casa del hielo, descubrió que se había ido. Habían desaparecido su

abrigo y sus escasas posesiones, y hasta las hojas y la paja que había amontonado para que le sirvieran de cama estaban aplastadas sobre el suelo.

Eva retrocedió alarmada, convencida de que los soldados habían venido a buscarlo, pero mientras se tranquilizaba con la inesperada comida extra, se dio cuenta de que Gruber simplemente había estado de paso.

A veces, por las noches, Marianna creía oír susurros, pasos leves en la oscuridad, e iba a comprobar si sus perros estaban dentro. Incluso en las noches más cálidas, les gustaba meterse bajo telas, y ella realizaba una inspección rápida de sus orejas y colas, comprobando los bordes negros de sus sonrisas. Otro de los perros estaba enfermo. La sangre fluía despacio bajo la delgada piel y entre sus dientes se filtraba un aliento agrio. El invierno anterior había leído una noticia en el periódico sobre una familia de príncipes de Schleswig que se habían visto obligados a matar a sus canguros para comérselos. Los tenían en su finca como mascotas, los habían criado durante más de veinte años y finalmente se los habían tenido que comer a todos. Se metió entre las patas dobladas de algunos perros y, poniéndose un largo hocico sobre el regazo, miró fijamente la pequeña protuberancia del ojo entornado y dio gracias porque tuvieran tan poca carne.

Marianna seguía con atención todas las noticias sobre agricultura. Se convirtió en una experta en pronósticos del tiempo, suspiraba y decía oraciones cada día de sequía, e intercambiaba información con cuantos venían del pueblo. El alivio llegó con la recogida de las cosechas y las patatas tardías, que finalmente salieron bien. Pero entonces, hacia finales de agosto, los granjeros se vieron sorprendidos por la lluvia, y el precioso maíz cortado empezó a brotar, demasiado húmedo para ser recogido, y Marianna, preocupada por el inestable ánimo de su marido, se preparó para un regreso adelantado a Berlín.

*

Wolf parecía más pequeño que nunca, le brillaba la mirada y estaba tan delgado que los pantalones le colgaban fláccidos alrededor de las rodillas. Rodeó a su esposa con un brazo y le besó afectuosamente en la oreja.

«¿Cómo estás, querida? No has cambiado nada, ya veo.» Cogió una de sus manos ásperas en la suya.

Eva le observó mientras describía la situación de la ciudad, la escasez de comida, la carencia de todo tipo de carne y cómo, si la guerra se prolongaba aunque sólo fuera un mes más, era probable que no quedara una cabeza de ganado en todo el país.

«Pero no diré nada más.» Bajó la voz y les contó que en ese momento, tras cuatro años de guerra, Hindenburg había dispuesto que se iniciaran esperanzadoras conversaciones de paz.

Marianna no dejaba que sus hijas salieran del piso. Había ido a Wertheim a mirar colchas, casi sin esperanzas de poder comprar algo, y se había encontrado con la tienda semivacía.

«Enfermas de gripe», le había dicho una vendedora, ascendida en la crisis al empleo de encargada. Se había inclinado sobre el mostrador y le había susurrado: «Durante la última semana hemos perdido a casi setenta de nuestras chicas». Marianna se llevó una mano a la frente. La tenía tibia y normal. «Y dicen que es peor, mucho peor en el campo —prosiguió la encargada, cruzándose los brazos ante el pecho—. En algunos pueblos mueren familias enteras en un solo día. Las mujeres —añadió—, que han esperado pacientemente durante cuatro años a sus hombres, se consumen de fiebre, y se las llevan en carros de muebles antes de que los jóvenes de sus familias tengan siquiera la oportunidad de pedir permiso.»

Marianna se apartó de ella, la mujer sonrió, se estremeció y se volvió para atender a un cliente. Con dedos enguantados comprobó si la cartilla del recién llegado le permitía comprar una camiseta para su esposa.

De regreso a casa, Marianna se encontró con la esposa del viejo herr Baum. La mujer cruzó precipitadamente la calle y le susurró que iba al banco a depositar sus joyas.

—Perlas que me había regalado mi querido marido el día de nuestra boda. —Al sacar un brazo del manguito, Marianna vislumbró una sarta de perlas rosas, como pequeñas salchichas, enrollada alrededor de la mano—. Sí, viviendo como viven al lado del palacio real, necesitan un lugar para esconderse cuando llegue la revolución —frau Baum escondió las perlas—, vengan a nuestra casa. —Y cuando se separaba, Marianna creyó ver que la mujer le miraba fijamente el pelo.

—*Guten Tag*, frau Baum —se despidió Marianna con la mano y observó cómo subía a toda prisa las escaleras, empujaba las pesadas puertas y entraba en el banco.

*

Eva le escribió una carta a Emanuel. Sólo utilizó una de las caras del papel para que, si la necesitaba, él pudiera utilizar la otra.

Querido Manu:

No diré una sola palabra sobre el triste estado de las cosas por aquí, en Berlín, porque se ha decretado que cualquiera que diga una mala palabra puede acabar pasando cinco años en prisión. Bina ha vuelto al hospital y cuando la visito veo a soldados con brazos y piernas tan flacos como palos. Un hombre me contó que había estado avanzando de trinchera en trinchera durante cinco días sin nada que comer y que los amigos que no habían matado sencillamente se caían de agotamiento. Ese hombre sobrevivió saltando a una trinchera enemiga donde encontró galletas y un cigarrillo.

Eva volvió a leer la carta y decidió que debía empezar de nuevo.

Querido Manu:

Me parece que deberíamos pintar las paredes de nuestra casa de verde para que siempre tengamos la sensación de estar en el jardín. Los techos podrían ser azules, ¿y no te parecería bonito tener una habitación sin cortinas oscuras? Tiraré todas las alfombras de color cereza y las cortinas de color borgoña, y tendremos cuencos con hojas flotando en todas las mesas.

Cerró esa carta y, sin la menor idea de cuál pudiera ser la dirección real de su hermano, la guardó apretándola con las demás en su caja.

CAPÍTULO XVIII

«HAY algo que no acaba de estar bien del todo en el cuadro. —Mi padre me llamó a primera hora una mañana—. Creo que tendremos que darle un último toque.»

Tardé una hora en encontrar lo que quedaba del pelele, envuelto y guardado fuera de la vista en un armario. Pensé en llevar juguetes para mantener a Sonny paralizado. Se me ocurrió que podía sostener una hilera de ositos de plástico por encima de él mientras posaba, pero la idea de romper el silencio del estudio con el tintineo estridente de un Brahms electrónico me disuadió.

Cuando llegué había alguien llamando al timbre. Le vi apoyándose en el dedo, resuelto, y por detrás reconocí la redondeada figura de John, el primo de mi padre.

—Hola. —Él se enderezó como si lo hubieran cogido en falta—. Soy Sarah... Soy hija de Michael.

Me miró con ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sarah. —Empezó a asentir y a sonreír—. Me alegro mucho de conocerte.

—Y éste es Sonny, mi..., el nieto de Michael. —La sonrisa de John vaciló, como si fuera demasiado para él conocer a más de un pariente nuevo en un solo día.

—No parece que esté. —John levantó la mirada hacia la casa.

—No —coincidí, pero creí atisbar una sombra que se ocultaba de la vista pegándose a la pared—. ¿Se trataba de algo importante?

John arrastró los pies y se volvió a mirar hacia su coche, que estaba bien aparcado en una zona de pago;

—Quería que me firmara algo.

Me ofrecí a entregárselo yo misma y me senté sobre la superficie plana del poste de la puerta para mostrarle que estaba dispuesta a esperar.

En cuanto John se alejó en el coche haciendo sonar la bocina al doblar la esquina, mi padre apareció en la puerta. Se asomó, nervioso como un pájaro, y me sonrió.

—Creí que nunca se marcharía.

Cogió el sobre marrón claro que me había dado John y se lo metió bajo el brazo como si lo hubiera estado esperando.

Tuve que ayudarlo a buscar sus gafas. Revolvimos revistas, miramos debajo de toallas y finalmente las encontramos en un platillo de pintura seca. Sonny empezó a lloriquear. Lo sostuve ante el espejo y observé cómo le sonreía a sus propios ojos.

—Ahora lo ves —lo aparté—, ahora no lo ves. —Se rió con un

sonido gutural, como un viejo maleducado—. Ahora lo ves... —Pero me interrumpió mi padre cuando se puso a revolver y maldecir enfrascado en una nueva búsqueda, en este caso de una pluma—, ¿De qué se trata?

—Lo mismo de siempre —musitó cogiendo bruscamente un bolígrafo con un lado rajado—, Gaglow. —Y le miré divertida mientras extendía su firma garabateando en el espacio blanco su nombre.

Cuando por fin nos dispusimos a posar; el cielo se estaba encapotando. Era una espesa tarde de agosto, de esas en las que amenazan con caer gotas gruesas y cálidas, y Sonny, cuyo sueño se había visto pospuesto, se hundía pesadamente sobre mi brazo.

Era imposible imaginar qué más quedaba por hacer. Desde mi posición, sólo tenía una visión oblicua del cuadro, demasiado cercana y tosca, pero incluso desde ahí parecía bien acabado. Mi padre lo miraba fijamente, con un pincel agarrado en una mano, y yo esperé, conteniendo la respiración, a que tomara alguna decisión. Sus ojos iban de mí al cuadro y luego se demoraban en Sonny, tenía toda la cara en tensión y arrugada por el esfuerzo, y luego, por fin, se echó hacia atrás, asintiendo. Mezcló pintura nueva en un frenesí de actividad, y al adelantarse de puntillas, vi que trabajaba en el yeso amarillo, sin pintar, justo encima de mi cabeza. Quería decirle que Sonny sólo dormía ahora durante cuarenta minutos, pero me mantuve en silencio, tensa y concentrada, asumiendo mi papel en el progreso de aquella pintura.

—¿Hace bastante calor? —me preguntó cuándo la lluvia empezó a golpear de lado sobre el cristal. Tuvo que encender dos lámparas sobre nuestras cabezas.

Asentí, arropé los pies del bebé cubriéndolos con las puntas de felpa y palpé su palma almohadillada para ver si estaba caliente. Me encantaba la lluvia. El sonido sordo de las gotas cayendo contra el cristal y el dorado diurno de la luz eléctrica mezclándose con el gris. Podía quedarme allí estirada para siempre, y entonces recordé que dentro de diez minutos la cadera empezaría a doler— me y a última hora de la tarde me sentiría agarrotada e incómoda por el esfuerzo de mantenerme inmóvil. Natasha había gritado triunfante cuando le dije que la pintura necesitaba un último retoque.

«¿Y si tuvieras una vida propia? —se burló de mí—, ¿qué harías entonces?»

Kate se había compadecido de todos nosotros.

«Ahora que nosotras dos hemos dejado el mundo de los modelos, Sarah y Sonny son los únicos que le que-

dan. —Se rió y añadió—: De modo que, después de todo, sí que necesita a su familia.»

Cerré los ojos y esperé, aprovechando para descansar mientras podía, y cuando volví a mirar el cuadro vi la pared de yeso exactamente como antes. Allí estaba, amarilla clara, pero ahora podía ver en su interior, detrás de ella. Verde, dorado y azul. Incluso podía asegurar que eso había estado allí durante cien años. Sonreí y me pregunté qué iba a hacer si me mantenía firme en mi negativa a posar para otro cuadro. Me había escrito notas para acordarme de llamar a mi agente, semana tras semana, pero no había encontrado el momento de coger el teléfono. No parecía que mereciera la pena dejar a Sonny para emprender una gira de tres meses de Don't forget your trousers. Ni siquiera aunque tuviera la suerte necesaria para conseguir un papel.

Permanecí completamente inmóvil y esperé tanto tiempo que mi padre tuvo que sugerir finalmente un descanso. Era algo que yo sabía que odiaba. Le gustaba demostrar que tenía más aguante que tú. Me puse rápidamente la bata para que viera que el descanso suponía un alivio para mí.

—¿Te he contado lo de la maldición de los Belgard? —Había entrado en la cocina y estaba mirando el sobre para comprobar que los papeles seguían allí.

—No. —Yo escuchaba sin demasiada atención a Sonny, que dormía—. ¿Qué clase de maldición?

—La mujer con la que se casó mi tío, la prostituta, estaba tan encolerizada porque la boda no hubiese sido lo espléndida que ella quería, porque no se hubiese celebrado en Gaglow como ella deseaba, que maldijo a la familia.

Sentí que un leve estremecimiento eléctrico me corría por debajo de la piel.

—Por alguna razón, se volvió contra mi abuelo, Wolfgang, culpándole a él sobre todo. Poco más tarde, mi abuelo murió.

—Espera un momento —dije y corrí al estudio para comprobar que Sonny no se hubiera caído al suelo. Estaba despierto, mirando a la ventana, observando cómo se deslizaban las gotas de lluvia por el cristal. Lo cogí en brazos y me lo llevé a la cocina—. ¿Cómo murió? ¿Fue algo repentino? —Y me imaginé el largo dedo ganchudo de la mujer abatiendo a mi bisabuelo.

—Es posible que fuera gitana o algo así —dijo mi padre—, o que viniera del sur. Pero no sé con seguridad cómo murió él.

—¿Así que no era judía?

—Dios, no.

Me reí. Siempre había dado por sentado que mi padre había sido el primero de la familia en buscar pareja fuera de su fe.

—Lo que quería pedirte —recordé rápidamente mientras él estaba de humor— es que me hables de Bina.

—¿La detestable Bina?

—Sí, quiero decir: ¿era de verdad tan terrible?

Mi padre se lo pensó un momento.

—Absolutamente. —Así era como le gustaba a él que fueran las cosas.

—Pero ¿por qué? Tiene que haber alguna razón.

Esperaba que reaccionara lanzándome una mirada penetrante, una advertencia para acabar con el cotilleo, pero asintió, dándole vueltas a aquellas noticias perdidas en su memoria.

—¿Conoces la historia de Van Gogh?

No estaba segura. Supuse que sí, creyendo que se trataba de la vieja historia sobre su oreja.

—Bueno, hubo otro Vincent que murió cuando era muy pequeño, un niño hermoso, perfecto, una bendición para sus padres en todos los sentidos, de modo que, por supuesto, el nuevo Vincent van Gogh se concibió sencillamente como un sustituto.

—Pobre. No tuvo la menor posibilidad.

—Pasa con una frecuencia sorprendente. Bueno, pues eso es lo que sucedió en la familia de mi madre. Hubo otra hija, que murió a los seis meses. También se llamaba Bina. Pero, claro, la sustitución no funcionó. Creo que cuando nació la segunda Bina, mi abuela, Marianna, se quedó postrada, fue a un balneario, apenas si podía mirarla. La niña fue criada por varias institutrices.

—Qué espantoso.

Para mi sorpresa, mi padre puso el hervidor a calentar para preparar una segunda taza de té.

—No creo que ella lo llegara a saber.

—¿De verdad?

—Mi abuela se lo contó a mi madre, justo al final, poco antes de morir. Las recuerdo a las dos llorando juntas, cogidas de la mano. —El hervidor pitó, y como si fuera una señal, lo apagó y nos ordenó volver al trabajo.

Lo que quedaba de la tarde se convirtió en una lucha. Sonny se había despertado con renovadas fuerzas y muchas ganas de que le divirtieran. Quería que le acunaran, le besaran y jugaran con él, que le enseñaran la vista y lo llevaran de paseo. Yo le mantenía estirado a mi lado y lo entretenía cantándole, le presentaba los dedos de los pies, y me preguntaba por qué hacía falta que es-

tuviéramos allí para nada, mientras mi padre extendía capa tras capa de yeso sobre nuestras cabezas.

Cuando por fin salimos había dejado de llover. Las nubes eran finas y se habían diseminado, y había flores empapadas desparramadas por la calle. Me fijé en que las primeras hojas caídas del otoño resaltaban marrones sobre los charcos y, aspirando el olor a

frambuesa que despedía la ciudad, cálida pese a la humedad de las paredes, pasé de largo la parada de autobús. Los arbustos y matorrales ahora limpios crecían metiéndose en la calle, y los rocé con el hombro para que me cayeran en la cara las últimas gotas cristalinas de lluvia. Entonces salió el sol rayando de color perla el asfalto, y un destello sobre la parte superior curva de un buzón me recordó la carta de Gaglow que me había comprometido a enviar. Sin aminorar el paso, la rebusqué en el bolso, con la intención de meterla en el primer buzón que encontrara mientras paseaba, pero el sobre era demasiado ancho para la ranura y tuve que pararme y doblarlo para que cupiera. Podría doblarlo con cuidado para que se desplegara sin arrugarse en el interior ancho del buzón, pero al detenerme para tener las dos manos libres me fijé en la dirección. Era una calle de Camden Town y me di cuenta de que yendo unas paradas más en mi autobús podía entregarla yo misma. Volví a meter el sobre en el bolso y, tras mirar a mis espaldas para comprobar que no me habían estado observando, seguí mi camino a paso rápido.

*

En la puerta apareció una mujer. Tenía el pelo gris y suave cortado en ángulo recto, y piernas y brazos frágiles.

—Tengo que entregarle algo a Johann... —Miré el nombre—. John Godber.

—John —llamó la señora—, John.

Él se acercó andando despacio, ignorando la urgencia de la voz de la mujer, y sólo se sobresaltó al verme.

—Lamento molestarle. —Le acerqué el sobre—. Pero pasaba por aquí, así que le he traído esto.

—Claro, qué amable —e insistió, como yo había esperado que hiciera, en que entrara.

—Ésta es Sarah —Abrió los ojos de par en par hacia su esposa—. La hija de Michael. —Por la inclinación de su cabeza supe que ella estaba al tanto de todo.

La casa era agradable y cómoda, y dejó el sobre en una mesa de madera oscura.

—Ésta es mi esposa, Elizabeth. —John nos presentó, ella fue a buscar una bandeja de té y de camino a la cocina hizo gorgoritos y le lanzó un beso a Sonny.

Nos sentamos en silencio mientras se preparaba la tetera.

—¿Así que vives cerca? —preguntó John y yo asentí, apresurándome a explicar que llevaba al bebé a que viera a otros niños en el Heath.

—¿Tienen hijos? —pregunté y él me respondió enseguida que

tenían tres, dos hijos y una hija, y entre los dos empezaron a contar orgullosamente con los dedos sus nietos.

—¿Es tu primer hijo? —preguntó Elisabeth.

—Sí, el primero. —Sabía que nada más traspasar la puerta ya se habían fijado en que no llevaba anillo, lo que hizo que las preguntas se detuvieran educadamente en ese punto.

—Te pareces a tu abuela. —Se miraron entre sí, aliviados al haber encontrado un tema en el que ambos se

sentían a salvo— Eres igual que Eva. —Coincidiendo, se pasaron los diez minutos siguientes repitiéndolo mientras yo mantenía la cabeza baja para que pudieran ver la sorprendente similitud de nuestras barbillas—. Y por lo que respecta a este amiguito —Elisabeth estiró los brazos hacia él—, se parece a... —Todos miramos la risueña cara de trigo y aciano de Sonny.

—Es igual que su padre —expliqué, y los dos se rieron, aceptando que yo había encontrado un modo educado de presentarlo—. Es actor. —Me pareció que era mi deber dar explicaciones—. Está trabajando fuera. —Y sonreí, torciendo la boca para contener el repentino dolor que me hizo un nudo en la garganta. El sobre estaba donde lo había dejado, liso y marrón sobre las espirales brillantes de la mesa—. ¿Está ya todo prácticamente resuelto? —Cambié de conversación y, sin quererlo, cometí un desliz—. Mi padre me ha comentado que había vuelto a Alemania, a Gaglow.

John frunció el ceño y dio un largo trago de té.

—Sí, sí.

—Fuimos los dos —dijo Elisabeth y puso una mano sobre su brazo.

Me subí a Sonny a la rodilla. Sostenerlo en brazos me daba seguridad, y rápidamente, antes de que se pasara la ocasión, le pregunté a John:

—¿Cree que, antes de que se venda, podría ir y visitarla?

Pareció sorprendido. Se volvió y se acercó el sobre.

—Claro. —Hojeó rápidamente el contenido— Después de todo, era Eva, tu abuela, la que más amaba el lugar.

—¿Qué...? ¿Cómo puedo llegar? —pregunté al levantarme. Me anotó su número de teléfono y me dijo que le llamara cuando hubiera decidido la fecha.

—Muchas gracias —sonreí—, ha sido un placer conocerles.

Los dos me despidieron con la mano mientras me alejaba empujando el carrito de Sonny por la calle.

*

No queriendo engañarles, seguí caminando hacia Parliament

Fields, deteniéndome a mirar a los últimos niños que hacían cabriolas, como caballitos, hacia delante y hacia atrás junto a la azulada piscina infantil. El sol se estaba poniendo, de nuevo ceniciento y caluroso, y la hierba de la gran pendiente del Heath había adquirido el color del heno.

Subí lentamente caminando por la avenida arbolada; me pegaba al sendero, esquivando bicicletas y corredores, familias enteras cargadas con mantas, y tras superar la última cuesta de la colina descubierta llegué arriba. Un pequeño grupo de gente, jadeante y asombrada, miraba hacia Londres, identificando la torre de correos, la cúpula verde de St. Paul. Me puse a su lado, respirando el aire calmo y limpio, y luego me di la vuelta y miré en la otra dirección. La colina descendía y subía de nuevo hasta un disperso círculo de pinos, y, en la distancia, pude ver las orillas cubiertas de juncos de la hilera de lagos. Allí no había edificios ni monumentos, nada que interrumpiera la vista, pero a lo lejos, sólo un poco más bajo que mi respiración, todavía podía oír el estruendo de la ciudad.

*

—¿Pam? —Para hablar con ella tenía que superar el escudo protector de su contestador—. Sé que estás ahí.

—Y, sin aliento, cogió el teléfono—. Pam… —empecé, pero siseó y me dijo que no era un buen momento.

—Te llamaré más tarde.

—Pam —intenté advertirla, pero ella no quería escuchar ni una sola palabra mía, y cuando todavía intentaba decírselo entre susurros, me colgó.

No tuve noticias suyas hasta el día siguiente.

—No me lo cuentes, no quiero saberlo —dije.

Pero ella insistió inflexible en que las noticias eran buenas.

—Escúchame, no es un actor.

—¿No… es… un actor?

—¿Puedes creértelo?

—No del todo. Y si no es actor, ¿qué pega tiene?

Hubo una pausa inquietante.

—Es contable.

No se me ocurría a qué se refería.

—Es maravilloso —dijo—. Se levanta todas las mañanas a las ocho y se va directamente a trabajar, y cuando ha acabado su jornada está contento y despreocupado y quiere quedar para tomar una copa. Resulta asombroso.

—Pero ¿no es…?, ¿no es…?

—¿El qué? ¿Aburrido? —respondió por mí—. Me había olvidado

de que no llegaste a conocer a Bradly Teale. —Y las dos nos reímos, aliviadas de que hubiera terminado con él.

—Escúchame —dije cuándo se hubo tranquilizado—, ¿has vuelto a pensar en lo de nuestras vacaciones?

Yo sabía que no.

—¿Qué te parecería ir a Alemania? Ya sabes, unos pocos días solamente.

—¿Alemania?

—Está esa casa, en el campo.

—¿En el campo?

Y antes de que siquiera le hubiera hablando de los dormitorios del ático y el lago, el jardín de rosas y el camino en pendiente y recto que llevaba al porche, supe que había perdido el interés.

—La cuestión es que Alan podría tener que viajar por negocios.

—¿Alan? —Y fingí que Sonny había vomitado encima de mi vestido y que la llamaría más tarde, cuando tuviera tiempo.

*

—Oh, mamá. —Yo yacía estirada bajo su ciruelo mientras ella se sentaba con Sonny, presentándole a su pez—. No tengo a nadie con quien ir.

—¿Qué me dices de Kate? ¿O Natasha?

—Sí.

Pero ninguna de las dos tenía vacaciones durante los meses próximos y yo debía ir ya.

—Te acompañaría yo —dijo mientras le ahuecaba el pelo a Sonny y se lo ponía de punta—, pero primero tengo que ir a una conferencia sobre websites y luego me quedará pendiente una montaña de trabajo.

—Tengo tanta mala suerte —dije malhumorada, mirando hacia las ramas pegajosas del árbol—. A lo mejor iré sola.

—Deberías —me dijo—, te hará bien. —Y me devolvió a Sonny.

*

Cuando me despedí del agente de viajes temblaba de emoción. Había utilizado uno de los cheques de Mike para comprar el billete. Ida y vuelta a los cuatro días para Berlín y un billete de precio reducido para Sonny. Me hubiera gustado ir más tiempo. «Si estuviera sola», me dije, pero sabía que si hubiera estado sola no habría tenido el valor de ir.

Esa noche envié mi pasaporte para que incluyeran al niño. Escribí «Urgente» en el sobre y en la carta explicaba que me iba dentro de diez días. Bailé por la habitación con los billetes en la mano,

preguntándome a quién se lo podía contar. Sonny estaba harto de oír hablar del tema. Tumbado boca arriba, con las piernas levantadas, se contemplaba asombrado los dedos de los pies. Y entonces pensé que lo mejor sería que llamara a John.

—¿Señor Godber? Hola, soy yo, Sarah Linder.

—Ah, sí —pareció distante, como si acabara de acordarse de quién era.

—He decidido ir, definitivamente. Dentro de dos semanas. A Gaglow. —Sólo entonces me detuve a preguntar si había llamado en mal momento.

—Es mi esposa —titubeó—. Elisabeth. No se encuentra bien.

—Lo siento —sostuve el teléfono con fuerza pegado a la oreja, buscando desesperadamente las palabras—. Lamento mucho haberle molestado.

—No pasa nada —sonaba vago, como si todas sus fuerzas se las hubiera consumido la preocupación.

—Le llamaré en otro momento —oí que palpaba a tientas para colgar el teléfono.

Me senté con la cabeza entre las manos.

«No estoy obligada a ir —me dije—. No estoy obligada a ir.» Pero de algún modo sentía que sí que tenía que hacerlo.

CAPÍTULO XIX

EVA Y MARTHA coincidían en que alguien tenía que obligar al káiser Guillermo a poner fin a la guerra. Pero Bina se mostraba inflexible, insistiendo en que todos los hombres que quedaran con vida fueran llamados a filas para forzar una gran batalla final.

—Creía que tú deseabas que hubiera una revolución —le dijo Eva para provocarla—. Es lo que hubiera querido Schu-Schu.

—Una revolución —Martha se sonrojó asustada y recordó cómo habían obligado por la fuerza a bajarse del tren a un grupo de oficiales que regresaba al frente, y los habían hecho volver a casa— Los soldados los amenazaron con granadas de mano —dijo mordiéndose el labio. Y se preguntó si de verdad podría ser cierto que el emperador de Austria había huido llevándose consigo la corona de joyas y seguido de dieciocho autobuses llenos de muebles.

—Es cierto, es cierto —Eva se levantó—, lo he oído por la calle. —Y entonces, recordando otras cosas que también había oído, volvió a sentarse— Hay gente que asalta las grandes casas —susurró—, las asalta buscando comida. Algunas familias se escapan a escondidas por la noche, llevándose todo lo que pueden cargar. —De repente le vino a la cabeza la imagen de las Samson sosteniendo entre las dos un cajón lleno de panecillos blancos blandos.

—Bueno, no encontrarán nada en Gaglow —dijo Martha con tristeza,

—No, no encontrarán nada, ni siquiera hielo. —Y Eva se preguntó cómo se escaparía Manu si llegaba a esconderse, como Gruber, en el sótano de la casa del hielo.

*

Fue Dolfi la que trajo la noticia.

«¡El káiser ha abdicado!» Tenía la cara enrojecida y brillante y la alegría se le desbordaba por la boca.

A Marianna se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Wolf se puso en pie de un salto y abrió la ventana. Se asomó a la calle y observó el torrente de personas que marchaba sin parar, las cabezas doradas y descubiertas de las muchachas se agitaban al sol. Los soldados llevaban largas banderas rojas, y bajo el luminoso sol de noviembre los niños jugaban, gritando al lado de la multitud. Wolf miró rápidamente a sus hijas y, tras acariciar la mano de su esposa para que lo supiera, se marchó.

«Wolf», le llamó Marianna, pero la puerta principal se había

cerrado de golpe, y todas corrieron a asomarse a las ventanas intentando encontrarlo en la multitud.

Wolf marchaba, ligero de pies, con la revolución. Allí no se derramaban lágrimas por el káiser, la emperatriz ni sus seis hijos sobrevivientes. Camiones atestados de soldados que daban vítores, tocaban la bocina, y los marineros, ondeando banderas, animaban a la gente con canciones.

Los hombres jóvenes de los camiones, muchos tan jóvenes que no podían haber tenido mucha experiencia bélica, buscaban oficiales entre la multitud, les ordenaban que se arrancaran las insignias y, si se negaban, disfrutaban de lo lindo arrancándoselas ellos mismos y lanzaban los galones al aire como trofeos para que los recogieran los niños.

Wolf se vio arrastrado por el Linden hasta Pariser Platz. La Puerta de Brandemburgo era un hervidero de gente, pequeñas figuras negras colgaban de su fachada, y mientras se encontraba allí, estirando el cuello, se izó una larga bandera roja, desplegándose desde el centro del arco. La tarde había pasado y en la fría semioscuridad del crepúsculo la multitud empezó a inflamarse. Las mujeres pálidas con chales gritaban y los hombres levantaban los puños y los agitaban hacia el palacio. El automóvil de la emperatriz se abrió paso quejumbroso desde el Schloss y un gran rugido de alegría se elevó de la multitud. Wolf se vio empujado hacia delante y hacia atrás y de repente se encontró aplastado contra el pecho de una tendera, que todavía llevaba puesta la bata y olía a manzanas.

«Discúlpeme. Lo siento mucho.»

Hizo cuanto pudo por retroceder un paso, pero entonces cruzó por delante un camión cargado de prisioneros rusos, hombres incrédulos y dubitativos ante su inesperada libertad, todos con una escarapela roja, como una pequeña mancha de sangre, sobre un ojo. En el caos, la tendera fue empujada hacia un lado y Wolf casi se vio arrastrado debajo de las ruedas del camión.

*

Dolfi se pasó toda la tarde entrando y saliendo con nuevas noticias.

«Han asaltado el palacio real —le contó a Marianna— y se están llevando toda la cubertería de plata.» En ese momento oyeron el estruendo de unas bocinas que, hasta ese día, siempre les había hecho esperar la aparición del automóvil del káiser. Las cuatro mujeres se sobresaltaron y Dolfi tuvo que contenerse para no volver a salir corriendo a la calle.

Había oscurecido y Wolf todavía no había vuelto a casa. Marianna insistió en que se sentaran a cenar temprano y luego, como si no hubiera nada menos que una revolución al otro lado de la puerta, les mandó que se fueran a la cama. En su actitud había una firmeza que hacía difícil discutir con ella, así que las tres chicas se retiraron a la pequeña habitación trasera, donde se sentaron en fila y escucharon los ruidos amortiguados de la noche, interrumpidos por gritos y algunos disparos aislados.

Marianna seguía levantada esperando a Wolf cuando una descarga de fuego de ametralladora estalló sobre su cabeza. Se había quedado adormilada, imaginándose a su marido con su sombrero negro blando, que se movía entre la marea de la multitud, cuando la potencia de la explosión, que repercutió por todo el edificio y retumbó como el eco en un pozo, la puso en pie de golpe. Dolfi apareció en la puerta, tenía la cara lívida, se tapaba las orejas con las manos, y le gritó a Marianna que se agachara. Entonces entró precipitadamente Eva y tiró a su madre al suelo. Se acurrucaron juntas en la oscuridad, cogiéndose las manos con fuerza. La habitación se había llenado de humo, los vapores de las armas se filtraban entre los ladrillos. Eva empezó a arrastrarse hacia la ventana.

—Eva —le gritó Marianna—, vuelve aquí.

Pero Eva puso los dedos sobre el alféizar y levantó el cuerpo. Pudo ver pequeños grupos de soldados, aferrando sus banderas rojas, y alguna figura esporádica que corría por la calle, buscando la protección de una casa.

—¿Ves a papá? —le preguntó Martha, que se estremecía junto a Bina al lado de la puerta, pero cuando Eva se asomó, una nueva ráfaga la empujó hacia dentro y levantó una espiral de polvo del techo. Se quedó tumbada, esperando a que acabara el ruido, aguzando el oído para captar la rápida respiración de las demás al otro lado de la habitación. El polvo había cubierto de blanco la alfombra que tenía bajo las manos y el cañoneo seguía sin parar. Se preguntó si sería posible dormir de aquel modo, conciliar el sueño en medio de ese gran estruendo, y entonces, cuando le parecía que ya no podía soportarlo más, las ametralladoras callaron.

—Dolfi, ¿quieres preparar un poco de café para todas? —Marianna se levantó grácilmente del suelo, pero Eva, con los oídos ensordecidos, no pudo ponerse en pie.

—Manu —sollozó—, Manu.

Dominada por la sensación de que las cosas nunca se arreglarían, empezó a llorar con tanta fuerza y tan alto que no oyó los gritos en la calle ni cómo llamaban violentamente a la puerta.

*

Marianna contempló el cuerpo de su marido, yaciendo donde lo habían dejado los soldados, estirado sobre su cama. No le habían disparado, no estaba acribillado por los perdigones de una ametralladora tal como ella había temido, sencillamente la multitud le había aplastado, arrancándole la vida. Tenía los ojos cerrados, había perdido las gafas y la profunda arruga que recorría serpenteante su frente se había suavizado, dándole un aspecto tranquilo. Dos revolucionarios, educados y amables, lo habían encontrado en la plaza, tirado fláccido contra una pared. Se quitaron los gorros de soldado ante frau Belgard y se miraron con tristeza las puntas de los pies.

—Lo atraparon en medio del tumulto, pobre viejo —dijo uno ruborizándose y mirando a su alrededor para comprobar que no había hablado cuando no le correspondía. Había huellas de pisadas por la lana fina del traje de Wolf, que tenía la boca abierta, como si quisiera respirar por última vez. Bina y Martha, con las manos sobre la boca, miraban a su madre, mientras ella con un cortés gesto de la cabeza les indicaba la salida a los revolucionarios.

—No sé cómo agradecérselo. —Les estrechó la mano y un leve temblor recorrió su rostro lívido.

*

La revolución duró tres días más, pero Marianna apenas si se dio cuenta. Oyó las armas que disparaban debajo de su propia ventana como si estuvieran muy lejos y también le llegaron los ecos de los combates alrededor del Reichstag. Vino su vieja tía Cornelia, agitando la sombrilla negra a su lado, llena de rabia por el armisticio;

—Es mejor que el querido Wolfgang ya no esté —bajó la voz—, dondequiera que se encuentre ahora. —Y la comisura de los labios se torció hacia abajo—. Otro largo invierno comiendo tubérculos, sin carne, ni sal, ni salsa. —Se sentó enfrente de Marianna y se sonó ruidosamente la nariz. Le contó que una mujer joven de su calle había encendido el gas para matarse ella y a su hijito y no tener que afrontar otro invierno con el bloqueo vigente—. Habrá venganzas, eso es lo peor de todo, habrá alguna terrible venganza.

Marianna deseaba que se fuera. Le ofreció una taza de té, hecho de zanahoria, y asintió y suspiró mientras la anciana se animaba a sí misma con la charla. La tía Cornelia recordaba a Marianna de niña, la belleza de sus vestidos confeccionados a mano, terciopelo marrón sobre crema, y también el día de su magnífica boda.

—Ostras y caviar —se relamió—, y, antes de los helados, ganso asado con patatas nuevas.

Marianna le sonrió levemente.

—¡Ensalada de pepino en febrero! ¡Menuda sensación! —Y la vieja tía Cornelia levantó la mirada al techo.

Marianna y Wolf se habían casado en los salones de la Sociedad de Amigos, en el número 9 de Potsdamer Strasse. Habían invitado a casi un centenar de personas, y muchos vinieron de fuera de la ciudad. Marianna se vio a sí misma, vestida para la boda y corriendo hacia donde se habían congregado los niños del barrio a admirar su carruaje nupcial. Iba coronada, con velo, apenas si podía contener la emoción, y entonces, en el asiento del carruaje vio una carta. Un sobre de color blanco inmaculado que iba dirigido a ella. Jadeó, buscó a su alrededor alguien que pudiera haberlo dejado allí, un chantajista o una amante rechazada, y, llena de pánico, lo metió sin abrirlo en su monedero. Pero durante toda la ceremonia, el recuerdo del sobre le estuvo zumbando en las orejas. En cuanto acabó, corrió a abrirlo.

—Era la felicitación del portero de nuestra casa —le contó a la tía Cornelia, e incluso en ese momento el alivio que sintió hizo que le entraran ganas de llorar.

—No pasa nada, querida niña —la tía Cornelia le acarició la cabeza y Marianna, rindiéndose finalmente, sollozó sobre la tela húmeda del envejecido hombro.

*

Una mañana a Marianna le despertó el sonido turbio de una conversación. Oía una cháchara difusa que fluía como un torrente, y saliendo lentamente de sus sueños reconoció el tono zigzagueante de Eva. Se volvió hacia la ventana suponiendo que debía de ser poco después del alba. Había una luz mortecina y fría y la calle estaba en silencio. En una repentina reacción de pánico se puso en pie de un salto, se echó un abrigo encima y corrió al vestíbulo.

«¿Eva?» La voz que charlaba se había callado. Marianna empezó a dudar de sí misma, volvió a la habitación y comprobó que la cama de su hija estaba vacía. «Eva», llamó ahora con más severidad, sin saber dónde buscarla a continuación, y recorrió el piso, entrecerrando los ojos ante el cristal de colores de la puerta principal para ver si podía vislumbrar su pequeña silueta al otro lado. Entonces oyó unas risas cortas y atropelladas, y de detrás de los paneles le llegó el inconfundible jadeo profundo de Eva al darse cuenta de que la habían descubierto.

Marianna abrió la puerta del armario secador y, para su sorpresa, vio dos caras que la miraban, las caras sobresaltadas de unos niños de ojos oscuros que abrían culpables las bocas. Y allí, sentado al lado de Eva, con las manos retorcidas sobre el regazo, estaba su hijo.

Emanuel se sentaba sitiado en el sofá. Se hundía entre los cojines, aturdido y cada vez más encogido ante la implacable y apasionada inspección a la que le sometía su familia. Dolfi sirvió café, derramando gotitas sobre la bandeja mientras lo miraba incrédula.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Bina.

—¿Por qué no nos avisaste? —Marianna se inclinó sobre su hombro.

—¿Quieres comer algo? —le apremió Martha.

Emanuel se esforzaba por recuperar su desenvoltura y tranquilidad habituales.

—¿Dónde está papá? —preguntó sonriéndoles a todas.

Bina y Martha, que le cogían las manos, levantaron la mirada hacia su madre mientras ella explicaba vacilante que lo habían perdido el último día de la guerra.

Emanuel se retiró a su cama. Pensaba en su medalla de oro, que se la habían robado con los calcetines, en las letras del nombre de su padre que sobresalían en una curva en el dorso. «Belgard e Hijo», musitó en su almohada, y se obligó a dejarse caer en el largo y oscuro túnel del sueño.

Cuando se despertó, sus hermanas se cernían a su alrededor. No parecieron nada dispuestas a marcharse, le cantaron canciones en voz baja, le tiraron de la almohada y le metieron los dedos de los pies debajo de la colcha hasta que no le quedó más remedio que pensar en levantarse sencillamente para librarse de ellas. Cada vez que quería ver a Emanuel, Marianna tenía que abrirse paso por la habitación entre sus hijas: Bina, con su bandeja de medicinas sacadas a hurtadillas del hospital, cuencos de agua fría y tela cortada en jirones; Martha, que le leía sentada mitos antiguos —tenebrosas historias de los bajos fondos y el milagro del nacimiento de Zaratustra—; y Eva, que, sentada de lado en la silla de respaldo alto de su hermano, iba dejando caer palabras diminutas en código en el papel secante de su escritorio.

Marianna recurrió a visitarle por la noche. Se subía la manga hasta taparse la palma de la mano para amortiguar el ruido al abrir la puerta y entraba andando cuidadosamente sobre el suelo que crujía. Emanuel yacía, igual que en su infancia, con una mano doblada por encima de la cabeza, y ella tenía que contenerse para no acostarse a su lado mientras dormía. Sus párpados, que antes habían sido un arco de azul blanquecino, estaban atravesados de venas púrpuras, y Marianna contemplaba el fugaz parpadeo de sus pensamientos moviéndose adelante y atrás bajo su piel. Se estaba formando una arruga bifurcada entre sus cejas, que se mantenía fruncida incluso cuando dormía, y al verla le entraban ganas de llamar a Wolf, para mirarse el uno al otro y

recrearse en el parecido. Cuando se inclinó para acercarse, atenta a su respiración, su pie topó con una hoja de papel. Se inclinó instintivamente para examinarlo y en ese momento Emanuel se revolvió, amenazando con despertarse. Con un súbito ataque de pánico, recogió el montón de páginas esparcidas por el suelo, retrocedió con ellas en la mano y salió de la habitación.

*

Emanuel no se aventuró a salir hasta pasado Año Nuevo. Se envolvió en el viejo abrigo de Wolf y, arrastrando una pierna, se dirigió cojeando al Tiergarten. Eva lo siguió. Se había ofrecido a acompañarle, pero Emanuel no pareció escucharla y por eso, a una distancia prudencial, se deslizó tras él. De vez en cuando, Emanuel se detenía e intercambiaba saludos con algún conocido que pasaba por la calle y entonces, por un instante, el antiguo encanto, la curva de sus hombros y su sonrisa volvían a hacerle ser el de siempre. Eva le observaba ladear la cabeza y veía el brillo de su mirada, pero en cuanto se alejaba el conocido, la sonrisa desaparecía de su rostro y sus hombros se encorvaban más y con mayor desesperación que antes. Eva arrastraba lentamente los pies para no adelantarle e intentaba pensar en nuevas formas de animarle que todavía no hubiera probado.

Desde Navidades, Bina había sido ascendida a enfermera de plantilla en el hospital. Ya no hervía los instrumentos, lavaba a los pacientes de arriba abajo ni alimentaba con cuchara a los más maltrechos, sino que apretaba gasas en las heridas con dedos firmes y colocaba nuevos vendajes con pericia. Respondía preguntas y garabateaba notas en los expedientes de hombres que, ahora que había terminado la guerra, no siempre iban a volver a casa.

Martha estudiaba clásicas en la universidad. Durante la primera semana se había hecho amiga de otra chica, que era la única alumna de un curso de sánscrito. Las dos chicas, encantadas de haberse conocido, divagaban por sus mundos antiguos, cogidas del brazo, paseando por toda la ciudad.

Eva no tenía más planes que los que había hecho con Emanuel. «Querido Manu —pensaba mientras seguía a su hermano—, ¿a qué estamos esperando?» Pero se distrajo al ver que Emanuel se había detenido a hablar con alguien. Había estirado la pierna coja y se inclinaba hacia delante, escuchando, mientras la mujer, con los hombros cubiertos con un chal marrón oscuro, parecía contarle algo. Eva sólo podía ver la forma oscura del abrigo de la desconocida, remendado y salpicado de barro, y concluyó que debía de tratarse de una de las muchas viudas que lo abordaban para preguntarle detalles de los hombres desaparecidos, retazos de noticias que ya habían oído.

Eva observó cómo, con un repentino gesto de ternura, él le cogió las dos manos enguantadas entre las suyas. Entonces ella se dio la vuelta y se fue muy despacio por donde había venido.

*

Marianna colocó las páginas de Emanuel en orden. «Simplemente estoy intentando ayudarle», se dijo recordando el montón de poemas infantiles de sus hijos que había guardado durante años bajo su cama, y se fijó en que los recuerdos de Emanuel estaban escritos en el dorso de cartas. Eran cartas de Eva, llenas de ensueños y planes misteriosos, y le hizo dudar sobre qué leer primero.

«Mi queridísimo Manu —las palabras de Eva estaban escritas con un cuidado exquisito—. Por supuesto que debes descansar, no pensemos siquiera en ir a ningún sitio hasta pasado el invierno. Ni tan siquiera volveré a mencionarlo, pero me preguntaba si, en todos tus viajes, habrías llegado a ver algún lugar que te pareciera sin duda alguna más hermoso que Gaglow.»

Marianna le daba la vuelta a las páginas adelante y atrás, fijándose en que la letra de Emanuel había perdido las líneas lánguidas, las curvas inclinadas e infantiles. Las páginas, aunque reconociblemente escritas por él, estaban llenas de una letra apretada y diminuta, que subía y se atascaba en una esquina. Marianna leyó palabras sueltas aquí y allá, y entonces, al azar, empezó a leer.

Los fuertes y cálidos vientos que barrían la estepa hacían que resultara insoportable permanecer al aire libre durante mucho tiempo y, tras interminables súplicas y negociaciones, por fin se nos ha concedido permiso para ir a nadar. Cincuenta prisioneros fueron llevados por un sendero polvoriento hacia el río. La visión del agua verde y tranquila, que apareció ante nuestra vista tras una empinada curva del sendero, fue tan estimulante que hasta los hombres que no sabían nadar se dispusieron a sumergirse completamente vestidos. Pero bajo la superficie del río se agitaban peligrosas corrientes, que amenazaban con arrastrarnos al fondo, y hasta los nadadores más fuertes se vieron obligados a retroceder a gatas sobre la orilla para recuperar el aliento. El río era muy profundo, el fondo caía en vertical casi desde la orilla, así que nos metimos en grupos, avisándonos entre nosotros y mandando a algunos para que ayudaran a los que tenían problemas. Pese a todo, en la tercera excursión, cuando ya estábamos a punto de volver, vimos que una pila de ropa permanecía en el suelo sin que nadie la reclamara. Había desaparecido un teniente alemán. Nuestros guardias, en lugar de mostrar compasión, se pusieron muy nerviosos, convencidos de que se trataba de una tentativa de fuga; e

incluso dos semanas después, cuando las aguas devolvieron el cadáver del teniente tan devorado por los gusanos que sólo se le pudo identificar por los dientes de oro, se siguieron negando a dejarnos ir a nadar.

Marianna estaba estirada, despierta, pensando en el recodo calmo y verde del río, como cristal liso en una playa, e intentó quitarse de la cabeza la imagen del teniente con las orejas mordisqueadas hasta quedar hechas jirones. ¿Le habían quitado los dientes de oro y se los habían enviado a su madre? Estuvo dando vueltas y retorciéndose en la cama hasta la mañana.

La noche siguiente leyó un poco más.

Los días insoportablemente largos, la monotonía y la claustrofobia, la espantosa inquietud en las salas, el aire insano de los barracones y las largas noches, cuando se oye ir y venir a los hombres, los ronquidos, y con mucha frecuencia los terroríficos gritos escalofriantes de un camarada que se retuerce en un sueño, tienen un efecto lentamente perturbador. Con el tiempo, todas estas cosas acumuladas te roban las fuerzas, la salud y la presencia de ánimo hasta el punto de que la depresión llega a extremos que algunos aprietan los puños en gesto de rabia incontenible y se preguntan si tiene algún sentido vivir una existencia como ésta. Incluso aunque las condiciones exteriores fueran algo mejores, cada día seguiría siendo un castigo y cada mes un tormento más. Para un hombre que no haya pasado cierto tiempo entre prisioneros es difícil darse cuenta de lo infeliz que se siente uno cuando sale de los sofocantes barracones y ve a su alrededor la alta y odiada valla.

Marianna empezó a hacerse una copia, reproduciendo cada página tal como él la había escrito, de modo que cuando tenía que devolver la historia a su sitio bajo la cama de su hijo no la perdía del todo. Se sentaba hasta bien entrada la noche, amontonando su propia pila ordenada de gruesas hojas grises de papel. Copió el relato de su apresamiento, el largo y lento viaje hacia el este, y las descripciones de hospitales y campos de interna— miento, de médicos, soldados y guardias que había conocido a lo largo de los años. Comprobó que de vez en cuando había recibido el dinero que ella le había enviado, un dinero que había utilizado para insignificantes conspiraciones y planes, y Marianna besó aquellas páginas que representaban la supervivencia de Emanuel.

Alrededor de un centenar de nosotros atestábamos un pañol y, aunque al principio el calor era agradable, pronto nos obligó a salir a

la cubierta, donde el placer de contemplar un cielo nocturno estrellado compensó el frío y lo duro que estaba el suelo. Formamos un corro y cantamos mientras avanzábamos Volga abajo, navegando a través de un paisaje cambiante, que a veces era agreste, de rocas altas, y al momento se extendía plácido lleno de campos de frutales, de cereales y bosques de abedules. Los rusos, muchos de los cuales eran refugiados, nos escuchaban pacíficamente, y me sorprendí de lo extrañamente hermosas que sonaban las canciones alemanas tan lejos de casa. El vapor se detenía casi todos los días junto a un puente, rebosante de comerciantes, y todos aprovechábamos la oportunidad para abastecernos de las provisiones necesarias, pues los precios a bordo eran muy altos. Desgraciadamente, tras una semana de navegación, llegamos al nudo ferroviario de Samara, donde se nos metió a una treintena de alemanes con seis prisioneros rusos en un inmundo vagón de ganado. A medida que avanzábamos hacia el este, más ruinoso y desorganizado se volvía todo: nuestro tren incluso chocó con otro, y en un momento dado llegamos a perder un vagón y tuvimos que volver a buscarlo. Al cabo de poco tiempo, desde las puertas abiertas del tren vimos los Urales alzándose a nuestro alrededor. En ese momento me convencí de que estábamos destinados a pasarnos lo que quedara de la guerra trabajando en sus minas, pero atravesamos las montañas y pasamos de la Rusia europea a Asia, algo que vi señalado en letras blancas en un hito. La gente parecía aquí más amistosa y la comida que vendían en las estaciones estaba, para nuestra indescriptible alegría, al menos a mitad de precio.

Nos las arreglábamos para pasar los días de un modo tolerable, en cuclillas alrededor de una diminuta estufa, jugando a cartas y cantando mientras mirábamos pasar el campo. Tras varias semanas de viaje en trenes desvencijados llegamos finalmente a nuestro destino. Si hubiera entrado en Nova Nikolaiesk un poco antes de lo que lo hice, es muy probable que hubiera sido aniquilado por una epidemia de tifus que había estado causando estragos en la zona desde el invierno anterior. Miles y miles de prisioneros, alojados en campos mugrientos y llenos de piojos, murieron en pocas semanas, y sus cadáveres eran arrojados a un depósito improvisado. Llevados por la avaricia, los habitantes locales se acercaban a hurtadillas por la noche y les quitaban la ropa, de modo que, evidentemente, el tifus se propagó a la ciudad y resultó todavía más difícil controlarlo. Corría el rumor de que un prisionero, al que se suponía muerto, fue arrojado al depósito, y reapareció para presentar una queja oficial porque le habían robado los pantalones. Pero al día siguiente también había muerto. No se llevaban listas y, de diez mil prisioneros, se dice que ocho mil murieron en pocas semanas. No creo que sus familias lleguen a saber jamás lo que les ha sucedido.

*

Eva tenía un plan para celebrar su decimosexto cumpleaños. Un circo estaba volviendo a abrir sus puertas cerca del edificio de la Bolsa y esperaba que toda la familia fuera con ella. Cuando lo mencionó, Bina frunció el ceño y dijo que sería indecoroso asistir a un espectáculo cuando hacía tan poco que había muerto papá. Martha le dio la razón.

«Según parece —dijo—, sólo han sobrevivido tres elefantes de la manada a las restricciones de comida de la guerra.» Pero Eva no iba a permitir que la desanimaran. La noche de la reapertura fue a mirar la inmensa tienda. Una banda de música resonaba dentro, y la gente llegaba en un torrente continuo: marineros, chicas y chicos jóvenes, ancianas, todos abriéndose paso como podían. El aire estaba lleno de voces de niños parloteando como pajarillos, algunos elegantes, limpios y vigilados, y otros, descalzos y harapientos, que se arrastraban bajo las paredes de lona para colarse sin pagar. A través de la cortina abierta de la puerta, Eva vislumbró la pista. Un círculo dorado de arena iluminado desde arriba con arcos de luz. Se estiró, miró al público que entraba y juró que encontraría el dinero como fuera. Si nadie más quería ir, invitaría a Emanuel como regalo de cumpleaños. Y entonces los címbalos de la orquesta empezaron a sonar, dando ruidoso inicio al espectáculo. Un estruendo se elevó desde las gradas cuando la multitud, ansiosa por divertirse, se adelantó en sus asientos. Antes de que la puerta de tela de la tienda se cerrara ajustadamente, Eva pudo atisbar a un payaso que saltaba por el aire, con una melena naranja acabada en punta.

Eva regresó andando despacio a casa. Cruzó el puente Friedrichs y se encaminó hacia el Linden. Entonces, dos personas que venían cogidas del brazo riéndose, surgieron precipitadamente de una calle lateral y la tiraron al suelo. La mujer era grande y ruda y, sin darle a su compañero un momento de respiro para que recuperara el aliento, le empujó a toda prisa, gritándole que se iban a perder lo mejor del espectáculo.

«¿Emanuel?» Eva se puso en pie con dificultades. Estaba convencida de que había visto la pierna tullida de su hermano, pero la pareja ya había desaparecido por el puente, riéndose y aferrando sus abrigos abiertos y ondulantes. Eva, con la nariz escocida por el golpe, se quedó paralizada en la calle. Había dudado demasiado tiempo, pero decidió correr tras ellos hacia la elevada cúpula de la tienda.

«¡Esperad! ¡Esperadme!» Le llevaban mucha ventaja, y aunque su hermano corría tambaleándose, el fuerte brazo de su acompañante lo mantenía erguido y tiraba de él.

Llegó a tiempo para verlos desaparecer en la tienda del circo, fueron los últimos rezagados que entraron. Eva pudo vislumbrar un gajo de pista a oscuras y percibió un suspiro ondulante de suspense mientras el público esperaba, conteniendo la respiración. Manu debía de haber comprado las entradas antes, pensó, y se sintió inundada por una oleada de rencor hacia su repugnante y risueña amiga, aquella mujer que parecía tan ancha como una casa con su ropa vieja y los pies calzados en grandes botas negras. Pensó en esperar a que salieran y abordarlos cuando volvieran a cruzar el puente, pero ya había oscurecido, hacía cada vez más frío y, por lo que sabía, el espectáculo podía alargarse mucho.

*

Le debo la vida y el poder utilizar las piernas a un médico húngaro que trabajaba incansablemente en el campo de prisioneros para hacer que nuestra existencia fuera soportable. Tuve suerte de ir a parar allí y no quedarme en el hospital adónde me habían mandado primero, en el que había un médico tártaro que tenía un ansia incontenible de operar. Rondaba por los pabellones buscando una víctima y cada pocas semanas se daba el gusto de una orgía de amputaciones, cortando, no siempre por necesidad, los brazos y las piernas de hasta cuarenta personas en una sola noche. Estuve en un hospital en Tarkov, en otro en Saratov y, finalmente, con miles de prisioneros más, en un campo en Astrakas, una ciudad famosa por su caviar. Desgraciadamente, a nosotros no nos llegaban tales exquisiteces y sobrevivíamos con té aguado, sopa de pescado y un trozo de pan. La verdadera razón de que hubiera tan poco para comer era que el comandante del campo sólo utilizaba una mínima parte del dinero que tenía asignado para comida. Era de dominio público que, desde el inicio de la guerra, había ahorrado lo bastante para comprarse una casa, un carruaje y un caballo. Muchos de los hombres estaban tan débiles que abandonaban toda esperanza, y si hablabas con ellos respondían sólo con un gruñido monosílabo. El día que llegué, un hombre delgado y mugriento que sólo llevaba puesta la ropa interior realizó un acto de protesta abriéndose una arteria con la navaja de afeitar en los escalones del barracón.

Pero entonces sucedió algo extraordinario. Huyeron dos oficiales y, en un intento de ocultar el error, el comandante del campo decidió trasladar a dos hombres corrientes para que hicieran de relleno. Y yo, un soldado ordinario, fui elegido, y me trasladaron de los barracones donde se apiñaban tres mil hombres tan apretadamente que era imposible dormir en otra posición que no fuera de costado, a una casa a la orilla del Volga donde vivían los oficiales con una comodidad

relativa, con camas y vistas sobre el río.

Marianna se deslizó por el vestíbulo con las ásperas páginas de Emanuel en la mano. Giró el pomo de la puerta y, sabiendo qué tablas del suelo debía esquivar, entró de puntillas en la habitación. Era medianoche pasada, y había copiado el último episodio de su relato, sorprendiéndose de que acabara tan abruptamente, con Emanuel pasando como un ladrón al otro lado de las líneas. Debería haber acabado con un toque de trompeta en su honor por su regreso sano y salvo, y ella había sentido la tentación de añadir una página más en la que él recibía una medalla por su valor. Marianna se inclinó para meter las páginas bajo la cama cuando se dio cuenta de que estaba vacía. Miró fijamente la silueta lisa de la colcha, la almohada sin ahuecar y, repentinamente temerosa de toparse con él entrando, salió rápidamente de la habitación.

*

Durante el desayuno, Eva observó con mirada sombría a su hermano. Era cierto que parecía menos mortecino, que el blanco de sus ojos había perdido algo del tono amarillento; pero las manos le temblaron al llevarse la tostada a los labios. Emanuel se dio cuenta de que lo miraba y esbozó su secreta sonrisa conspirativa.

Cuando salió, Eva lo siguió manteniéndose a una distancia prudencial cuando él se encaminó hacia los cafés recientemente abiertos en los alrededores de Kurfürstendamm. Eva paseó arriba y abajo mientras Emanuel se tomaba una taza de café, seguida de largos vasos de agua. Debía de estar esperando a alguien, pero finalmente se levantó y se fue y, tras una larga y sinuosa caminata, la condujo de vuelta al número 12 de Potsdamer Strasse.

Al llegar a la puerta, ella le llamó fingiendo sorpresa.

—Vaya, hola, Manu —y, dándose cuenta de que no tenía nada más que decirle, le contó que estuviera preparado para el regalo de cumpleaños que había pensado hacerle.

Emanuel se apoyó en la puerta como si pensar en aquello le agotara.

—¿Es que ya han llegado nuestros cumpleaños otra vez? —preguntó, y Eva recordó lo largo que había sido el último año, los meses interminables y las semanas vacías, y se preguntó si no habría querido hacer un chiste.

—No, todavía, no —dijo—, pero, cuando lleguen, ¿dejarás que te invite al circo?

Emanuel levantó las cejas.

—¿El circo? ¿Te parece apropiado?

—La semana que viene —le aseguró—. Iremos juntos y nos

sentaremos en la parte de atrás, muy arriba.

—El circo —repitió él, como si la simple idea le pareciera extraordinaria. Y, agradeciéndoselo, se dio la vuelta y entró.

Eva empezó a dudar sobre si el hombre a quien había visto corriendo tan vigoroso y a toda prisa por el puente Friedrichs había sido su hermano. Tendría que observarle con mucha atención para comprobar si sus reacciones ante los payasos eran nuevas y si se sorprendía al ver los tres elefantes. Entró a hurtadillas en su propia habitación y abrió su caja de tesoros. Hacía mucho tiempo que no había añadido nada y se habían acumulado pequeños montoncitos de polvo en los goznes de fieltro verde. La madera parecía arañada y sin brillo; escupió sobre la flor incrustada y frotó el nácar hasta que recuperó algo de vida. Dentro, la fotografía se había enrollado sobre sí misma. Tuvo que doblar los márgenes hacia atrás para conseguir ver bien los ojos de fräulein Schulze, que miraban fijos hacia delante, rodeados de luz. Flores secas colgaban juntas de sus frágiles fibras, y su dedal, que había estado bañado en plata, se había transformado en una tacita de estaño. Volcó el contenido sobre el suelo, retuvo con la mano pequeñas cuentas que amenazaban con perderse rodando y recogió tallos cortados de rosas. Eva miró consternada todo aquello. Había llegado a convencerse de que si podía reunir el coraje para separarse de alguna de sus cosas no tendría ningún problema en reunir el dinero para dos entradas del circo, pero ahora, mientras hacía rodar la canica perdida del *solitaire* por la palma de la mano, se dio cuenta de que allí no había nada de valor. Con las puntas de los dedos acarició el fieltro verde de la tapa y la volvió a cerrar. Entonces se le ocurrió que tenía otra caja. La que habían empezado a llenar cuando nació, que permanecía a buen recaudo en la caja fuerte. «La guardaremos aquí para ti —había dicho papá— hasta que la necesites.» Y el oro para celebrar su séptimo cumpleaños, que había traído su tío Dagebert desde Hamburgo, lo habían metido allí con todo lo demás. Eva corrió a buscar a su madre.

Marianna abrió la puerta del armario secador y, tras subirse a un taburete para ver mejor, abrió la caja fuerte. En la caja de Eva quedaba una única moneda de oro. La había puesto allí el padre de Wolf la semana antes de morir y Marianna vaciló. La caja de Bina estaba vacía, pero en la de Martha quedaba todavía un pequeño surtido de monedas. Cogió una de estas últimas y cerró rápidamente la puerta.

Eva le dio la vuelta en la mano. Era densa y pesada, y se calentó tan rápido que tuvo que contenerse para no llevársela a la lengua como si fuera chocolate.

«Gracias, mamá»—dijo y por un momento sintió tentaciones de invitarla al circo a ella también.

*

Marianna amontonó sus páginas pulcramente escritas y las ató con una cuerda. La visión de aquellas últimas monedas le había dado una idea y, mientras cruzaba la plaza, se preguntó cuánto costaría imprimir los recuerdos de Emanuel en un libro. Podría hacer una edición limitada de cincuenta ejemplares, encuadernada en cuero con un hilo de oro, y en la primera página un retrato del autor. Tendría que utilizar hasta la última de las monedas de sus hijas, pero se lo daría a Emanuel el día de su cumpleaños como regalo de todas.

El impresor se rió cuando le mencionó el cuero y, en su lugar, le sugirió una cubierta de cartón, ofreciéndole elegir entre gris o azul. Marianna escogió un azul claro y le pidió ver el papel. Tocó las hojas sueltas, asintiendo ante el tono claro y las diminutas líneas horizontales.

«Necesitaré los ejemplares pronto», le dijo, y el impresor echó la cabeza a un lado y dijo que eso le costaría un poco más.

Marianna tuvo que buscar rápidamente una fotografía. Encontró una, tomada durante el primer permiso de la guerra, en la que Emanuel aparecía bien afeitado, con su dulce sonrisa apenas insinuada y la cabeza un poco ladeada, apoyada en los dedos extremadamente finos de una mano.

*

Marianna ayudó a Eva a prepararse. Le resultaba un verdadero placer sacudir su chal chino amarillo, cuya seda se había vuelto aterciopelada con el tiempo. Estaba punteada con diminutos y perfectos zurcidos, pero el fleco seguía intacto, largo y tupido, y caía por debajo de la cintura de su hija. Marianna le cepilló el pelo.

—Cien veces —pidió Eva recordando el estricto régimen de Omi Lise, pero Marianna se paró antes de llegar a las veinte y, con un puñado de alfileres, se lo fue recogiendo sobre la cabeza.

—Qué pena —musitó entre los alfileres— que no podamos celebrar un baile para ti. —Pero Eva se limitó a reírse ante el espejo, con la boca abierta, y dijo que prefería ir al circo.

Emanuel se había lustrado los zapatos con betún negro y llevaba el pelo aplastado hacia atrás, pegado a la cabeza. Cogió la mano de Eva, la besó, se la puso bajo el brazo y juntos salieron a la calle veraniega. Era verdad, Emanuel había cambiado. Tenía la cara más rellena, y el chaleco ya no le caía tan suelto sobre el pecho. Eva

adaptó sus pasos rápidos a los de su hermano, sin notar apenas su cojera, y fue contando las miradas admirativas que recibían con los dedos de una mano. Emanuel dejó que ella eligiera los asientos. Eva quería sentarse arriba, muy arriba, y subieron tambaleándose entre los bancos hasta que llegaron cerca del fondo. Acababan de sentarse cuando el primer estruendo de los címbalos interrumpió la sucesión de melodías y con un ruidoso y estremecedor son de clarines se anunció a los payasos. Eva apretó la mano de su hermano y miró a la *troupe* de enanos, con las caras pintadas blancas y sonrientes, y sus enormes zapatos lanzando arena al aire. Se perseguían entre sí con sus piernas cortas, se agarraban y se daban golpes, se cogían y tropezaban, con bromas que se iban haciendo cada vez más violentas a cada vuelta a la pista hasta que la risa de la multitud empezó a mezclarse con gritos y chillidos estridentes. El maestro de ceremonias con su traje brillante levantó las manos y los echó fuera del escenario como si fueran niños. Martha había tenido razón con respecto a los elefantes. Su piel parecía apagada y vieja cuando avanzaban a largos y pausados pasos, con las cabezas bajas, uno detrás de otro, mientras los círculos grises de sus patas marcaban el paso y las rodillas parecían ropa interior tejida que se arrugaba obedientemente a la vez. Incluso cuando sumergieron las trompas y ducharon al forzudo con agua pareció que estuvieran llorando a sus amigos, con el agua deslizándose por los lados planos de la cabeza como si fuera lágrimas. Eva miró a Manu, angustiada por si quería marcharse, pero él estaba inclinado hacia delante en su asiento, con los ojos clavados en el dorado círculo de arena, esperando con los demás a que comenzara el siguiente número.

Los miembros de la orquesta murmuraban algo entre ellos, pellizcando las cuerdas y tensando los arcos, mientras la multitud, inquieta, arrastraba los pies y emitía leves gruñidos de impaciencia. El rumor de que el trapecista se había herido en una caída recorrió la tienda, y Eva se preguntó qué quedaba por salir aparte de los caballos. Unas gotas de desesperación se filtraron en su corazón, y apretó el puño, aferrándose a sus esperanzas e intentando no llorar de desilusión. Entonces un murmullo recorrió la tienda. A lo largo de la fila donde se sentaba, los pies empezaron a golpear la madera y Emanuel, con la cara encendida, golpeó el banco con los nudillos.

Las luces del arco se intensificaron adquiriendo un tono blanco brillante y un hombre con sombrero de copa y frac entró lentamente en la pista. Echó los hombros hacia atrás, ladeó la barbilla, y allí, muy por encima de él, había un alambre tendido. Era un cable plateado, tan cortante y tenso como un sedal, y con un lento redoble de tambores el hombre empezó a subir. Ascendía lentamente, se detuvo a medio camino y los violines sonaron a sus espaldas, instándole a que siguiera adelante. Eva creyó ver que se le hinchaban los hombros al

tomar una última gran bocanada de aire y entonces, con un leve siseo de los tambores más pequeños, se deslizó a la cumbre.

Señaló adelante con el dedo de un pie y dio un paso sobre el alambre. Se hizo un silencio denso por la respiración contenida de los espectadores, y entonces la orquesta empezó a tocar. Tocaba bajo, aumentando de volumen a medida que él avanzaba, hasta que tras un son de clarines el hombre empezó a bailar hacia atrás y hacia delante por el alambre al ritmo de una marcha húngara. Las puntas del frac se agitaban ondulantes, el sombrero de copa daba vueltas, y sus pies, invisibles, se movían cada vez más rápido hasta que empezó a girar a toda velocidad, resplandeciendo en una brillante estela negra. Entonces, con las dos manos, cogió una me— sita y, sosteniéndola por encima de la cabeza, se deslizó con ella por la cuerda. La colocó, balanceándose, en el centro del alambre, al momento llegó con una silla a juego, y luego una pequeña cocina. Los tambores, que tocaban bajo, retumbaron de repente, y desde la pista se le lanzó una sartén al equilibrista. La sartén empezó a chisporrotear sobre la cocina, el hombre se sacó un huevo del bolsillo, lo rompió y lo echó a la sartén, tirando la cáscara sobre la arena del suelo. Rompió otro y aún otro más hasta que los tambores batían en un alegre frenesí, y Eva se quedó boquiabierta al ver que de la sartén con huevos se elevaba una estela de vapor. El equilibrista se ajustó una servilleta en el cuello y entonces, agitando su tortilla en una mano, cogió una botella de champán. El ritmo de los tambores se ralentizó hasta convertirse en un vals, y el hombre se sentó a comer.

Eva esbozó una amplia sonrisa mientras el corazón le latía desenfrenado y enamorado contemplando al mago del alambre que daba cuenta de su comida. Sin prisas, dio un último trago de champán y entonces, levantando su copa, brindó, y toda la tienda estalló en vítores cuando arrojó la cocina, la mesa y la silla al suelo.

Eva se unió al estruendoso aplauso. Le dolía la boca de alegría y se levantó para seguir dando palmas.

—La comida en el alambre —le gritó Emanuel—. Sabía que te gustaría. —Y empezó a vitorearle a medida que descendía girando.

—Lo amo —dijo Eva, y con una rápida inclinación a derecha y a izquierda el comensal abandonó la tienda dando saltos. Eva sintió que le pesaba y ardía el corazón por la añoranza, y, en una nube, se dejó arrastrar hacia la noche, mientras la multitud murmullaba a su alrededor.

—Es incluso mejor que antes de la guerra, cuando Houdini actuó en el Wintergarten —gritó alguien por encima de su cabeza.

—Salió sin ayuda de un depósito de agua cerrado —le respondió gritando una voz indignada—. ¡Nada puede superar eso!

Y Eva susurró para sí que era lo mejor que había en el mundo.

—¿Manu? —Miró a su alrededor buscándole. Él le había soltado la mano, y ella se había quedado tan ensimismada que no lo había visto desaparecer. Por todas partes la gente se apresuraba y avanzaba a empujones, excitada por la nueva sensación de Berlín. Respirando con fuerza, se abrió paso entre la multitud, manteniendo la cabeza alta para ver si vislumbraba a su hermano. Casi había renunciado cuando lo vio al borde de un grupo. Se estaba mirando los pies, y a Eva le sorprendió que no la estuviera buscando.

—Manu. —Empezó a correr hacia él, y entonces una mujer con un abrigo verde claro se adelantó del grupo y le cogió del brazo. La mujer lo hizo girar hacia sí y le rodeó la espalda con sus brazos. Eva vio la cara de la desconocida sobre el hombro de su hermano, sus ojos cerrados, sus amplias mejillas hinchadas que dibujaban una sonrisa y, sintiendo un extraño escalofrío, la reconoció.

—¿Schu-Schu? —jadeó, y los ojos de fräulein Schulze se abrieron y miraron directamente a los suyos. Eva se acercó unos pasos, estremeciéndose de repente de frío y preguntándose por qué, después de todo ese tiempo, no se alegraba de verla. El pelo rojo de Schu-Schu se había oscurecido. Lo llevaba peinado al revés bajo un sombrero de paja, y sus manos, sin los guantes, eran grandes y estaban llenas de manchas.

—¿Emanuel? —Fräulein Schulze hizo que se diera la vuelta para encararla. Él se ruborizó y sonrió débilmente, asintiendo a ambas, pero ella le estaba ordenando con la mirada que hablara.

—Eva —dijo—, Evschen, déjame explicarlo —tragó saliva y balbuceó intentando coger aire. Schu-Schu lo agarró de la mano—. Me gustaría presentarte a mi futura esposa —dijo, y el rostro de la institutriz se iluminó triunfante.

Eva se les aproximó lentamente, extendiendo la mano, y entonces, en el último momento, oscilando y en el lugar que menos hubiera imaginado, vio los pendientes de rubí de su madre. Colgaban ajustados sobre el cuello pecoso, el rojo mortecino de las piedras resaltaba bajo el pelo, y, sin quererlo, apartó la mano. Cuando se dio la vuelta y empezó a correr, sus sandalias repicaron sobre la calle adoquinada y, sin poder quitarse la imagen de la falsa sonrisa de Schu-Schu de la cabeza, no paró de correr hasta que llegó a casa.

CAPÍTULO XX

UNA SEMANA después me devolvieron el pasaporte con el nombre de Sonny y una fecha de nacimiento impresos en el dorso.

—Mi última excusa —le lloriqueé a Pam, pero estaba a punto de salir hacia un hotel cerca de Macclesfield a ver jugar a Alan un torneo de golf para ejecutivos.

—¿Quieres que me pase de camino? —Percibí que se sentía culpable por haber encontrado un hombre nuevo con tal indecente premura y recordé justo a tiempo que tenía que ir a la sesión de masaje del bebé.

—De hecho —le dije—, el hombre que la dirige es bastante atractivo.

—¿La dirige un hombre?

—Es un tipo amable y musculoso con un tatuaje.

Pam no parecía muy convencida.

—Escúchame, en caso de que no pueda hablar contigo antes de que te vayas, pásatelo muy bien.

—Gracias, lo haré. Lo haré —repetí, porque todavía no sabía dónde iba a ir. Me senté y le escribí una nota a John Godber: «Lamento haber llamado en un momento inoportuno y espero que su esposa esté...». Taché la última línea. «Espero que Elisabeth...» No. «Espero que todo...»

Era imposible. Tenía demasiado miedo de que hubiera muerto para enviarle una nota expresando buenos deseos.

«Querido señor...», empecé una vez más sin demasiada confianza, pero en ese mismo momento sonó el teléfono.

—Tienes aquí una carta para ti. —Era mi padre—. ¿La abro?

Le oí desgarrar el sobre antes de que me diera tiempo a responderle.

—Sí que es curioso —hablaba apartado del teléfono—, es de mi primo. —Leyó en voz alta la dirección de Gaglow, las indicaciones para coger el tren y la noticia de que se me esperaba allí dentro de tres días—. ¿Te ha enredado en su trabajo sucio? —Tenía ganas de pelea y hube de tranquilizarle asegurándole que todo había sido idea mía.

—Sólo quería ver la casa antes de que la vendan. —Tenía la excusa preparada—. Y tropecé por casualidad con tu primo...

—Así podrás decirme qué aspecto tiene. —Su voz era casi inaudible y entonces, lenta, cuidadosamente, me advirtió—: Espero que te des cuenta de que es posible que parte de lo que te he contado no sea cierto.

Apreté la oreja contra el teléfono.

—No te preocupes —y sonreí al recordar el escalofrío que me había recorrido cuando me contó la historia de la maldición.

—Bueno —volvió a los detalles de la carta—, puedes alquilar un coche o coger el tren. Por supuesto, yo sólo recuerdo haber ido en el carruaje de mi abuela. Cuatro caballos, o tal vez seis…

—Y un cochero con los puños dorados. —Y los dos empezamos a reírnos—. Papá —de repente me di cuenta de que era verdad que me iba—, ¿por qué no vienes tú también? Piensa sólo en lo fascinante que puede ser, y si no lo es —me aferré a lo primero que se me ocurrió—, siempre puedes hacer esbozos al carboncillo de Sonny mientras duerme.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y mi corazón se ralentizó.

—Me parece que no —dijo amablemente—. Pero hazme saber si necesitas cualquier cosa.

Le aseguré que estaba bien.

—Sólo una cosa —le detuve cuando ya estaba a punto de colgar —: ¿qué le sucedió a Emanuel después de la guerra?

Mi padre suspiró.

—Bueno, después de la guerra escribió un libro, o una especie de tesis, prediciendo cómo la inflación se escaparía a todo control. Su madre intentó que lo publicaran. Lo llevó por todo Berlín, pero nadie mostró el menor interés—dijeron que era una basura; no obstante, Emanuel tuvo la previsión de reunir todos los bienes de la familia y cambiarlos por oro. Y así, claro, mientras los demás se sumían en la desesperación con montones de billetes de banco inútiles, la familia mantuvo su reserva de oro, que demostró ser lo único de valor perdurable.

—Y así, al final, ¿la aceptaron? ¿A su esposa?

—En absoluto. —Me di cuenta de que era la parte que más le gustaba—. La culparon de todo, en especial de haberse llevado lejos a mi tío. Se fueron a vivir a Palestina. Le ofrecieron un empleo como administrador del Barclays Bank. El banco estaba en el Monte de los Olivos. La Rama del Olivo, lo llamaba yo —y se rió en jadeos silenciosos en el teléfono.

—La Rama del Olivo. —Sonreí imaginándomelo de niño, regocijándose en el chiste.

—Mi madre nunca hablaba de él, pero sé que mi abuela acudió a su funeral en Jerusalem —Se detuvo y, casi inaudiblemente, musitó con voz cantarina—: «Vamos a ir a Jerusalén». Es sólo una canción, un juego que solía jugar mi madre conmigo cuando era pequeño. «Vamos a ir a Jerusalén…» —Se apartó del teléfono y pude oír cómo abría las tapas de cajas de papel vacías, buscando comida sin entusiasmo.

—Supongo que perdió la salud en aquellos campos rusos. ¿Por eso murió tan joven? —intenté que volviera al tema.

—Sí —coincidió—, debió de ser eso. —Y prometió que me llamaría en cuanto yo estuviera de vuelta.

*

Había un montón de esteras verdes en un rincón, cogí una y estiré a Sonny.

—¿Qué tal ha estado el pequeño? —Era Martin, el profesor de masaje, de pie ante nosotros, y recordaba que mi bebé era varón. Me ruboricé y me peleé con su mono.

—Estupendamente, muy bien. —Lo abarqué con una rápida mirada de muy cerca. Tenía el pelo corto y oscuro, la cara ancha y, mientras se inclinaba, me fijé en las uñas de los dedos, redondas como lunas. Martin puso una mano sobre la tripa blanca de Sonny.

—Es un chico encantador. —Y se volvió hacia mí con una mirada de aprobación—. Muy relajado. —Era el no va más de los cumplidos, me sentí inundada de una agradable sensación de calidez y me deshice en sonrisas mientras se alejaba por la sala—. Muy bien, empecemos con esas piernas, mano sobre mano, llenas de aceite. —La clase había comenzado. Dediqué toda mi atención a mirar los ojos sorprendidos de Sonny mientras le estiraba, acariciaba y engrasaba las piernas rollizas—. Soltad esas caderas, golpead suavemente los tobillos, un dos tres. —Seguimos con los brazos, dejando que los codos relucieran en nuestras manos y soltando los dedos regordetes.

Sonny estaba tumbado sobre el estómago y estiraba los hombros formando un arco.

—Chico fuerte —asintió Martin al pasar y yo me hinché bajo el sonrosado resplandor del elogio. Pero ninguno de los bebés iba a tolerar mucho más aquella postura, y las madres pronto los movieron y colocaron en toallas suaves mientras se volvían a hablar de vacunas, pezones doloridos y la interminable saga interrumpida de todas las noches.

Cogí a Sonny en brazos y lo llevé hacia donde se encontraba Martin, en el centro de la sala.

—¿Me lo sostienes un momento? —Hice un gesto con la cabeza en dirección al lavabo.

Al mirarme en el espejo mientras me limpiaba el aceite de las manos, vi que tenía la cara enrojecida. «Chiss», e intenté quitarme de la cabeza las ideas descabelladas y nada realistas que se me ocurrían.

Cuando volví, Sonny estaba estirado a lo largo del brazo doblado de Martin, con la barbilla acomodada en sus músculos y el cuerpo repantigado como el de un león sobre una rama. Levantó

cansinamente los ojos hacia los míos y sonrió. Martin no me había visto y seguía recorriendo la sala, acunando amablemente a Sonny de paso, respondiendo las preguntas e inclinándose a dar consejos.

—Ésta es una manera estupenda de coger a tu bebé. —Me vio y sonrió—. Es muy tranquilizador y equilibra el peso.

Extendí los brazos para cogerlo.

—Lo intentaré, pero es demasiado pesado para que yo ***lo*** sostenga así. —Y le mostré a Martin cómo me gustaba cogerlo, apoyado sobre el hombro, con la boca pegada a mi cuello.

—Bueno, haz que venga tu compañero. —Levantó las cejas y yo sonreí sin responder, pero de un modo que esperaba que lo dejara todo bastante claro.

Cuando hube recogido todas las toallas me demoré junto a la puerta.

—No vendré la semana que viene, pero volveré. —Y con Sonny sumiéndose ya en el sueño, miré en su dirección con ojos centelleantes.

*

La mañana siguiente llegó una postal de Mike. Tenía una imagen de un mar de color verde oscuro que se recortaba sobre una playa desigual y cuando la cogí vi que iba dirigida a mí. «Sarah, inesperadamente dispongo *de* una semana libre y coincide con el transbordador. Tengo que veros a los dos. Te llamaré en cuanto llegue. *Por* favor, por favor, no estés ocupada.»

Subí la postal al piso y la coloqué con las demás. Quería escupirle, borrar las letras con bilis, pero en vez de eso me quedé de pie y la leí una y otra vez hasta que las palabras se transformaron en una canción dentro de mi cabeza y tuve que darle la vuelta y dejarla cara a la pared.

Fui y recogí los billetes, alisándolos con las manos. «Por favor, por favor, no estés ocupada.» Pensé en que siempre habíamos llevado el paso cambiado. Carecíamos de ritmo compartido y nuestros sueños estaban poblados de ilusiones frágiles y distintas. Nuestra última pelea había sido por un coche. La última antes de que supiéramos lo del bebé. Había un Citroën aparcado en la calle, un coche de un precioso azul claro con asientos acolchados, cuya larga parte trasera caía sobre la calle como un plato de sopa volcado. Yo lo había observado a menudo cuando arrancaba levantándose del suelo con una espiral de humo, y ese día tenía una pequeña tarjeta. En venta. Me volví directamente hacia Mike.

—Podríamos cruzar América, tener una aventura. Conducir por turnos.

Pero él se limitó a apartarse y dijo que no quería ninguna aventura.

—Además, ya sabes que no sé conducir.

—Podrías aprender. ¿No quieres aprender? —Estaba demasiado excitada para dejarlo en paz.

—Todo lo que quiero es trabajar —dijo. Y de repente se me ocurrió, allí de pie, junto al coche de terciopelo, que podría ser verdad.

—No te atrae lo más mínimo cruzar América conduciendo conmigo, ¿verdad? ¿Ni tampoco te atraerá nunca? —Pequeñas grietas de cristal se estaban abriendo en mi pecho y me resultaba difícil oír lo que me estaba diciendo.

—No —dijo—, no me atrae.

—Entonces ¿qué quieres? —Yo estaba llevando las cosas demasiado lejos. Se le contrajeron los ojos, los dos iris le daban vueltas alarmados, pero en lugar de decir «Nada», extendió la mano, justo a tiempo, y sugirió que fuéramos a comer.

Nos pasamos aquella tarde gélida cogidos de la mano, paseando por Camden Lock. Sus dedos parecían enharinados, las palmas casi sin sangre, pero no iba a ser yo quien le soltara. Dimos vueltas y más vueltas, utilizando los objetos de los tenderetes para ganar tiempo, abriéndonos paso entre la gente, cálidamente unidos durante un instante contra la multitud que empujaba. Sólo hacía falta que cualquiera de los dos dijera una palabra más, pero en cuanto llegamos a casa, Mike se puso delante del televisor, acercándoselo todo lo que pudo, así que yo cogí un libro y subí directamente a la cama. Me dolía el pecho, endurecido por la incertidumbre, y los presagios acumulados durante medio año me asfixiaban como un chal apretado alrededor del cuello. Había apagado la luz cuando entró y los dos nos quedamos estirados sin dormir, uno al lado del otro, con las rodillas dobladas hacia arriba como piquetas de hielo en la sábana.

Cuando me desperté, Mike estaba tumbado rodeándome con el brazo.

«Sarah»—dijo, medio riéndose, e hicimos el amor con los ojos abiertos de par en par por primera vez en meses. «Se ha acabado —pensé—, se ha acabado.» Parecía inútil andarse con cuidado, acatar cualquier norma de convivencia, y en la maraña de la cama pensé acaloradamente que, si estábamos tan distantes con respecto a América, no tenía ningún sentido rebajarse a buscar a tientas, sin que me viera, mi diafragma perdido por el baño.

Una vez más le di la vuelta a la postal. «Por favor, por favor; no estés ocupada.» Y tuve que evocar la sombría mirada que apareció en su rostro cuando le dije que se me había retrasado el periodo.

La carta de John me había dado algo de valor y le llamé para

agradecerle que hubiera organizado lo de Gaglow.

—¿Cómo está su esposa? —pregunté y me dijo que notablemente recuperada—. ¿Señor Godber? —había algo más que quería saber—, ¿podría decirme que le pasó a su tía... a la mujer con la que se casó Emanuel Belgard?

Hizo una pausa y de repente me pregunté cuánto se habría inventado mi padre de lo que me había contado.

—Claro, claro. —Supe que estaba sonriendo—. ¿Schu-Schu? Fue a vivir con mi abuela al morir Emanuel. Seguramente Michael se acuerda. Vivió el resto de su vida en Gaglow acompañando a Omi Marianna; Schu-Schu, una inmensa mujer pelirroja y con grandes pies masculinos.

—Claro —dije como si simplemente me hubiera olvidado—, ya veo.

—Por esa razón las hermanas odiaban ir allí. Por eso nosotros no fuimos nunca.

—Claro —repetí—, muchas gracias.

—Pero, desgraciadamente, no tuvieron hijos.

—No, ninguno, eso lo sabía. —Y nos despedimos.

*

Esa noche, mientras Sonny dormía, me tranquilicé haciendo las maletas. ¿Cuánta ropa distinta podía utilizar un bebé en cuatro días? Sin embargo, metí peleles, trajes de playa, sombreros y camisetas, así como un diminuto par de trajes de baño a rayas.

Revisé mi ropero de arriba abajo, sacando toda la ropa que nunca me ponía. Me la probé, me miré y luego, incapaz de encontrar una razón para querer ponérmela sencillamente por estar fuera, la volví a dejar colgada. Finalmente prepare mis téjanos favoritos, algunos pantalones cortos y sandalias y, para el viaje, mi vestido veraniego de tulipanes.

Esa noche soñé con la casa del hielo. Estaba bañada de una luz dorada, sus columnas se elevaban hacia el cielo y las puntas estriadas flotaban entre las nubes. Abajo, el suelo a mis pies era gélido. Me desperté y me eché una manta encima y, en cuanto me volví a quedar dormida, recuperé el hilo del sueño donde lo había dejado.

Vi a mi bisabuela bebiendo cerveza, fumando, como mi madre, un puro fino, y al momento se me apareció, como la dama anciana y frágil que era, sosteniendo el uniforme de Emanuel delante de su cuello, suplicándole a los soldados nazis que no le arrebataran la casa. «Se entregó en cuerpo y alma a la madre patria», pero su voz se desvaneció, las palabras se transformaron en diminutos aros de humo y los hombres la apartaron para manchar las paredes de la casa del

hielo con pintadas de sus símbolos.

*

Dejé a Sonny balanceándose en su silla y cargué las bolsas hasta la puerta principal. Iban abultadas con pañales, crema solar, libros y ropa, y esperaba que el conductor de mi taxi estuviera dispuesto a ayudarme. Abrí la puerta empujándola con la sillita y, tras subir corriendo a recoger al niño, saqué las bolsas afuera y las dejé sobre el escalón. Sentí los bordes afilados de la carta para Mike, duros contra mi cadera, y, deleitándome por anticipado al imaginarme el matasellos, pensé que esperaría a enviarla desde Heathrow. La había escrito nada más despertarme, sin levantarme de la cama. No se trataba de nada personal, insistía, sólo mala suerte, e incluso en los caracteres muy marcados de las letras de tinta de su nombre, noté lo mucho que habían cambiado mis sentimientos hacia él. En ese momento llegó mi taxi y se subió al bordillo. Oí su motor rugiendo ruidosamente y la puerta se abrió antes de que me diera tiempo de darme la vuelta. Pero no era para mí. Se trataba de un resplandeciente taxi londinense, no el mío, y Mike, con una bolsa pequeña, se bajó.

—Sarah, por amor de Dios. —Rodeada como estaba de mi equipaje, me lanzó una mirada furibunda, pero se dio la vuelta rápidamente y se acercó al conductor para que le devolviera el cambio.

Me senté con Sonny en la pared del sótano y le observé. Vi el nerviosismo de sus manos al meterlas en la cartera; y a continuación el taxi encendió su luz naranja.

—¿Quieres que te suba eso, querida? —preguntó el hombre, y le expliqué que un minitaxi estaba al llegar.

Mike nos examinó a ambos, con la cara arrugada por el cansancio del viaje y la mirada confusa.

—¿Cuánto tiempo tengo?

Le recordé, por si lo había olvidado, que la empresa local de taxis siempre llegaba con retraso. Se hizo un silencio y sentí que me daba un vuelco el corazón.

—Sólo me voy cuatro días. No estaba planeado, quiero decir que... —Furiosa conmigo misma por verme atrapada de nuevo tan rápidamente, señalé la esquina blanca de su carta.

En ese momento llegó mi coche y empecé a arrastrar una bolsa hacia él. Mike cogió la silla y se le abrió en las manos.

—¿Adónde? —preguntó el taxista y, bajando la voz, le dije que fuera rápido al aeropuerto.

Mike mantuvo la puerta abierta para que subiéramos, y entonces, en lugar de cerrarla, metió dentro su propia bolsa, y dio la vuelta al

taxi para entrar por la otra puerta.

—¿Todo bien, hijo? —Se inclinó sobre el bebé, y Sonny le sonrió enseñándole las encías.

El coche tomó una curva con brusquedad.

—Habría traído su silla para vehículos —empecé—, pero ya no podía cargar con nada más. —Mike no me escuchaba. Estaba tarareando y silbando, cantando y sonriendo, mientras Sonny se estiraba para cogerle la barbilla.

—Y así, ¿dónde vamos? ¿A qué terminal? —preguntó el conductor. Me incliné sobre el asiento y le dije que íbamos a Berlín. Se hizo un repentino silencio, y cuando me di la vuelta para explicarlo, vi que Mike había sacado un aro para hacer burbujas y estaba lanzando una andanada rosa y púrpura por el coche—. Tenga cuidado. —El conductor se las apartó y Mike abrió la ventanilla y le dio la vuelta a Sonny para que viera cómo se perdían las burbujas en el aire.

—¿Cómo pensabas arreglártelas? —Mike empujaba nuestro equipaje en una carretilla poco manejable.

—Estoy bien. —E intenté demostrárselo manteniendo los dos juegos de ruedas rodando en la misma dirección—. Te sorprendería lo servicial que es la gente cuando estás sola.

—¿Así que te vas a Alemania para huir de mí?

Estábamos recorriendo los pasillos de la zona de facturación, buscando nuestra cola. Agité el billete ante él.

—Lo compré la semana pasada, mucho antes de que me llegara tu postal.

Mike negó con la cabeza.

—Déjame ver —dijo cogiéndomelos de la mano—, ¿Crees que te los pueden reembolsar? —Antes de que pudiera detenerle se había alejado.

—¡Cabrón! —Levanté a Sonny de su sillita y cogí las bolsas—. ¡Mike! —Pero había desaparecido.

La gente de la cola me estaba mirando, así que me encogí de hombros y volví a mi sitio. Explicaría que sencillamente me habían robado los billetes, me los habían arrebatado directamente de las manos y, bien pensado, tenía todos los testigos que quisiera.

La cola avanzaba lentamente y yo me reafirmé en mi decisión. Era como si hasta ese momento no hubiera querido ir, como si no hubiera estado segura. Pero ahora nada iba a detenerme. Volví a subir las bolsas a la carretilla y avancé siguiendo la cola.

Estábamos a un paso del mostrador cuando Mike se abrió paso hasta nosotros. Llevaba una brillante carpeta de British Airways y del interior extrajo nuestros billetes.

—Ningún problema, el avión estaba medio vacío. —Los entregó

en el mostrador—. Nos gustaría sentarnos juntos —dijo, y yo abracé a Sonny apretándolo contra mí como si no estuviera sucediendo nada raro.

—¿Así que estás dispuesto a seguirnos por todo el mundo? —Le miré de reojo mientras apretábamos el paso por el suelo brillante.

—No parece que me queden muchas otras opciones. —Sonrió.

—¿Mientras nos mantengamos alejados de América?

—No tientes tu suerte. —De repente, incómodos y tímidos, entramos en el vestíbulo.

*

Tuvimos que coger un taxi de la estación.

—¿Habrá sitio para mí? —preguntó Mike, vacilante mientras nos conducían rápido por carreteras recientemente arregladas.

—La casa es inmensa —me reí de él—. Tiene, al menos, catorce habitaciones, o puede que sean cuarenta, y todos los profesores estarán de vacaciones.

El conductor del taxi era un hombre grande, pelirrojo, con grandes nudillos en las manos, que nos hablaba en voz muy alta mientras nos asomábamos por la ventana para mirar. Había trigales y campos de centeno, vacas en grupos moviendo la cola para espantar moscas, y al poco nos encontramos traqueteando por el camino de entrada hacia el óvalo cubierto de gravilla del porche.

—Es hermosa —dije boquiabierta—, hermosa. —Aunque, más bien, me pareció que en realidad era espantosa. La casa había sido recientemente pintada de color albaricoque y crema, y las rosas que habían florecido a lo largo del verano crecían en cubos dispuestos entre la grava. Me bajé del coche. Un hombre estaba abriendo las abrillantadas puertas dobles, pero a mí se me iban los ojos hacia el jardín.

—Buenas tardes, bienvenidos. —El hombre avanzó hacia nosotros y le presenté a Sonny y luego a Mike—. Entren, entren —dijo—. Verán que conservamos parte del mobiliario original de su familia. El piano de cola, por ejemplo, y algunos tapices de interés. —Mientras nos hablaba, yo me escabullí, abrí con un ruido metálico la puerta nueva de hierro forjado y me metí sola por el prado. El jardín estaba formado en su mayor parte de hierba, con amplios macizos de rosas y pequeños arbustos dorados, rosáceos y rojos. Estaban plantados muy pegados a la tierra, separados mediante gruesos y feroces tallos y sin una sola mala hierba entre ellos. Me di la vuelta para contemplar la casa. Había largas puertas vidrieras, cerradas para hacer frente al calor, y bajo la sombra de una galería se amontonaba gran cantidad de sillas de plástico. Los profesores, pensé, las utilizaban para tomarse

un descanso sentados al sol, y me dirigí hacia los límites del jardín donde se había dejado que el césped creciera alto, volviéndose silvestre junto a una hilera de árboles. Desde ahí pude ver las ventanas altas del ático, y el huerto, nudoso y verde, que se extendía a un lado de la casa. Había un sendero con hierba más larga y descuidada que subía por la colina, y al seguirlo bajo las hojas de los tilos fui a parar a la casa del hielo. Estaba derruida, las columnas tenían la pintura desconchada y las hojas caídas el invierno anterior yacían arrugadas y secas por el suelo. Un banco de piedra se curvaba pegado a la pared, y allí encontré la silueta cuadrada de una puerta. No tenía ni pomo ni cerradura, y al recorrerla con los dedos me di cuenta de que la habían sellado. Me estiré en el banco y miré hacia la avenida de hojas desde donde sólo pude ver las sombras vespertinas proyectándose sobre el prado.

«Sarah», oí que me llamaba Mike y luego el débil gimoteo de Sonny, hambriento.

Intenté imaginarme a mi bisabuela viviendo ahí, sola con su acompañante, la esposa de Emanuel, mientras Alemania bullía en el frenesí de una nueva guerra. «Schu-Schu», pensé, «Gabrielle Belgard», y me pregunté si se habrían molestado mucho cuando Bina, Martha y Eva se negaron a venir. Pasearían juntas por los senderos, no siempre vestidas con su ropa negra de viudas, y a primera hora de Ja tarde beberían café con nata en el porche. Le contaría a mi padre cómo se debía de haber anulado la maldición cuando Marianna fue a Jerusalén y trajo a Schu-Schu a casa; me pareció vislumbrar sus sombras jugando a cartas hasta bien entrada la noche.

«Sarah —volvió a llamarme Mike—, te necesitamos.» Al cabo de un momento me puse en pie de un salto y corrí a través de la hierba alta hacia la casa.

notes

Notas a pie de página

[1] *Nanny;* 'niñera', 'tata'; aquí se emplea como apelativo cariñoso.

[2] Omi: en alemán, 'abuelita".

[3] ***solitaire*: ** juego de tablero, denominado en ocasiones «solitario inglés». El tablero tiene treinta y tres posiciones -huecos o ranuras-, sobre el que se disponen treinta y dos canicas o fichas, dejando vacío el hueco central. El juego consiste en «comerse» todas las canicas -de un modo similar a las damas, pero está prohibido el movimiento en diagonal-, excepto la última, que debe quedar en el hueco central.

[4] Sonny es tanto nombre propio como diminutivo de son, 'hijo".

[5] Schtuahisch: 'suabo'.